

ESPAÑA Y LA COSTA ATLÁNTICA  
DE LOS EE.UU.  
CUATRO PERSONAJES DEL  
SIGLO XVI EN BUSCA DE AUTOR

**ACADEMIA NORTEAMERICANA  
DE LA LENGUA ESPAÑOLA  
(ANLE)**

**Junta Directiva**

D. Gerardo Piña-Rosales  
*Director*

D. Jorge I. Covarrubias  
*Secretario*

D. Carlos E. Paldao  
*Censor*

D. Emilio Bernal Labrada  
*Tesorero*

D. Daniel R. Fernández  
*Coordinador de Información*

D. Eduardo Lolo  
*Bibliotecario*

D. Eugenio Chang-Rodríguez  
*Director del Boletín*

\*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)  
618 Gateway Ave.  
Valley Cottage, New York, 10989  
U. S. A.  
Correo electrónico: [acadnorteamerica@aol.com](mailto:acadnorteamerica@aol.com)  
Sitio Institucional: [www.anle.us](http://www.anle.us)

Carmen Benito-Vessels

España y la costa atlántica  
de los EE.UU.  
Cuatro personajes del  
siglo XVI en busca de autor



Colección Plural Espejo  
Academia Norteamericana  
de la Lengua Española  
2018

*España y la costa atlántica de los EE.UU. Cuatro personajes del siglo XVI en busca de autor*

Carmen Benito-Vessels

Colección *Plural Espejo*, 5

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española

© Del prólogo: Raquel Chang-Rodríguez

© De la obra: Carmen Benito-Vessels

Primera Edición, 2018

ISBN: 978-0-9967821-4-2

Library of Congress Control Number: 2017940654

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

618 Gateway Ave.

Valley Cottage, New York, 10989

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio institucional: [www.anle.us](http://www.anle.us)

Diseño de portada: Julio Bariani

Edición, actualización y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Edición y supervisión de ilustraciones: Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: Guillermo Belt, Stella Maris Colombo, Alicia Fraiman,

Graciela S. Tomassini

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: *The Country Press*, Lakeville, MA 02347

Pedidos y suscripciones: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Plural Espejo* está dedicada a difundir el legado de la lengua y las letras hispánicas en la historia y cultura estadounidenses para contribuir a su conocimiento y universalización al igual que promover actividades de estudio e investigación. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2018 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

*Printed in the United States*

## **Dedicatoria**

*A Michael, María,  
Cristina, Justin y Gary.*

Para celebrar una historia compartida.



## ÍNDICE

Agradecimientos .....	11
Prólogo .....	13
<i>Raquel Chang-Rodríguez</i>	
Unas ideas a tener en cuenta.....	23
Introducción. Mapas y ruta de viaje para este libro .....	25

### Capítulo I

#### Borrón y cuenta nueva

Datos para una propuesta .....	55
Anverso y reverso de las páginas de la historia .....	61
Un poco, solo lo justo, sobre España .....	73
Una historia aparte: indios cartógrafos e intérpretes .....	83
Juego y guerra de mapas en la costa atlántica.....	86
Virginia, sus indios, los españoles y los ingleses. Un capítulo inventado de la historia de la costa atlántica .....	95

### Capítulo II

Cuatro personajes en busca de autor:  
los indios Francisco Chicorano y don Luis de Velasco,  
el licenciado Ayllón, el capitán Avilés y las perlas  
de Cofitachique

Los comienzos del sueño americano y sus cuatro personajes .....	107
--	-----

La utopía de Chicora, la realidad de Gualdape y el preludio de Ajacán. El subtexto de la trama de la leyenda .....	139
Datos para la historia del <i>Memorial</i> de Pedro Menéndez de Avilés .....	142
Primeras noticias de Chicora y una nota sobre los Caboto .....	145
Ajustes geográficos y la capitulación de Ayllón .....	149
Cronología y plan de acción para Chicora .....	152
Incógnitas sobre la primera colonia europea en los actuales EE. UU. El sueño y las reales 2.025 millas .. cuadradas de Ayllón.....	158
Desde Santa Elena y Juan Florín hasta Roanoke y Simón Fernádes .....	166

### Capítulo III

#### Perlas, mapas y corsarios

Formación y deformación de la leyenda de Chicora .....	181
Los colonos y el rey. La controvertida capitulación de Chicora .....	184
Una lanza a favor de Ayllón y una cuestión de frío, seda y perlas .....	188
Primeros pasos del conflicto europeo en la costa este de los EE. UU. Lucas Vázquez de Ayllón, el corsario Juan Florín, Pedro Mártir y Chicora.....	193
Las huellas de Ayllón .....	196
La Chicora de Ayllón pasa textualmente a Francia. Los artífices de la historia: Giovanni Battista Ramusio y André Thevet .....	199
El paso en falso de Jean Ribault. Los hugonotes y las continuaciones de la leyenda .....	201
Apropiación textual de Jacques Cartier: las “Tierras de Ayllón” pasan a ser “Noua Francia” y “La Terre aux Bretons” .....	204

Los protagonistas en la sombra de la bahía: un escribano, un indio, un fraile gobernador, un piloto analfabeto y otros acompañantes .....	208
La Bahía de Santa María es la de Nuestra Señora del Jacán: el plan de las expediciones .....	212
Se cierra el telón.....	224

#### Capítulo IV ¡Ajacán, Ajacán!

Don Luis y el padre Rogel. Un indio locuaz y un cura aventurero.....	233
Pormenores del viaje a Ajacán y tácticas de localización	236
Trazado de la tragedia a través de las cartas .....	237
Puntos clave de la trama de don Luis.....	240
El sabotaje del indio don Luis (1566-1572) y la censura del Departamento de Estado (1840).....	241
Muere Ajacán y nace Jamestown.....	245
Formación del mito de los mártires de Ajacán.....	248
Perspectiva india y regulación del regalo. Un ajuste de cuentas en Ajacán.....	251

#### Capítulo V Política y ficción sobre la costa atlántica. El discurso hispanobritánico

El reporte, la historia fingida y la historia verdadera: <i>La Florida</i> de Escobedo .....	257
Tres puntos de vista: <i>The Tempest</i> de Shakespeare frente a <i>La Florida</i> de Escobedo y al <i>Memorial</i> de Avilés .	265
<i>Relación de los mártires de La Florida</i> del padre fray Luis Jerónimo de Oré .....	268

Capítulo VI  
Los herederos de Geoffrey de Monmouth

Los traductores y la invención de América.....	279
La perspectiva británica y las colonias originales.....	282
Roanoke redescubierta .....	289
Virginia española y la expansión de la frontera .....	299
Del rey Arturo a Charles II. La autoridad británica .....	300
Robert Greenhow, su traducción espuria de Andrés González de Barcia y la creación de la patria (EE. UU.) .....	310

Capítulo VII  
Cartógrafos al poder

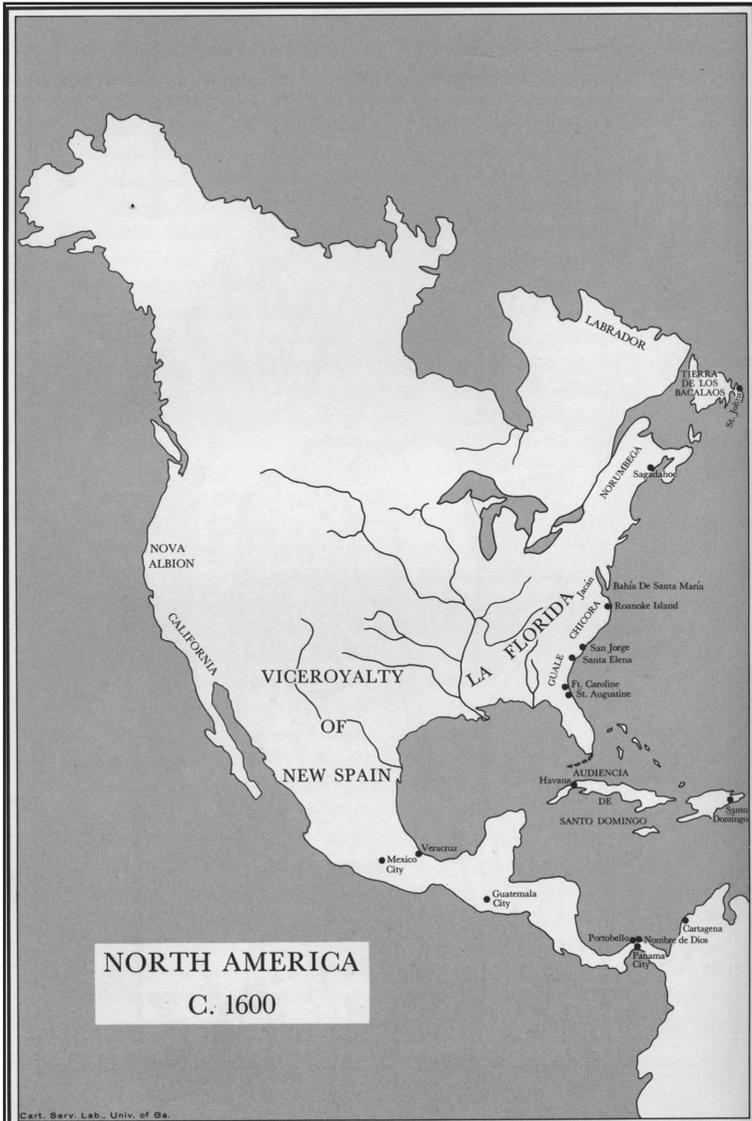
La metáfora de la realidad y América en el imaginario europeo: gigantes, paraísos y la isla como <i>'locus mirabilis'</i> .....	317
Viejo Mundo y vieja historia: Europa frente al descubrimiento .....	322
El escenario de los personajes en busca de autor y el teatro de operaciones del corsario Juan Florín .....	331
Cuatro notas sobre cuatro mapas históricos de la costa este de los EE. UU. ....	333
El lenguaje (internacional) de los mapas. A Dios lo que es de Dios y al rey lo que está en el mapa.....	337
Marineros en tierra. Secreto de Estado, secreto a voces y el negocio de los mapas.....	345
Cuerpo a cuerpo: Juan Caboto y España. Últimas consideraciones .....	351
Coda .....	366
Epílogo .....	373
Bibliografía selecta .....	377
Tabla de ilustraciones .....	400
Semblanza .....	405

## AGRADECIMIENTOS

**M**i máximo y especial agradecimiento es para Gary quien, con su gran entusiasmo, cariño y generosidad, ha apoyado y enriquecido constantemente mi trayectoria personal e intelectual y ha acompañado mi trabajo en cada paso. Muchas gracias también a Carlos E. Paldao y a Gerardo Piña-Rosales por su inestimable ayuda; este libro se ha beneficiado sobremanera de la laboriosidad, agudeza, crítica constructiva y bonhomía de ambos. Asimismo, les doy las gracias a mis colegas y amigos y a quienes, anónimamente, con su inteligente lectura y sabios comentarios, mejoraron mi manuscrito.

También agradezco a la Universidad de Maryland que reconociera el mérito del proyecto que presenté como principio de este libro y, para llevarlo a cabo, me concediera la beca RASA de investigación en 2016. Gracias también por su gran ayuda a los bibliotecarios de la Biblioteca del Congreso de Washington D.C., a los amigos bibliotecarios de la Universidad de Maryland, especialmente en el departamento de Inter Library Loan, y a los bibliotecarios de *Dumbarton Oaks*. Finalmente, a mis alumnos de la Universidad de Maryland les agradezco su paciencia en mis clases experimentales y su comprensión por la abrumadora bibliografía que les asigné; ellos han escuchado, como proyecto en ciernes, como primer borrador o como libro en prensa, casi todo el material que hoy aparece aquí; espero que siempre recordéis esta que también es vuestra historia.

Para mis padres, José Benito Arroyo y Genoveva Benito Zúñiga, va mi eterno y póstumo agradecimiento, ellos apoyaron valientemente mis estudios como becaria de postgrado en un viaje que, coincidentemente, comenzó en Portugal, me llevó después a la paradisíaca “isla de California” y, hoy por hoy, a la costa atlántica norteamericana. Gracias. El viaje valió la pena.



España en la costa atlántica norteamericana c. 1600.  
 Fuente: Letch Jr. Wright, *Anglo Spanish Rivalry in North America*.  
 Athens, U of GA 1971, p. 20.

# Prólogo



Planisferio del cartógrafo Martin Waldseemüller, *Universalis cosmographia secundum Ptholomaei traditionem et Americi Vespucii aliorumque Illustrationes* (1507), primero en presentar las tierras nuevamente descubiertas con el nombre de América y separadas de Asia.

**E**n *España y la costa atlántica de los EE. UU. Cuatro personajes del siglo XVI en busca de autor*, Carmen Benito-Vessels propone, sin ambages, recobrar la temprana historia del país de Washington y Jefferson restaurando las omisiones referentes a la presencia española en aquellas tierras. El título alude parcialmente a un drama de Luigi Pirandello que a su vez remite a una novela de Miguel de Unamuno. Como los nombres dados a las personas, a los libros, a los espacios geográficos, no se otorgan por casualidad, vale la pena explorar someramente las conexiones de este título. En *Seis personajes en busca de autor* (*Sei personaggi in cerca d'autore*, estrenada en 1921), el siciliano Pirandello presenta la relación del dramaturgo con sus protagonistas escénicos; en *Niebla* (1914) el rector salmantino crea la novela en base a los sucesos del protagonista, Augusto Pérez. Ambas obras indagan sobre la relación entre autores y personajes; ofrecen una meditación filosófica y estética sobre la existencia, la identidad, las relaciones entre realidad e imaginación, y a la vez proponen cómo se debe escribir una pieza dramática o una obra de ficción. Como Pirandello y Unamuno, Benito-Vessels escoge cuidadosamente a sus protagonistas, pero los sitúa en un paradigma diferente: el de la reconfiguración de la historia norteamericana del sudeste atlántico. Por medio de los indios Francisco de Chicora y don Luis de Velasco (Paquiquino), y los españoles Lucas Vázquez de Ayllón y Pedro Menéndez de Avilés, la autora recorre una época donde la presencia hispánica en territorios hoy parte de los Estados Unidos fue esencial. Fundamentándose en el itinerario de estos personajes, Benito-Vessels explica el porqué de su actual ausencia cultural. Vale la pena recordar quiénes son estos relegados actores históricos.

Francisco de Chicora o El Chicorano fue uno de setenta indígenas de la costa del actual estado de Carolina del Sur engañado, aprisionado y esclavizado en 1521 por Francisco Gordillo y Pedro de Quexos. Al llegar a Santo Domingo de La Española y constatarse que no eran rebeldes y por tanto no podían venderse como esclavos, el grupo fue liberado y se ordenó su retorno al continente. El viaje de regreso nunca se realizó y la mayoría murió en la capital caribeña. Entre los sobrevivientes estaba Francisco de Chicora quien se bautizó, aprendió el castellano y comenzó a contar las maravillas y riquezas de su tierra natal quizá con el secreto deseo de retornar a ella. Como era de esperarse, tales descripciones no pasaron desapercibidas. El culto y pudiente oidor Lucas Vázquez de Ayllón pronto se convirtió en protector del Chicorano y lo llevó a la corte española. Allí conoció al cronista Pedro Mártir de Anglería quien consignó las descripciones de la tierra de Francisco de Chicora y así comenzó a construirse la leyenda que resultó en las expediciones a la quimérica Nueva Andalucía. Al licenciado Vázquez de Ayllón, Carlos I le concedió (1523) el derecho a explorar y poblar las tierras de Chicora, y allí se dirigió con seis navíos y más de 600 personas, y, claro, guiado por Francisco quien desapareció para siempre poco después de su llegada. Si bien la expedición fue un fracaso y el propio Vázquez de Ayllón murió (1526) en tierras norteamericanas, hubo un asentamiento de efímera duración, la colonia de San Miguel de Gualdape (en Carolina del Sur). Esta antecede a San Agustín de La Florida, a las colonias inglesas de Roanoke y Jamestown por varias décadas. En un mapa de la época (Diego Ribero, 1529) la zona explorada por el desafortunado oidor se denomina “tierra de Ayllón.”

Luis de Velasco o Paquiquino, otro de los personajes en busca de autor, fue un indio secuestrado o entregado (c. 1561) a una expedición española –según algunos por su padre, un notable señor étnico de la zona algonquina-hablante del actual estado de Virginia–. Educado por dominicos y jesuitas, prote-

gido del virrey de Nueva España y bautizado con su nombre, el joven viajó a España, México y La Habana con frailes que insistían en crear una misión en la bahía de Santa María de Ajacán (Chesapeake Bay). Don Luis logró regresar a sus tierras (1570) acompañado de sacerdotes y hermanos jesuitas a quienes primero les sirvió de guía y después asesinó (1571). Se ha especulado –sin documentación y con la cronología en contra– que don Luis y el señor étnico Opechancanough quien atacó el establecimiento inglés de Jamestown en varias ocasiones y se oponía violentamente a cualquier pacto con los invasores europeos, son la misma persona. Pedro Menéndez de Avilés, gobernador de Cuba y adelantado de La Florida, se encargó de castigar a los compañeros de don Luis; este nunca fue delatado ni encontrado. El ambicioso marino, apoyado por una “compañía” de parientes y amigos asturianos, tenía planes mayores para la región: expulsar definitivamente a los franceses –y lo logró–; buscar una ruta hacia Zacatecas, en la Nueva España, con el propósito de transportar la plata de sus minas obviando el peligroso mar Caribe donde pululaban piratas y corsarios ingleses y franceses; explorar el norte de La Florida y encontrar quizá la mítica ruta hacia el Asia; continuar la evangelización con la ayuda de misioneros franciscanos; poblar la zona y establecer villas como puntos para adentrarse en el centro de Norte América. Una temprana e inesperada muerte truncó sus planes.

En una narración armada con cuidadoso apego a la investigación, los personajes de Benito-Vessels adquieren vida propia en el entramado de una historia donde el papel preponderante de España ha sido constantemente minimizado. Primero esto se debió a las ambiciones territoriales de Inglaterra y Francia, y después, en la época de la independencia y en el siglo XIX, a quienes armaron una historia matizada por preferencias religiosas, prejuicios étnicos, franco descuido o simple desconocimiento de las abundantes fuentes que dan noticia de la presencia española. No muchos escucharon a Thomas

Jefferson, fundador de la Universidad de Virginia. Este lector del *Quijote* en cuya librería –generosamente donada a la destruida Biblioteca del Congreso a raíz de la ocupación inglesa de Washington (1814)–, estaban las obras completas de Cervantes, indicó más de una vez que para conocer la historia temprana de los Estados Unidos y vincularse con los vecinos del sur, era imprescindible aprender español. Escogidos cuidadosamente y estudiados con tesón por la autora, el Chicorano, don Luis, Vázquez de Ayllón y Menéndez de Avilés, se añaden a otros autores y protagonistas –Álvar Núñez Cabeza de Vaca, Hernando de Soto, el Inca Garcilaso, Alonso Gregorio de Escobedo, Luis Jerónimo de Oré– que constituyen, en palabras de Benito-Vessels, “el eslabón perdido” en la historia de la temprana modernidad española de los Estados Unidos (p. 38). Su narrativa, como ha señalado la autora, “está cuajada de pequeños triunfos, grandes fracasos y enormes riesgos” (p. 218). Sin excepción este recuento histórico ilumina la época y nos ayuda a apreciar las ricas aristas de los antiguos comienzos hispánicos de ese devenir.

Las investigaciones resumidas en el libro de Benito-Vessels nos conducen igualmente a otras áreas de la temprana época colonial de Norteamérica, de la carrera de Indias. Me refiero en particular a las traducciones y la cartografía. Dentro de la primera cabe destacar el aprovechamiento de las fuentes españolas sobre la zona, las distorsiones en las traducciones y la preferencia por parte de los ingleses en divulgar obras donde el cronista hace una dura crítica de la colonización hispánica, por ejemplo, los tratados de fray Bartolomé de las Casas. En cuanto a las tergiversaciones, quizá el caso más notable sea la traducción del congresista Robert Greenhow del *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida* (1723) de Andrés González de Barcia. Siguiendo a Anna Brickhouse, la autora explica cómo, en su versión, Greenhow desvincula la historia de Virginia de la presencia española en ese territorio disminuyendo asimismo su ligazón con el pasado indígena por medio

de la demonización de don Luis (ver pp. 308 *et passim*). En este sentido se trae a colación el debate sobre qué da derecho a la posesión: el descubrimiento o la colonización. Obviamente Inglaterra y sus aliados se decantaron por la colonización.

Central a la polémica ilustrada por la biografía de los cuatro personajes iniciales, es el lenguaje de la cartografía. Los mapas, explica Benito-Vessels, no sólo señalan una ruta; por medio de las figuras que ilustran sus bordes, de la selección de un estilo de dibujo o la disposición de colores y líneas, presentan un lenguaje que debemos conocer y descifrar. Como recordamos, las cartas de navegación españolas se guardaban celosamente en la Casa de Contratación. Los navegantes patrocinados por España tenían la obligación de indicar nuevos descubrimientos y rutas en el padrón real y no podían divulgarlos. No obstante, debido a las defecciones de los cartógrafos y las presiones de otras potencias, los secretos se develaron con frecuencia. Benito-Vessels ofrece un ejemplo clásico. El cartógrafo alemán Martín Waldseemüller inscribió el nombre del continente –América– en su mapa de 1507 preparado gracias a la información que le proporcionó Américo Vesputio por entonces al servicio de la corona española (pp. 326-327). El capítulo siete, “Cartógrafos al poder”, está repleto de información; es un verdadero filón cuya lectura es tan informativa como cuestionadora de las prácticas de la época. Como señala la autora, estas luchas cartográficas nos hacen pensar en el clásico libro de Edmundo O’Gorman, *La invención de América* (1958), imaginada, no solo por los cronistas de Indias sino también por los cartógrafos quienes, respondiendo al interés de un público pudiente y curioso, se dedicaron a alimentar la quimera sobre el nuevo continente.

No podemos dejar de mencionar prácticas comunes en la expansión colonial española evidentes en el Norte y el Sur de América. En la conquista del Incario la hueste pizarrista buscó con ahínco las sepulturas de los Incas gobernantes. Por un lado, cuando se hacía el inventario de lo hallado, los sacerdo-

tes aducían la naturaleza idolátrica del muerto y su cultura; por otro, como los gobernantes, en preparación para la otra vida, se enterraban con ricas posesiones en oro y plata, los soldados estaban listos a saquear los entierros de la nobleza incaica y así apropiarse de un cuantioso botín. En la costa atlántica de Norteamérica las perlas sustituyen a los codiciados metales y también estas se buscan en templos y sepulturas (p. 188). En su *Relación de los mártires de La Florida* (c. 1619), el franciscano Luis Jerónimo de Oré propone activar en ese territorio un método de evangelización que fue desastroso para la población andina, pero beneficioso, según él, para la tarea misionera en la zona floridana: las reducciones.

En su deseo de justipreciar el tipo de historia que produce distorsiones y omisiones, Carmen Benito-Vessels acude al prólogo de Garci Rodríguez de Montalvo en su refundición del *Amadís de Gaula* (1508). Allí el prologuista habla de tres tipos de historia y caracteriza cada una: historia verdadera: narración con testigos oculares y sobre hechos reales; historia de afición: representación parcial de los hechos; e historia fingida: cuenta hechos dentro de lo real-maravilloso y equivale a la ficción (p. 256). Si bien los tres modelos se evidencian en los relatos y crónicas sobre las Indias españolas y la llamada “frontera Norte”, con el correr del tiempo, aclara Benito-Vessels, en la conformación de la temprana historia de los actuales Estados Unidos predominó la “historia de afición” con la consecuente exclusión de su componente hispánico. *España y la costa atlántica de los EE. UU. Cuatro personajes del siglo XVI en busca de autor* de Carmen Benito-Vessels se perfila como esencial para su justa recuperación y estudio. Recordando palabras atribuidas a Pirandello –“no se da vida en vano a un personaje”–, comprendemos cabalmente por qué la autora seleccionó a sus protagonistas –Francisco de Chicora, don Luis de Velasco (Paquiquino), Lucas Vázquez de Ayllón y Pedro Menéndez de Avilés– y los situó en el contexto de un exacto recorrido textual. Como el Augusto Pérez en *Niebla* de

Unamuno, ellos rehúsan desaparecer y reclaman un espacio. Desde la atalaya de su trayecto, Carmen Benito-Vessels, sagaz centinela literaria, los recobra y les da nueva vida. De este modo contribuye al necesario y bienvenido rescate de la temprana historia española de los Estados Unidos en su vertiente atlántica.

Raquel Chang-Rodríguez  
*City College of New York*



Grabado en madera publicado en Florencia (1493), que representa a Fernando II de Aragón señalando a Colón en la Santa María.

## UNAS IDEAS A TENER EN CUENTA

Las siguientes citas expresan algunas de las ideas que son centrales para este libro, para la historia común de España y de los Estados Unidos, y para seguir las pautas de los hallazgos que sus autores documentan.

On June 24, 1521, on the shore of or near Georgia's Sapelo Sound [...] 'the youngest' colony of the thirteen English colonies [which] also has the distinction of being the site of the earliest European settlement was established by Ayllón and other Spaniards (Paul E. Hoffman, "Lucas Vázquez de Ayllón's. Discovery and Colony", en *The Forgotten Centuries*, 36-49, 36).

In terms of how Ayllón and others saw the land (and its inhabitants) and in terms of African-European and native American-European relationships, Ayllón's colony of 1526 was similar to the much later English and American experiences. It was thus not some sort of separate thing, having little or no relevance to 'the history of the United States' [...] our history began with the voyages of 1521 and 1525 and the resultant colony of 1526 [by Lucas Vázquez de Ayllón] (Paul E. Hoffman, "Lucas Vázquez de Ayllón", en *Columbus and the Land of Ayllón*, 27-49, 45).

El fracaso de este intento de colonización española en la parte más septentrional de la costa atlántica americana –prácticamente en lugares cercanos a donde un siglo más tarde se iniciaría la colonización inglesa– ha motivado incluso que muchos historiadores lo silencien, por considerarlo un hecho aislado, sin correlación con el verdadero proceso histórico americano (Manuel Lucena Salmoral, "La extraña capitulación de Ayllón para el poblamiento de la actual Virginia: 1523." *Revista de Historia de América*, n. 77-78, Jan.-Dec. 1974: 90-31, 9).

So, Walter Raleigh's collection of New World maps, which had come mainly from Spanish sources, included a secret map of those parts made in Mexico [...] for the king of Spain (J. B. Harley "Silences and Secrecy: The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe" en *The New Nature of Maps*. Ed. Paul Laxton. Baltimore: Johns Hopkins UP, 2001, 83-107, 96.).

Historically, there was once a time when Europeans were not here in North America, but now they are (Peter E. Pope, *The Many Landfalls of John Cabot*, Toronto, U of Toronto Press, 1997, 175).

*"if your Majesty wishes to inquire about the town of el Jacán through England, you must ask about Virginia, which is the name the English have given it, because about el Jacán they will know nothing"* (*Carta de Gonzalo M. de Canzo a Felipe II, 28 de junio de 1600, apud Lewis 61*).

**Introducción**  
**Mapas y ruta de viaje para este libro**



Detalle del planisferio de Martin Waldseemüller (1507), donde se puede apreciar parte de la costa atlántica de Norteamérica.

Según lo anticipa el título, el objetivo de este libro es exclusivamente historiográfico. El propósito que me impulsó al escribirlo ha sido la necesidad de recuperar algunos hechos que, a pesar de haber sido considerados como “menores” por la historia oficial, nos permiten comprender mejor las causas de las rivalidades europeas en su contienda por el dominio de la costa atlántica. La difusión de estos datos poco conocidos, o conocidos pero ignorados, arroja nueva luz sobre el pasado común de España y Estados Unidos en el contexto de unos acontecimientos que germinan en 1521, y esperan la narración de su “historia verdadera”.<sup>1</sup> Uso este término siguiendo a Garcí Rodríguez de Montalvo, casi contemporáneo de los hechos aquí expuestos, quien en el famoso prólogo de su adaptación del *Amadís de Gaula* (1508) distinguió claramente entre “historia verdadera”, “historia de afición” e “historia fingida”.<sup>2</sup> En los capítulos que siguen hablaré de estas

---

<sup>1</sup> Los límites cronológicos del siglo XVI que he elegido son 1521, fecha del primer viaje de Lucas Vázquez de Ayllón —ocho años después de la llegada de Ponce de León a Florida (1513) y dieciséis después de la fundación de Puerto Rico (1505)— y 1572, fecha de la derrota de Ajacán. Por conveniencia, utilizo “Estados Unidos” (EE. UU.) para referirme a los cincuenta Estados que hoy constituyen este país. Cuando hablo de los exploradores de la Temprana Modernidad, utilizo “español” y “España” para referirme a los españoles de origen y a aquellos que como súbditos suyos exploraron el Nuevo Mundo auspiciados por la corona española. Asimismo, de no indicar lo contrario, siempre que digo “costa atlántica”, me refiero a la costa atlántica norteamericana.

<sup>2</sup> Así define Montalvo estas tres clases de historia: “Considerando los sabios antiguos que los grandes hechos de las armas en scripto dexaron cuan breve fue aquello que en efecto de verdad en ellas passó, assí como las batallas de núestro tiempo que [por] nos fueron vistas nos dieron clara

tres clases de historia apoyándome en datos empíricos y mapas de la costa atlántica norteamericana, a la que también conocemos como Primera Costa, y que reproduzco aquí a fin de que cada lector pueda sacar sus propias conclusiones.

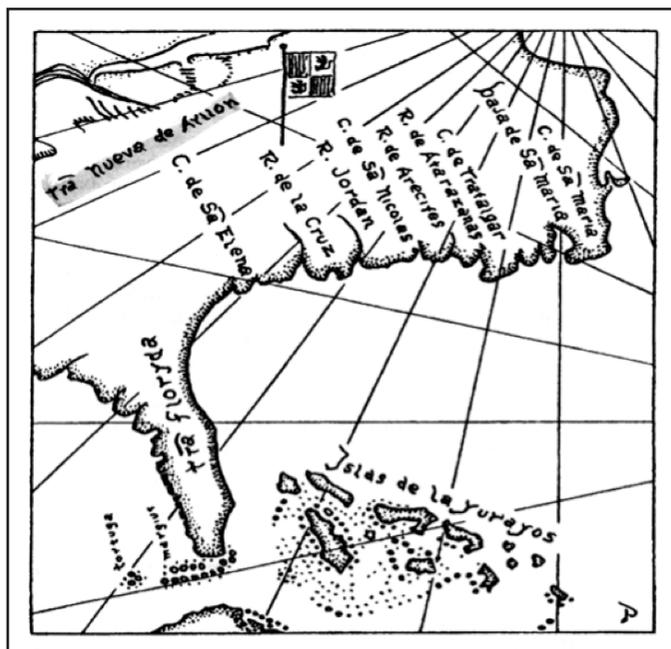
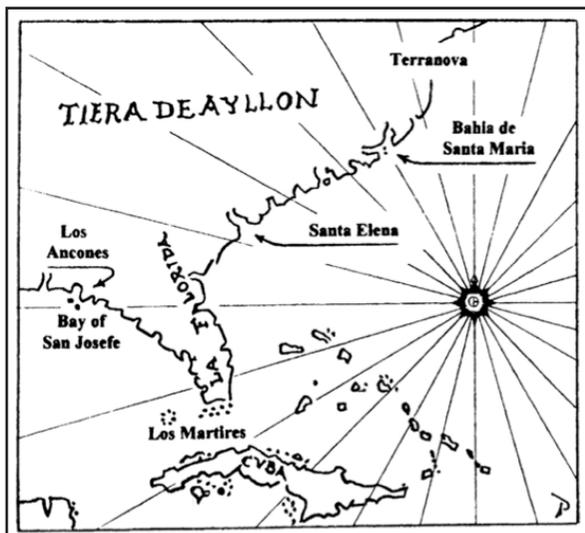
En la pugna por el dominio de la costa atlántica, los españoles pujan hacia el norte, los franceses hacia el sur, los ingleses hacia el norte y el sur, y los mapas de unos y otros plasman sus conflictivos sueños y ambiciones. He aquí algunos de los mapas que nos servirán de referencia y como telón de fondo para el desarrollo de los acontecimientos que competen a los cuatro personajes en busca de autor de este libro.

---

esperiencia y noticia, quisieron sobre algún cimiento de verdad componer tales y tan estrañas hazañas, con que no solamente pensaron dexar en perpetua memoria a los que aficionados fueron, mas aquellos por quien leídas fuesen grande admiración como por las antiguas historias de los griegos y troyanos y otros que batallaron parece por scripto. Assí lo dize el Salustio, que tanto los hechos de los de Athenas fueron grandes quanto los sus scriptores lo[s] quisieron crescer y ensalçar. [...] aquella santa conquista que el nuestro muy esforçado Rey hizo del reino de Granada, ¡cuántas flores, cuántas rosas en ella por ellos fueran sembradas, assí en lo tocante al esfuerzo de los cavalleros, en las rebueltas, escaramuças y peligrosos combates y en todas las otras cosas de afruentas y peligrosos combates y en todas las otras cosas de afruenas y trabajos, que [...] assí lo verdadero como lo fingido que por ellos fuera recontado en la fama de un tan gran príncipe, con justa causa sobre tan ancho y verdadero cimiento, pudiera en las nubes tocar, como se puede creer que por los sus sabios coronistas les fuera dado seguir la antigüedad de aquel estilo en memoria a los venideros, por scripto dexaran, poniendo con justa causa en mayor grado de fama y alteza verdadera los sus grandes hechos, que los otros emperadores, que con mayor afición que con verdad que los uestros Rey y Reina fueron loados; pues que tanto más lo merescen, quanto es la diferencia de las leyes” (Garci Rodríguez de Montalvo. *Amadís de Gaula*. Ed. Juan Manuel Cacho Blecua. Vol. I. Madrid: Cátedra, 1991. 219-220).



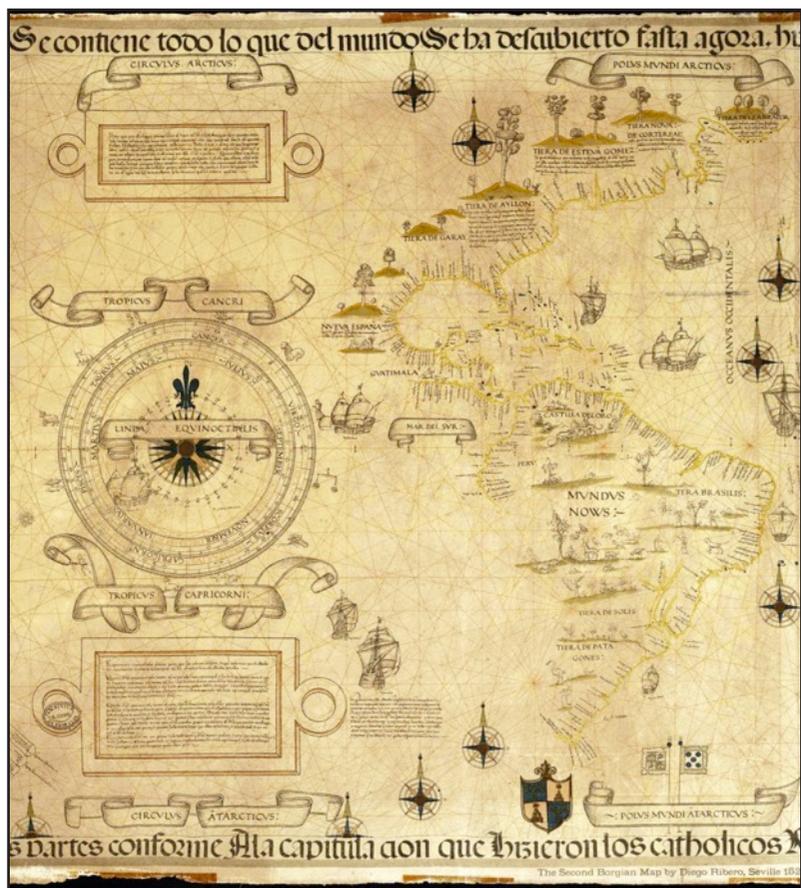
Detalle de la Carta Universal, c. 1526, de Juan Vespucio.  
Territorios españoles en la costa atlántica norteamericana marcados  
con la bandera imperial de Carlos I y los escudos de Castilla y León.



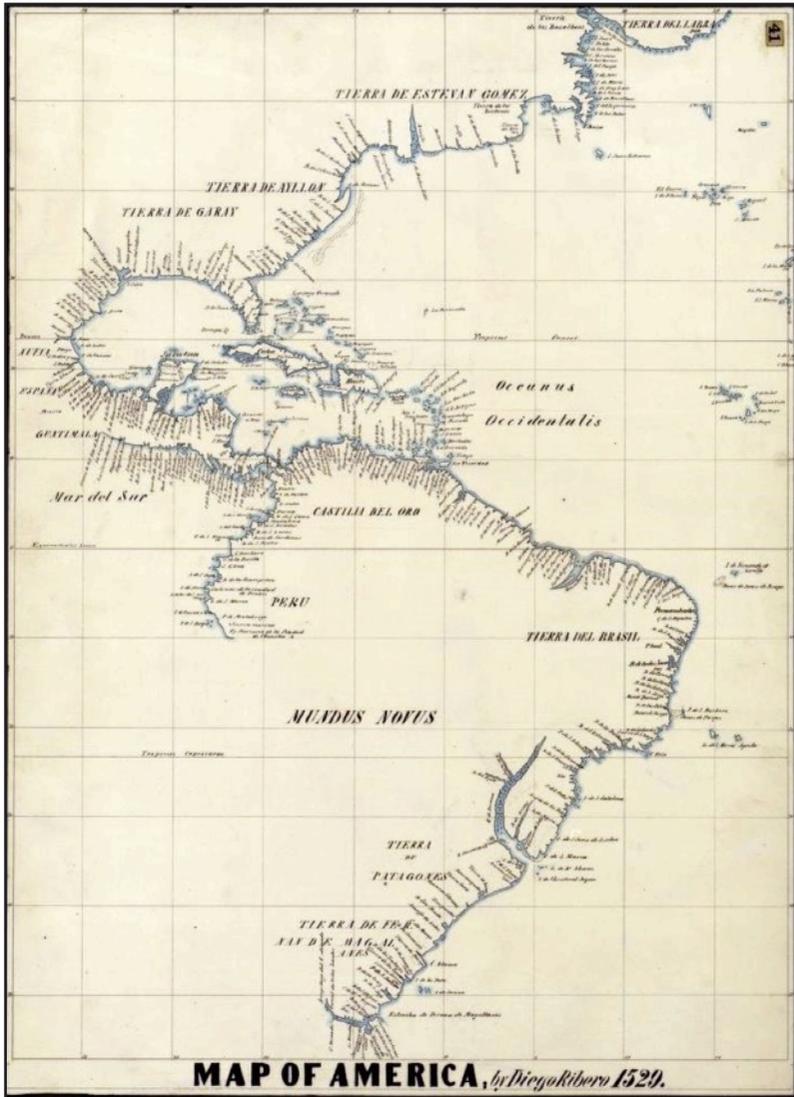
Adaptaciones modernizadas del planisferio de 1529 de Diego Ribero y del Planisferio de 1526 de Juan Vespucio (Douglas T. Peck, pp. 191 y 188).



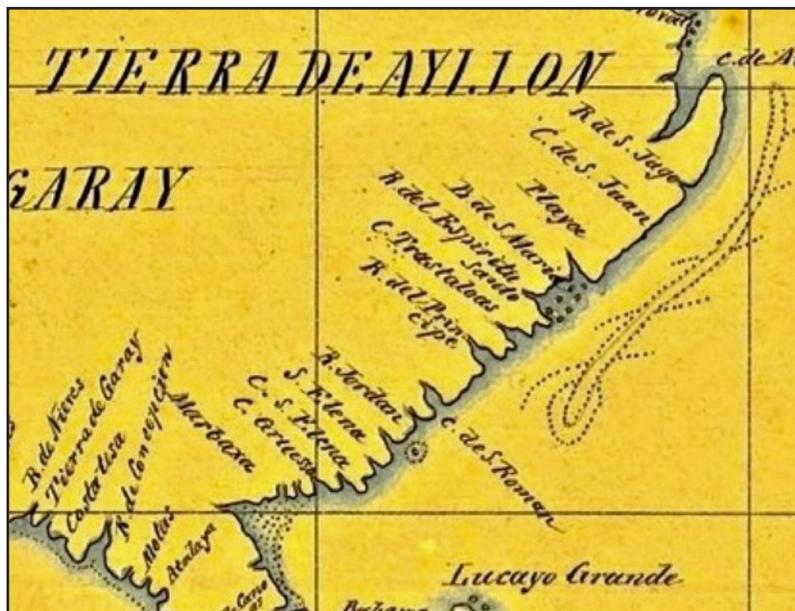
Detalle del Planisferio de Diego Ribero de 1529  
(*Second Borgian Map*).



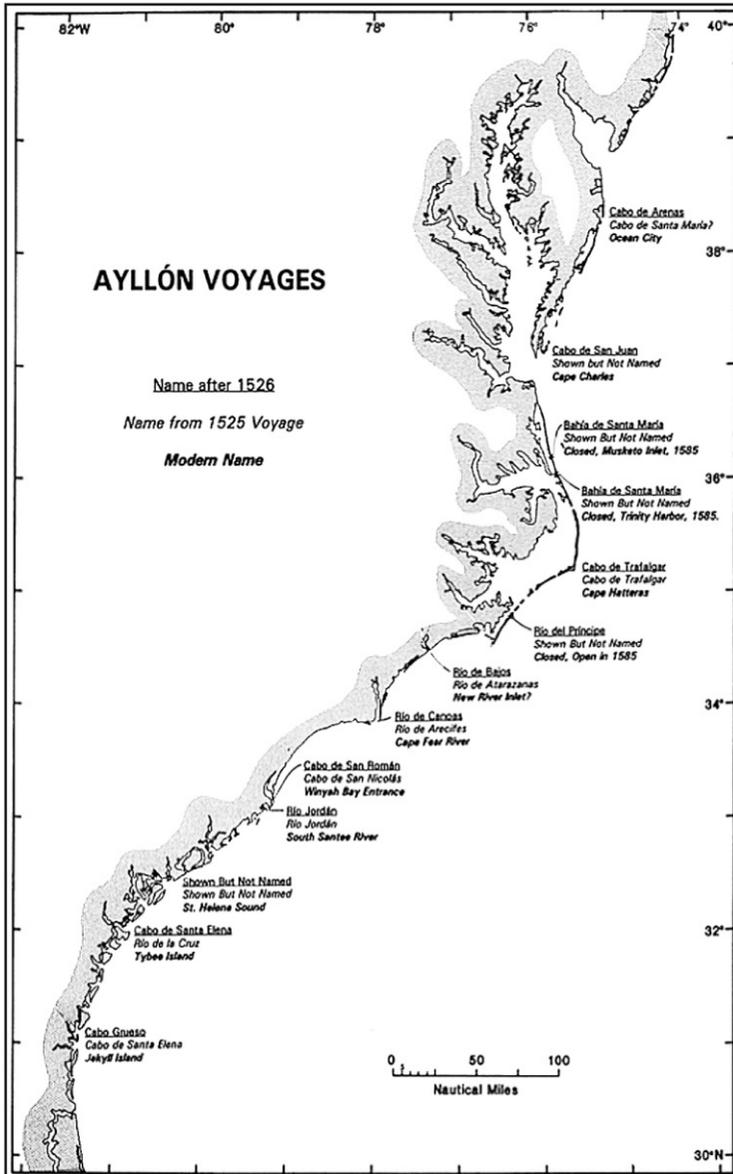
Otro detalle del Planisferio de Diego Ribero de 1529  
(*Second Borgian Map*).



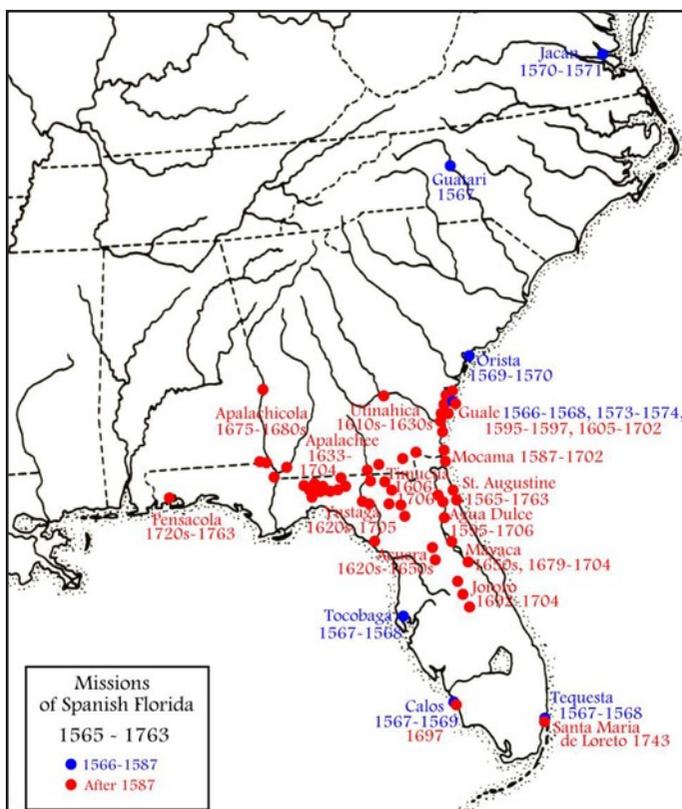
Planisferio de Diego Ribero 1529.  
Original en la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.



Detalle del planisferio de Diego Ribero, 1529, Original en la Biblioteca del Congreso, Washington, D. C. La Bahía de Sta. María se ubica cerca de Roanoke, en Carolina del Norte.



Paul E. Hoffman, "Lucas Vázquez de Ayllón's Discovery and Colony", en *The Forgotten Centuries: Indians and Europeans in the American South, 1521-1704*. pp- 36-49, p. 38.



Misiones de La Florida española 1565-1763  
(Fuente: John E. Worth, *Maps of Spanish Florida*).

La escasa difusión de estos mapas explica el vacío referencial que hoy existe sobre las Tierras de Ayllón; pero el membrete “Tierras de Ayllón” figura en diecisiete mapas de América del Norte realizados entre 1526 y 1570 y con él se designa la región geográfica ocupada por parte de Maryland, Virginia, las Carolinas y Georgia actuales. Área de imprecisa determinación y donde a Ayllón le fueron concedidas 2.025 millas cuadradas. Es decir, algo más de la extensión del Estado de Delaware que tiene 1.981 millas cuadradas. Dicha denominación incluye el territorio y la colonia fundada por el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, quien auspició tres viajes a la costa atlántica –en 1521, 1525 y 1526–; y se embarcó y murió en el último de ellos.

Giovanni Vespucci (Juan Vespucio) –el sobrino de don Amerigo Vespucci (Américo Vespucio), cartógrafo en cuyo honor Martin Wandseemüller le dio a América el nombre que hoy ostenta– elaboró en 1526 el mapa antes reproducido que incluye todo el litoral atlántico de las Américas; en la del norte, desde la Península del Labrador hasta el sur de la actual Florida, estaban las Tierras de Esteban Gomes, portugués que en 1524 reivindicó para Carlos I de España el territorio de Maine y Nueva Escocia. Gomes entró en el actual puerto de Nueva York y llamó “Río San Antonio” al que hoy conocemos como Hudson River y al que otros historiadores llamaron “Río de los Gamos”. Al sur de las de Gomes se encontraban las Tierras de Ayllón, y al sur de estas se ubicaron las de Francisco de Garay, gobernador de Jamaica que se apropió de ellas en 1519 y que conocemos como “Tierras de Garay”. Entre las Tierras de Gomes y las de Ayllón hubo tres lugares del sureste norteamericano fundamentales para conectar el siglo XVI con la corona española: el territorio indio de Chicora, la misión franciscana de San Miguel de Gualdape (hoy Georgetown, Carolina del Sur), y la misión jesuita de Ajacán (en las proximidades de la actual Jamestown, Virginia; quizá se trate

del pueblo llamado Axcam, en el lado de New Kent del río Discaund).<sup>3</sup>

La mayoría de los críticos concuerda en que Ayllón llegó a lo que hoy es Winyah Bay, South Santee River, Perrys Island, y la Bahía Chesapeake. Los viajes que él patrocinó cubrieron desde el Cabo de Arenas, actual Ocean City en Maryland, hasta el Cabo de Santa Elena, actual Jekyll Island en Georgia; Santa Elena estaba en lo que hoy es Parris Island, Carolina del Sur. En 1529 –apenas tres años después de Juan Vespucio–, el cartógrafo portugués Diogo Ribeiro (también conocido como Diego Ribero y Diego de Ribero) ejecutó el planisferio aquí reproducido en el que mostraba la extensión de las tierras conocidas (o reclamadas) por los españoles desde la Bahía Chesapeake hasta la Patagonia. Conservamos otros mapas que representan los viajes de los españoles en la costa atlántica: un planisferio anónimo de 1527, con características similares al de Ribero de 1529, y que se le atribuye a él, y el mapa firmado por el jesuita Giuseppe Castiglione. Los mapas de Juan Vespucio y de Diego Ribero se basaron en los viajes de Esteban Gomes, Lucas Vázquez de Ayllón y Pedro Menéndez de Avilés, y sirvieron de base para las ulteriores exploraciones inglesas y francesas, incluyendo las de Giovanni da Verrazzano y sir Walter Raleigh.

Por las declaraciones de Richard Hakluyt y de sir Walter Raleigh, sabemos que los mapas españoles, que supuestamente estaban guardados bajo varias llaves en la Casa de Contratación, fueron usados por franceses e ingleses en sus viajes, relaciones y colonización de la costa atlántica, y en la subsiguiente producción de mapas en los centros cartográficos más importantes de la Europa de su tiempo: Dieppe en Francia;

---

<sup>3</sup> Con el sustantivo “sureste” me refiero al área geográfica que se encuentra al sureste de la línea divisoria que conocemos como “Mason-Dixon line” e incluye, entre otros, los actuales Estados de Maryland, Virginia, las Carolinas, Georgia y Florida.

Rhenish, Colonia, Nuremberg y Viena en Alemania; Anturpe y Amsterdam en los Países Bajos. Entre el planisferio de Juan de la Cosa (1500) y la creación del padrón real (1508) por los Reyes Católicos, todas las cartas sobre las exploraciones del Nuevo Mundo remiten a la Casa: la de Alberto Cantino (1502), la de Vesconte Maggliolo (1504), la de Nicolay de Caveiro (1505); el Kunstmann II (1505-1506), el King Hamy (c. 1502) y el Pesaro (1596).<sup>4</sup>

La historia e incluso la ubicación de los tempranos asentamientos españoles en San Miguel de Gualdape (1526) y Ajacán (1570) son geográficamente paralelos y cronológicamente anteriores –por más de medio siglo– a la colonia inglesa de Roanoke (1585), al establecimiento de Jamestown (1607), y, por casi un siglo, a la llegada del Mayflower (1620) con sus 102 pasajeros (adelantemos que en 1526 Ayllón llevaba 600 colonos en sus seis naves dirigidas a Chicora). Es evidente que la repercusión de la colonización británica de la costa atlántica tuvo mayor impacto que la española, lo cual puede explicar el desconocimiento u olvido en el que esta ha caído, pero las escasas o nulas referencias a ella y la omisión de estos datos menoscaban la historia verdadera.

En este libro me referiré especialmente a Giovanni Cabot (Juan Caboto) (1450-1499); Jacques Cartier (1491-1557), Giovanni da Verrazzano (1485-1528); sir Walter Raleigh (1554-1618) y John Smith (1580-1631), los cuales estuvieron documentalmente vinculados con los viajes de los españoles que les precedieron y con los mapas producidos para la Casa de Contratación de Sevilla.<sup>5</sup> Como aquí veremos, después de

---

<sup>4</sup> Antonio Sánchez Martínez. “El imperio del mapa: El padrón real y la producción cartográfica de la Casa de la Contratación.” *Dueños y señores del mundo: Historia de la cartografía náutica española*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015. 44-60, 51.

<sup>5</sup> Helen C. Rountree y E. Randolph Turner. *Before and after Jamestown: Virginia's Powhatans and their Predecessors*. Gainesville: UP of Florida, 2005.

las sospechosas actividades de Sebastian Cabot (Sebastián Caboto), el hijo de Juan Caboto, la Casa de Contratación prohibió que se emplease en ella a pilotos extranjeros. El puesto de piloto mayor se creó en la Casa, en Sevilla, en 1508 y el primero en ocuparlo fue Américo Vespucio. La Casa prohibió la copia de los mapas guardados en sus fondos y creó el padrón real, es decir el Ur-mapa, en el cual se obligaba a los pilotos a actualizar los mapas existentes en los fondos de la Casa añadiendo la información por ellos adquirida. El padrón real se guardaba como secreto de Estado bajo varias llaves, pero, por razones desconocidas, en 1512 se dio licencia a Juan Vespucio y a Andrés de San Martín para “sacar traslados” del Padrón general en pergamino. Nada se sabe de estas cartas o traslados; lo que sí sabemos son las curiosas similitudes entre los mapas de quienes, habiendo viajado a la costa atlántica o no, fueron capaces de documentarla cartográficamente.

Hoy en día, nadie (o casi nadie) piensa en las “Tierras de Ayllón” como sede de una de las trece colonias originales de Norteamérica; sin embargo, como Paul E. Hoffman ha demostrado, allí estaba la más joven de ellas: “on June 24, 1521, on the shore of or near Georgia’s Sapelo Sound [...] ‘the youngest’ colony of the thirteen English colonies [which] also has the distinction of being the site of the earliest European settlement was established by Ayllón and other Spaniards.”<sup>6</sup>

La historia de los orígenes de EE. UU. presenta un fenómeno insólito: EE. UU., en tanto y en cuanto se considera a sí mismo un país occidental con raigambre europea, ha “construido” su propia Edad Media —época que para William H. Prescott (1796-1859) y sus seguidores fue el periodo más glorioso de España—, y en el proceso ha olvidado total o parcialmente la historia del licenciado Lucas Vázquez de Ayllón y Pedro Menéndez de Avilés en aras de la “historia de afición”.

---

<sup>6</sup> Paul E. Hoffman. “Lucas Vázquez de Ayllón’s Discovery and Colony.” 36.

El legado tardomedieval español a la costa atlántica de los EE. UU. es particularmente evidente en los mapas y artefactos custodiados en la Biblioteca del Congreso en Washington, D. C.; los cuales revelan su magnitud y ratifican que los viajes y presencia de los españoles en estas tierras sentaron la base del proceso de occidentalización de los EE. UU. –en términos culturales y políticos– y con ellos se propició el nacimiento de la nación tal y como hoy la conocemos. La colonización española al norte de La Florida fue relativamente breve, pero no por ello inexistente, y los dominios de España en el Atlántico Norte incluían parte de Virginia, la “cuna del país”. Lucas Vázquez de Ayllón, Pedro Menéndez de Avilés y otros exploradores españoles de la costa atlántica eran hombres de fortuna, querían medrar fuera de la realidad cotidiana y en sus relatos hay un sesgo indudablemente caballeresco. La herencia de la novela española y su ambientación palaciega dejaron su huella en los EE. UU., encajan perfectamente con el “Richardsonian Romanesque” y con el neogótico de Boston, cuya conexión con Europa occidental, particularmente con España, es evidente.<sup>7</sup>

Según veremos aquí, para crear la Temprana Modernidad americana de la costa atlántica –que cronológicamente solo podía cimentarse en la Edad Media– primero se vinculó el pasado de los EE. UU. con la vieja Europa y después se lo distanció de su historia india y de su historia española. EE. UU. empezó a interesarse por España con Prescott, pero el momento histórico en el que esto ocurre, es el de mayor antagonismo político entre España y los EE. UU., de ahí que los especialistas angloamericanos del siglo XIX ponderasen el medioevo español y desdeñasen la política expansionista de España en Norteamérica. En toda la geografía norteamericana se encuentran excelentes colecciones de artefactos medie-

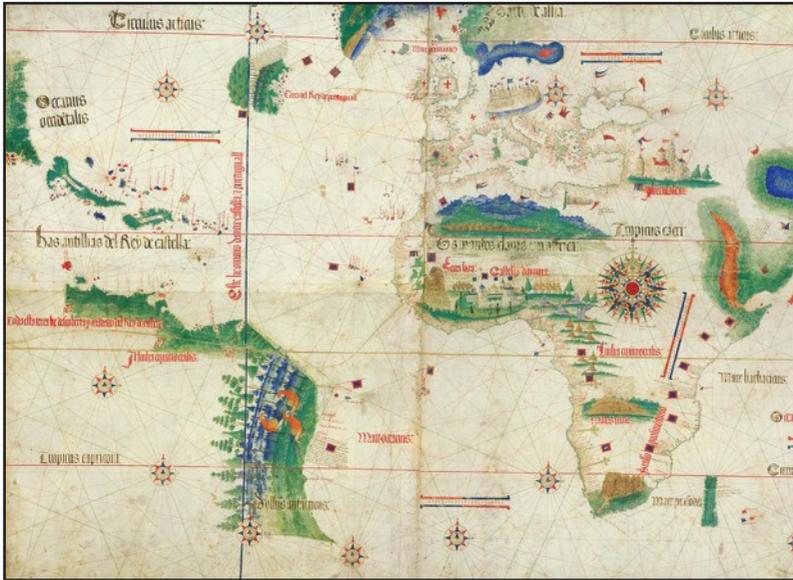
---

<sup>7</sup> Véase mi artículo “El neomedievalismo de los EE. UU.” En prensa en el *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*.

vales, incluyendo claustros enteros, réplicas arquitectónicas del gótico isabelino, festivales y recreaciones medievales, literatura y pintura vinculadas a los libros castellanos de caballerías, comenzando con *Amadís de Gaula*, y todo ello no hace más que evidenciar un “eslabón perdido” en la historia americana: el de la Temprana Modernidad española de los EE. UU.

La utopía de la tierra prometida y la creación del sueño norteamericano nacen en Europa con la llegada de Ponce de León a La Florida y se acentúan con las empresas de Ayllón; más aún: los primeros héroes de la independencia de los actuales EE. UU. fueron cuatro indios norteamericanos hablantes de castellano quienes a mediados del siglo XVI se sublevaron contra el imperio español, al que supuestamente servían: Francisco Chicorano, el guía de Ayllón; don Luis de Velasco, el guía de Avilés; Juanillo, el revolucionario de Guale; y Perico, el guía de Hernando de Soto. En este libro solo me referiré a los dos primeros.

Como aquí veremos, hay muchos otros hilos en el tapiz que teje el pasado común hispano-norteamericano y sin todos ellos la narración de su historia es parcial. Los colonos franceses e ingleses llegaron a territorios reclamados y documentados en los mapas por los españoles en la costa atlántica, que además estaban doblemente ratificados por el controvertido Tratado de Tordesillas y por el Tratado de Cateau-Cambrésis 1559; este último reconocía implícitamente el derecho de España sobre las Indias (Mercado 21). Existen, pues, fundamentos históricos para cuestionar que Inglaterra fue la fundadora de la primera colonia europea en suelo norteamericano.



Detalle del planisferio de Alberto Cantino, 1502  
Original en la Biblioteca Estense, Módena, Italia.

Cronológicamente, las aventuras de Ayllón, Avilés y sus seguidores coincidieron con el auge de la novela de caballerías –sabemos por Gonzalo Fernández de Oviedo el interés que estas obras despertaron en Ayllón–; con ellos, y con los indios Francisco Chicora (o Chicorano) y don Luis de Velasco, y con las colonias de Gualdape, Santa Elena y Ajacán empieza y termina la historia premoderna de lo que fuera Hispanoamérica del Norte. Solo después de esta fase comienza la historia colonial inglesa de la costa atlántica de los EE. UU., no con las exploraciones de John Cabot que no fundó ninguna colonia y quien comparte su pasado, patrocinio regio y experiencia italo-española con Cristóbal Colón; ambos fueron instruidos por Paolo Pozzo Toscanelli. Con el nombre de Juan Caboto (no Giovanni Cabot ni John Cabot), este italiano fue protegido por Fernando el Católico, trabajó en Barcelona y Valencia, y mantuvo un importante negocio de peletería entre Italia y España: países en los que Caboto prosperó gracias a que la fabricación de velum era muy apreciada para la manufactura de mapas y cartas de navegación.

Tanto Juan Caboto como Diego Colón, el hermano menor de Cristóbal Colón, acompañaron al almirante en su segundo viaje, fundaron las primeras colonias en la llamada Tierra Firme y nombraron la nueva realidad con topónimos de alcurnia bíblica, novelesca y española, táctica que siguieron Lucas Vázquez de Ayllón, Pedro Menéndez de Avilés, Juan Pardo, Tristán de Luna y los exploradores españoles del sureste norteamericano. Los nombres dados a estas tierras de la costa atlántica revelan que en ellas se plasma el hibridismo bíblico novelesco que imperaba en la España del siglo XVI; el río Jordán (South Santee River, Carolina del Sur, también conocido como May River y río de Mayo), el río San Juan Bautista, la isla de Pascua Florida, el río San Antonio (Hudson River), el río San Pedro (Potomac River), San Miguel de Gualdape (Georgetown, Carolina del Sur), la Bahía de Santa María (Chesapeake Bay), Santa Catalina, Ajacán o El Jacán, la Nueva Andalucía,

el Cabo San Juan (Cape Charles, Virginia), Cabo de Arenas (Ocean City, Maryland), Cabo Trafalgar (Cape Hatteras, Carolina del Norte), Cabo San Román (Winyah Bay, Carolina del Sur), Cabo Santa Elena (de Tybee Island a Jekyll Island, Carolina del Sur a Georgia), las Tierras de Gomes, las Tierras de Ayllón, el fuerte San Juan, el fuerte de Nuestra Señora y otros muchos topónimos de la costa atlántica norteamericana perduraron durante siglos; hoy solo se mantienen algunos, pero, con frecuencia, la memoria colectiva los ha despojado de su iberismo y ha perpetuado afirmaciones cuestionables.

Los documentos que presento aquí dialogan con los estudios sobre Maryland, Virginia, Georgia, las Carolinas y Florida, y su conexión con la Europa del siglo XVI, e intentan resaltar el discurso histórico sobre el pasado español de la costa atlántica complementando otros hitos peninsulares de los que no trataré en este libro, como fueron las misiones de California, las relaciones entre España y el suroeste de los Estados Unidos, o San Agustín y el pasado español de La Florida actual.<sup>8</sup>

La maleabilidad de la narración histórica –verdadera, fingida y de afición–, explica las distorsiones –deliberadas o no– a las que me referiré en este libro y se apoyan en la accidental occidentalización de los Estados Unidos, que fue un proceso lento en el que se eligió a Francia e Inglaterra como referente metageográfico.<sup>9</sup> La occidentalidad de los EE. UU. es una construcción literaria y no una realidad geográfica, pues África y América Latina se ubican entre los mismos meridianos que Europa y los EE. UU. pero no se consideran occidentales.

---

<sup>8</sup> Para la presencia española en la costa atlántica es fundamental el libro de Carlos M. Fernández-Shaw y Gerardo Piña Rosales. *The Hispanic Presence in North America from 1492 to Today*. New York: Facts on File, Library of American History, 1999. 69-71.

<sup>9</sup> En *The Myth of Continents*, se define la metageografía como el conjunto de estructuras espaciales a través de las cuales ordenamos nuestro conocimiento del mundo.

La idea de occidentalidad que incluye a los EE. UU. triunfó con la expansión de su frontera, que se desplazó de Este a Oeste y de Norte a Sur. Entre los historiadores angloamericanos del siglo pasado, el concepto medieval de frontera fue la piedra angular para explicar los orígenes de EE. UU.; cabe destacar que se le dio un matiz peculiar a dicho término, ya que en inglés “frontera” se expresa con dos palabras, “borderland” y “frontier”, que apuntan a dos conceptos diferentes. La occidentalidad o europeización de Norteamérica se construye en torno a una frontera real y conceptual que en los estudios sobre el pasado de los EE. UU. se denomina “borderland”; por otra parte, el término “frontier” se usa para denominar fronteras geopolíticas con los indígenas. Con estos tres criterios: occidentalidad, “frontier” y “borderland” se inició la conexión de los EE. UU. con un medioevo europeo, asentada sobre dos pilares que eran totalmente ajenos al pasado indígena: la monarquía y la iglesia católica; ambos vinieron a Norteamérica de la mano de los exploradores españoles. La historia colonial reconoce a Carlos I como rey de Florida y a Charles II como rey de Virginia, y se apoya en los misioneros españoles y los primeros mártires cristianos de las actuales Georgia, Maryland, las Carolinas, Florida y Virginia para aplicar a los EE. UU. su “a. C” y su “d. C”.

La documentación que aquí veremos pondrá de manifiesto omisiones que, quizá por lo efímero de la colonización española de Virginia, pueden observarse también en las exposiciones permanentes de dos reputadas instituciones del país ubicadas en Washington D.C., el “Museo de Historia Americana” y el “Museo de los Indios Americanos”; en estos dos referentes nacionales de la cultura estadounidense apenas se menciona el papel de España en la historia de la costa atlántica y no hay referencias a los indios que actuaron como intérpretes, traductores, cartógrafos y guías de los colonos españoles durante la Temprana Modernidad.<sup>10</sup> Los indios a quienes Louis de Vorse

---

<sup>10</sup> Brickhouse afirma que autores como Jace Weaver han señalado la

llama “indios cartógrafos”, prestaron impagable ayuda a los colonos ingleses en la fundación de Roanoke y a los españoles en la fundación de sus colonias y misiones de la costa atlántica; la historia de los EE. UU. tiene una deuda considerable con ellos.

El indio don Luis debería figurar en lugar prominente de la historia de los EE. UU. por ser el primer héroe que lucha estratégicamente contra la colonización española de la actual Virginia y porque triunfó en su cometido; por si fuera poco, don Luis era primo de uno de los personajes más famosos de dicho Estado moderno: Pocahontas. Otro indio, Juanillo, hijo del jefe indio de Tolomato (en Pease Creek, McIntosh County, Georgia), fue quien inició la revuelta de Guale (también llamada “Juanillo Revolt”). El detonador de esta insurrección fue la resistencia de los indios de La Florida colonial al intento franciscano de imponer la monogamia entre ellos; Juanillo se sublevó contra el padre Fray Pedro de Corpa y a él le siguieron los indios de Guale, quienes ocasionaron la muerte de diecisiete franciscanos: “The deaths of these Guale martyrs brought to seventeen the number of priests and lay brothers who had given their lives to the cause of their faith in Florida” (Gannon 42). Con anterioridad a Luis de Velasco y a Juanillo, también Francisco Chicorano había intentado evitar el dominio español en Chicora desviando la expedición de Ayllón. Estos tres indios defendieron su tierra contra Europa y triunfaron parcialmente en su cometido.

---

gran laguna de la historia de los indios americanos (“the largely unwritten history” of the Native American Indians); Weaver se refiere a esta historia como el “Red Atlantic” destacando el papel fundamental de los intérpretes indios. Según esta investigadora, “Early Native interpreters such as Pocahontas, Squanto, and Sacajawea have endured as embodiments of felicitous translation, while the story of Don Luis [...] has been not only largely unremembered but at times actively forgotten, even, [...] willfully erased from historical memory” (Anna Brickhouse, *The Unsettling of America: Translation, Interpretation, and the Story of Don Luis de Velasco, 1560-1945*. Oxford: Oxford UP, 2015. 5).

En la narración de la “historia de afición” de los EE. UU. faltan hombres indios y también mujeres indias. De ellos tenemos noticia gracias a las obras españolas sobre la Florida; en particular las de Garcilaso de la Vega el Inca, las del padre Luis Jerónimo de Oré y las de Alonso Gregorio Escobedo. La bibliografía garcilasista es abundantísima, razón por la que solo trataré de Oré y Escobedo, en cuyas obras hay mujeres a las que yo llamo “Pocahontas innominadas” que se apiadan de los súbditos peninsulares; las Pocahontas hispanas son la versión norteamericana de la Malinche mexicana; desempeñan funciones similares a las de las doncellas mediadoras de la novela caballeresca y sentimental española, y se insertan dentro de los relatos destinados, al igual que la novela sentimental, a una audiencia selecta.<sup>11</sup> Fue una mujer india, Magdalena, quien sirvió de intérprete a los españoles en Florida (Gannon 11); Magdalena, la cacica doña María y la india Antonia también merecen, como la Pocahontas de John Smith, su retrato y su lugar en la historia de los EE. UU. De doña María, la cacica timucua de la misión Nombre de Dios, que fue la primera misión franciscana de Florida, conservamos incluso una carta firmada por ella.

Antes de entrar en materia, reitero que en este libro no pretendo seguir los pasos obsoletos de la “Spanish Empire School”; y, aunque me gustaría evitarlo, es imposible silenciar que la “leyenda negra” fue la causa fundamental de la censura historiográfica hacia lo español.<sup>12</sup> Con mi trabajo intento y espero contribuir a lo que otros investigadores ya han intentado y

---

<sup>11</sup> Raquel Chang-Rodríguez. Estudio preliminar, cronología, edición modernizada y anotada, y bibliografía. *Relación de los mártires de La Florida del P.F. Luis Jerónimo de Oré (c.1619)*. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014.

<sup>12</sup> Juan Carlos Mercado ofrece una excelente síntesis de las causas, escuelas y bibliografía referidas a este tema en *Pedro Menéndez de Avilés. Cartas sobre la Florida (1555-1574)*. Madrid y Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2002. 38-42.

conseguido parcialmente y que Weber expresa con elegancia, poner los datos frente al lector:<sup>13</sup>

In telling the story of America's Spanish origins I try not to cast Spaniards as villains so often portrayed by hispanophobic writers. At the same time, I do not put a gloss on Spanish behavior, as the pro-Spanish Bolton tradition tended to do. The well-known false dichotomies of the "Black Legend," which portrays Spaniards as uniquely cruel, and the "White Legend," which ennobles them, only distort understanding. Instead, I seek to recreate the past with its own integrity and within its own terms of reference.

Sabemos bien que las leyendas sobre España y las Américas pasan por un espectro que va del blanco al negro. No es el cromatismo lo que me guía en este libro, aunque quizá el lector encuentre aquí las razones que pudieron inducir a elegir uno u otro color; entre estas últimas no hay que descartar, como acertadamente observa David J. Weber, que España y los españoles nunca hispanizaron Norteamérica; al contrario de lo que ocurrió en Suramérica, la colonización dirigida hacia el norte del continente fue secundaria para el imperio español, ya que este era desmesuradamente grande y los costos de mantenimiento en el sur eran descomunales.<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> David J. Weber. *The Spanish Frontier in North America*. New Haven y London: Yale UP, 1992. 9, énfasis mío.

<sup>14</sup> "Although some 440,000 Spaniards emigrated to the New World by 1650, few were drawn to the backwater provinces such as Florida or New Mexico. Unlike English and French voyagers to the New World, for whom North America was the only option, Spaniards had opportunities to make their fortunes in the fabulous mining regions of Mexico, Central America, and in the Andean regions of South America" (Weber 90). "Spaniards never reconstructed Spanish culture and institutions in unadulterated forms. First, Spanish civilization had crossed the Atlantic in 'simplified' forms, which never reflected its full variety and complexity. Second, many Hispanic settlers had not come to the frontier directly from metropolitan Spain, but from peripheral areas such as Minorca, the Canaries, the Antilles, New Spain, where Spanish culture had already been filtered through other distinctive environmental, economic, and social settings" (Weber 314, énfasis mío).

Los datos que ofrece este libro revelan la pluralidad de posibilidades de contar la historia común de España y los EE. UU. durante el siglo XVI. Los detalles resultan tan atractivos para el investigador y el historiador como para el novelista o el director de cine, pues, además de los testimonios documentales tradicionalmente utilizados en la historia, este libro aporta relatos potencialmente fértiles tanto para la indagación histórica como para la ficción histórica: a) narraciones de los peligros y aventuras de quienes reclamaron títulos de propiedad en la costa atlántica norteamericana; b) aventuras de viajeros intrépidos; c) episodios de corsarios y naufragos; d) descripciones de tierras utópicas; e) acuerdos y engaños de españoles a indios americanos y viceversa; f) choque de culturas y creencias de los indios y de los colonos; g) negocios de mapas y documentos referidos a los descubrimientos y reclamación de tierras; h) conspiraciones, alianzas, traiciones y robos; i) raptos, muertes y martirios. Hay mujeres que viajan desde España hasta Florida llevando su cama, el baldaquino, la colcha, los candelabros, los cubiertos, la vajilla y todo lo necesario para guisar un cocido. Un indio se traga las perlas de su tesoro para evitar que se las roben, y quienes las buscan han de rescatarlas en una letrina. Hay también espionaje, transculturación, cambios de nombre, maletas con documentos perdidos y hallados y mucho más.

Es imposible abarcarlo todo de una vez, por eso estas páginas ofrecen un panorama; constituyen una primera entrega que espero continuar y que ahora esbozo en siete capítulos que giran en torno a dos núcleos: el primero (capítulos 1 al 4) trata de la parcialidad de las traducciones sobre los vínculos de la costa atlántica con España; el segundo núcleo (capítulos 5 al 7) trata de los reportes y la cartografía de las primeras colonias norteamericanas:

- Capítulo 1: “Borrón y cuenta nueva” trata del papel desarrollado por España en las colonias del sureste de EE. UU. durante el siglo XVI, y la importancia de las contribuciones indígenas.
- Capítulo 2: “Cuatro personajes en busca de autor: los indios Francisco Chicorano y don Luis de Velasco, el licenciado Ayllón, el capitán Avilés y las perlas de Co-fitachique”. Aquí documento la historia de las primeras colonias (“the original colonies”) en lo que hoy es EE. UU. y vinculo el proceso de formación de las mismas con la historia de la Temprana Modernidad española.
- Capítulo 3: “Perlas, mapas y corsarios”; en él me refiero a la formación de la leyenda de Chicora y el paso de la leyenda a la historia; describo los primeros pasos del conflicto europeo en la costa este de los EE. UU. y la interconexión de los hallazgos de Lucas Vázquez de Ayllón con los del corsario Juan Florín. Asimismo, aquí veremos cómo la leyenda de Chicora se filtra textualmente en Francia y cómo se produjo la espuria requisa de las “Tierras de Ayllón” que en los mapas galos pasaron a ser “La Terre aux Bretons”.
- Capítulo 4: “¡Ajacán, Ajacán!” En él narro las aventuras del indio don Luis y desventuras del padre Rogel, los pormenores del viaje a Ajacán, la trama de don Luis y la historia de Ajacán como una tragedia anunciada a través de las cartas. Aquí destaco el papel desempeñado por la censura del Departamento de Estado norteamericano en 1840 en la narración de esta historia.
- Capítulo 5: “Política y ficción sobre la costa atlántica. El discurso hispanobritánico”; en él se incluye un análisis de la interdependencia de los reportes literarios, apropiación política y las diferencias entre la estrategia británica, francesa y española respecto a las “colonias originales”.

- Capítulo 6: “Los herederos de Geoffrey de Monmouth”. En él se documenta el servicio que los traductores le prestaron a la corona británica, la importancia de los escritos de Richard Hakluyt, quien siempre presentó a España como la archienemiga de Inglaterra; lo mismo que John Smith, cuyas obras *A true relation of such occurrences and accidents of noate as hath hapned in Virginia* (Londres 1608) y *A map of Virginia with a description of that country* (Londres 1612) marcaron el devenir textual de la costa atlántica como territorio genuinamente británico.
- Capítulo 7: “Cartógrafos al poder”, trata de la importancia que tuvieron los cartógrafos europeos en las decisiones internacionales sobre adscripción de poder en los territorios del Nuevo Mundo.

En este estudio, independiente e inapologético, he reunido información procedente de los investigadores a quienes cito ampliamente en el texto; mi aporte personal consiste en haber recopilado los datos, en haberle dado una visión de conjunto a la pluralidad de perspectivas en las que me baso, y en el análisis de los hechos. No me atribuyo, sin embargo, el descubrimiento de los documentos que ellos han sacado a la luz.<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> De no indicar lo contrario y para aligerar la lectura, cuando traduzco y adapto las abundantísimas referencias que doy, refiero al lector a la obra de donde proceden, en lugar de incluir el texto en la lengua original y luego traducirlo. Lo mismo que cuando cito crónicas y documentos investigados y descubiertos por otros les atribuyo el mérito a ellos y, una vez cotejadas, mantengo las referencias originales que proporcionan.

**Capítulo I**  
**Borrón y cuenta nueva**



Mapamundi de 1500 de Juan de la Cosa. El Nuevo Mundo se ubica en la parte superior, en verde. Véase detalle en la pág. 104.

## DATOS PARA UNA PROPUESTA

La historia de la costa atlántica norteamericana ha dado lugar a interpretaciones diferentes. Las de George R. Stewart, Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, Robert L. Benson, Richard Hakluyt y Robert Greenhow contrastan con las que han expresado, entre otros prominentes investigadores, Philip Wayne Powell, Felipe Fernández-Armesto, Michael Gannon, Charles Hudson, David G. Moore, Paul E. Hoffman, Christopher B. Rodning, Seth Mallios, Thomas E. Chávez, Lyle N. McAllister, Gregory H. Nobles, Louis de Vorse, Lewis Evans, Gregory Waselkov y Anna Brickhouse. En ocasiones, las citas que incluyo de los trabajos de estos críticos son extensas porque el contenido documental y poco difundido de los mismos así lo requiere. Las obras y autores que he elegido para examinar las discrepancias interpretativas entre ambos grupos ejemplifican el anverso y el reverso de las páginas de la historia de dicho territorio.

Los hitos históricos relacionados con Lucas Vázquez de Ayllón, Francisco Chicorano, Pedro Menéndez de Avilés y don Luis el indio están jalonados, entre otros, por los siguientes acontecimientos que testimonian la presencia española en la costa atlántica norteamericana y el este de los actuales Estados Unidos:

- 1505, Ponce de León funda San Juan en la actual Puerto Rico.
- 1513, Ponce de León llega a La Florida. Los españoles fundan treinta y nueve misiones en La Florida española,

hoy solo sobrevive la misión de San Agustín, ciudad con presencia española ininterrumpida desde 1565.

- 1521, primera expedición de Lucas Vázquez de Ayllón; parte de Santo Domingo, donde Ayllón era adelantado, y llega a las islas Catalinas (Carolina del Sur).
- En 1525 y 1526, Ayllón patrocina otras dos expediciones, una con Pedro de Quexo y Francisco Gordillo y la siguiente solo con Quexo. Ayllón se embarca en la de 1526, lleva consigo y sufraga los costes de seis naves, seiscientos colonos, ganado y vituallas para todos ellos; llegan a la Bahía de Santa María (nombre abreviado de la Bahía de Nuestra Señora Santa María de Ajacán y actual Bahía Chesapeake); fundan las colonias de San Miguel de Gualdape y Orista. Naufraga la nave Capitana con las vituallas y muere Ayllón.
- 1525 y 1526, los viajes de Ayllón fueron guiados y desviados por Francisco Chicorano, indio de la tribu algonquina que había sido capturado en la primera expedición del adelantado.
- 1527, Pánfilo de Narváez llega a la Bahía de San Carlos (Tampa Bay); se produce un naufragio y quedan cuatro sobrevivientes: el cronista Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Alonso del Castillo y Esteban el Negro, quienes cruzaron el actual cañón del Colorado a pie y llegaron hasta México.
- 1539, Hernando de Soto llega a la Bahía de Tampa con seiscientos cuarenta colonos, incluyendo frailes, carpinteros, navegantes, ingenieros, herreros, agricultores, mercaderes y abogados, además de soldados y doscientos caballos. De Soto viaja a través de Tennessee, Kentucky e Indiana; se piensa que sus hombres llegaron hasta el lago Michigan. De Soto, no habiendo encontrado el soñado pasaje marítimo a China por el norte del continente americano, regresa al sur por los actuales Estados de Illinois, Missouri y Arkansas.

- 1550-58, hubo varias expediciones españolas, desde México, Santo Domingo y España hasta la costa atlántica norteamericana, aunque no siempre con éxito. Tristán de Luna y Arellano, Lucas Vázquez de Ayllón hijo y Juan de Cerón intentaron revivir el sueño de Ayllón padre y colonizar Chicora; sus naves naufragaron.<sup>1</sup>
- 1564, Pedro Menéndez de Avilés es encargado de gobernar La Florida, funda Santa Elena, en el lugar así nombrado por Ayllón (Parris Island, Carolina del Sur), cuya historia conoce dos fases: 1565-1576 y 1577-1587, y derrota a los franceses que se habían asentado en Port Royal, dentro del territorio reclamado por los españoles (Bolton 136);<sup>2</sup> Menéndez de Avilés funda San Agustín en 1565 y encarga a Juan Pardo las expediciones al norte.
- 1566-1587, Santa Elena es declarada capital de La Florida. Fue fundada sobre el antiguo Charlesfort con la intención de combatir las incursiones francesas y para extender los territorios españoles hacia el norte.<sup>3</sup>
- 1566, primera expedición de Juan Pardo, desde Santa Elena hasta Catawba Valley, y después hacia las montañas en los actuales estados de Carolina del Norte y Tennessee. Fundación del Fuerte San Juan en el poblado indio de Joara, en las proximidades de la misión de Orista.
- 1567-1568, segunda expedición de Juan Pardo; fundación de los Fuertes de Goatari, Olamico y Cauchi. Juan

---

<sup>1</sup> En el Archivo General de Indias (AGI) se conservan documentos sobre este episodio, siendo de especial importancia los papeles de Tristán de Luna: Herbert Ingram Priestley, ed. *The Luna Papers: Documents Relating to the Expedition of don Tristán de Luna y Arellano for the Conquest of La Florida, 1559-1561*. 2 vols., Tuscaloosa, AL: Alabama UP, 1928.

<sup>2</sup> Herbert E. Bolton, *The Spanish Borderlands*, New York, United States Publishers Association, Inc., 1970.

<sup>3</sup> Véanse los mapas de <http://www.virginiaplaces.org/settleland/spanish.html>

de la Bandera deja actas sobre su fundación –conservadas en el AGI– y toma de posesión de dichas tierras.

- 1571, bajo el mando de Pedro Menéndez de Avilés, se funda la colonia y misión de Santa María de Ajacán, en la actual Virginia, que lleva este nombre por hallarse en las proximidades de la que los españoles nombraron “Bahía de Santa María”. Es posible que la misión jesuita de Ajacán estuviera ubicada en el pueblo llamado Axcam, en el lado de New Kent del río Discaund, donde se une al Chickahominy River en Virginia (Gil 55).
- 1571, el indio don Luis de Velasco –que fue protegido y asalariado por Felipe II– y sirvió de guía en la expedición de Ajacán, organiza un plan de ataque para impedir la colonización española de su tierra natal y, tras recibir ayuda de los suyos, destruyó la misión allí fundada y exterminó a los colonos españoles.
- 1607, siguiendo la ruta establecida por Colón y navegando en tres carabelas desde Londres, los ingleses viajaron desde Canarias hasta el Caribe y llegaron a la Bahía de Santa María, finalmente, se asentaron en Jamestown treinta y seis años después de la fundación de Ajacán y en las proximidades de esta colonia española.
- 1658, se establece la comunidad sefardita en Rhode Island y se funda la Sinagoga de Touro, siendo ambas las primeras comunidades judías en los actuales EE. UU.

En el siglo XVI, Alonso Gregorio de Escobedo dice que La Florida se extendía desde el Río de las Palmas en la Nueva España hasta los Bacallaos (cerca de Terranova).<sup>4</sup> En un reciente estudio de Alexandra E. Sununu, se dice que La Florida colonial era menos extensa, que incluía los Estados actuales

---

<sup>4</sup> Alexandra E. Sununu (Ed.) “Introducción”. *La Florida* de Alonso Gregorio de Escobedo *O.F.M. Estudio y edición anotada de Alexandra E. Sununu*. New York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2015. Colección Plural Espejo 5, 22.

de Carolina del Sur, Georgia y Florida, y que la provincia de Santa Elena comprendía también la isla de Cuba; Juan Carlos Mercado (*Cartas* 26) dice que las tierras de La Florida ocupaban los actuales estados de Georgia, Florida, Alabama, Mississippi, Louisiana, parte de Texas y el sur de Carolina. Independientemente de la veracidad de la aserción de Escobedo, lo que nos importa aquí es la mención que él hace a esta área geográfica, que obviamente forma parte del acervo cultural de su tiempo y se basa en la cartografía custodiada por la Casa de Contratación. Una descripción más detallada del territorio de La Florida colonial se encuentra en la obra de Gregory J. Keegan, quien afirma que esta abarcaba:<sup>5</sup>

todo lo que hay desde el río de Palmas (actual río Grande el Norte, frontera de México con los Estados Unidos), que confinaba con la gobernación de Panuco en la Nueva España, hasta los Bacallaos, que estaba en el pasaje de España y Francia en 50 grados. Desde el año 1565, en la Capitulación que se tomó con Pedro Menéndez de Avilés, se limitó a lo que hay entre los Ancones y bahía de San José, que estaba en la costa del Golfo de la Nueva España en 36 grados de longitud y 24,5 de altura, hasta la punta de los Mártires, y desde allí a Terranova, que pasa de los 60 grados de altura en el paraje de Inglaterra y Escocia.

La disparidad de opiniones sobre la extensión de La Florida colonial revela un conocimiento tan impreciso como rico sobre la geografía de la costa atlántica norteamericana. Las Tierras de Ayllón quedan dentro de La Florida española, cuya colonización, según Keegan, se llevó a cabo entre 1513 y 1539 y ocurrió en dos etapas separadas por un intervalo de diez años, marcado este por el fracaso de la expedición de Pánfilo de Narváez —de 1513 a 1527 y de 1538 a 1539. Keegan describe puntualmente un total de trece expediciones españolas destinadas a la antigua Florida durante aquellos años:

---

<sup>5</sup> Gregory J. Keegan. *Experiencia misionera en La Florida (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1957, 50.

A los viajes de Ponce de León en 1513 y 1521, Lucas Vázquez de Ayllón en 1526, Pánfilo de Narváez en 1527, y Hernando de Soto en 1539 se debió el conocimiento de La Florida. [...] El primer fruto de la expedición de Ponce de León fue el de Miruelo, quien en 1516 llega a las cercanías de la bahía Apalache [...] al año siguiente, 1517, Hernández de Córdoba organiza una nueva expedición [...] que estaba formada por cuatro navíos con ciento diez soldados [...] en 1519 una nueva expedición recorre las costas floridianas. Era la capitaneada por Álvarez de Pineda y que explora la costa Oeste de Florida [...], pasa las bocas del Mississippi [...], descubre que La Florida no es una isla [...] en el mismo año de 1519 Francisco de Garay, el gobernador de Jamaica, equipa otras cuatro naves y las envía, bajo el mando de Diego Camayo, a las costas de La Florida, donde construirán un fuerte [...] Lucas Vázquez de Ayllón en el siguiente año de 1520 [...] equipó una carabela, que salió del Puerto de La Plata al mando de Francisco Gordillo, con objeto de descubrir todas las tierras desconocidas del litoral Norte de Florida [...] Ayllón capitula con Carlos V [...]. En 1524 Ayllón firma con el Emperador la prorrogación de este contrato hasta 1525 [...] en 1525 envía a Quexos con dos carabelas de reconocimiento, y en 1526 salen de La Plata tres navíos con seiscientas personas [...] llegan al río Jordán donde fundan un poblado [...] En el mismo año Pánfilo de Narváez [...] concierta con el Emperador unas Capitulaciones [...] en 1527 sale de Sanlúcar [...] con cinco naves y seiscientas personas [...] llega a Tampa [...] hasta 1538 no se realiza ninguna otra expedición. En este año Hernando de Soto sale de Sanlúcar con el cargo de Adelantado, Capitán General y Gobernador de Florida, y con diez naves y cerca de mil personas [...] en 1539 llega a Tampa (Keegan 89-97).

La segunda fase de la colonización española, que Keegan denomina de conquista, y el enfrentamiento con Francia e Inglaterra, comienza con Tristán de Luna y con Villafañe, y en ella el personaje más destacado es Pedro Menéndez de Avilés.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Los detalles de esta última expedición, asentamiento y ulterior desenlace se encuentran documentados en las pp. 158-318 de la citada obra de Keegan.

## Anverso y reverso de las páginas de la historia

En *Names on the Land. A Historical Account of Placename in the United States* de George R. Stewart –quien fue premiado en muchas ocasiones por varias agencias del gobierno norteamericano –, se lee la siguiente presentación del autor:<sup>7</sup> “An interpreter of California History [...] [he] was honored by the United States Board of Geographical Names, the Association of American Geographers, and the American Name Society for his work on place and names.” Entre otros galardones, Stewart recibió la medalla de oro del *Commonwealth Club* de California por su libro *East of the Giants*, ganó la medalla de Sidney Hillman en 1972, y la *California Historical Society* le otorgó la medalla “Henry R. Wagner” por su larga y distinguida carrera.

La obra de Stewart, que se centra fundamentalmente en California, hace importantes alusiones a la costa atlántica, que citaré textualmente en virtud de la conexión ideológica que Stewart establece entre las Américas y España; sus menciones a Chicora y a las Tierras de Ayllón son de particular interés; de ellas dice:

because every Spaniard had the hope of discovering some rich kingdom [...] another México or Perú. So arose the tale of the great kingdom of Chicora, with its twenty-one provinces, all bearing such fairytale names as Xapira, Tanaca, Xoxi, and Guacaya (Stewart 13).

Afirma asimismo Stewart que los españoles no se molestaron (“did not bother”) en cambiar los topónimos indígenas y que los adaptaron a su modo; tal fue el caso de *Gualé*, que los españoles, según Stewart, cambiaron a *Gualape*. Se trata de un error de Stewart, ya que el nombre correcto de la colonia española es San Miguel de Gualdape, esta fue colonia fundada

---

<sup>7</sup> George R. Stewart. *Names on the Land: A Historical Account of Placename in the United States*. 4ª ed. San Francisco: Lexicos, 1982. xvi.

por Ayllón y a ella le corresponde el honor de ser la primera de las colonias originales.

La parcialidad sobre la población europea en la costa atlántica se manifiesta de diversos modos en las letras inglesas y angloamericanas, desde la elección de sustantivos como “*conquest*” – para referirse a las colonias españolas– frente a “*settlement*” – para hablar de las inglesas y francesas–, hasta los dobles baremos de que se sirven para describir la apropiación de tierras en el Nuevo Mundo. Esto nos dice Stewart de los españoles:

The Spaniards, with their love of pomp and solemnity, sometimes took possession of a new country with high formality, even spending the greater part of a day in the ceremonies. They set up a cross, and held mass; the soldiers paraded and fired guns. The captain drew his sword and defied the world to deny the right of the King of Spain to all that region. Then he performed symbolic acts of ownership, throwing stones and hacking trees with his sword. The rites of taking possession made use of a particular name for the country, and sometimes water was taken from the ocean or a river and poured upon the dry land as a kind of baptism (Stewart 17).

Recordemos aquí que todo país europeo tenía un ritual bastante parecido al arriba descrito para justificar la toma de posesión de los lugares de ultramar que, de hecho, no les pertenecían. Pero el desatino más notable del galardonado crítico, y buen ejemplo de la distorsión de los datos sobre la costa atlántica, es la siguiente afirmación:

To establish names in the new land was not easy. Of all the hundreds, which during a half a century the Spanish voyagers strewed along the coasts, *east and west, only a few survived*. [...] Thus, during a half century after Ponce de León the Spaniards voyaged by sea and marched by land, but they placed *only three names* which in later years would stand large on the map—*Florida and Apalchen* to the east and *California* to the west. Here and there some smaller name lingered, but in the future in that land held little for the Indian names, neither did for the Spanish (Stewart 17-19, énfasis mío).

Por el contrario, hablando de los ingleses dice el mencionado historiador:

So they named the land, and lived in it through centuries when no names needed to be given, except here and there for a new village or castle or street. The language changed. Men forgot many meanings, and lost much of the primitive feeling that a name should naturally describe the place. New forms arose and words came in from other languages—cape, point, creek, meadow, and many others (Stewart 21).

Para destacar la prominencia de las colonias británicas en la costa atlántica, Stewart afirma que un cartulario británico de 1620 se refiere a las mismas como “the country of Main Land” y que dos años más tarde se les concedió una carta de navegación a dos marineros experimentados —“two old sea-dogs” (Sir Ferdinand Gorges y Capitán John Mason) de la Marina Real—; en un documento de 1622, ambos navegantes declaran que esta provincia debía llamarse “Main”. Siguiendo las pautas de Sir Ferdinand Gorges y John Mason, Sir Robert Heath —que era el Attorney General— solicitó que a los dos navegantes se les concedieran las tierras del sur y que estas fueran nombradas en honor del rey Charles I (Carolus), de ahí el nombre “Carolina” pues Carlos I de Inglaterra reinó entre 1625 y 1649. Lo que no dice Stewart es que el fuerte de Charlesfort y Port Royal, fundados en Carolina del Sur, se ubicaban en La Florida española, y que las desavenencias que esto provocó terminaron en el conflicto con Avilés y la derrota de los franceses en Matanzas —“A French settlement was founded, protected by Fort Caroline, on St. John’s River, in the land which Ponce de León had taken solemn possession for Spain” (Bolton 136).

Esto es lo que Fernández Shaw y Piña Rosales aportan sobre los mismos hechos:

In 1525, long before the name Maine was given to the ship whose sinking led the United States to declare war against Spain in 1898, Esteban Gomes, pilot to the Emperor Charles V (King Charles I of Spain), visited the coast of Maine and left records of his voyage. A local historian

has described his visit as memorable and more thorough than those of any of his European predecessors, including the Vikings. In order to identify places with a view to subsequent expeditions, Gómez named a number of major features. Some of those names still survive: Campo Bello, an attractive island on which he landed; Bahía del Casco or Casco Bay [...]; Bahía del Saco, or Saco Bay, a sack-net (casco in Spanish) [...] Bahía Profunda, now the Bay of Fundy, with dark waters and high waves breaking against the rocks. He sailed up a river that he mistakenly took to be a strait and called it Estrecho de los Gamos, now Penobscot Bay. Cape Elizabeth was to appear on the map drawn up by Gutierrez in 1562 as Cabo de las Muchas Islas, or Cape of Many Islands (Fernández Shaw-Piña Rosales 48).

Para explicar el topónimo “Maryland”, el autor de *Names on the Land* omite los nombres “Santa María” y “Bahía de Santa María” que figuran en los mapas españoles reproducidos al comienzo de este libro; el primero se debe al portugués Esteban Gomes (contratado por la corona española), quien en 1525 llegó a lo que hoy es Cape Cod, Massachusetts, y lo llamó “Cabo de Santa María”; dicho lugar aparece en el mapa de Juan Vespucio y en el de Diego Ribero (1526 y 1529 respectivamente), lo cual permite pensar que este, al igual que otros muchos nombres, fue adaptado al inglés, en este caso como “Maryland”. Hoy día pervive el antropónimo “Mary” en la ciudad de “Saint Mary” y en la bahía atlántica “Saint Mary’s Bay” (o Chesapeake Bay). Estos topónimos e hidrónimos testimonian la temprana presencia española en esta área, además de la excepcional devoción de los misioneros franciscanos españoles de la costa atlántica hacia la Virgen María, hecho que se explica por la dependencia de la provincia eclesiástica de La Florida de la provincia eclesiástica del Perú, regida por los franciscanos y que –como ha afirmado David H. Thomas– se refleja de manera particular también en su indumentaria: los franciscanos de la metrópolis llevan tres nudos en el cingulo de su hábito como símbolo de los votos de obediencia, castidad y pobreza, pero solo los franciscanos españoles del Nuevo Mundo llevaban además

un cuarto nudo, este es en honor de Santa María y en defensa del dogma de su virginidad.<sup>8</sup> En el siglo XVI, en el mapa de Ribero 1529 y en el rotero de Alfonso de Chávez 1525, el hidrónimo “Bahía de Santa María” corresponde a lo que hoy es Roanoke Sound, en Nags Head, Carolina del Norte (a esta me referiré en el capítulo 4); pero Esteban Gómez en 1525 había llamado Cabo de Santa María a lo que hoy es Cape Cod, en Massachusetts. Y en 1525 lo que hoy es Chesapeake Bay, se conocía como Bahía de Santa María Madre de Dios, siguiendo la nomenclatura de los viajes de Pedro de Quexo y Francisco Gordillo. En 1570, Avilés se refiere a esta como “Bahía de Santa María de Jacán”. El mapa actualizado de la costa atlántica de Paul E. Hoffman que se ofrece al comienzo de este libro nos permite ver que el hidrónimo Bahía de Santa María figura simultáneamente en dos lugares, y que el Cabo de Santa María fue de dudosa ubicación; pero, tras los viajes de Ayllón, se situaron ambos en puntos muy próximos a las coordenadas geográficas que enmarcan la actual Chesapeake Bay. De aquí en adelante, de no indicar otra cosa, me refiero a la Bahía de Santa María que fue hidrónimo de la actual Chesapeake Bay.

El topónimo “Maryland” tiene una explicación muy distinta para Stewart. Según él, Lord Baltimore obtuvo licencia para ir a las tierras al norte de las Carolinas en 1625 y quiso llamar “Crescentia” a dicho territorio pero decidió no poner el nombre en el mapa hasta presentárselo al rey para que este decidiera (recordemos que en 1526 ya está registrado el nombre de Santa María). Dice Stewart que el mapa consultado tenía un espacio en blanco: “*The King saw the blank space, and asked what name should be put there*”, y que Lord Baltimore, que pretendía lisonjear al rey, adujo que le habría gustado nom-

---

<sup>8</sup> Prueba de la relevancia de este tema es que *La Florida* de Alonso Gregorio de Escobedo dedica el canto trigésimosexto (Sununu 696-709) a defender la virginidad de María.

brarla en su honor pero que no pudo hacerlo por estar ya dado el nombre “Carolina” en sus nuevos dominios. La teoría más difundida en las letras angloamericanas –que Stewart ratifica – es que Charles I decidió entonces honrar a su esposa, la reina Henrietta Maria y sugirió el nombre “Mariana”. Sir Baltimore, prosigue Stewart, pensando todavía en llamar “Crescentia” a estas tierras, repuso que ese era el nombre del jesuita español que había escrito contra la monarquía inglesa; con lo cual, dice Stewart, Charles I quien, como hemos dicho, reina cien años después de los viajes de Ayllón a la bahía así nombrada por los españoles, decidió que se llamase “Terra Mariae”, que en inglés es “Maryland”: “So in Latin Charters the name stood as ‘Terra Mariae, *anglice*, Maryland’ and the King made known, so we name it and so we will it to be named in the future” (Stewart 43-44). Tenemos, pues, mapas y roteros de viaje españoles anteriores a la llegada de los ingleses que se refieren a la “Bahía de Santa María” y aunque también tenemos cartularios ingleses que se refieren a la misma región geográfica como “Terra Mariae”, creo que la evidencia cronológica es determinante.

La adenda a algunos de los desaciertos que han pasado a la historia es la que yo llamo “teoría de los tres nombres” de Stewart –pues según él solo los nombres españoles de “Florida”, “Apalache” y “California” sobreviven: “the Spaniards voyaged by sea and marched by land, but they placed only three names”–.<sup>9</sup> Podríamos pensar que el desconocimiento del pasa-

---

<sup>9</sup> No es éste el lugar para rebatir la “teoría de los tres nombres” y aunque la costa del Pacífico no es el objeto de mi estudio, sí lo es de Stewart y por eso debemos recordar que hay un libro entero solo para los nombres españoles en California: *California’s Spanish Place-Names: What They Meant and How They Got There*. Los autores del mismo, Barbara y Rudy Marinacci, son bastante más moderados que George Stewart en sus comentarios y, amén de los cientos de topónimos de origen hispano que citan, afirman que de los cincuenta y ocho condados californianos, treinta y dos llevan nombre español, es decir más de la mitad (Marinacci 13); asimismo, catorce de las dieciséis grandes ciudades de dicho estado

do español de la Bahía se debe al escaso impacto que tuvieron las colonias de Ayllón y Avilés en esta región, pero Richard L. Kagan traza la larga historia del antihispanismo angloamericano, que comenzó con William H. Prescott a principios del siglo XIX, y aunque ha ido en paulatino e ininterrumpido retroceso,<sup>10</sup> cuenta con personajes famosos. Así lo afirmó en 1971 Philip Wayne Powell, quien dedicó un libro a la historia de la hispanofobia, donde señala notables errores históricos en los libros de texto norteamericanos utilizados hasta el tercer cuarto del siglo XX (1971).<sup>11</sup>

Dentro de Europa, el demérito hacia el conocimiento de la costa atlántica que tenían los españoles a principios de siglo XVI nace en Alemania, durante la llamada “Schmalkaldic” o Guerra española (1546-1552), cuando Carlos I de España luchó contra los protestantes:

the Dutch who led in the publications of this travel-history-geography literature during the seventeenth century. The mere fact of this Dutch leadership would be enough to assure maintenance of the anti-Spanish bias, for by the opening of the century it was a basic tenet of their national patriotism (Powell 97).

---

tienen nombre español y el de otras muchas ha sido traducido del español al inglés, ej. “Okland < Encinal”, práctica esta que se aplicó a la tierra y a la Bahía de Santa María. El acto de dar nombres españoles a las tierras californianas conoció sus altibajos: “At first it looked as if Spanish names would fade from view, but a source of renewed interest in the Spanish past began in the 1880s, inspired by the enormous popularity of the novel *Ramona* (p. 11). Barbara y Rudy Marinacci. *California’s Spanish Place-Names: What They Meant and How They Got There*. 2ª ed. Houston: Gulf, 1980.

<sup>10</sup> Richard L. Kagan, “Prescott’s Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain,” *The American Historical Review* 101 (1996): 423-446.

<sup>11</sup> Philip Wayne Powell. *Tree of Hate: Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World*. New York: Basic Books, 1971.

Powell piensa que la primera edición inglesa de *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* del padre de las Casas tuvo como objetivo principal la promoción del antihispanismo, y así lo demuestra Richard Hakluyt en su *Discourse on Western Planting*.

Generaciones de estudiantes angloamericanos se han nutrido de la edición de las Casas en la que colaboraron Richard Hakluyt y Theodore De Bry (grabador, impresor y librero residente en Frankfurt). Explica Powell que, en 1598, los De Bry de Frankfurt sacaron una publicación de la *Breve relación* de Fray Bartolomé con una variante significativa: en ella, y aquí traduzco libremente a Powell, se incluían diecisiete grabados ilustrando las torturas y aberraciones denunciadas por Las Casas que dieron la vuelta al mundo; dicha edición iba destinada a un público de insaciable deseo por lo horripilante. El título de la edición inglesa de Las Casas (1656) reza así:

*The Tears of the Indians: Being an Historical and true Account of the Cruel Massacres and Slaughters of the above Twenty Millions of innocent People; Committed by the Spaniards in the Islands of Hispaniola, Cuba, Jamaica, &c. As also, in the Continent of Mexico, Peru, & other Places of the West-Indies, To the total destruction of those Countries. Written in Spanish by Casas, an Eye-witness of those things, And made English by J. P., London, 1656.*

En los EE. UU., la propaganda anclada en el texto de Las Casas se recrudeció explicablemente en 1898: “All the skeletons in the closet of Spanish depravity were hauled out, including an 1898 New York Edition of Bartolomé de las Casas, with this horrifying title: *An Historical and True Account of the Cruel Massacre and Slaughter of 20,000,000 People in the West Indies by the Spaniards*” (Powell 134). Este hecho fue denunciado, ya a mediados del siglo XX (1944), en el American Council of Education (ACE):

The traditional story of Spanish shortcomings is characteristic of the high school texts [...] The causes that originally brought about this

(Black legend) legacy of hatred and misunderstanding have long since ceased to be operative, but the tradition of infamy still lingers in the pages of the textbooks and in the minds of their readers [...] In these high school texts with regularity, among the traditionally ‘bad things’ are found the Spaniards [...] For the whole four centuries, one finds misinterpretations and errors about the land system, the status of the Indian, and the status of the church. For the colonial period, besides misunderstanding of the Spanish system in general, they concern especially self-government and the level of intellectual life. The background of the independence movement and of the succeeding disorders, difficulties, and ‘backward’ culture is rarely understood. Most of the biographers dealing with independence, and some others, apparently influenced by the Black Legend, are so ignorant about the colonial regime that they not only fail to give it its due as an *unparalleled achievement in cultural transplantation* but present the colonial background so peculiarly as to make the independence movement and its leaders unintelligible (Powell 135-36, énfasis mío).

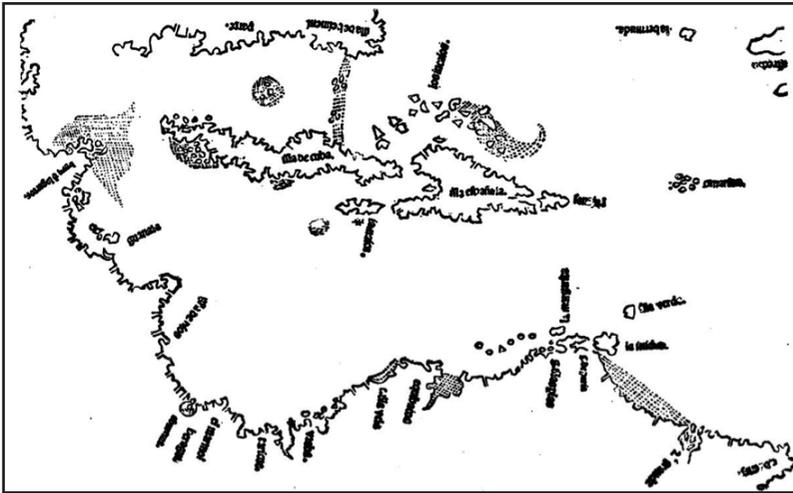
Otra obra, publicada cinco años más tarde que la de Powell, es *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*;<sup>12</sup> se trata de una colección de ensayos en la que colaboraron prestigiosos americanistas de los años 70 del siglo XX; en ella, cuando se menciona el mapa de Martin Waldseemüller (1507) como el más influyente entre los que representan el Nuevo Mundo, Norman Thrower afirma que “the northeastern coasts of North America discovered by John Cabot in the 1490’s were added to the world map by his son Sebastian, Pilot Major of Spain, as late as 1544. Captain John Smith, who set new standards of reliability in his 1612 map of Chesapeake Bay” (666).<sup>13</sup> Sin embargo, en el ensayo de Thrower faltan los nombres de Juan de la Cosa, Esteban Gomes, Juan Vespucio

---

<sup>12</sup> Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson, eds. *First Images of America: The Impact of the New World on the Old*. 2 vols. Berkeley: California UP, 1976.

<sup>13</sup> Norman J. W. Thrower. “New Geographical Horizons: Maps.” *First Images of America: The Impact of the New World on the Old*. Eds. Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson. Vol. II. Berkeley: California UP, 1976. 659-667.

y Diego Ribero y la importantísima conexión de Juan Caboto con la Casa de Contratación; además, en el mapa de la p. 667 que usa Thrower para ilustrar su ensayo —que es el que publicó Pedro Mártir en sus *Décadas*— falta el sur de la costa atlántica de La Florida española, a la cual Mártir se refiere en su mapa como “Isla de Beimini Parte.”



Este mapa de 1511, presentado aquí en facsímil proviene de otro facsímil en el catálogo de Carter-Brown, se ha reproducido varias veces y es el registro más temprano de las Bermudas. *Narrative and critical history of America*, 3 vols, vol. 2. New York: AMS, 1967, vol. 2 por Justin Winsor.

Louis de Vorsey, en su estudio sobre los indios cartógrafos, reproduce el mapa de Pedro Mártir que falta en el ensayo de Thrower y demuestra que Florida, aunque como isla, ya estaba documentada en tiempos del humanista.

También sería de esperar que en *First Images of America. The Impact of the New World on the Old* los estudios dedicados a la cartografía del sureste norteamericano incluyesen, al menos, el planisferio de 1526 de Juan Vespucio en el que figuran las tierras de Ayllón, las tierras de Gomes y Florida, todas ellas conocidas en Europa gracias al patrocinio de la corona espa-

ñola y cuyas imágenes de Norteamérica son las primeras entre las “primeras imágenes”.

En la misma línea de ausencias de esta importante colección de ensayos, hay que señalar que los españoles no aparecen en la tabla cronológica de las exploraciones, ni de la política, ni del comercio, ni se menciona el papel de la iglesia, la literatura, las artes, la navegación y otros aportes decisivos de España en el proceso de exploración de América del Norte. En *First Images of America. The Impact of the New World on the Old* (pp. 893 y ss.) se recogen los topónimos, antropónimos y acontecimientos principales relativos a estas primeras imágenes de Nuevo Mundo en dos gruesos volúmenes, que suman casi 1.000 páginas, pero no hay ninguna mención a Vázquez de Ayllón, Ponce de León, Menéndez de Avilés, Tristán de Luna, Quexo, Gordillo, Juan Pardo, los franciscanos de Georgia, los jesuitas de Ajacán, Hernando de Soto, ni a cualquiera de los datos que listé al comienzo de este capítulo. Apenas son mencionados dos veces, y entre líneas, una vez en cada volumen, Cabeza de Vaca, Cabrillo, Gómara, y Narváez. Los participantes españoles de las expediciones de la costa atlántica norteamericana no están en *First Images of America. The Impact of the New World on the Old*, obra que debería haber recibido otro título: “*Selective*” *First Images of America*.

Sin duda, como afirma Felipe Fernández-Armesto, la propaganda más eficaz a favor del imperio de Isabel I de Inglaterra y contra España en la costa atlántica fue realizada por Richard Hakluyt, Humphrey Gilbert y John Dee. Este último, afirma Fernández-Armesto, defendió arduamente los supuestos derechos de Inglaterra a las tierras del Atlántico Norte y propuso a Isabel I como liberadora del yugo español que oprimía a Europa.<sup>14</sup> Para ello –como digo en el capítulo de este libro dedicado a los reportes literarios– los tres personajes citados recurrieron

---

<sup>14</sup> Felipe Fernández-Armesto. *Our America: A Hispanic History of the United States*. New York: Norton and Company, 2014.

a historias imaginarias y atribuyeron al rey Arturo la conquista de Islandia, Groenlandia, Lapland, Rusia y el Polo Norte. Fernández-Armesto afirma que Isabel I estaba familiarizada con la usurpación del poder y, basándose en las profecías de Merlín, orientó sus acciones a justificar los derechos de la dinastía Tudor en su corte. En esta lista de descréditos e invectivas, muchos académicos, como Fernández-Armesto, han visto en la modelación del personaje de John Smith una imitación literaria de las figuras de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro; y las cualidades que eran negativas en los españoles se tornaron heroicas en Smith.

Richard L. Kagan, en el artículo antes mencionado, ratifica las opiniones de Powell pero demuestra el cambio radical que experimentaron los estudios sobre España y la historia de los EE. UU. desde 1970 hasta 1990; ya en el segundo milenio, el libro de Alan Taylor, *American Colonies. The Settling of North America* (2001), ofrece una visión rica y equilibrada sobre la formación de los EE. UU. y da amplio crédito al pasado español en su costa atlántica.<sup>15</sup> Aun así, los rasgos destacados sobre Avilés en este texto siguen siendo su rudeza y su habilidad marina –“a resourceful and ruthless naval officer” (Taylor 77). Taylor menciona la historia de don Luis y reconoce el beneficio que Ajacán supuso para los ingleses:

Unable to capture Luis de Velasco, Menendez settled for killing twenty Indians in combat and hanging another fourteen from the yardarm of a warship. He then sailed away, leaving Chesapeake Bay to the Indians. The Spanish withdrawal subsequently benefited the English, who founded their Jamestown colony near the destroyed mission (Taylor 78).

Asimismo, Taylor justifica el triunfo colonizador de los ingleses en Jamestown como resultado de la negligencia hispanofrancesa: “Neglected by the Spanish and the French, the

---

<sup>15</sup> Alan Taylor, *American Colonies. The Settling of North America*, New York: Penguin Books, 2002.

mid-Atlantic seaboard remained open to English colonization during the 1580s” (Taylor 118).

### **Un poco, solo lo justo, sobre España**

Por ser una historia con relativamente pocas repercusiones económicas, políticas o de otro orden, la historia española del siglo XVI de las actuales Virginia, Maryland, las Carolinas y Georgia ha sido la gran desconocida. Sin embargo, como aquí veremos, existen extraordinarios estudios sobre las contribuciones españolas a la formación de los EE. UU. y a las “original colonies”, pero aún hay mucho camino por recorrer.<sup>16</sup>

Como referente histórico, y para dar una perspectiva cronológica, recordemos que: a) EE. UU. como país independiente tiene hoy (2016) apenas 240 años de edad; y b) desde la llegada de Ponce de León (1513) hasta la transferencia de poderes a la corona británica (1763) transcurrieron 250 años de presencia continuada de los españoles en el sur de la costa atlántica. Igualmente, La Florida pasó nuevamente a manos españolas entre 1783 y 1821, con lo cual la duración de la presencia española en La Florida alcanza 288 años. Igualmente, los hechos protagonizados por los españoles desde la costa hacia el interior también han tenido poca difusión. Así, por ejemplo, uno de los datos menos conocidos sobre la Temprana Modernidad hacia el interior de la costa atlántica es la existencia de los melungeos, grupo étnico trirracial –con un alto componente español unido al de africanos subsaharianos y amerindios– que hoy habita al pie de las montañas Apalaches; a este grupo perteneció la madre de Abraham Lincoln.

---

<sup>16</sup> Reitero aquí que solo me refiero a la costa este. Los estudios sobre California son abundantísimos y extraordinarios. Entre los libros más recientes, cabe destacar el de Victor Fuentes. *California hispano-mexicana: Una nueva narración histórico-cultural*. Nueva York: Editorial Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2014.

Las montañas Apalaches cruzan Kentucky, Virginia, Tennessee, el oeste de Carolina del Norte y el norte de la actual Florida. Con toda probabilidad, los orígenes de los melungeos datan de la época de las expediciones de Juan Pardo, el explorador español que fue enviado por Menéndez de Avilés, desde la colonia de Santa Elena, con dirección hacia el interior-norte, primero en busca de alimentos para los colonos (1566-67), y después (1567-68) en busca de tierras para que pudieran unirse al comercio de plata de la corona española con Guanajuato y Zacatecas (México).<sup>17</sup> Sabemos que Juan Pardo lideró estas dos expediciones desde Santa Elena hasta Catawba Valley (Carolina del Norte), y después hacia las montañas de Carolina del Norte y el este de Tennessee. En la primera expedición (1566), Pardo y sus ciento veinticinco colonos buscaron comida y modo de subsistencia, trabaron amistad con los indios de la zona, se asentaron en Yssa (cerca de la actual Linville, Carolina del Norte) y después en Joara, un poblado indio cerca de la actual Morganton (Virginia Occidental); allí construyeron el fuerte San Juan; Pardo prosiguió su camino y dejó al sargento Hernando Moyano a cargo del fuerte en el que quedó con treinta de los colonos y una población indígena amistosa que colaboró en la construcción de las viviendas de los colonos y en la procuración de alimentos. En la segunda expedición (1567-1568), Juan Pardo, por orden de Avilés, buscó una ruta hacia Zacatecas con la idea de incrementar el comercio de la plata con este importante centro minero de Nueva España. El Fuerte San Juan fue abandonado, y aunque hay varias especulaciones al respecto, hasta el día de hoy desconocemos las causas. Lo único demostrado es la ubicación de dicho fuerte

---

<sup>17</sup> José S. Gil y John W. Luton. "Iberian Explorations in Eastern North America During the 1500s: A Lost Chapter in U.S. History." *The International Journal of Interdisciplinary Social Sciences* 4.9 (2009): 51-57. Véase Charles Hudson, David G. Moore, Paul Hoffman, y Christopher B. Rodning. *The Juan Pardo Expeditions*. Tuscaloosa, AL: Alabama UP, 2005.

y que su fundación constituye una parte integral en la historia colonial de la costa atlántica de los EE. UU.

Según el testimonio notariado que dejó Juan de la Bandera, acompañante de Juan Pardo y a quien Avilés encargó tal cometido, Juan Pardo llevó consigo a ciento veinticinco expedicionarios (recordemos que solo ciento dos iban en el *Mayflower*). Considerando los escasos medios con los que contaba Juan Pardo, el resultado que obtuvo fue excepcional: fundó seis fuertes en el área comprendida entre el oeste actual de Carolina del Norte y el este de Tennessee— el ya mencionado fuerte de San Juan, al cual le siguen en importancia el fuerte Nuestra Señora, en la ciudad de Buena Esperanza y el fuerte Santo Tomás en Cofitachequi; los otros tres fuertes menores eran los de Goatari, Olamico y Cauchi. Juan Pardo pasó un total de seis meses en su segunda expedición y aunque no consiguió la buscada conexión comercial con Zacatecas, entre sus muchos méritos hay que contar que fue capaz de llevar consigo a más de cien soldados a pie desde Santa Elena hasta el norte del Tennessee Valley; trabó amistad con todos los jefes de los poblados indios que encontró en su camino, lo cual le permitió no tener pérdidas en su ejército; descubrió lo que se pensaba que eran minas de piritas de plata y halló tres minas de cristales de cuarzo (Hudson *et al.* 46).

Las actuales excavaciones en el asentamiento del Fuerte San Juan comenzaron hace apenas treinta y cinco años y hoy (2016) continúan las investigaciones para localizar los otros asentamientos que menciona Juan de la Bandera en su informe sobre las expediciones de Juan Pardo (Gil 54). La primera noticia reciente sobre el Fuerte San Juan comenzó con el descubrimiento casual de restos de una botija de aceite en Joara. Además de José Gil, hay otros investigadores que se refieren a esta colonia como “The Lost and Found Colony” frente al membrete aplicado a la colonia inglesa de Roanoke que es conocida como “The Lost Colony”.

Dentro de la costa atlántica, un olvido –no un desconocimiento– similar al de las expediciones de Juan Pardo fue el de las treinta y nueve misiones españolas del sureste norteamericano que fueron casi totalmente destruidas y que nunca han recibido la misma atención que las misiones de California y del suroeste norteamericano.<sup>18</sup> Con la desaparición de las misiones españolas de La Florida colonial también se desvanecieron muchos de los topónimos de los lugares donde estuvieron afin-cadas y, con el cambio de nombre, se inició la narración de una historia distanciada de ellas.

Michael Gannon, en su obra más citada –*The Cross in the Sand*–, afirma que la dureza y crueldad con la que el coronel James Moore arrasó las misiones españolas de Florida tiene pocos paralelos en la historia norteamericana.<sup>19</sup> En 1763, cuando Florida pasó a manos inglesas, la era de las misiones en la costa atlántica había sido completamente erradicada. Un total de 26.000 indios fueron instruidos en las treinta y nueve misiones con las que contaba Florida en 1595 (Gannon 36), y así se refiere Fernández-Armesto a este hecho:

The westernmost missions, however, were rebellious and unsustainable. Such security as they enjoyed ended in the late seventeenth century, when French and English adventurers began infiltrating Georgia and western Florida respectively, from the Mississippi and Carolina

---

<sup>18</sup> “By 1675, Spanish Florida had come to comprise four mission provinces: Guale, Timucua, Apalachee, and the short-lived Apalachicola. Each province corresponded to the friars’ understanding of a distinctive zone of Indian culture” (Weber 101). El tratado de 1670 entre España e Inglaterra declaraba que “England abandoned all claims to the Florida, forested county along a 150-mile stretch from just below Charleston south to St. Augustine. Nonetheless, Englishmen made repeated efforts to occupy this land, beginning with their destruction of the prosperous Spanish mission province of Guale in the 1680s and 1690s” (Weber 179). Algunos historiadores cuentan 66 misiones: 48 en La Florida, 16 en Georgia, 1 en Carolina del Norte y 1 en Virginia.

<sup>19</sup> Véase Michael V. Gannon. *The Cross in the Sand: The Early Catholic Church in Florida, 1513-1870*. Gainesville: Florida UP, 1965. XIII.

[...] Between 1680 and 1706 most Georgia missions collapsed [...] culminating in 1704 in the raid led by James Moore, former governor of Charleston, who destroyed missions and burned the missionaries at the stake, enslaving 4,000 women and children, and killing most men. “I never hear,” Moore reported, “of a stouter or a braver thing done. The Franciscan provincial likened the English to ‘hungry wolves’ who slaughtered Indians until ‘the grass turned red with the blood of the poor’” (Fernández-Armesto 2014, 28-29).

Un excelente informe para documentar la historia de las misiones de La Florida fue escrito por Gabriel Díaz Vara Calderón, obispo de Santiago de Cuba, el cual iba dirigido a la reina Mariana de España. La carta de Calderón a la reina Mariana data de 1675 y en ella el autor describe cómo y cuándo fueron fundadas y de qué forma funcionaban todas las misiones que nombra: Timucua, Apalache, Apalachicola, San Agustín, Santa Fe de Toloca, San Francisco de Potano, Santa Catalina, Santa Cruz de Ajohica, Santa Cruz de Tarihica, San Juan Guacara, San Pedro de Potohiriba, Santa Elena de Machaba, San Mateo, San Miguel de Adsyle, San Lorenzo de Hibitachuco, La Concepción de Ayubale, San Francisco de Oconi, San Juan de Aspalaga, San José de Ocuya, San Pedro de Patali, San Antonio de Bacuqua, San Damián de Cupahica, (también conocida como Escambi), San Luis de Talimali, La Purificación de Tama (llamada Yamases), San Martín de Tomoli, Santa Cruz de Capoli (llamada Chuntafu) y Asunción del Puerto. En el territorio que hoy corresponde al Estado de Georgia, el padre Calderón menciona estas misiones: La Natividad de Nuestra Señora de Tolomato (dos millas al norte de San Agustín); San Juan del Puerto (en la desembocadura del río San Juan); Santa María (en Amelia Island); San Felipe (en Cumberland Island); San Buenaventura de Guadalquine (en Jekyll Island); Santo Domingo de Asahó (en St. Simon Island); San José de Zapala (en Sapelo Island); y Santa Catalina (en St. Catherines Island). La ubicación de todas ellas aparece en el mapa reproducido por Michael Gannon (65).

El padre Calderón necesitó diez meses para visitar estas misiones, lo cual nos da una idea de la cantidad de trabajo llevado a cabo por los franciscanos españoles y por el autor del documento. Otro texto-documento para la historia de estas misiones es el *Diccionario Castellano-Timucua*, compuesto en 1614 por el padre Francisco Pareja,<sup>20</sup> que es una prueba de que las relaciones entre los indios de La Florida colonial y los franciscanos españoles eran fructíferas, aunque no siempre pacíficas, y afectaban a la vida cotidiana y no solo a la doctrina. Pareja era un fraile de la provincia de Santa Elena; fue miembro de la vecina misión de San Juan del Puerto (isla *Fort George*, hoy parte de Jacksonville), y en su *Diccionario* alude al cultivo de la tierra y a la secuencia de la siembra y cosecha.

Algunos indios timucuas de la misión de San Pedro de Mocama (isla Cumberland, Georgia) sabían castellano, latín, y un sistema de escritura ideado para su lengua por el propio Francisco Pareja. El aprendizaje de lenguas entre los indios de las misiones de La Florida es un detalle que llamó la atención a Garcilaso de la Vega, quien lo elogia en *La Florida del Inca*. Y, de hecho, los europeos no habrían sobrevivido en Norteamérica sin la ayuda de los indios bilingües, más aún, la historia de Chicora y Ajacán fue narrada primeramente por ellos y gracias a ellos conocida en Europa. A la aniquilación británica del pasado español contribuyeron también los indios guales, quienes fueron avituallados por los ingleses con armas de fuego a cambio del comercio de pieles y, en palabras de Gannon: “what the English destroyed they did not replace” (Gannon72).

Los archivos diocesanos de La Florida fueron transferidos a La Habana en febrero de 1764; la historia de las misiones desaparecidas de La Florida está allí documentada y abarca desde 1594 hasta la fecha del traslado de los documentos, el

---

<sup>20</sup> Jerald T. Milanich y William C. Sturtevant, eds. *Francisco Pareja's 1613 Confessionario: A Document Source for Timucuan Ethnography*. Tr. Emilio F. Morán. Tallahassee: Division of Archives, History, and Records Management, Florida Dept. of State, 1972.

14 de marzo de 1764. Junto a los legajos, llegaron 3.014 españoles de La Florida a La Habana; sobre ellos tenemos nutridas páginas de información (Gannon 191-198) y fuentes primarias valiosísimas para trazar la historia común de España y los EE. UU.<sup>21</sup>

Aunque, como he dicho, gracias a la escuela de Bolton, Hoffman, Brickhouse y otros historiadores conocemos el impacto de la España del siglo XVI en la historia de los EE. UU., el proceso de distanciamiento de lo español en la costa este de los EE. UU. conoció su peor momento en el siglo XIX:

In 1821, an unsigned review of a book on Paraguayan history appeared on the influential *North American Review*. The author stated bluntly: ‘We have no concern with South America, we have no sympathy [...] We are sprung from different stocks, we speak different languages, we have been brought up in different social and moral schools, we have been governed by different codes of law, we profess radically different forms of religion’ (McAllister xviii-xix).

Dentro del proyecto de adulterada construcción de la identidad nacional, destacan las traducciones del *Ensayo cronológico* de Andrés González de Barcia Carballido y Zúñiga (de aquí en adelante citado como Barcia) y la *Chronological History of the Continent of Florida* de Anthony Kerrigan (Gainesville, 1951). La primera y más influyente de estas fue la del congresista Robert Greenhow, quien en 1848 –como ha demostrado Anna Brickhouse –, sentó la base para desvincular el pasado español de Virginia en un período más impor-

---

<sup>21</sup> Es alentador que muchos especialistas en la historia del sureste norteamericano continúan repitiendo estos datos para que no caigan en el olvido; así, el mapa de las misiones franciscanas de Florida ha sido recientemente utilizado por Jerald T. Milanich, *Laboring in the Fields of the Lord: Spanish Missions and Southeastern Indians* (1999, 122) y por Raquel Chang-Rodríguez (2014, 28) en la *Relación* de Oré, pero falta integrar esta narrativa en los libros de texto y en obras de difusión destinadas al público español y estadounidense en general.

tante para la historia de los EE. UU. que para la de España, ya que los españoles del siglo XVI, a través de los indios algonquinos, de don Luis y de su familia powhatan, constituyen el eslabón de la Temprana Modernidad norteamericana con España y también con su propio pasado indígena. La presencia de España en Virginia fue muy breve, pero sin duda tuvo mayor impacto que otras exploraciones europeas “de corta duración” a Norteamérica, como la de Leif Erikson. Con Chicorano, Ayllón, don Luis, Menéndez de Avilés, Gualdape y Ajacán empieza la historia premoderna de Hispanoamérica del Norte.

El actual concepto de historia hemisférica defendido, entre otros, por Ralph Bauer, y el de “Spanish Borderlands”, acuñado por Eugene Bolton, iniciaron una nueva forma de estudiar la historia global de América, “the greater America”; esta idea tiene hoy muchos seguidores. En la segunda década del siglo XX, Herbert Eugene Bolton sacó a la luz la impronta de la ininterrumpida presencia española en el sureste de los EE. UU. y Bolton se refirió a la colonización española como factor central de su tesis sobre lo que él llama *Spanish borderlands*,<sup>22</sup> litoral que se extiende hasta las tierras del Golfo de México, donde se asentó Álvarez de Pineda en 1519 llegando hasta el río Mississippi (que él llamó río Espíritu Santo).<sup>23</sup> Con su propuesta, Bolton intentaba combinar las historias de Canadá, los EE. UU., Brasil y toda la América Latina, y encontró un magnífico complemento en *The Spanish Settlements within the Present Limits of the United States, 1531-1561* (New York, 2 vols. 1901) de Lowery.

A pesar de que ha habido lagunas historiográficas, hoy en día ha resurgido el interés por la historia española de La Flo-

---

<sup>22</sup> Herbert Eugene Bolton. “The Spanish Borderlands.” *Chronicles of America*. Ed. Allen Johnson. Vol. XXIII. New Haven: Yale UP, 1921. 140-161.

<sup>23</sup> Pineda fue quien le dio el nombre “Amichel” al territorio que hoy ocupan Alabama, Mississippi, Louisiana y Texas.

rida: particularmente en 2015, con motivo del 450 aniversario de la fundación de San Agustín, a cuya celebración contribuyeron los valiosísimos estudios de J. Michael Francis y los diversos proyectos de excavaciones arqueológicas liderados por David Hurst Thomas. El estudio del legado de la Temprana Modernidad española a la costa atlántica norteamericana está conociendo excelentes resultados en Georgia, las Carolinas y Florida; el último dato del que tengo noticia, fechado en febrero de este año (2016), trata del descubrimiento arqueológico accidental de Tom Garner en Bahía de Pensacola en Florida, que probablemente corresponda a la expedición de 1559 de Tristán de Luna, y que aporta nueva luz sobre el primer colonialismo español en EE. UU.<sup>24</sup>

Otro ejemplo de este progreso son las excavaciones que se están llevando a cabo en Georgia y las Carolinas a través del “Fort Caroline Archeology Project”,<sup>25</sup> y las excavaciones arqueológicas en Santa Catalina dirigidas por David Hurst Thomas, director del Museo de Historia Natural en Wash-

---

<sup>24</sup> Agradezco a Carlos E. Paldao el haberme proporcionado este dato, que en inglés se publicó como “Lost Settlement, 1st Ld-Writethru, 460 Sleuth finds a lost Spanish settlement in Florida Panhandle. Amateur archaeologist and history buff Tom Garner took a drive one day along Pensacola Bay in the Florida Panhandle” de Melissa Nelson-Gabriel, Associated Press, 17 de febrero 2016.

<sup>25</sup> La página de David Hurst Thomas se encuentra en “The Archaeology of America’s Spanish Missions: Romance and Reality in the Mythical Past” <http://youtu.be/LEyKyf18IVQ>. Las excavaciones arqueológicas en la Misión de Santa Catalina comenzaron en 1977; desde entonces, se han publicado siete monografías sobre este tema, véase la introducción de David Hurst Thomas en Francis y Kole, 9.

Véase una documentación actualizada sobre las excavaciones y documentos de archivo aún por publicar referidos a La Florida colonial en J. Michael Francis y Kathleen M. Kole. *Murder and Martyrdom in Spanish Florida: Don Juan and the Guale Uprising of 1597*. New York: American Museum of Natural History, 2011. *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 95.

ington, D. C., y que contradicen sobradamente el reclamo de otros lugares, como Fort Carolina, como primer asentamiento europeo en Norteamérica. Anualmente se celebra una conferencia sobre Iberia y América del Norte que patrocinan la Society of Early Americanists (SEA), Omohundro Institute of Early American History and Culture (OIEAHC) y The Early Americas Working Group (Washington DC). Asimismo, numerosos académicos e investigadores colaboran con los padres del Monasterio Franciscano de Washington y con la Universidad de San Buenaventura en los EE. UU. en su intento de dar mayor visibilidad y canonizar a los “mártires de Georgia”: fray Pedro de Corpa; fray Blas Rodríguez; fray Miguel Añón, fray Antonio de Badajoz y fray Francisco de Versácola. A esto podemos añadir, por una parte, la pujante presencia de organizaciones culturales hispanas en los EE. UU. documentadas por Luis Alberto Ambroggio;<sup>26</sup> y por otra los logros de la Fundación Consejo España-EE. UU., uno de cuyos proyectos conjuntos incluye la mejor exposición cartográfica que se ha visto en suelo estadounidense sobre la presencia española en este país: “Diseñar América: el trazado español de los Estados Unidos.” Asimismo, en el año 2015 el gobierno norteamericano le ha concedido póstumamente a Bernardo de Gálvez la ciudadanía honorífica por sus actividades en el gobierno de Florida y servicio militar en la Batalla de Pensacola. En la historia de los EE. UU. este reconocimiento solo se les ha concedido a siete personas, entre ellas Winston Churchill y el marqués de Lafayette; a Gálvez se le ha otorgado por haber sido uno de los héroes más notables de la Guerra de la Independencia.

---

<sup>26</sup> Fr. Conrad Harkins, O.F.M. *Cause of the Georgia Martyrs*. Steubenville: Franciscan University of Steubenville, n. 43952, 2007 y Luis Alberto Ambroggio. *Estados Unidos hispano*. New York: Long Island al Día, 2015.

## Una historia aparte: indios cartógrafos e intérpretes

Los europeos de la costa atlántica no habrían sobrevivido sin la ayuda de los indios calusa, los powhatan y los algonquinos que actuaron como sus guías, intérpretes y cartógrafos. Asimismo, los dos fracasos más notorios de los españoles en esta área fueron el resultado de la estratagema de dos indios apadrinados por la corte peninsular: Francisco Chicorano y don Luis de Velasco. Gregory H. Nobles, uno de los grandes investigadores del pasado indígena norteamericano, ha afirmado que para estudiar la historia de los EE. UU. hay que efectuar un reaprendizaje, ya que la selección oficial realizada en aras de la defensa y exclusividad de la herencia inglesa dejó en el siglo pasado a los indígenas (y a los españoles) fuera de los libros de texto, aunque, afortunadamente, este relato parcial va en retroceso. Cito a este investigador que escribió en los años 70 porque en su época ofreció una perspectiva innovadora, y su obra ratifica la maleabilidad de la escritura de la historia y la dificultad para erradicar los efectos de su malversación a expensas de indios y españoles:

*If we had been paying attention to something other than the rides and the junk food, we might have reflected on those flags. We knew four of them granted; the Confederate flag which still had its strong adherents in the state; and the Mexican flag, which, in the context of the Alamo saga, represented the “bad guys” who had to be beaten so Texas could be—well, Texas. But the other two flags—the Spanish and the French—most of us more or less ignored, since their people never made their way into TV. The Indians, who did figure prominently both on TV and in our neighborhood fantasy play, had no flag, thus no formal recognition at all. But we went to theme parks for recreation and consumption, not for education and reflection, and we went on about their business of play without thinking much about the omission (Nobles x, énfasis mío).*

El impacto de los medios de difusión sigue siendo fundamental dentro de la sociedad norteamericana. Las ideas e

imágenes de Hollywood sobre el periodo de expansión de la frontera, contribuyeron a crear el mito de la superioridad occidental que, a modo de panacea, ayudaría a ordenar el mundo y la realidad norteamericana. Uno de los cuestionamientos de aquellas versiones propagandistas se produjo a fines del siglo pasado, cuando empezó a reconsiderarse el término “frontera”, que en los EE. UU. incluye la frontera entre ingleses, franceses y españoles, y entre “civilización” y “primitivismo” en otros países europeos; de ahí que Nobles prefiera hablar de “fronteras”.

Según Frederick J. Turner, la frontera marcó el carácter nacional norteamericano y la mayoría de los historiadores acepta que esta jugó un papel importante en la historia de Norteamérica. Los indios norteamericanos en el siglo XVI, en cambio, no defendieron nunca “su” frontera ni con España, ni con Inglaterra, ni con Francia ni con otros países; pues para ellos su hogar era la naturaleza sin fragmentar:

They had well-established territories, stable social systems, and extensive trade networks. Like Europeans, they often made war on their enemies, but they never set out to annihilate other tribes. It was only with the arrival—or, as some scholars now describe it, the invasion—of Europeans that Native Americans faced a threat to their very existence (Nobles 11-12).

A la hora de establecer límites, hemos de tener en cuenta que así como los europeos no constituían una unidad, los indios norteamericanos del siglo XVI tampoco pertenecían a un grupo homogéneo —había varias naciones a las que a veces erróneamente nos referimos como “Indian Nation”—, y que las colonias europeas no se asentaron sobre tierra virgen demarcada en jurisdicciones. En el proceso de expansión y conquista, dentro de la costa atlántica, hubo agravios de todos los países implicados, incluidos los últimos colonizadores, los ingleses, quienes eliminaron radicalmente a la tribu de los pequot para instaurar su dominio y así lo constataron en el tratado de Hart-

ford de 1638 (Nobles 21). Se calcula que, en total, antes del dominio europeo, hubo unas dos mil lenguas y dialectos indígenas en Norteamérica (Nobles 30-31). En la costa atlántica, afirma Gregory H. Nobles, la tribu de los powhatan logró establecer bajo su control una extensa confederación con la tribu de los algonquinos y esta era la fuerza política más poderosa entre los indígenas cuando llegaron los ingleses a Jamestown (1607).

Nobles, especialista de renombre y defensor de la historia de los indios norteamericanos, se refiere al exterminio indio en Norteamérica ofreciendo abundante documentación pero, sin una lógica aparente, se refiere a la matanza de los indios a manos de los españoles dirigidos por Cristobal Colón: “It apparently never occurred to Columbus that the people he called Indians could be his equals. Naked and painted, they looked like savages [...]. It was clear to Columbus –and to the other early European explorers who followed him– that the only suitable status for native peoples would be subjection to their European superiors” (Nobles 40). Me pregunto si no hubiera sido este el lugar para citar a otros prominentes exploradores de América del Norte y no a Cristobal Colón.

Esta obra es un buen ejemplo de la necesidad de buscar un equilibrio y reconocer la presencia española en la costa atlántica, así como también los triunfos de los indígenas en las revueltas anteriormente mencionadas:

The Spanish conquistadores who first ventured into North America [...] frequently made violent contact with native people. Ponce de Leon explored Florida in 1512-13 and again in 1521, [...] encountered stiff native resistance, and his second expedition ended when he died from wounds received in a battle with Indians. A similar fate befell de Soto's-1539-42 expedition [...], finding nothing but hostile Creek Indians, de Soto marched his men back southwest to the Gulf of Mexico and then westward toward the Mississippi River. Along the way, they faced more resistance from the Choctaws and Chickasaws. [...], Coronado led a huge expedition of several hundred soldiers and over a thousand Indian baggage carriers northward from Mexico to the Southwest. In their

search for the fabled Seven Cities of Cibola and the golden kingdom of Quivera, Coronado's men explored vast expanses of the region, from present-day New Mexico to Colorado and onto the Great Plains [...].

The earliest Spanish Explorers did not get the wealth they wanted, nor did they always get out alive. Native resistance took its toll on the conquistador campaigns, and Ponce de Leon and de Soto were only two of the most prominent victims. *But the Spaniards did establish extensive claims from Florida to California*, and they laid the groundwork for the military and missionary settlements that would follow in the seventeenth century (Nobles 45-6, énfasis mío).

### **Juego y guerra de mapas en la costa atlántica**

En las relaciones entre colonos y colonizados hubo comprensibles enfrentamientos, pero los indios cartógrafos que colaboraron con los españoles crearon un importante e histórico puente intercultural y así lo afirma Fernández-Armesto:<sup>27</sup>

The first fully written language, as far as we know, in this part of the Americas was Cherokee, equipped in the eighteenth century with a syllabary inspired by, though not imitated from, European alphabets. Yet already in the seventeenth century Father Sagard, the missionary who explained the Huron to Europe, regarded them as potentially literate. He copied some of the inscriptions he saw engraved on trees, which recorded information about route finding and battle results [...] when Europeans first intruded they found that people already made symbolic records of the world in the form of maps on bark and hide. Hernando de Soto's expedition through the southeast in 1539-1543 used indigenous maps as sources of intelligence for areas beyond its reach. An elderly local informant sketched the course of the Colorado River for Hernando de Alarcon in 1540; meanwhile, the landward branch of the same expedition collected a Zuni painting on skin of a group of settlements in the neighborhood of Hawikuh and sent it back to Spain. Informants "set down" a "report of all the country" of the Chesapeake

---

<sup>27</sup> Felipe Fernández-Armesto. *The Americas: A Hemispheric History*. New York: Modern Library, 2003.

for the Englishmen who landed in 1585. An Indian named “Nigual” made a surviving sketch map of New Mexico for Francisco Valverde in 1602 (Armesto 2003, 42).

Más adelante, en el capítulo “Cartógrafos al poder” de este libro, trato sobre los mapas patrocinados por España en la historia europea de los siglos XVI y XVII; ahora apenas me referiré a los mismos como parte integrante del “borrón y cuenta nueva” en la escritura de la historia de la costa atlántica. Y es que, durante la colonización de esta región, España, Francia e Inglaterra mantuvieron una guerra de mapas no declarada que fue reconocida como tal en el siglo XVIII; quizá este sea el contexto en el que podríamos justificar los silenciamientos históricos y quizá sea esta la ratificación de que en la “realidad imperial”, la historia la escriben los vencedores:

English mapmakers put their mark on most of eastern North America, extending their claims as far west as the Mississippi and designating the coastal waters of the Atlantic as the “Sea of Carolina,” the “Sea of Virginia,” and the “Sea of New England”. Not to be outdone, French mapmakers showed their country to be in control of most of the North American interior, limiting the English to the regions east of the Appalachian Mountains; in some cases, they even took a piece out of the British possessions in the Carolinas. [...] *Mapmakers used maps not only to change or challenge the claims of competing European powers but also to diminish, even deny, the presence of Indian people in the land.* Where Sir Robert Mountgomery used words to dismiss the significance of “wandering Indians,” mapmakers often accomplished the same task with variety of verbal and nonverbal elements—borderlines, place names, landark symbols, lettering and decorative material [...] native people could be moved westward, out of the way of settlement; their names could also be rendered in smaller print and visually relegated to an inferior and presumably less threatening status (Nobles 61, énfasis mío).

Louis de Vorsej, Lewis Evans, Gregory Waselkov y Gregory H. Nobles, entre otros,<sup>28</sup> coinciden en que tanto los mapas indígenas como los europeos del siglo XVI de los EE. UU. fueron documentos políticos que reflejaban luchas de poder que marginaban a los indios del sureste norteamericano, quienes fueron los mayores contribuyentes, en algunos casos los primeros y únicos, a la cartografía de esta zona llevada a cabo por los europeos.<sup>29</sup> Muchos de los mapas realizados por los indígenas no han sobrevivido, bien fuera por el material en el que los dibujaron (cortezas de árboles, pieles de animales y superficies arenosas) o bien porque la información indígena fue transmitida oralmente; de ahí que de Vorsej se refiera a ellos como “testigos silenciosos”. En contadas ocasiones aparecen los nombres de los indígenas en lugar prominente en la historia colonial, y cuando se los menciona esto se hace solo porque aquellos habían sido educados en Europa –donde fueron llevados para que aprendieran la lengua de los colonizadores y pudieran servirles de guía a los futuros colonos–; es decir, los indios de esta historia eran indios europeizados, asalariados y, por tanto, desleales hacia los suyos.

Algunos de los bocetos de La Florida del siglo XVI que conservamos nos obligan a cuestionar la precisión de la cronología que hoy aceptamos como válida. Así, por ejemplo,

---

<sup>28</sup> Para la lucha por el poder reflejada en la cartografía véanse: Gregory H. Nobles. “Straight Lines and Stability: Tapping the Political Order of the Anglo-American Frontier.” *JAH* 80 (1993): 9-35; J. B. Harley. “Deconstructing the Map.” *Cartographica* 28 (1989): 1-20; Robert S. Weddle. *The French Thorn: Rival Explorers in the Spanish Sea, 1682-1762*. College Station: Texas A&M UP, 1999; “Indian Maps of the Colonial Southeast.” *Powhatan’s Mantle: Indians in the Colonial Southeast*. Peter H. Wood, Gregory A. Waselkov, y M. Thomas Hadey, eds. Lincoln: UP of Nebraska, 1989, 435-502 (*Apud* Nobles 259).

<sup>29</sup> Louis de Vorsej, Jr. “American Indians and the Early Mapping of the Southeast.” *The Southeast in Early Maps*. Ed. Louis de Vorsej, Jr. 3ª ed. Chapel Hill: North Carolina UP, 1998. 65-98.

en el mapa que Pedro Mártir incluye en su *Oceani Decadas* de 1511, hay una isla llamada “Beimeni” (“illa de Beimeni parti”) que se sitúa claramente al norte de Cuba y que, según de Vorsey (66-67), corresponde exactamente a la descripción de La Florida que Ponce de León haría en 1513 cuando el español llegó a este territorio. Fue ocho años después, en 1521, cuando Ponce de León regresó a La Florida con doscientos colonos, ganado, semillas y enseres para asentarse en el Nuevo Mundo; en este mismo año, Ayllón envió su primera expedición a Chicora. Para entonces, los indígenas conocían el territorio de La Florida con el nombre “Cautio”. El primer europeo que usa el nombre “Florida” fue Alonso Álvarez de Pineda, quien había sido patrocinado por Francisco de Garay – el mismo de las “Tierras de Garay” – y así lo refleja en su mapa de 1519.

Garay estaba interesado fundamentalmente en el norte del Golfo de México. A quien realmente llamaron la atención los mapas de esta zona fue a Lucas Vázquez de Ayllón, el cual había tenido noticia de esta región en un viaje esclavista en el área de las Bahamas del que no consiguió los resultados que buscaba; y de ahí que contratara a Pedro de Quexo para que prosiguiera hacia el norte, hasta la latitud 33° 30”. Triunfal en su hazaña, en la que le acompañó Francisco Gordillo, Quexo toma posesión y el 30 de junio de 1521 ancla su nave en el río Juan Bautista; desde allí, Gordillo y Quexo se llevan a numerosos esclavos hasta Santo Domingo; entre ellos estaba el indio a quien bautizaron como Francisco Chicorano, quien fue subsiguientemente trasladado a España para ser educado a la española. En Sevilla, Chicorano conoció a Pedro Mártir, quien lo invitó a su propia casa y observó que este indio había aprendido el español muy bien y muy rápidamente; de las conversaciones entre ambos resultaron las fantasiosas historias sobre Chicora que Mártir cuenta en sus *Décadas* y que después fueron ampliamente difundidas.

Cuando Chicorano y Ayllón regresaron desde España a Santo Domingo, se lleva a cabo la segunda expedición auspiciada por Ayllón (1525) y pilotada por Quexo, quien siguió la ruta indicada por Chicorano. Según Hoffman, Quexo llegó a Winyah Bay el 3 de mayo de 1525 –supuestamente allí es donde había sido raptado Chicorano–, pero los colonos de Ayllón fueron engañados por Chicorano y nunca llegaron a la tierra prometida. La hostilidad del terreno hacia donde los dirigió este indio incitó a los españoles a regresar a Santo Domingo y, en una tercera expedición, siguieron hacia el norte –unas 40 o 45 leguas–, donde fundaron San Miguel de Gualdape y sufrieron las inclemencias de un invierno devastadoramente frío. El año de 1525-1526 cae dentro del periodo llamado de corta glaciación (LIA, *Little Ice Age*); veremos más adelante que debido al intenso frío y a los ataques indios, los españoles abandonaron la colonia de Gualdape, muchos de ellos enfermos, incluido Ayllón que murió el 18 de octubre de 1526. De los seiscientos colonos iniciales que iban hacia Chicora solo sobrevivieron ciento cincuenta, los cuales, como indica la leyenda del planisferio de Ribero de 1529, regresaron a Santo Domingo.

El interior del sureste norteamericano fue *terra incognita* para los europeos hasta Hernando de Soto (1539-43), quien llegó a Tampa Bay desde La Habana y a quien mencionamos aquí porque para elaborar su famoso mapa fue crucial la colaboración de los indígenas, como también lo sería para Juan Pardo (1566-1568) en sus exploraciones desde Santa Elena. Según de Vorsey, de Soto y sus hombres se dirigieron al interior y allí descubrieron a Juan Ortiz, el único superviviente de una exploración realizada diez años antes por Pánfilo de Narváez. De Soto había reclutado a un indio como guía, a quien conocemos como Perico, o Pedro, y él, lo mismo que Chicorano y don Luis el indio, engañó a los expedicionarios españoles: Perico dijo que su tierra –llamada Yupaha– estaba lejos de Tallahassee y que era gobernada por una mujer, la reina Cofitachique. Perico dijo también que su tierra era de

grandes dimensiones, que los reyes de las zonas vecinas eran tributarios suyos, y que les pagaban en oro y tejidos. Tras un largo recorrido, los seguidores de Hernando de Soto llegaron al interior, a Patofa (Georgia), y allí Perico fingió un ataque de epilepsia. La expedición nunca alcanzó la tal Yupaha y de Soto abandonó el proyecto después de haberse dedicado a él durante cuatro años. Los datos y el mapa que conocemos como el “Mapa de Soto” proceden de narrativas orales, y su anónimo cartógrafo le debe mucho a los indígenas; esto se ve especialmente, según explica de Vorse, por el modo como se representan los ríos y sus tributarios, no a semejanza de las ramas y tronco de un árbol, que es el estilo europeo, sino que los grandes ríos aparecen conectados entre sí en un modo que casi nunca ocurre en la naturaleza; justamente este hecho revela que el cartógrafo europeo del llamado “Mapa de Soto” se basó en mapas indígenas y que su autor no siempre supo interpretarlos:

the European author of the de Soto map depicted some rivers as anastomosed and weirdly branching as a result of this misunderstanding of Indian route maps [...] such fundamental cultural differences should be kept in mind as potential sources of error and distortion in early European maps of the Southeast (Vorse 71).

Otros exploradores españoles del sureste norteamericano durante el siglo XVI que llevaron consigo a guías indígenas fueron Fray Luis Cáncer, Tristán de Luna, Ángel de Villafañe y los ya mencionados Lucas Vázquez de Ayllón, Pedro Menéndez de Avilés y Juan Pardo.

Los ingleses también se sirvieron de los mapas de los indígenas en sus expediciones de la costa atlántica; Manteo y Wanchese, en cuyo honor se nombraron dos comunidades de Carolina del Norte, acompañaron las expediciones de sir Walter Raleigh y, posteriormente, de Philip Amadas y Arthur Barlowe en el subsiguiente retorno a Roanoke en 1594. Vorse destaca

que Manteo, que había sido el guía de Thomas Harriot, también viajó con Ralph Lane y John White, el artista-cartógrafo y gobernador cuyos grabados acabaron adquiriendo fama universal (Vorseley 72). Todavía en el siglo XVII encontramos referencias importantísimas a la ayuda que los indios powhatan les prestaron a John Smith y a sus socios; las narraciones más detalladas sobre los indios cartógrafos son de la pluma del capitán Gabriel Archer.<sup>30</sup>

Según de Vorseley, el mapa de Virginia dibujado por John Smith en 1612 se basaba, en buena parte, en los datos proporcionados por los indios y pasó a ser el mapa más influyente en Europa durante largo tiempo. En el grabado del ángulo izquierdo superior del mismo aparecen Powhatan y Smith, este como cautivo; en el de la derecha hay un indio de larga cabellera, descalzo, ataviado con un collar, un lienzo atado a la cintura y lo que parece una piel de animal sobre el torso; por la espalda sostiene un arco en la mano derecha y una macana apoyada en el suelo en la izquierda; en el pie de esta figura dice “The Sasqueshanaougs are a Gyant People and thus atyred” (Vorseley 76). El mencionado autor afirma que el principal valor de este mapa procede de la información proporcionada por los indios: “the 1612 Smith map of Virginia is long overdue for recognition as an eloquent and powerful memorial to the Powhatan Indians’ contributions to the exploration and mapping of his quadrant of the Southeast” (Vorseley 77) y afirma también que allí donde la comunicación verbal o gestual se vio truncada, triunfó la cartografía.

---

<sup>30</sup> En el capítulo cuatro de *La Florida del Inca Garcilaso* titulado “Don Luis en La Florida”, el Inca Garcilaso incluye una narración muy poco conocida sobre don Luis, la que se refiere a Hernando de Escalante Fontaneda, quien había sido prisionero de los indios calusa y que sirvió como intérprete a Pedro Menéndez de Avilés. Avilés, don Luis y Escalante coincidieron durante la misma época en La Florida (Brickhouse, *Transamerican Literary Relations* 9).



Este mapa de Virginia, publicado en 1612, fue preparado por el capitán John Smith utilizando la información proporcionada por los indios americanos, así como sus propias exploraciones.

Fuente: <http://dcc.newberry.org/collections/maps-and-the-beginnings-of-colonial-north-america>

El estudio de la cultura indígena del sureste norteamericano, de sus mapas y su relación con los europeos conoció especial auge con los trabajos del médico y explorador alemán Johann Lederer, quien sacó gran parte de su información de John Smith y publicó su obra en Londres en 1672: *The Discoveries of John Lederer, In Three Several Marches from Virginia, To the West of Carolina, And other Parts of the Continent*. Al comienzo de dicho libro, Lederer da una detallada explicación de los sistemas utilizados por los indios para documentar tiempo, historia y símbolos usados para la comunicación (Vorsey 79). Durante esta misma época, los franceses exploraron la región de los Grandes Lagos, el Mississippi y el Niágara: Louis Jolliet, Jacques Marquette, La Salle y Louis Hennepin, por citar solo a los más destacados, reconocen que la información más valiosa que obtuvieron procedía de los indios, quienes, intencionalmente, como ya habían hecho con los españoles y los ingleses, a veces les dieron datos incorrectos. Con todo, Pierre le Moyne, Sieur d'Iberville, viajó por el Mississippi siguiendo a sus guías indios: su relato es el que retransmitirán Claude y Guillaume Delisle y constituye la primera representación del curso de este río en los mapas europeos. Asimismo, el Barón de La Hontan, en su libro *New Voyages to North America*, publicado en inglés y francés en 1703, describe detalladamente la importancia de los "mapas de los salvajes" en la sección titulada "A short View of the Humors and Customs of the Savages" (Vorsey 82-3). Estos son solo algunos de los ejemplos que demuestran la deuda de los cartógrafos europeos para con los indígenas de la costa atlántica norteamericana y los servicios y deservicios de estos hacia los europeos en el intento de preservar sus propios territorios.

También Felipe Fernández-Armesto destaca la importancia de las narraciones orales de los indígenas. Este escritor nos recuerda que, antes de la llegada de los europeos, es muy difícil documentar una cultura letrada en América del Norte. Y, que sepamos, la primera lengua escrita fue la de los indios timu-

cua –gracias al sistema desarrollado por el padre Pareja–; a esta le sigue la de los cherokee, que en el siglo XVIII disponía de un silabario muy similar al de los alfabetos europeos. Ya en el siglo XVII, el padre Sagard, que había dado noticias a Europa del lago Huron, los consideraba iletrados a pesar de haber copiado las inscripciones cinceladas en árboles que él mismo encontró, y en las que se indicaban rutas de viajes y resultados de batallas. Las cortezas de los árboles y el cuero eran los soportes materiales preferidos por los indígenas. Nos consta –afirma Fernández-Armesto, coincidiendo con de Vorse–, que la expedición de Hernando de Soto en el sureste norteamericano (1539-1543) se sirvió fundamentalmente de mapas indígenas y que Hernando de Alarcón tuvo noticias del curso del río Colorado en 1540 a través de un anciano indio local. Algunas pinturas de los indios zuni, realizadas sobre piel curtida, detallaban poblaciones próximas a Hawikuh y fueron enviadas a España. Finalmente, en palabras de Armesto, gracias a informantes indios fue posible redactar un reporte completo de la tierra de los chesapeake que sería utilizado por los ingleses a su llegada a la bahía de este nombre en 1585. Y un indio llamado Nigual realizó un mapa de Nuevo México con el cual Francisco Valverde logró sobrevivir en 1602 (Fernández-Armesto, *The Americas* 42).

### **Virginia, sus indios, los españoles y los ingleses.**

#### **Un capítulo inventado de la historia de la costa atlántica**

En las últimas décadas del siglo XVI, y tras la fundación del fuerte Carolina, cerca del río St. John, los ataques de los hugonotes franceses a los dominios españoles fueron incesantes. Hasta la llegada de Pedro Menéndez de Avilés, la costa este de La Florida carecía casi totalmente de protección frente a la piratería gala, y Avilés ganó su reputación tras vencer los incesantes ataques franceses; pero la provisión de armas a los

indios del sureste, y las subsiguientes alianzas entre ellos y los ingleses, sumadas a la falta de apoyo de los asentamientos españoles por parte de la metrópolis, supusieron el fin del predominio español en la costa atlántica. La historia de las relaciones entre indígenas y europeos en América del Norte es muy distinta a la de los indios de América Central y América del Sur; los indios norteamericanos nunca fueron asimilados a la cultura europea y, a diferencia de lo que ocurre en la América hispanoparlante, no tenemos ninguna crónica de autoría india sobre la colonización de Norteamérica. Como escribe Quinn, los indígenas de Florida nunca fueron hispanizados, y tanto los ingleses como los franceses pudieron establecerse en la costa atlántica, reclamada por los españoles pero desprotegida por ellos mismos, con relativa facilidad:

The Florida Indians were never hispanicized. Spaniard and Indian –in marked contrast with the situation in, say, Mexico– remained separate, foreign one to another, except for the few converts and hangers-on about the missions. Even the missions needed presidios to protect them, to the end of the sixteenth century and beyond [...] The English settlements in Virginia, Maryland, and the Carolinas established themselves with no more than a formal rumble of Spanish diplomatic protest [...] The Florida annexed by England in 1763 did not differ greatly from the Florida of Menendez. There were not many more settlers; there were still a few cattle ranches, still the garrison, still no towns. The English, during their twenty years of occupation, found little of interest in the place, and after the recognition of American independence it became for them a source more of embarrassment than of prospective value. The Treaty of Versailles (which ended the only major eighteenth-century war in which England had been soundly defeated) restored Florida to Spain. The retrocession was made in partial payment for the abandonment of Spanish claims to Gibraltar, an agreement that some modern Spanish governments have found too convenient to forget. At the time, those in authority in England congratulated themselves on their bargain, and many would have echoed Rodney's comment that Spain had added another desert to her empire (Quinn 101-102).

En inglés, pocos autores que se refieren a la época colonial han tenido la repercusión internacional de Robert Greenhow,

a quien los EE. UU. deben la mayor distorsión histórica sobre “la cuna” del país. Anna Brickhouse ha analizado espléndidamente este tema, y la gran originalidad e importancia de su estudio justifican la extensión de las citas que doy a continuación; en ellas, esta historiadora demuestra la estrategia política y el apoyo gubernamental que recibió el congresista Greenhow, quien proporciona la base moderna para “la invención” de la historia de la costa atlántica norteamericana; es decir, para la escritura de su “historia fingida”:

Today Greenhow has—like so many translators—been largely forgotten. But during the early nineteenth century he worked under the official title of “Librarian and Translator” at the U.S. Department of State [...] he was writing during the period that preceded the professionalization of American History [...] an era described as “a time when all historians were amateurs of history,” “amateur gentleman-scholar[s]” [...] [but] he was, after all, on the official payroll of the State Department [...] in the early nineteenth century, William Gilmore Simms could declare without qualification that “the chief value of history consists in its proper employment for the purposes of art” (Brickhouse, *The Unsettlement* 194).

La obra fundacional de Greenhow fue su traducción de la memoria de Andrés González de Barcia Carballido y Zúñiga que él tituló: *Memoir, Historical and Political, on the Northwest Coast of North America* (1840); yo la llamo “fundacional” porque fue producida con fines exclusivamente políticos y comenzó, según demuestra Brickhouse, como un argumento para reclamar los derechos en el Pacífico frente a las disputas inglesas (The Oregon Question). Anna Brickhouse explica que en el proceso de preparación de argumentos para legitimar la posesión territorial de Norteamérica, el congresista Robert Greenhow se basó en documentos de los archivos de América colonial; y en su búsqueda encontró la historia de don Luis de Velasco (Brickhouse 196), que junto a la historia oficial de Virginia es la que ha prevalecido hasta hoy entre el público general. Greenhow comienza su traducción citando el *Ensayo*

*cronológico para la historia general de La Florida de Barcia*, y diciendo que los españoles fueron los primeros en llegar a Virginia:

The Bay of Chesapeake is usually supposed to have been first seen, and entered by the English ... who founded the earliest European settlement on its waters in 1607 ... Accordingly in all our histories, the discovery of the Chesapeake is attributed to the English (4983-84). But “there is evidence ... apparently incontrovertible”, Greenhow admonishes, “that the Chesapeake was known to the Spaniards, and that an expedition had been made by them for the occupation of its coasts, at least twenty years before any attempt of the English to establish themselves in any part of the American continent” (485) (Brickhouse, *The Unsettlement* 207, énfasis mío).

Greenhow omite que Barcia había escrito su obra para reclamar los derechos de España al territorio de La Florida y para denunciar la apropiación inglesa de la misma.<sup>31</sup> Como señala Brickhouse, en el momento en el que Greenhow elabora

---

<sup>31</sup> “The Spanish author of the *Ensayo cronológico*, Andrés González de Barcia Carballido y Zúñiga, was explicit about his purpose introduction: to “restore ... to the Spanish what is justly theirs, giving clear and distinct note of the peoples, capes, rivers, ports, and bays that encircle their continent” of La Florida [...] the project represented a massive exercise in relegitimizing Spanish historiography [...] Barcia made clear, to the shifting of imperial power from Spain to England—and in Greenhow’s moment, of course, to the United States [...] History not only supported but in some cases achieved conquest, Barcia explained, by ‘mak[ing] the settlements of the Spaniards appear as the habitations of foreigners’—easily establishing ‘with the pen what so many others have failed to do with the sword.’ But if conquest could be accomplished by discursive means when military ones failed, it was foreign cartography in particular that posed the worst threat: ‘until now, geographical maps held value by juridical law, but already these maps are worth nothing, except to know the outline of the Indies. Nor is it only Florida that is confused, or obfuscated, by different names, so that the map is not proof of ownership. This is the capital deception for unjustly establishing ownership and legal appurtenance: to change the names of oceans, rivers, bays, capes, ports, provinces, in order to inhabit roads and populate wilderness’” (Brickhouse, *The Unsettlement* 208).

su traducción, la corona británica estaba recibiendo su mayor apoyo a través de Irving, Prescott y Simms. En la traducción de Barcia al inglés, dice Brickhouse, era inevitable mencionar a los españoles en lo que sería la futura Virginia, y Greenhow lo hace del siguiente modo:

...in the summer of 1566, [Menéndez] dispatched ... a captain with thirty soldiers and two monks ... to the Bay of Santa Maria ... to settle in that region, and to convert its inhabitants to Christianity. [But] the captain overcome by his crew ... So they sailed ... for Seville, accusing the King and the Adelantado for attempting to settle in that country, of which they spread the worst accounts, though none of them had seen it. Thus it appears that the Chesapeake ... *was so well known to the Spaniards in 1566*, that an expedition was made for ... taking possession of the surrounding country. *We do not learn that the attempt was repeated* (Brickhouse, *The Unsettlement* 210, énfasis mío).

El problema de este texto radica en que Greenhow omite parte fundamental de la información de Barcia —los subsiguientes viajes de Menéndez de Avilés y la fundación de Ajacán en 1571— cometiendo así una flagrante supresión de información que entró a formar parte de la historia de los Estados Unidos.<sup>32</sup> Greenhow trabajó para el presidente Zachary Taylor, y aunque

---

<sup>32</sup> “The ‘importance’ of Greenhow’s memoir, then, lies not, contrary to its title, in its establishment of the ‘First Discovery of the Chesapeake Bay [by the Spanish]’ —but in its fully documented, official scholarly pronouncement of a lack of Spanish settlement on the Chesapeake in 1566, or at any subsequent date. [...] Barcia noted very clearly there that the 1566 Spanish attempt to settle in the future Virginia was of course ‘repeated,’ specifically in the year 1570—well before the ill-fated Roanoke voyages, and decades before Jamestown—and this time it resulted in successful arrival and settlement on New World soil. In the “Year 1570,” Barcia wrote, a group of Spanish Jesuits, under the direction of “Father Vice Provincial Juan Baptista de Segura ... tried a method of entering in the Province of Ajacan ... They walked together until they entered the Province of Ajacan, bearing the hardships of the journey, and the hunger ... in the hope of converting many people to the office of the Church” (Año M.D. LXX)” (Brickhouse, *The Unsettlement* 211).

el congresista reconoció que España había descubierto la actual Virginia antes que Inglaterra, esto era, según señala Brickhouse, una amenaza nacional ya que se vinculaba a Virginia con derechos reclamables por España y Nueva España:

Greenhow was indeed contributing his services to the cause of American History [...] Greenhow would understand a Spanish discovery of Virginia as a veritable threat to national security: *a catastrophic shard of the colonial past that had to be smoothed into neutrality*, an explosive historical narrative that had to be hastily revised. As Greenhow knew very well, *the principle of first discovery had been written into federal law by the 1823 Supreme Court case Johnson v. McIntosh* (Brickhouse, *The Unsettlement* 212, énfasis mío).

También a disposición del congresista Greenhow estaba el relato de John Gilmary Shea sobre las misiones católicas en los EE. UU., entre las cuales se encuentra Ajacán. Como señala Brickhouse, la mejor manera de modificar la información para beneficio propio era aprovechar que Shea había ubicado Ajacán en el territorio de Florida y no en Virginia, pero, como hemos visto, La Florida del siglo XVI sí incluía Virginia (Brickhouse, *The Unsettlement* 219). Lo interesante es que en 1855 Shea escribió un nuevo relato sobre los acontecimientos de Ajacán:

By 1855, however J. Shea would publish a new account of the events at Ajacán in a book-length study, *History of the Catholic Missions in the United States*, which retrieved the suppressed settlement from the Spanish archive, and retransmitted it into English-this time [...] *Shea put it in this version, Ajacán, in St. Mary's Bay, which lying 37 North must be the Chesapeake Bay ... in Virginia* (Brickhouse *The Unsettlement* 218, énfasis mío).

Otra versión y tentativa para distanciar la presencia española en Virginia fue la de Charles Campbell, quien en su *History of the Colony and Ancient Dominion of Virginia* (1860) escribe:

*pointedly removed the location of Ajacán from Virginia to North Carolina. He also redefines the colony as a mere “visitation”: the Jesuit missionaries, accompanied by Don Luis, visited Ajacán, but were treacherously cut off by him (Brickhouse, *The Unsettlement* 218, énfasis mío).*

Estos datos llevan a Brickhouse a la siguiente conclusión:

*To present a Spanish colonization of Virginia would have potentially undermined a significant component of Southern nationalist mythology—of chivalrous John Smith and royal Pocahontas as the forebears of the “Mother of States” —and thereby ceded a certain degree of historical prestige to the North, with its Pilgrims and Puritans, and with its cadre of historians eager to debunk the story of Smith’s rescue. If Jamestown were not the first European settlement in Virginia, then—in the zero-sum game of settlement priority practiced in the decade before the Civil War (and arguably now)—the significance of Cavalier history necessarily lost ground on the histories of Plymouth and Massachusetts Bay (Brickhouse, *The Unsettlement* 219, énfasis mío).*

Ciertamente, un modo de calmar las aguas sobre las falsas interpretaciones de Greenhow fue matizar el léxico y referirse al descubrimiento como “visita”; pero fue Shea quien decididamente puso los datos a disposición del público:

*Shea clearly understood this discrepancy on some level, for he made certain that both the location and the status of Ajacán as a colony were impossible for readers to miss if they glanced at the title: “The Log Chapel on the Rappahannock.” The geography of Ajacán was certain “beyond all per adventure,” Shea asserted, as was the matter of its settlement, with what turned out to be its now explicitly racial mid-nineteenth-century valence. Shea narrated the episode at Ajacán as—over and above discovery or, in Campbell’s hedging parlance, mere visitation— “the first white habitation in that part of America, where “the first white occupants” of the “Old Dominion” created a religious settlement: “by actual possession, by erecting a chapel, by instituting a regular community life, by instructing, baptizing, and hallowing the land by the Holy Sacrifice of the Mass” Even after narrating the un-settlement of Ajacán, Shea notes that it was not an English standard that was hoisted during Menendez’s punitive expedition to the Bahía de*

*Santa María, where the Spanish flag floated for the last time over the land of Ajacán (856).*

*Shea initial publications on this topic appeared in the Catholic World journal, but in 1877 he published another article in a journal seeking to give prominence to Indian ancestry of America and directed for a more general audience The Indian Miscellany. The title of Shea's article "The Spanish Mission Colony on the Rappahannock: the First European Settlement in Virginia."*

*"Lest readers miss the significance announced in the title. The piece goes on to proclaim that this Spanish colony potentially implicates even the most hallowed figures of Virginia history, noting the likelihood that 'Don Luis de Velasco honorably received at Mexico and Madrid, was a kinsman of Pocahontas treated as a princess in England.' The 'history of the first settlement of white men on the soil of Virginia' is not, Shea discloses repeatedly, an Anglo-American history—and, as he argues, this fact deserves permanent national prominence: 'The walls of the Capitol at Washington, might well be adorned with a painting of a scene that occurred almost in sight of its dome—the founder of Saint Augustine, the butcher of Ribault, the chosen commander of the Invincible Armada, as he stood surrounded by his grim warriors, placing the standard of Spain in the banks of the Potomac' (343)" (Brickhouse, *The Unsettlement* 220, énfasis mío).*

Brickhouse atribuye la recuperación de la historia de Ajacán a los trabajos de Shea y a la recepción de los mismos por parte de William Cullen Bryant, quien publicó en 1876 *A popular history of the United States: from the first discovery of the Western Hemisphere by the Northmen, to the end of The Civil War, preceded by a sketch of the pre-historic period and the age of the mound builders*. En esta obra, Bryant destaca la figura de don Luis como personaje prominente en la historia de los EE. UU. :

*In Bryant's popular history Don Luis appears as Pocahontas counterpart, they both share quasi-royal origins, help the European settlers and serve as interpreters and even kinship but they have two main differences, Don Luis is both a North American Indian and a Spanish American Indian (he was baptized in Mexico) and in spite of been educated as a gentlemen in King's Philip court, once he returned to his land he revealed "his true malicious nature" and acted as a trai-*

*tor murdering his European correligionaries. In this popular history is clearly sated that “devoute and courageous” band of settlers “landed on the banks of the Potomac.” The writer of this section of the Popular History—almost certainly Gay—details these Catholic pilgrims’ inland journey to the Rappahannock and the construction and naming of the chapel: “La Madre de Dios de Iacan, the chapel of the mother of God at Iacan,’ or Axacan.” In this telling, the Ajacán colony undermines the priority not only of Jamestown but of Plymouth as well (Brickhouse, *The Unsettlement* 228, énfasis mío).*

La proximidad fonética entre los nombres de “Ajacán”, de origen algonquino, y “Aztlán”, de origen nahuatl, sugiere que es muy probable que el indio de Nueva España llamado Alonso Aguirre, a quien don Luis conoció durante su estancia en México, le contara a este la historia de Aztlán, lo que podría explicar que Ajacán y Aztlán se proyecten como paraísos similares. El argumento de Brickhouse destaca, además, que el intento de negar Ajacán como un lugar ubicado en Virginia y el esfuerzo por silenciar la presencia española en el que se define como estado fundacional del país, tuvieron repercusiones internacionales. Cuando Greenhow escribe su texto estaban vigentes los acuerdos del *Johnson vs. McIntosh Act* de la Corte Suprema de los EE. UU. y, por tanto, el virrey de México, don Luis de Velasco, que había apadrinado y dado su nombre de pila al indio don Luis, podría haber reclamado el territorio de Ajacán. El virrey Velasco, y con él México, “*had a viable claim on the first discovery of Virginia*” (284). Y esto ya hubiera sido el colmo para Greenhow y su escuela; que los españoles, por la fundación de Ajacán, tuvieran el derecho de reclamar Virginia según el protocolo de la “*first Discovery*” era un reto, pero si, por los acuerdos sancionados por la Corte Suprema en el caso de *Johnson vs. McIntosh*, México podía reclamar este territorio, las consecuencias habrían sido internacionalmente inimaginables e inconmensurables, o imaginables pero solo surrealmente.



Detalle del mapa de Juan de la Cosa donde se puede ver el mar Caribe, el golfo de México, la parte superior de América del Sur y la costa norteamericana que, hacia el norte, llega hasta las Carolinas.

**Capítulo II**  
**Cuatro personajes en busca de autor:**  
**los indios Francisco Chicorano y**  
**don Luis de Velasco, el licenciado Ayllón,**  
**el capitán Avilés y las perlas de Cofitachique**



Ubicación actualizada de San Miguel de Guadalupe, Carolina del Norte.

## LOS COMIENZOS DEL SUEÑO AMERICANO Y SUS CUATRO PERSONAJES

Desde la llegada de Ponce de León a La Florida colonial hasta la batalla de Yorktown (1781) en la Guerra de la Independencia, la narración de las hostilidades entre ingleses, franceses y españoles fueron una constante de memoriales, relaciones, cartas y mapas que indirectamente sirvieron para documentar la destrucción de la evidencia física y, sin proponérselo, apoyaron las respectivas reclamaciones territoriales de los países en contienda. Tal es el caso de la relación del 14 de agosto de 1674 que escribió el padre Gabriel Díaz Vara Calderón; en ella se describen las treinta y nueve misiones que fueron fundadas por los españoles en La Florida y que fueron destruidas por los ingleses; Vara Calderón explicita que en dichas misiones fueron instruidos 26.000 indios (Gannon 36).<sup>1</sup>

Asimismo, en 1655, Juan Díez de la Calle escribió la *Nota de las misiones de la Provincia de La Florida, establecidas por los franciscanos observantes en 1655, con un convento en la capital, a donde se recogían los misioneros enfermos, sin otros pueblos de conversión agregados y demás que estaban a cargo de clérigos seculares*. En su obra, Díez de la Calle también nombra y ubica aquellas treinta y nueve misiones en las

---

<sup>1</sup> El relato del obispo Calderón no tuvo el mismo impacto internacional que las obras de sus homólogos ingleses, pero su testimonio es uno de los más ricos sobre el funcionamiento y eficacia de las misiones de Florida y suplir la falta de evidencia arqueológica de dichos enclaves.

que recibían instrucción 26.000 indios y donde había setenta religiosos empleados (Keegan 359-60).

Chicora estaba en el norte de La Florida colonial, aproximadamente donde se encuentran parte de la actual Virginia, las Carolinas y Georgia y el primer documento que tenemos sobre ella, y que fue escrito en español, se basa en el relato de Francisco Chicorano, quien, como ya dijimos les contó las maravillas de Chicora a Pedro Mártir de Anglería y a Carlos I. El indio Chicorano fue, al igual que don Luis, un traidor para los españoles y un héroe para los indígenas; y sus relatos fantásticos sobre la utópica tierra de Chicora incentivaron los viajes del licenciado Lucas Vázquez de Ayllón, quien no tenía necesidad, aunque pudo tener alicientes económicos y personales para emprender su viaje; también creo que el realismo totalizador de la novela caballerescas pudo ser un acicate para su aventura ya que Ayllón, como nos dice Oviedo, era un ávido lector y “acomulaba novelas que no se le debían creer” (*Historia General*, vol. 4, 324a). Irving Leonard registra, al menos, 135 títulos de libros que llegaron desde Sevilla –de donde partieron las exploraciones más destacables– hasta la costa atlántica norteamericana, Cuba, Santo Domingo y México. Dichos libros, además de aventuras, trataban de medicina, ciencia, filosofía, derecho, etc. Santo Domingo, donde se encontraba Ayllón, era puerto de destino casi obligado para los barcos españoles y allí llegaron, entre otras, 3.386 copias de los siguientes libros: 446 *Amadís de Gaula*; 1017 *Espejo de caballerías*; 156 *Palmerines*; 171 *Oncenos de Amadís* [*Crónica de Florisel de Niquea*]; 10 *Séptimos de Amadís* [*Lisuarte de Grecia*]; 325 *Celestina* [*Tragicomedia de Calisto y Melibea*]; 550 *Oliveros de Castilla*; 823 *La doncella Teodor*; 377 *Cid Ruy Díaz*; 281 *Conde Fernán González* y 194 *Flores y Blancaflor* (Leonard 220 y sgts.).

Las cartas y documentos de viaje conservados en el AGI, y utilizados con gran mérito por Hoffman, Mallios y otros investigadores, siguen esperando la luz para ubicar a Ayllón dentro

de la historia de la Norteamérica española. Idéntico mal hado que el de Ayllón, pero, a la postre, con más ganancias, lo experimentó sir Walter Raleigh, en cuyas expediciones de la costa atlántica fue pisándole los talones al oidor toledano; la gran diferencia entre ambos es que los relatos del británico gozaron de gran difusión, apoyo estamental y éxito formidable, mientras que los de Ayllón quedaron acumulando polvo y bajo llave en la Casa de Contratación primero y después en el AGI.

El relato de Francisco Chicora fue recogido en castellano dentro de obras canónicas, las de Pedro Mártir y Fernández de Oviedo, entre otras; y en inglés, como relato independiente, la historia de Ayllón se difundió en un folletín del año 1845 al que su autor, William Gilmore Simms, llama *nouvellette* y que fue un intento fallido y desfasado de escribir una relación histórica que responde perfectamente a las circunstancias políticas en las que se inserta y que culminan en 1898 con la guerra de España contra los EE. UU. En su folletín, Simms se ensaña contra Ayllón y los suyos, y por ende, contra todo español, al tiempo que defiende la nobleza de los indios americanos –los mismos indios que, tras la salida de los españoles, serían masacrados por los colonos ingleses en aras de la expansión de la frontera–.<sup>2</sup> Simms exalta lo indígena como lo genuinamente americano; su panfleto trabaja en pro del mito del buen salvaje y ahonda en la mezquindad del colono español, el rapto y vejatoria captura de indios, la castidad de la india esposa viuda –quien espera al guerrero que no regresa– y exalta la dignidad, nobleza, elegancia y belleza del indio.

Buscando aparente objetividad, el relato de Simms comienza declarando que John Cabot no fue el primero en avistar las idílicas costas de Carolina, sino que fue Ayllón, pero a esta concesión de gloria le sigue una apostilla: “[Ayllón] *was a bad*

---

<sup>2</sup> William Gilmore Simms. “Lucas de Ayllón: A Historical *Nouvellette*.” *The Simms Reader: Selections from the Writings of William Gilmore Simms*. 1845. Ed. John Caldwell Guilds. Charlottesville: UP of Virginia, 2001.

*man*”. Los tópicos de la malevolencia se suceden uno tras otro en la página introductoria donde el autor reitera la perfidia innata de los conquistadores españoles y los abusos contra los indios. Para dar una perspectiva pseudohistórica, Simms describe a los indios apalaches, quienes, por su fuerza y tamaño, acabaron imponiéndose sobre los indios ozama en la costa este de los EE. UU. Prosigue Simms refiriéndose al negocio de esclavos como más rentable que la búsqueda de oro, y sus incisos inciden en la vituperación de Ayllón:

[Ayllón] was a stern, cold man, brave enough for the uses to which valour was put in those days; but having the narrow contracted soul of a miser, he was incapable of noble thoughts or generous feelings. The love of gold was the settled passion of his heart as it was too much the passion of his countrymen (Simms 432).

El autor del folletín menciona que Ayllón nombró Santa Elena y describe, con el tono testimonial propio de la relación, cómo, a su llegada a tierra, los nativos se aproximaron a la costa, los colonos echaron anclas junto al río Combahee, que se llamaba así en honor de la reina del lugar, y dice que los indios eran esbeltos, fuertes y elegantes y que llamaban a su tierra “Chicora, *or, more properly, Chiquola*”, siendo este último también el nombre de su cacique. El barco de Ayllón, dice Simms, fue rodeado por cientos de canoas entre las que destacaba un noble indio, que era el cacique e iba acompañado de varias mujeres, una de las cuales era de singular belleza; esta india llevaba una sarta de perlas y una corona ornamentada con plumas. Para atrapar a los indios, dice Simms, “*Ayllon preferred fraud to fighting*” (Simms 435). Prosigue este relato de Simms contando que Combahee, la esposa del cacique, intuye la trampa de Ayllón y quiere evitar que Chiquola entre a su nave, pero Ayllón logra su propósito, embriaga a los indios, y captura a doscientos de ellos: “*two hundred of the unconscious and half stupid savages werer thus entrapped for the slave market of the City of Columbus*” (Simms 438). Chiquola

sufre los efectos del alcohol, pero la bella Combahee se niega a beber, y ante la inminente tragedia, la esposa salta desde la ventana de su camarote, se sumerge en las aguas del mar, alcanza una de las canoas de los suyos y le declara la guerra a Ayllón mientras que Chiquola se pone en huelga de hambre durante su cautiverio.

Combahee languidece y espera el regreso de su esposo Chiquola. Los sabios y sacerdotes de la tribu deciden que la reina Combahee debe casarse de nuevo, para lo cual eligen a varios posibles candidatos; y el triunfador será Edelano. Combahee continúa triste, busca venganza y no quiere casarse de nuevo, pero tras la llegada de los huesos de quienes raptaron a Chiquola y la de los restos del naufragio de Ayllón a la orilla del río donde se halla Combahee, la esposa india se considera vengada:

“Said I not,” she cried to her people, –“Said I not that there should be bones for the fire, which should warm the limbs of Chiquola? –See! These are they [...] The sacrifice was ended. The perfidy of the Spaniards was avenged” (467-70).

Momentos antes de morir, Combahee acepta al indio Edelano en matrimonio – “she was true to Chiquola while he lived, to the last moment of her life she was true” (Simms 471)–. La tragedia culmina con la muerte de Combahee que ya no puede oír las palabras de Edelano, y quien queda coronado con un triplete: es rey, casado y viudo en un instante; el desenlace de la obra se parece al de una tragedia griega. Acotemos aquí que los apalachicola eran polígamos y que la monogamia que Simms loa en Combahee es un despropósito.

Este folletín pasó sin pena ni gloria; Simms lo escribió para vituperar abiertamente al imperio español y encuentra su contrapunto cercano en *The First Gentleman of America* –novela publicada en 1942, cuando está en pleno auge la imagen del yankee (*Yankee Doodle Dandy*) como descendiente directo de los ingleses de Nueva Inglaterra y de la que trataré más ade-

lante— y su contrapunto remoto está en dos obras de Oviedo: *Claribalte* y la *Historia general y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar océano*, que el cronista español escribe para mayor gloria de su emperador, pero cuya extensión y complejidad menoscabaron el buscado propósito.

Gonzalo Fernández de Oviedo (1478–1557) le da un cariz imperialista a su *Historia*; en ella reforzó los mitos relacionados con la costa atlántica; cuenta la leyenda de Chicora, la de Castilla del Oro y de la Tierra Firme, pero la copiosidad de esta obra la hizo inmanejable y por ello hubo de publicarse un resumen de la misma: el *Sumario* (Venecia, 1532). Este fue traducido al latín, inglés e italiano, y, como revelan las quince ediciones que alcanzó en menos de un siglo, gozó de gran popularidad.

Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general* y, antes que él, Pedro Mártir de Anglería (1457-1526) en sus *Décadas* y en su *De orbe Novo* fueron los difusores de las leyendas de Chicora y de Ajacán durante el siglo XVI castellano, que están en la costa atlántica norteamericana. Aunque a partir de la *Historia general y natural de las Indias* se produce un gran impulso en la dimensión imperial de su proyecto, ninguna de las obras de Oviedo superó la eficacia política de los informes de los ingleses contemporáneos, a pesar de que Oviedo sabía que el cronista podía usar la pluma como arma política y así lo afirma el autor en el prólogo de la misma. Como apuntó Avalu-Arce (115), desde 1453, la mención al emperador de Constantinopla era un tópico literario, por lo que en época de Oviedo el único emperador que se puede usar como referencia es el del Sacro Imperio Romano Germánico. Y en esta época, España busca una alianza matrimonial con Inglaterra que comienza con Catalina de Aragón, casada con Enrique VIII, quien fue reina de Inglaterra desde 1509 hasta 1533 y sigue con Felipe II, quien reinó en Inglaterra desde 1554 hasta 1558. Oviedo, se adhiere plenamente a la defensa de la monarquía universal y así lo declara en su *Historia general y natural de las Indias*:

La Cesárea Majestad del Emperador Rey don Carlos, nuestro señor, el cual ha seído digno, mediante la divina clemencia, que le hizo merecedor de sus buenas venturas y nuestras, de ser señor de tan valerosa nasción, para que veamos al presente, como se ve, la bandera de España celebrada por la más victoriosa, acatada por la más gloriosa, temida por la más poderosa, y amada por la más digna de ser querida en el universo. Y así nos enseña el tiempo, e vemos palpable, lo que nunca debajo del cielo se vido hasta ahora en el poderío e alta majestad de algún príncipe cristiano. Y así se debe esperar que lo que está por adquirir y venir al colmo de la monarquía universal de nuestro César, lo veremos en breve tiempo debajo de su ceptro; y que no faltará reino ni secta, ni género de falsa creencia, que no sea humillada y puesta debajo de su yugo y obediencia (*Biblioteca de Autores Españoles*, CXVII, 157a).

Oviedo entreteje sus elogios a la monarquía y al imperio con evidentes críticas de la mala administración de las Indias y afirma que esta es una consecuencia de la inmoralidad de algunos de los colonos, pero Oviedo no es un cronista desinteresado, sino que se apoya en la autoridad jurídica propia de la relación para destacar sus méritos y servicio a la corona (Myers 33-50). En el Libro XXXVII (vol. 4, 322-330) de la *Historia general*, donde “Tracta de la gobernación de la provincia llamada Chicora e mas propiamente dicha Gualdape, en la Tierra Firme, a la parte del Norte, que fue a poblar el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón”, Oviedo desestima las cualidades de Ayllón como soldado y dice de él:

El que ha de mandar soldados, soldado debe ser primero [...] Yo creo bien que el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón supiera ser alcalde e hacer justicia [...] pero nunca se vistió coraza ni ciñó espada para ganar sueldo con ella, ni defender su capa, ni adquirir la ajena por milite. Aunque en la verdad era de buena casta de hijosdalgo (vol. 4, 322b).

Oviedo acusa a Chicorano de mentiroso y de traidor, y aduce como prueba que:

Llevaba yo entonces una perla grande que tuve [...] que pesaba veinte e seis quilates y era perfecta e redonda, e quise que la viese [Ayllón], porque él me decía que aquél indio le decía que las había excelentes y

grandes en su tierra; e dijo el licenciado que era muy pequeña a respecto de las que le prometía aquel su adalid: e tanto más se me representó que aquel indio mentía en cuanto le había dicho, e que el deseo de volver a su patria le hacía decir todo aquello de que conocía que el licenciado se holgaba, e que como astuto *acomulaba novelas que no se le debían creer*; e así se lo dije al licenciado. El me respondió que el indio era muy ladino e muy buen Cristiano, e tenía tanto amor al licenciado como si fuera su hijo [...] me le loó tanto, que consocé que le creía como si fuera evangelista; pero lo que sacó de su crédito, la historia lo dirá (vol. 4, 324a, énfasis mío).

Oviedo alude al fiasco de Chicora, la pérdida de rumbo, el cambio de itinerario hasta llegar a Gualdape, el frío, la falta de provisiones y la muerte de los colonos –de los 500 que dice que fueron, afirma que solo se salvan 150– y atribuye el fracaso a la ignorancia y a la falta de experiencia de Ayllón:

La mayor parte deste daño consiste en que estos capitanes no saben dónde van, ni se proven a propósito de lo que conviene, sino de lo que les parece a ellos. Y es imposible acertarse unas cosas y negocios que son tan grandes en sí en especial en aquellas partes septentrionales donde [...] *la tierra es muy fría* (*Historia General* vol. IV, énfasis mío 329a ).

Era tanto el frío , que como se embarcaron enfermos e mal proveídos se *murieron de frío*, en la carabela nombrada *Sancta Catalina*, siete hombres que se helaron; y en la nao *Choruca* acaesció una cosa de las que son raras veces o nunca vistas, y fue que uno de aquellos pecadores, queriéndose descalzar las calzas, se le despegó toda la carne de las piernas ambas, dende las rodillas abajo, e le quedaron los huesos limpios, y esa noche se murió (vol. IV, 329a, énfasis mío).

Oviedo se vanagloria de haber sido testigo de los acontecimientos que narra y recrimina a Pedro Mártir y a Francisco López de Gómara “que escriben cosas de Indias desde la Plaza de Zocodover de Toledo. “En otra oportunidad [en sus *Quinquagenas*] dirá: “Yo no hago este oficio [de cronista] como adeuino, ni a tanto peligro de mi conciencia como los avsentes” (26). El ‘adeuino’, en este caso, es el otro cronista de Car-

los I, fray Antonio de Guevara, gran falsario y ‘enconado parlero’, según Oviedo, cuyo *Marco Aurelio* es cumplido ejemplo de ‘libros apócrifos e vanos’ (27)” (*Quinquagena* II, *apud* Avalle p. 131). Irónicamente, Oviedo, que no escribe sobre las Indias “desde la Plaza de Zocodover”, escribe sobre Chicora pero nunca estuvo allí...

El indio Francisco Chicora o Chicorano (fechas desconocidas), pertenecía a la tribu de los catawba y es mi primer personaje en busca de autor, fue capturado por los hombres de Ayllón en 1521 en la costa de Carolina del Norte (Chicora) en las proximidades de lo que hoy es Cape Fear, aprendió español, fue llevado a España por Lucas Vázquez de Ayllón en 1523 y le contó una historia fascinante sobre su tierra natal a Pedro Mártir de Anglería, con quien, durante varios días, compartió conversación y mesa a invitación del humanista. Mártir, embelgado por los relatos del inteligente indio bilingüe, los inmortalizó en sus *Décadas*, y Lucas Vázquez de Ayllón acompañó a Chicorano a la corte para iniciar los trámites de la expedición que ambos solicitaban; Chicorano con la intención de regresar a su tierra, y Ayllón con el deseo de medrar. Mártir relata así este encuentro en sus *Décadas*:<sup>3</sup>

[Lucas Vázquez de Ayllón] Trájose como criado a un chicorano, que una vez bautizado tomó el nombre de Francisco y el apellido de su tierra natal. Mientras Ayllón despachaba sus negocios, túvelo invitado en casa con su sirviente. *El chicorano no es tonto ni indiscreto y ha aprendido bastante bien el español. Voy a referir cuanto el propio licenciado Ayllón que lo tenía por escrito según relación de sus com-*

---

<sup>3</sup> Edmundo O’Gorman, Ed. *Décadas del Nuevo Mundo, por Pedro Mártir de Anglería, Primer cronista de Indias*. Trad. Agustín Millares Carlo. 2 vols. México: José Porrúa e hijos, 1965. Véase la *Séptima década*, Libros 3 y 4, vol. II, 599-611; Chicora como Andalucía se describe en la p. 595; los gigantes en la p. 603 y el viaje de Ayllón a Chicora en la p. 605; para la descripción de América del Norte como un supuesto continente, véase la *Séptima década*, Libro 1, vol. II, 588. Las tierras de Gomes y el error de los clavos “esclavos” están en la *Séptima década*, libro X, vol. II, 729.

pañeros, me contó, así como las manifestaciones que de viva voz me hizo Chicorano, todo ello digno ciertamente de admiración. Que cada cual con arreglo a su entender, niegue o preste asenso a mi relato. La envidia es un azote ingénito a los mortales, que jamás cesa de escarbar y los empuja a buscar abrojos en el ajeno campo, por limpio que se encuentre; esa peste se apodera sobre todo de los necios o de quienes, siendo inteligentes, han visto transcurrir sus vidas ociosas y sin cultivo de las letras, como inútiles cargas de la sociedad (*Décadas*, vol. II, p. 596, énfasis mío).

Lo que proclama Pedro Mártir sobre las tierras de Chicora y Duare es que allí había un paraíso donde el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón iba a fundar su colonia:<sup>4</sup>

Hallaron los nuestros que aquella tierra criaba espontáneamente bosques de encinas, pinos, cipreses, así como avellanos, almendros y vides silvestres blancas y negras, que trepan por las ramas de los árboles y no se utilizan para fabricar vino, pues el que beben lo hacen de diversas frutas. Prodúcese asimismo allá higueras y diferentes clases de olivos, que una vez injertados se domestican como sucede entre nosotros, que sin cultivo no tendría otro sabor que el de su natural aspereza. Cultivan huertos y tienen gran abundancia de diversas legumbres. Plácenles los jardines arreglados y en los mentados huertos cultivan también árboles. Hay uno peculiar llamado “corito”, cuyo sabroso fruto tiene el tamaño de un melón pequeño. Existe otro “guacamine” de nombre, que echa fruta más grande que un melocotón, y del que se dice que es de grato y excelente olor y saludable. Plantan y cuidan igualmente otras muchas especies de las cuales hablaremos en otra ocasión, no sea que engendremos hartura al narrarlas de un tirón (*Décadas*, vol. II, 596).

Al comentario del licenciado Ayllón, añade Pedro Mártir:

---

<sup>4</sup> Duhare queda al otro lado del golfo donde estaba Chicora y sus “naturales, según Ayllón, cuyo dicho confirma Francisco Chicorano, son blancos, y llevan hasta los talones los rubios cabellos, su rey llamado Datha es de estatura gigantesca, y la reina no le va mucho a la zaga” (Mártir, *Décadas*, vol. II, 596).

se le han colmado sus pretensiones y ya ha sido despachado por nosotros y por la Cesárea Majestad, a persuasión nuestra. Va a construir en La Española una nueva flota con la cual pasar a las regiones de que hablamos, y *establecer una colonia*; y no le faltará quien le siga, pues toda esta hispana nación es tan codiciosa de novedades, que adonde quiera llamésela que ocurra algo, con una simple señal o un silbido, al punto se dispone a acudir volando, y dejando lo seguro de un más alto grado, vase tras lo incierto (*Décadas*, vol. II, p. 605, énfasis mío).

Las historias de Francisco Chicora tuvieron tanta difusión e influencia entre los interesados en promover la exploración y asentamientos en la costa atlántica norteamericana que, como afirma Anna Brickhouse, a pesar de los riesgos y fracasos que se habían conocido en La Florida colonial, los españoles siguieron sus exploraciones hacia el norte, llegaron hasta la Bahía de Santa María y fundaron Ajacán en lo que hoy es Virginia.<sup>5</sup> De la prosapia de Francisco Chicorano se nutrieron españoles y extranjeros por igual, entre otros: Pedro Menéndez de Avilés, Francisco López de Gómara, Antonio de Herrera, Bartolomé de las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Garcilaso de la Vega el Inca, Richard Hakluyt, Walter Raleigh, el conde René Goulaine Laudonnière, Peter van der Aa, y, por supuesto, Carlos I, Felipe II, Elizabeth I y Enrique VIII de Inglaterra, y Francisco I de Francia.

Sobre las relaciones entre Ayllón y Chicorano escribe Fernández de Oviedo y así lo recoge Maura:

---

<sup>5</sup> “The story told by Francisco de Chicora exerted a powerful narrative influence over its initial European audience, and was then perpetuated by later Spanish narrators interested in promoting colonization efforts—which is why, despite the unpromising history of sixteenth-century Floridian settlement, the *Santa Catalina* was coasting the Atlantic seaboard when it was hit by a storm and sought shelter in the Bahía de Santa Maria. The Spaniards aboard the ship called the land Ajacán—as they heard (or thought they heard) it named by two Algonquian speaking Indians whom the crew took on board. Later, the land would also be referred to simply as Don Luis’s homeland, *la tierra de Don Luis*” (Brickhouse, *The Unsettlement* 48).

Gran importancia tuvo el indio capturado por Ayllón, que no paraba de contar maravillas sobre su tierra. Algo totalmente lógico dado que, como cualquier individuo que ha sido privado de libertad, buscará exagerar y despertar el lugar al que quiere regresar a toda costa para poder estar con los suyos [...] prometió llevarle a una paradisiaca tierra llamada “Chicora”. Lo mismo ocurrirá unos años más tarde entre fray Marcos de Niza y Estebanico en busca de las fabulosas ciudades de Cíbola, incluso más en este caso, ya que el licenciado Ayllón tenía total fe en su esclavo. Fernández de Oviedo nos relata una conversación que mantuvo en el monasterio extremeño de Guadalupe con Ayllón sobre su esclavo: ‘Él [Ayllón] me respondió que el indio era ya muy ladino e muy buen christiano, e tenía tanto amor al licenciado como si fuera su hijo, e qué le tractaba como si le engendrara; e assí, a este propósito, me le loó tanto, que conocí que le creía como dijera; e assí, a este propósito, me le loó tanto [sic], que conocí que le creía como si fuera evangelista: pero lo que sacó de su crédito la historia lo dirá’” (*Historia general* 3: 626). Sin embargo esa extraordinaria tierra imaginaria llamada “Chicora” pertenecía exclusivamente a la ponderosa imaginación del esclavo de Vázquez de Ayllón (Maura 314).

Gonzalo Fernández de Oviedo, Hernando de Soto y Garcilaso el Inca le dieron fama universal a la floridiana reina Cotitachique y a sus muy mentadas perlas a las que igualmente se refirió Pedro Mártir y de las cuales el corsario Juan Florín, quien a la sazón trabajaba para Francia y quien también era conocido con otros nombres, dio buena cuenta. Francisco Chicorano, sin embargo, aún busca su lugar en los libros de historia del siglo XVI de su país natal, parte de las *Indian Nations* de los EE. UU., y de su país de adopción, España.

El segundo de mis personajes en busca de autor es Lucas Vázquez de Ayllón (Toledo 1476-Virginia 1526),<sup>6</sup> quien en una obra de ficción histórica desempeñaría el papel del intrépido aventurero que no necesitaba hacer fortuna ni buscar aventuras y que fue seducido por las maravillosas historias de Chicora.

Ayllón era miembro de una distinguida familia toledana con posible origen en Ayllón (Segovia), llegó a La Española con

<sup>6</sup> Véase Fernández-Shaw y Piña-Rosales, 71-75.

veintiocho años en 1504, fue alcalde mayor de la misma y tuvo bajo su jurisdicción las minas de oro del norte y del centro de la isla. Aunque las circunstancias no le eran favorables, Ayllón ejerció sus funciones con éxito y llegó a ser uno de los tres jueces oidores de la nueva Audiencia de Santo Domingo –institución creada para controlar las actividades y limitar los poderes del hijo de Cristóbal Colón, Diego Colón, quien intentaba recuperar los privilegios concedidos a su padre. Este abogado mozárabe, alcalde mayor, oidor y aventurero, fue además un avezado hombre de negocios que procuró su parte en las plantaciones de azúcar. Aparentemente, este proyecto no rindió frutos y algunos defienden que por ello el licenciado Ayllón decidió entrar en otro oficio más lucrativo y arriesgado que estaba prohibido por la corona española: la compraventa de esclavos; hay sin embargo noticias que contradicen esta hipótesis ya que Ayllón ajustició a quienes capturaron indígenas.<sup>7</sup>

Estando en Santo Domingo, Ayllón se casó con la terrateniente Ana Bezerra y en 1520, con la fortuna de ambos, Ayllón sufragó su primera expedición a la costa atlántica de los actuales EE. UU. y contrató a Francisco Gordillo como capitán. Gordillo, a la altura de las islas Lucayas o Bahamas encontró a otro capitán: Pedro de Quexo (Quexos o Quejo); Gordillo y Quexo llegaron a Chicora (Cape Fear) el 24 de Junio de 1521. Desobedeciendo las órdenes de Ayllón, Gordillo apresó a una cantidad imprecisa de nativos; muchos murieron en la travesía de vuelta a Santo Domingo, y allí Gordillo fue encarcelado por haber infringido la ley. Diego Colón asignó a Ayllón y al jurista Juan Ortiz de Matienzo el cuidado de los indios capturados; uno de estos indios es el antedicho Francisco Chicorano.

Ayllón fue el primer interlocutor embelesado por la narrativa de “su indio” Francisco sobre las riquezas de Chicora,

---

<sup>7</sup> Juan Ortiz de Matienzo puso un pleito contra Ayllón por este motivo y los documentos sobre el pleito están aún sin publicar. Véase Justin Winsor, ed. *Narrative and Critical History of America*. Vol. I. New York: AMS, 1967. 230-98.

y, en 1523, lo llevó consigo a España para que le contase su historia al rey. Ayllón consiguió audiencia para él y para el indio, y Carlos I compensó al oidor concediéndole la cédula para explorar el área de Chicora, nombrándole caballero de la orden de Santiago y otorgándole pingües beneficios para que regresara a Santo Domingo y se asentara en Chicora (Hoffman 1992). Las noticias que habían llegado a España describían a los chicoranos como indios pacíficos que vivían conforme a la ley natural y que estaban regidos por un rey llamado Du-a-re. Carlos I puso como condición para la empresa de Ayllón que los indios fueran tratados y protegidos conforme a las reglas protectivas de “policía” de los dominicos.

Según Hoffman, la segunda expedición de Ayllón salió dos años después de su viaje de regreso a España, y el 3 de mayo de 1525 llegó a la desembocadura del río Savannah, Georgia, que es el río Santa Cruz en el mapa de Vesputio; en este viaje no estaba Gordillo, el piloto era Pedro de Quexo e iba acompañado por Chicorano. Desde el río Savannah, siguiendo hacia el norte, Quexo llegó al río Santee (que él llamó Río Jordán) pero Chicorano fingió estar perdido y dijo que no podía encontrar “la tierra prometida”. Ante el accidental o deliberado fracaso de Chicorano, Quexo no llegó a conocer a la tribu de aquel pero entró en contacto con los indios timucua en la costa de Georgia, donde atracó el 22 de mayo de 1525, día de Santa Elena y con cuyo nombre se bautizó a la primera capital de La Florida española (actual isla de Perris).

Según los investigadores más destacados, no se puede determinar con certeza si Quexo estaba navegando en la zona de la península Delmarva, cerca de la actual Ocean City (en Maryland) o algo al norte del Cabo Hatteras, Carolina del Norte (Cabo Trafalgar para los españoles), pero lo más probable es que este viaje lo efectuaran de Norte a Sur y, por lo tanto, navegaron en la Bahía Chesapeake. Lo que sí se ha podido verificar es que el 2 de julio de 1525, los barcos de Ayllón hicieron la primera de las dos entradas en lo que en el rotero de Alfonso

de Chaves se denomina “Bahía de Santa María” –y que en realidad corresponde a Roanoke Sound, en Nags Head, Carolina del Norte–; este es el lugar al que, en 1585, los ingleses se refieren como Musketto y Trinity Harbor.<sup>8</sup> Desde este punto, los tripulantes guiados por Chicorano vuelven a pasar por el cabo Trafalgar y llegan a un río que llaman “río Príncipe” (en honor del recién nacido Felipe II (1527)); desde el río Príncipe se dirigieron nuevamente a La Española.

Uno de los estudios monográficos de Paul E. Hoffman (1992) sobre Lucas Vázquez de Ayllón revela que Gordillo y Quexo siguieron la información de Pedro de Salazar y comenzaron su empresa desde Great Abaco Island, al norte de las Bahamas, adentrándose después en la corriente del Golfo.<sup>9</sup> Afirmo también Hoffman que en su exploración estos dos pilotos llegaron al norte de North Island (Carolina del Sur) y que el 30 de junio de 1521 Gordillo y Quexo tomaron posesión de las tierras e incluso es posible que llegaran hasta Charleston Harbor (Carolina del Sur), donde Ayllón fundó en 1526 la colonia de San Miguel de Gualdape (aproximadamente en la actual Georgetown, Carolina del Sur).

De las tres expediciones patrocinadas por Ayllón, la más espectacular es la tercera, en la cual él mismo se embarcó como capitán llevando a Chicorano como guía y a Quexo como piloto. A fines de agosto de 1525, Ayllón ya tenía preparado todo lo necesario para su expedición con la que llegó a Santee Wyaniah, cerca de Cape Fear, en Carolina del Norte. El lugar donde

---

<sup>8</sup> “the sheeps entered the first of two entrances to what Chaves’s rutter names the Bay of Saint Mary (Bahía de Santa María) but what we know as Roanoke Sound. It is likely these entrances were the Musketto and Trinity Harbor entrances known to the English in 1585” (Hoffman, “Lucas Vázquez de Ayllón” 32).

<sup>9</sup> Paul E. Hoffman. “Lucas Vázquez de Ayllón.” *Columbus and the Land of Ayllón: The Expedition and Settlement of the Southeast*. Eds. Louis de Vorse, et al. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992. 27- 49.

llegaron ha recibido dos nombres: Cabo San Román en unos mapas y Cabo San Nicolás en otros (Wyniah Bay, Carolina del Norte). El hecho es que Chicorano y otros guías indios abandonaron a los colonos a su suerte y estos, en lugar de continuar hacia el norte, se dirigieron hacia el sur.

Como dijo Pedro Mártir, Ayllón encontró en la costa atlántica norteamericana un modo de vivir la aventura caballeresca que estaba tan en boga en el siglo XVI y que Colón y sus seguidores habían vivido durante el siglo anterior en América del Sur.<sup>10</sup> De otro modo, no se explica fácilmente que el licenciado abandonara su vida de pudiente abogado de Toledo, ciudad elegida por reyes, poetas y pintores por sus bondades, para embarcarse en un periplo cargado de peligros e incertidumbres. Es posible que Ayllón decidiera romper el molde de la vida toledana, o es posible que se colmara su hartazgo con las probanzas de cristiano viejo; pero cabe otra explicación: que el licenciado hubiera leído los muchos libros de caballería que poseía y que lo hubiera realizado con tanta fruición que decidiera pasar de las cuatro paredes de su bufete toledano a la mar abierta y explorar la costa atlántica; los comentarios de Oviedo apuntan hacia esta versión de los hechos. En la tercera expedición, Ayllón llevó consigo seis navíos –tres naves, una carabela, un bretón y una brigantina– indios y seiscientos colonos, incluyendo mujeres, y los frailes dominicos Pedro Estrada, Antonio Montesinos y Antonio de Cervantes; la nave *Capitana* iba abarrotada de ganado, semillas y vituallas para todos ellos. Ayllón siguió su sueño y precedió en sus hazañas a otro personaje pudiente, sir Walter

---

<sup>10</sup> Garcilaso, en su *Florida*, dice que quienes descalificaban a los conquistadores eran maliciosos: “algunos, no sin falta de malicia y con sobra de envidia, se han movido a decir que a costa de locos, necios y porfiados, sin haber puesto otro caudal mayor, ha comprado España el señorío de todo el nuevo mundo, y no miran que son hijos de ella [...] En el discurso de la historia usaremos de estos dos apellidos, españoles y castellanos; adviértase que queremos significar por ellos una misma cosa” (13).

Raleigh, cuyas empresas son demasiado semejantes a las del español para mantenerlas inconexas o para destacar estas últimas a expensas de aquellas.

Después de las citadas expediciones y asentamientos del oidor de Santo Domingo, el nombre de Ayllón comienza a aparecer en los mapas del Nuevo Mundo, y las Tierras de Ayllón abarcaban el territorio impreciso que incluye la actual Chesapeake Bay. Entre 1526 y 1570, hay al menos diecisiete mapas que registran las “Tierras de Ayllón”; de Vorsey (*Columbus in the Land of Ayllón*) da una lista de los más conocidos e indica que estos suelen llevar distintas grafías; el primero es el de 1526, el planisferio de Juan Vespucio, “Trã nueva de Ayllón”, y el último, el de 1570, es de Franciscus Bassus Mediolenensis y lleva por título “Terra de Licenciad”. Entre ambos tenemos los quince siguientes:

- Los dos mapas de 1527, el de Hernán Colón “tierra del licenciado Ayllón” y el anónimo pero también atribuido a Diego Ribero: “tierra del licenciado Ayllón”.
- Otros dos más de Diego Ribero, el de la Biblioteca Apostólica Vaticana y el de la Rossherzoglich Bibliothek de Weimar, ambos fechados en 1529 y ambos con el mismo membrete “Tierra De Ayllón”.
- Uno anónimo que se encuentra en la Gran Biblioteca Ducal de Wolfenbüttel y que lleva el rótulo “Tierra del Licenciado Alliom”.
- El de 1534 de Giovanni Battista Ramusio “Licentiato Allon”.
- El de c. 1540 de Giovanni Battista Agnese “Terra de Licenciados ailon”.
- Dos de Alonso de Santa Cruz, uno fechado en 1542, “Tierra del Licenciado Aillon”, y otro en 1545 que lleva el membrete “Tierra que Descubrio Ellice do Aillo”.
- Entre las dos fechas anteriores se publica, en 1543, el de Giovanni Battista Angese, “Terra de leenciados ailon”.

- Giacomo Gastaldi también elabora dos mapas, el de 1546 “Tierra del Licenciado Aulloh” y el de 1560, con el mismo título.
- “Tierra del Licenciado Aulloh” es asimismo el título que Pedro de Medina le da a los dos mapas suyos producidos en fechas cercanas a las anteriores, 1554 y 1569.

Los datos sobre la muerte de Ayllón y el número de naves y colonos que llevó consigo varían de unos historiadores a otros –sobre esto hablaré más adelante– pero hay consenso sobre el impacto de su colonización. Casi todos los investigadores coinciden también en que las naves de Ayllón, cuyos nombres y provisiones conocemos, eran seis, aunque su gran admirador Pedro Mártir concluye sus *Décadas* diciendo que eran dos, lo mismo que dirá Gómara en su *Historia general de las Indias* lo cual quizá pueda explicarse porque Mártir se refiriera a la primera expedición:

El licenciado Ayllón, oidor de La Española, ha recorrido con dos naves por medio de sus amigos y familiares los nuevos litorales situados al norte de La Española, Cuba, las Lucayas y en las cercanías de las regiones de Bacalaos, Chicora y Duraba, de que me ocupé con extensión anteriormente. Tras de narrar las ceremonias y costumbres de sus habitantes y de describir sus excelentes puertos y grandes ríos, dicen haber hallado robledales, encinares y olivares, y en las selvas vides silvestres serpenteando por doquier, así como otros árboles de nuestros países. Su relación se contiene, no en un resumen, sino en numerosos pliegos de papel (*Décadas* vol. II, 729).

Otra variante sobre Ayllón es la que da el Inca Garcilaso de la Vega en su *Florida*; según él, el piloto de la colonización era Diego de Miruelo –no Quexo ni Gordillo–:

[...] llevando por piloto a Miruelo fue en demanda de tierra que el Miruelo había descubierto porque decían que era más rica que Chicoria. Mas Miruelo, por mucho que porfió nunca pudo atinar donde había

sido el descubrimiento, del cual pesar cayó en tanta melancolía que [...] perdió el juicio y la vida (77a *Florida*. *Apud* Maura 309).

El estudio de Maura sobre las expediciones de Ayllón demuestra que el conocimiento que había sobre ellas en los siglos XVI y XVII estaba a medio camino entre la historia verdadera y la de ficción, pues las tierras que el oidor intentó conquistar se reconocen como “señoreadas por un gigante”; a pesar de todo, las expediciones de Ayllón fueron consideradas como una posibilidad real de extender los dominios españoles hacia el norte de Nueva España, he aquí las siguientes citas que lo demuestran y cuya importancia documental y el desconocimiento general de este tema justifican la extensión de las mismas. Maura también cita un documento del Archivo General de Indias (AGI): ‘Asiento con Lucas Vázquez de Ayllón,’ referente a la capitulación y asiento entre Ayllón y la corona por las tierras de La Florida, en el que podemos leer:

Por quanto vos el licenciado lucas Vazquez de Ayllón nuestro oidor de la nuestra audiencia rreal de las yndias que reside en la ysla española me hecistes Relación que dos caravelas vuestras y del licenciado Matienzo oydor de la dicha audiencia y de Diego cavallero nuestro beinticuatro della vezinos de la dicha ysla española descubrieron nueva-mente tierra de que hasta entonces no se tenia noticia a la parte norte la qual dicha tierra dizque esta en treinta y cinco y treinta y seis y treinta y siete grados norte sur con la ysla española y que... del paraje y region que la dicha tierra esta en la rrelacion y notiçia que vos della tenéis se cree y tiene por cierto ser muy fértil y rrica e aparejada para se poblar porque en ella ay muchos arboles e plantas de las de España e la gente es de buen entendimiento y mas aparejada para bivar en pulçia que la de la ysla española ni de las otras yslas que hasta oy están descubiertas que asimismo tenéis rrelacion que la maior parte de la dicha tierra esta señoreada de un hombre de estatura de gigante e que ay en ella perlas e otras cosas con que contratan e que nos seriamos muy servidos de que el secreto della y de que gentes esta poblada y de que calidad y costumbres son y de que cosas abundan que sea de valor y precio y se sepa que horden y maneras debe tener para poner la dicha tierra devaxo de nuestro señorío Real e para atraer a los naturales della a que rresçiban predicadores que los ynformen e instruyan en las cosas de nuestra

santa fee catolica para que sean cristianos y se sepa asimismo en que manera nos podríamos aver las rentas y provechos y... de la dicha tierra como de las otras de nuestro señorío (fol. 320, *apud* Maura 310).

Igualmente citado por Maura es el relato de Gómara sobre Ayllón:

Francisco López de Gómara, historiador contemporáneo a los hechos, comenta sobre la expedición de Ayllón en los capítulos 42 y 43 de su *Historia de las Indias*, que siete vecinos de la isla de Santo Domingo, entre los cuales se encontraba el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón [...] Escribe López de Gómara: 'Fueron, pues, a una tierra que llamaban Chicora y Guadalupe, la cual está en treinta y dos grados y es lo que llaman ahora cabo de Santa Elena y río Jordán; algunos, con todo eso, dicen cómo el tiempo y no la voluntad los echó allá; sea de la una o de la otra manera, es cierto que corrieron a la marina muchos indios a ver las carabelas, como cosa nueva y extraña para ellos, que tienen chiquitas barcas, y aun pensaban que fuesen algún pez monstruo; y como vieron salir a tierra hombres con barbas y vestidos, huyeron a más correr; desembarcaron los españoles, aguijaron tras ellos y tomaron un hombre y una mujer. Vistiéronlos a fuer de España y soltáronlos para que llamasen la gente. El rey de allí, como los vio vestidos de aquella suerte, maravillóse del traje, ca los suyos andan desnudos o con pieles de fieras, y envió cincuenta hombres con bastimentos a los bajeles, con los cuales fueron muchos españoles al rey, y él les dio guías para ver la tierra, y a doquier que llegaban les daban de comer y presentillos de aforros, aljófár y plata. Ellos, vista la riqueza y traje de la tierra, considerada la manera de la gente y habiendo tomado el agua y bastimento necesario, convidaron a ver las naos a muchos. Los indios entraron dentro sin pensar mal ninguno; entonces alzaron los españoles las anclas y vela y viniéronse con buena presa de chicoranos a Santo Domingo; pero en el camino se perdió un navio de los dos con buena presa de chicoranos a Santo Domingo, y los indios del otro se murieron no mucho después de tristeza y hambre, ca no querían comer lo que españoles les daban (*apud* Maura 311).

Con esta narración sobre lo ocurrido en las costas norteamericanas, y apadrinado por Oviedo, la leyenda de Ayllón encuentra su lugar en la historiografía del siglo XVI y, como corresponde al género, comparte muchas características literarias

con la novela. Así dice Alonso de Santa Cruz en su *Crónica de Carlos V*:

llegó a la corte Lucas Vázquez de Ayllón, acompañado de un indio de la zona que se llamaba Francisco Chicora, que le contaba maravillas de su tierra [...] El cosmógrafo e historiador Alonso de Santa Cruz en su *Crónica de Carlos V* también nos menciona que la razón por la cual le otorgaron la gobernación de La Florida a Panfilo de Narváez fue porque anteriormente le había sido concedida al licenciado Ayllón, que había ido en el año 1526, pero este había muerto a pocos días que saltó en tierra y la gente que con él fue, que eran más de 600 hombres se habían muerto los unos de hambre y matándose unos con otros sobre el mandar, y no entraron casi nada por la tierra adentro, sino siempre se estuvieron junto a la costa de la mar (3: 480, *apud* Maura 311).

Y sobre la última expedición de Ayllón sabemos:

En la “Relación de la isla de La Florida” escrita por el testigo presencial Luis Hernández de Viedma, soldado superviviente de Hernando de Soto, se confirma lo apuntado por el citado historiador [...]

La última expedición de Ayllón fue mal desde sus comienzos ya que salió con un retraso considerable. Como cuenta Fernández de Oviedo: ‘E tardo tanto en esto, que le vinieron a mandar los señores del Consejo Real de Indias que pusiese en efeto su empresa, conforme a lo que tenía capitulado, si no que proveerían en el negocio para que fuese otro capitán a lo hacer, e le excluirían de la negociación o cargo que se le había dado, para que aquella tierra se poblase’ (*Historia general* 3: 627, *apud* Maura 311-312).

He aquí lo que este historiador, cuyas referencias he verificado y vengo utilizando como fuente secundaria porque el mérito de haberlas documentado es suyo y no mío. Maura obtiene los siguientes datos de Oviedo y Gómara:

Fernández de Oviedo nos cuenta lo que ocurrió: ‘Aquella tierra que el licenciado Ayllón e su armada fueron á buscar, la llama el chronista Pedro Mártir, en su tractado, Chicora, porque aquel indio, falso adalid que el licenciado llevó, e otras lenguas de aquella tierra la nombraban assí; pero dende a muy pocos días se huyeron la tierra adentro, e dexaron en blanco al licenciado e a los demás que de sus palabras se fiaban;

y en toda la costa, ni en lo que dentro de la tierra vieron los españoles, se pudo ver ni aver noticia de provincia ni puerto, ni río ni población que tal nombre toviessse' (*Historia general* 3: 628, *apud* Maura 314).

Y López de Gómara, en el capítulo 43 sobre los ritos de los chicoranos, escribe:

Los de Chicora son de color loro [amulado] o tiriciado, altos de cuerpo, de muy pocas barbas; traen ellos los cabellos negros y hasta la cinta; ellas, muy más largos, y todos los trenzan. Los de otra provincia allí cerca, que llaman Duhare, los traen hasta el talón; el rey de los cuales era como gigante y había nombre de Datha, y su mujer y veinte y cinco hijos que tenía también eran deformes; preguntados cómo crecían tanto, decían unos que con darles a comer unas como morcillas rellenas de ciertas yerbas hechas por arte de encantamiento; otros, que con estirarles los huesos cuando niños, después de bien ablandados con yerbas cocidas; así lo contaban ciertos chicoranos que se bautizaron, pero creo que decían esto por decir algo, que por aquella costa arriba hombres hay muy altos y que parecen gigantes en comparación de otros. Los sacerdotes andan vestidos distintamente de los otros y sin cabello, salvo es que dejan dos guedejas a las sienes, que atan por debajo de la barbilla. Estos mascan cierta yerba, y con el zumo rocían los soldados estando para dar batalla, como que los bendicen; curan los heridos, entierran los muertos y no comen carne. Nadie quiere otros médicos que a estos religiosos, o a viejas, ni otra cura que con yerbas, de las cuales conocen muchas para diversas enfermedades y llagas. Con una que llaman guahi reviesan la cólera y cuanto tienen en el estómago si la comen o beben, y es muy común, y tan saludable, que viven mucho tiempo por ella y muy recios y sanos. Son los sacerdotes muy hechiceros y traen la gente embaucada; hay dos idolejos que no los muestran al vulgo más de dos veces al año, y una es al tiempo de sembrar, y aquella con grandísima pompa (*apud* Maura 315).

El indio don Luis de Velasco (c. 1544-c. 1644 [sic]), mi tercer personaje en busca de autor, es el otro contador de historias y su relato, historia oral, es el Ur-documento para reconstruir el pasado europeo de Virginia, que comenzó siendo español. Don Luis narra oralmente su biografía afirmando que pertenecía a la clase alta de la tribu de los algonquinos; que uno de sus tíos era el gran cacique; que tenía varios familiares

entre los jefes de su tribu; y que era hermano de los powathan, lo cual le hace primo de Pocahontas. Este indio fue apadrinado por el homónimo virrey de México, quien le dio su nombre de pila. Obvia pues decir que el indio don Luis destacaba –o se destacaba a sí mismo– entre los suyos; y a su privilegiada alcurnia hay que añadir que se educó en México, La Florida, La Habana y España, llegando a ser un hombre culto, refinado, cosmopolita, amigo de humanistas, bilingüe y viajero experimentado.<sup>11</sup>

El nombre indígena de don Luis era Paquiquineo (Bric-khouse, *The Unsettlement* 49), y sus viajes no fueron realizados voluntariamente, ya que él y uno de sus sirvientes, además de otros indios, fueron capturados y llevados a Sevilla entre 1521 y 1525. Después de esta fecha ya no se tiene noticia del sirviente y, a decir de Garcilaso el Inca, solo don Luis –desempeñando el papel de Paquiquineo, desplegando su espléndida regalía indígena– fue invitado a la corte de Carlos I en Madrid. Desde ese momento, 1525, el indio don Luis comienza su periplo internacional que culmina en la actual Virginia, donde aniquiló a los colonos españoles y desapareció entre los suyos sin dejar rastro de su pasado español. Incluso en los grabados de Theodor De Bry (1528-1598) difundidos en Europa y América, y a diferencia de los retratos que tenemos de Pocahontas, don Luis es pintado como un indio salvaje y atroz. Los pocos investigadores modernos que han hablado sobre don Luis en la historia de España o del Nuevo Mundo se refieren a él como un indio traidor que pasó a cuchillo a los mártires de Ajacán y para ello se basan en el testimonio de tres protagonistas de la historia de la bahía de Maryland: el padre Rogel, el padre Oré y el niño Alonso (Alonsito), que fue el único testigo que sobrevivió a la matanza. Este último había sido raptado por los

---

<sup>11</sup> Como un gentilhomme lo presenta James Branch Cabell. *The First Gentleman of America: A Comedy of Conquest*. New York: Farrar & Rinehart, 1942.

indios, tenía a la sazón unos diez años, y era hijo de colonos españoles de Santa Elena.

Sabemos que don Luis fue un elocuente líder y un interlocutor que se ganó el beneplácito de los dominicos y de la corte del rey Carlos I –a quien consiguió convencer de las maravillas de su tierra natal. En 1562, ya con Felipe II, cuando don Luis fue enviado de vuelta a la actual Virginia en un barco capitaneado por Menéndez de Avilés, don Luis se ganó el favor del padre Segura, uno de los dos frailes dominicos que le acompañaba. En el viaje de 1570, los dominicos fueron reemplazados por los jesuitas. Durante sus dos estancias en la península ibérica, don Luis coincidió con otros indios de Nueva España con quienes compartió historias y experiencias que posiblemente le ayudaron a desarrollar su plan para destruir la colonia española de Ajacán.

Felipe II les había pedido al indio don Luis y a Pedro Martínez de Avilés una descripción exacta de la latitud y configuración de la Bahía de Santa María ya que el rey prudente se proponía colonizar la costa atlántica siguiendo el viaje propuesto por el indio don Luis. Recordemos la dual ubicación del hidrónimo “Bahía de Santa María”. En pago por sus servicios de guía e intérprete, don Luis recibió una generosa asignación mensual del rey Felipe; y habiendo ganado el beneplácito del monarca, el indio planeó una doble estrategia: consiguió que los españoles lo llevaran de vuelta para reunirse con los suyos y convenció al padre Segura y al adelantado de Florida, Pedro Menéndez de Avilés, de que él les ayudaría a convertir al cristianismo a los miembros de su tribu; el indio arguyó también que una empresa espiritual como la que él proponía no necesitaba soldados.<sup>12</sup> Don Luis, sin embargo,

---

<sup>12</sup> Véase Carl Bridenbaugh. “Opechancanough: A Native American Patriot.” *Early Americans*. Ed. Carl Bridenbaugh. New York: Oxford UP, 1981. Bridenbaugh habla del retorno de don Luis a su indianidad. Este argumento refuerza la idea de Anna Brickhouse sobre “the unsettling of America.” Véase también Paul E. Hoffman. “The New Voyage of Nor-

primero abandonó y luego asesinó a los misioneros jesuitas de la expedición; y a raíz de esta trama, don Luis, que primero fuera Paquiquineo, se reintegra a su tribu adquiriendo un tercer nombre: Opechancanough. Con esta última identidad, el indio don Luis prosigue su plan de acción contra los colonizadores europeos y, aprovechando que conocía muy bien a los pohwatan, casi logró su segundo objetivo: destruir la colonia británica de Jamestown. Don Luis murió siendo conocido como Opechancanough –según dicen, a la avanzada edad de cien años –a manos de un colono británico que le dio un disparo por la espalda en las calles de Jamestown (Weber 72); esto es lo que cuenta la leyenda.<sup>13</sup>

En parte, el mito sobre la persona de don Luis se fundamenta en las distintas y a veces incorrectas versiones sobre él y sus hazañas, y que Lewis sintetiza (16) del siguiente modo—traducción mía—:

- Luis Jerónimo de Oré se equivoca en las fechas y dice que don Luis fue recogido en 1570, por un barco que zarpó desde Santa Elena y que perdió su rumbo al norte en la latitud 37 y ½.
- Pedro de Ribadeneyra dice que Menéndez de Avilés llevó consigo a don Luis a España, donde fue bautizado y que desde allí, en 1568, acompañó al padre Juan Bautista de Segura a La Florida. Según A. Brickhouse, hay discrepancias entre la narrativa de Ribadeneyra y la de Rogel sobre si Alonso fue o no testigo de los hechos y sobre su piedad y su alianza hacia los indios o hacia los españoles.
- Bartolomé Martínez, prosigue Lewis, sostiene que fue Avilés quien, después de la masacre de los hugonotes y

---

th American Discovery: Pedro de Salazar's Visit to the Island of Giants." *FHQ* 58.4 (1980): 415-26.

<sup>13</sup> Véase Weber, nota 51, p. 387, Weber dice: "Strong circumstantial evidence indicates that don Luis and Opechancanough were the same man."

de Ribault, se dirigió 300 leguas al norte de Santa Elena y allí descubrió Ajacán, lugar de donde, con permiso de los indios se llevó a Paquiquineo, el hijo de un jefe indio a quien conoceremos como don Luis; Bartolomé Martínez afirma que don Luis permaneció durante seis o siete años en Castilla, fue educado por los jesuitas y que, después de haber cumplido los veinte años, el indio don Luis pidió regresar a su país.

- Solís de Merás y Barrientos, ambos contemporáneos de Pedro Menéndez de Avilés, afirman que en 1566 don Luis el indio había estado con el adelantado al menos desde 1560.
- Los padres Juan de la Carrera y Juan Rogel dicen que habían visto al indio y concuerdan en que don Luis era nativo de La Florida, había sido llevado por los dominicos a México, donde fue bautizado y apadrinado por el virrey Luis de Velasco, y que solo después fue llevado a España y presentado a Felipe II, quien lo educó y vistió a la usanza española.<sup>14</sup> Rogel añade que Menéndez lo llevó de vuelta a La Habana, al cuidado del padre Juan Bautista Segura; Carrera en cambio dice que los dominicos lo llevaron y abandonaron en La Habana donde el propio don Luis buscó a Menéndez de Avilés.

Las historias de los colonizadores ingleses –especialmente en su relación con Manteo y Wanchese, los indios intérpretes de adopción–, son similares a las historias de Chicorano y de

---

<sup>14</sup> La novela de James B. Cabell sobre don Luis, *The First Gentleman of America*, enfatiza este aspecto; Cabell presenta a un don Luis que habla latín, domina la retórica y actúa y se viste como un príncipe; así, a los quebrozos amorosos de su esposa, responde don Luis: “I can but answer you, Antonia, *Non dignus sum*” (James Branch Cabell, *The First Gentleman of America: A Comedy of Conquest*. New York: Farrar & Rinehart, Inc., 1942, 96).

don Luis, ambas siguen la práctica de “adopción” de indígenas, que continuó entre los ingleses hasta el siglo XVIII.<sup>15</sup>

Geográficamente, Ajacán se encontraba en las proximidades de la Bahía de Santa María del Jacán, dentro del territorio que en 1526 Juan Vespucio designó “Tierras de Ayllón” y que también fue conocido como las “Tierras de don Luis” y las “Nuevas tierras de Ayllón”. Garcilaso de la Vega, el Inca (1539-1616), dice lo siguiente sobre los acontecimientos de Ajacán:

El año de mil y quinientos y sesenta y seis pasaron a La Florida con el mismo celo que los ya dichos tres religiosos de la sancta compañía de Jesús. El que iba por superior era el maestro Pedro Martínez [...] Luego que saltó en tierra le mataron los indios. Dos compañeros que llevaba, el uno sacerdote llamado Juan Rogel, y el otro hermano, llamado Francisco de Villa Real, se retiraron a La Habana (*La Florida del Inca*, Speratti Piñero 46).

Don Luis, al igual que Chicorano, espera su entrada en los libros de texto y en los dos museos nacionales de la historia de los EE. UU. ubicados en la capital de este país.<sup>16</sup> Como

---

<sup>15</sup> El indio Chamachichi, jefe de la tribu de los uchize, fue llevado a Londres en 1733 por el colonizador inglés de Georgia James Oglethorpe; a su llegada a Londres el indio fue recibido con gran ceremonia y condecorado por el rey George II (Fernández-Armesto, *Our America* 33); su historia también se esfumó en el tiempo.

<sup>16</sup> Don Luis y Chicorano bien podrían figurar en la historia del español como primeros hablantes de esta lengua en los EE. UU. El Inca Garcilaso comenta la excepcional habilidad de los indios de La Florida colonial para aprender español y por lo cual se hicieron imprescindibles para los españoles: “[el gobernador] por la mucha variedad de lenguas que halló conforme a las muchas provincias que había pasado, que casi cada cual tenía su lenguaje diferente de la otra, eran menester diez y doce y catorce intérpretes para hablar a los caciques e indios de aquellas provincias [...] Este trabajo [dificultad de aprender lenguas] faltaba en los indios e indias particulares que de cualquiera provincia los nuestros que para su servicio prendían, porque dentro de dos meses que hubiesen comunicado con los españoles entendían a sus amos lo que en la lengua castellana les hablaban,

documenta Brickhouse, aunque la leyenda de don Luis fue ampliamente conocida en América Latina, esta no se tradujo al inglés en América del Norte hasta 1840, cuando Robert Greenhow, abogado, historiador y traductor que trabajaba para el Departamento de Estado, deliberadamente alteró el texto de Andrés González de Barcia. Esta censura-adaptación, afirma Brickhouse, tenía claros intereses nacionalistas propios de un momento histórico crucial para los angloamericanos: el fin de la Guerra de EE. UU. contra México. Fue entonces cuando se reivindicaron con desmesurada fuerza las raíces británicas y se intentó denodadamente borrar el pasado español.

Otro acontecimiento político que señala Brickhouse y que relaciona a la España del siglo XVI con lo que ocurre en el siglo XIX y que es de vital importancia para la historia de los EE. UU. es el caso llevado a la Corte Suprema de los EE. UU. de *Johnson v. Mc'Intosh*. La repercusión del mismo en la doctrina sobre el *descubrimiento* del siglo XVI marcó la formación política e ideológica de los EE. UU. (Brickhouse, *The Unsettlement* 11).<sup>17</sup>

---

y ellos en la misma lengua daban a entender lo que les era forzoso y más común y, a seis meses que hubiesen conversado con los castellanos, servían de intérpretes para con otros nuevos indios. Toda esta habilidad mostraban en el lenguaje, y para otra cualquiera cosa la tenían muy buena todos los de ese gran reino de La Florida” Inca Garcilaso de la Vega. *La Florida del Inca: Historia del Adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de La Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios, escrita por el Inca Garcilaso de la Vega*. Ed. Emma Susana Speratti Piñero. México: FCE, 1956. 296.

<sup>17</sup> La doctrina del descubrimiento fue utilizada por los colonizadores europeos para reclamar las tierras “descubiertas” por ellos durante sus exploraciones de América, Asia y África. Esta doctrina fue expuesta por primera vez en Estados Unidos en 1823 en el juicio *Johnson v. Mc'Intosh*. El juez John Marshall de la Corte Suprema de los Estados Unidos, defendió a los exploradores venidos de Europa y para justificar su derecho de apropiación se decretó que “*que el descubrimiento, llevado a cabo a través de los súbditos de un gobierno o aquel en cuya autoridad se realizó, le otorgaba*

Pedro Menéndez de Avilés (Avilés 1519-Santander 1574), nuestro cuarto personaje en busca de autor, fue un celoso defensor de la ley, un navegante con dotes excepcionales, persona de confianza de Carlos I y Felipe II, fue capitán general de la Armada de Indias, gobernador de Cuba, adelantado de Florida y un hombre de recursos en cuya biografía ha sido fundamentalmente destacada la masacre de los hugonotes de Charlesfort. Esta ocurrió en las proximidades del río San Juan. Avilés intentaba defender a La Florida contra los intereses galos, frenar el asiduo pillaje de los hugonotes a barcos españoles y reclamar los territorios de la costa atlántica norteamericana que los españoles consideraban legalmente suyos. Es lógico que las otras potencias mundiales que no aceptaban la autoridad papal hiciesen caso omiso del Tratado de Tordesillas, y el Tratado de Cateau-Cambrésis 1559 afectaba solo a España y Francia, pero Avilés se ampara en ambos.<sup>18</sup> El Inca Garcilaso relata así los hechos que tuvieron lugar en La Florida y que vinculan a Avilés con el indio don Luis:

---

*un derecho frente a los restantes gobiernos europeos, mismo que podría consumarse a través de la posesión”.*

<sup>18</sup> Batllori, S. J. Miguel. “Division of the World and its Consequences.” *Images of America: The Impact of the New World on the Old*. Eds. Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson. Vol. I. Berkeley: California UP, 1976. 211-20. Según Batllori el reparto de tierras fue ilegal: “on the strictly juridical level, the bull *Inter cetera*, predated to 4 May 1493, traced a demarcation line in a sphere where the pope –with no actual authority to do so– signed and donated lands exclusively to the crown of Castille. The donation imposed spiritual obligations regarding the evangelization of the natives. Even though it was later ratified by Julius II, the agreement of Tordesillas, correcting the demarcation parallel, was a purely political treaty by which Castille and Portugal themselves delimited their own colonizing spheres. A true division of the world would have required a thorough knowledge of the world and its continents, which did not occur until America began to be considered distinct from Asia, after Sebastian Elcano had circumnavigated the world in 1519-22” (Batllori 218).

Es así que el adelantado Pedro Meléndez fue a La Florida tres veces desde el año de quinientos y sesenta y tres hasta el año de sesenta y ocho a echar de aquella costa ciertos corsarios franceses que pretendían asentar y poblar en ella. Del segundo viaje de aquéllos trujo siete indios floridos que vinieron de buena amistad. Venían en el mismo traje que hemos dicho y que andan en su tierra; tenían sus arcos y flechas de lo muy primo que ellos hacen para su mayor ornato y gala. Pasando los indios por una de las aldeas de Córdoba, que los llevaban a Madrid para que los viera la majestad del rey don Felipe Segundo [...] Aquellos siete indios se bautizaron acá, y los seis murieron en breve tiempo. El que quedó era señor de vasallos; pidió licencia para volverse a su tierra; hizo grandes promesas que haría como buen Cristiano en la conversión de sus vasallos a la Fe Católica y de los demás indios de todo aquel reino [...] Así fueron hasta La Florida y entraron la tierra adentro muchas leguas; pasaron grandes ciénagas y pantanos; no quisieron llevar soldados por no escandalizar los indios con las armas. Cuando el cacique estuvo en su tierra, donde le pareció que bastaba para matarlos a su salvo, les dijo que le esperasen allí, que él iba cuatro o cinco leguas adelante a disponer los indios de aquella provincial para que con gusto y amistad oyesen la doctrina Cristiana, que él volvería dentro de ocho días. Los religiosos esperaron quince y cuando vieron que no volvía le enviaron al padre Quirós y a uno de los hermanos al pueblo donde había dicho que iba. El don Luis con otros muchos de los suyos, viéndolos delante de sí, como traidor apóstata, sin hablarles palabra, los mató con gran rabia y crueldad y, antes que los otros religiosos supiesen la muerte de sus compañeros y se fuesen a alguna otra provincial de las comarcas a valerse, dieron el día siguiente sobre ellos con gran ímpetu y furor como si fuera un escuadrón de soldados armados. Los cuales sintiendo el ruido de los indios y viendo las armas que traían en las manos, se pusieron de rodilla para recibir la muerte que les diesen por predicar la fe de Cristo Nuestro Señor. Los infieles se la dieron cruelísimamente (*La Florida del Inca*, Speratti Piñero 446-447).

La historia angloespañola recuerda a Avilés casi fundamentalmente por haber sido el fundador de la ciudad de San Agustín, y no por su desempeño en los estados actuales de Georgia, las Carolinas, Virginia y Maryland; aunque su fama fue extraordinaria entre sus contemporáneos, hasta hace relativamente pocos años, la historiografía angloespañola todavía

no le había dado a Avilés el lugar que merece en las llamadas “original colonies”.<sup>19</sup> Juan Carlos Mercado opina que las hazañas de Avilés parecen haber sido voluntariamente omitidas en ciertos textos y que “el dramático episodio de la Florida, al salirse del marco estricto de la colonización hispana, apenas haya sido tratado por los americanistas en un sentido más profundo” (20).

Avilés, además de ser “el malo” de Matanzas, el fundador de San Agustín, el promotor de la fundación de Ajacán, el iniciador de las negociaciones con los jesuitas, el esposo de la india Antonia y de la santanderina doña Ana María de Solís (María de Solís), fue inventor de dos nuevos tipos de naves “galibrazas” y “balandras”, “crea un instrumento para poder calcular la longitud Este-Oeste, por el cual obtuvo un privilegio de invención” (Mercado 17); fue el iniciador del moderno sistema de convoyes de galeones para proteger el transporte de mercancías ultramarinas;<sup>20</sup> fue un personaje emprendedor que estaba “dispuesto a enderezar entuertos” en aras de la patria y de la cristiandad a la usanza caballeresca y en estos términos lo define su cuñado Gonzalo Solís de Merás en su *Memorial*. Todo ello no le eximió de su encarcelamiento por dudosos negocios pero tampoco estos han de proscribir sus logros.

El adelantado Avilés halló su Constantinopla, entre la Bahía de Santa María y La Florida colonial, y aceptó el plan del indio don Luis para enviar misioneros, desprovistos de ejército, a cristianizar las tierras que, siguiendo el mapa de Ribero 1529, hoy constituyen parte de Georgia, las Carolinas, Virginia y Maryland (Las Tierras de Ayllón).

---

<sup>19</sup> Véanse especialmente Juan Carlos Mercado, ed. y estudio de *Menéndez de Avilés y La Florida: Crónicas de sus expediciones*. Lewinston: Edwin Mellen Press, 2006; Eugene Lyon, ed. *Pedro Menéndez de Avilés*. New York: Garland, 1995.

<sup>20</sup> Martha Gutiérrez-Steinkamp. *España-La Alianza Olvidada*. North Charleston: Create Space, 2013. 17.

Al parecer Menéndez de Avilés había concebido su plan de exploración entusiasmado por las conversaciones que mantuvo con el padre Andrés Urdaneta, quien estaba de paso en España donde iba a entregar el informe oficial de la administración López de Legaspi en las Filipinas. Urdaneta era un ex soldado, experimentado piloto y cosmógrafo que estaba muy versado en el mito sobre “el estrecho” que iba desde tierras americanas hacia China –“*had a full account for many years of the strait going in the direction of China*” (Lewis 22). En 1563, cuando Menéndez regresó a España, fue encarcelado, por segunda vez, con cargos de la Casa de Contratación contra él; pero ante el peligro de la ocupación francesa del fuerte de Port Royal, el rey Felipe II desestimó los cargos y le nombró sucesor de la empresa atlántica iniciada por Ayllón.

Este personaje asturiano estaba casado con doña Ana María de Solís –a quien llevó a Santa Elena en 1571– pero también contrajo matrimonio con la india doña Antonia, la hermana del jefe de los calusas, al cual los españoles llamaban Carlos y quien le había pedido al adelantado que se casase con ella. El desposorio de Avilés con doña Antonia tuvo lugar en 1566, en Estero Bay, cerca de lo que hoy es Fort Myers, Florida; a decir de los testigos, el enlace de Avilés fue un gesto de paz para apaciguar a los indios calusas y el vínculo se rompió cuando el adelantado regresó a Santander, y doña Antonia, después de varios viajes de ida y vuelta –como consta en el *Memorial de Avilés*–, retornó con los suyos. Menéndez de Avilés regresó a Florida con su esposa española, quien se asentó cómodamente en la colonia, pues, como figura en su testamento del 19 de octubre de 1570, fechado en Oviedo, la señora Solís cruzó el Atlántico llevando consigo curiosas pertenencias y su propio ajuar. A la muerte de Menéndez y después de casi un siglo de presencia española en la costa este de los EE. UU. solo quedaban dos posesiones españolas en Florida y ambas habían sido

fundadas por él: San Agustín y Santa Elena, así nombrada por Ayllón.

Avilés tuvo contacto directo con Ayllón, quien le advirtió que no podía establecer encomiendas en La Florida (Mercado 33); ambos personajes tienen bastante en común y el empeño y aventuras de Avilés y de Ayllón no distan mucho del empeño y aventuras de Amadís y Esplandián quienes, lo mismo que otros caballeros imaginarios eran, ante todo, caballeros cristianos, unos fueron al Nuevo Mundo y otros a las cruzadas de Constantinopla para conquistar la tierra en nombre de la cristiandad y para medrar en su estatus cortesano. La caballería y la idea del caballero cristiano como “caballero de Dios” había ido creciendo en España desde el siglo XIV con Juan Manuel, quien, en el *Libro del caballero y el escudero* y el *Libro de los Estados*, definió la caballería como un sacramento; precediendo a Juan Manuel, el Caballero Zifar (c. 1300) en la obra homónima de Ferrand Martínez, en sus andanzas de Ultramar, se había llamado a sí mismo el caballero de Dios; y Godofredo de Bouillon actúa en la *Gran conquista de Ultramar* (crónica novelesca que trata de la primera cruzada, 1291 y 1295) como soldado de Cristo. Verdad o no, tanto Ayllón como Avilés, especialmente este último, se empeñan denodadamente y declaran en sus escritos que luchan para ampliar el orbe cristiano y, en este sentido, se perfilan a sí mismos como personajes caballerescos.

### **La utopía de Chicora, la realidad de Gualdape y el preludio de Ajacán. El subtexto de la trama de la leyenda**

Marzilia, Amichel, Cibola, Quivira y Nurembega se ubicaron en la geografía imaginaria de los EE. UU. ; y otros lugares imaginarios, como Amazonia, Mabilia, California y la Gualdape de Ayllón pasaron de los libros de caballería a los mapas de los cartógrafos más prestigiosos de las Américas en el siglo XVI.

Las leyendas de la Chicora y de Ajacán y la fama de los descubrimientos atribuidos a Giovanni Verrazzano explican, según Paul E. Hoffman, por qué hasta 1590 los franceses e ingleses, siguiendo a los españoles, se asentaron en determinados lugares de la costa este de los EE. UU.<sup>21</sup> En 1607, cuando los ingleses retomaron su afán colonizador de la América del Norte, aunque nunca encontraron las minas que buscaban, acabaron encontrando riquezas similares a las de Andalucía en las Tierras de Ayllón –o, al menos, y basándose en la información de este, diciendo que las habían encontrado.



El mapa muestra en la parte superior izquierda las tierras de Chicora. Mapa de Pieter van der Aa quien publicó una extensa *Colección de los viajes más memorables en las Indias Orientales y Occidentales* en 28 volúmenes y un atlas con 200 mapas.

<sup>21</sup> Hoffman, “Lucas Vázquez de Ayllón” 45.

Los españoles vinieron como colonos a la costa este de Norteamérica y así consta en las ordenanzas que recibieron Juan Ponce de León (España 1474–Cuba 1521), Francisco de Garay (Vizcaya, ?– México, 1523), Lucas Vázquez de Ayllón (Toledo 1475–Virginia 1526), Pánfilo de Narváez (España 1479–La Florida 1528) y Hernando de Soto (España 1496–Arkansas, 1542). De todos ellos, como dije, solo comentaré la historia de Ayllón y Avilés y los preparativos de sus viajes. Lucas Vázquez de Ayllón y Pedro Menéndez de Avilés fueron colonizadores que realizaron una labor legendaria, pero, como David J. Weber escribe en *The Spanish Frontier in North America*,<sup>22</sup> el silencio que pesa sobre ellos, y sobre los muchos personajes con quienes colaboraron o prosiguieron su labor, se debe a que Roanoke (1584) y Jamestown (1607) lograron acaparar la sostenida atención del gran público y la prensa angloamericana.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> David J. Weber. *The Spanish Frontier in North America*. New Haven: Yale UP, 2009. Los asentamientos españoles en la costa atlántica también abrieron el camino para las exploraciones y la colonización europea de la costa del Pacífico que desde California llegaron hasta Vancouver; en este proceso, fue fundamental el trabajo inicial realizado, entre otros, por Ayllón, desde Georgia hasta Chesapeake Bay, y Avilés, desde Florida hasta Maryland; pero sabido es que el silenciamiento sistemático produce el olvido sistemático y por eso, como dice Weber, no sorprende que, excepto los residentes locales, pocos sepan que, además de Florida, Georgia, las Carolinas, Virginia y Maryland, en 1520 las naves españolas exploraron Cape Cod, Massachusetts, y el Merrimack River en New Hampshire; que los españoles navegaron a través del Penobscot River hasta la actual Bangor, en Maine, y que, al otro lado del país, a finales de 1700, establecieron un puesto militar en Vancouver Island, a unas 350 millas de lo que hoy es Seattle (Weber 6). Y todo esto ocurrió en lo que fue el conjunto de las *Indian Nations*, que no eran ni británicas ni españolas ni francesas, sino indígenas. Ignorar la historia de cada uno de ellos es un grave desacierto; dejo al lector los juicios de valor.

<sup>23</sup> En el tercer pacto de familia, Carlos III (1716-1788) firmó el Tratado de París (1761) con Luis XV; con ello España recuperaba Cuba y las Filipinas y le entregaba La Florida a Inglaterra; la renovación de este tercer pacto llevará al Tratado de Aranjuez de 1779, en el cual España declara

La historia de Ayllón ilustra sobradamente el primer paso en el intento colonizador del rico licenciado, ya que cuando este decidió instalarse en Chicora, el pasaje que llevaba (con costos pagados a invitación personal) incluía un total de 600 pasajeros: hombres, mujeres, niños, esclavos, soldados, clérigos, médicos, abogados y artesanos, además de ganado, semillas, enseres de labranza y del hogar. Esto constituía un intento de colonización en toda regla, que contrasta con los datos sobre la colonia de mayor renombre en los EE. UU., la de Roanoke, que se estableció con dos barcos y doscientos hombres entre quienes figuraban no pocos proscritos y desahuciados sin profesión ni contrato conocido. Que algunas de las primeras colonias españolas fueran efímeras no es argumento válido para omitir su existencia en lo que, durante casi todo el siglo XVI y XVII y antes de la fundación de California, fue la Hispanoamérica del Norte, que incluía la cuna del país que hoy es EE. UU. Ciertamente es que los intentos de colonización de Ayllón fueron un fracaso, lo mismo que los de los ingleses en Roanoke, pero merecen ser reconocidos, al menos como intentos, dentro de la historia española de los EE. UU.

### **Datos para la historia del *Memorial* de Pedro Menéndez de Avilés**

Pedro Menéndez de Avilés, “el martillo de los hugonotes”, ha recibido un tratamiento tan parcial en Norteamérica como el que Simms le proporcionó en su folletín a Lucas Vázquez de Ayllón. Dependiendo de la nacionalidad, experiencias o intereses de quienes han hablado sobre Avilés, este ha sido tildado de verdugo de calvinistas, fiel servidor de Dios y del rey de España, destacado líder militar y excelente administrador, colono

---

guerra abierta a Inglaterra y se pone del lado de las 13 colonias en busca de su independencia.

y fundador de San Agustín, iracundo expedicionario, devoto extremo o astuto negociante interesado en la plata procedente de Zacatecas y un largo etc. Lo que es indiscutible es que el *Memorial* de Pedro Menéndez de Avilés es un documento a incluir en la historia de las colonias originales, pues fue él quien estableció las colonias más importantes del imperio español en Norteamérica, entre ellas la misión de Ajacán, auténtica “cuna del país”.<sup>24</sup>

En los veintinueve capítulos del *Memorial*, Solís de Merás destaca la experiencia fundacional de Avilés; así también, nos informa sobre la saga de los Avilés, menciona los intentos familiares para frenar los impulsos aventureros del adolescente Pedro Menéndez –incluyendo el acuerdo matrimonial con la niña María de Solís–, las relaciones del navegante con Carlos I y Felipe II y la alta estima que este le tenía. Asimismo, el *Memorial* cuenta las negociaciones del adelantado con los indios de La Florida, los enfrentamientos, relaciones y matanza de los hugonotes franceses; los enfrentamientos con Jean Ribault, los nombramientos de administradores españoles en la colonia de La Florida, las insurrecciones de los colonos, sus viajes de ida y vuelta desde La Habana hasta Florida; los recursos para apaciguar sublevaciones de indios y españoles –incluyendo su matrimonio forzado con doña Antonia, la hermana del cacique calusa Carlos a quien Avilés envía a Cuba para ser instruida en el catolicismo (cap. XIV); al regresar a Florida, Antonia es devuelta a su familia (cap. XX) y, finalmente, en un nuevo enfrentamiento con el cacique Carlos, Antonia es tomada como rehén y llevada de regreso a La Habana (cap. XXV). Y toda esta fascinante historia, no es historia de afición ni historia fingida como *The Tempest*, sino que forma parte de la historia verdadera de los EE. UU.

---

<sup>24</sup> La mejor edición del *Memorial* es la de Juan Carlos Mercado; los datos que siguen proceden de la introducción del *Memorial* en la edición de Jeannette Thurber Connor, Lyle N. McAlister, Gainesville, UP of Florida, 1964, p. xiii. La división en capítulos es idéntica en ambas ediciones.

Por el *Memorial* sabemos que, estando en La Habana, Avilés tuvo noticia de la traición del indio don Luis y del trágico fin de la misión jesuita en Ajacán. Recibida la noticia de la muerte de los jesuitas, Avilés parte desde La Habana con dirección a la actual Virginia, decidido a castigar a los responsables del crimen y a vengarse de don Luis. Durante la preparación del viaje, Avilés mantiene correspondencia con el rey Felipe II y explica que todos sus esfuerzos estaban dirigidos a impedir el avance de los calvinistas y a contener a los indios enemigos.

A pesar del mutismo académico anglosajón sobre el *Memorial* de Avilés, hay evidencia del éxito e interés que este despertó en sus contemporáneos, y así lo demuestran las tres biografías que conocemos sobre él: la de Solís de Merás, titulada *Memorial que hizo el Doctor Gonzalo Solís de Merás de todas las jornadas y sucesos del Adelantado Pedro Menéndez de Avilés, su cuñado, y de la Conquista de La Florida y Justicia que hizo en Juan Ribao y otros franceses* (1568); la segunda es la de Bartolomé Barrientos, profesor de latín en la Universidad de Salamanca, que lleva por título *Vida y Hechos de Pero Menendez de Auiles, Cauallero de la Horden de Santiago, Adelantado de La Florida: Do largamente se tratan las Conquistas y Poblaciones de la Provincia de La Florida, y como fueron libradas de los Luteranos que dellas se auian apoderado. Compuesta por el maestro Barrientos, catedrático de Salamanca*; y la tercera biografía fue escrita por Francisco López Mendoza Grajales, capellán del adelantado; esta es la *Memoria del buen suçesso y buen Viaje que dios nuestro señor fue servido de dar a la armada que salio de la çiudad de calis para la prouinçia y costa de La Florida de la cual fue por general el Illustre señor pero menez de auiles comendador de la orden de Santiago* (1565). Tanto López de Mendoza como Solís de Merás fueron testigos presenciales de los hechos; ambos acompañaron a Menéndez en su expedición a La Florida en 1565 y participaron en el exterminio de los franceses,

siendo Merás uno de los dos hombres que mató a Ribault (J. Thurber Connor 12).

Alexandra Sununu y Juan Carlos Mercado han destacado la importancia de los memoriales y cartas de Avilés para la historia de la costa atlántica norteamericana. Según Sununu, cuatro son los relatos contemporáneos sobre la fundación de San Agustín por Pedro Menéndez de Avilés, pues hemos de incluir también una carta escrita por el propio adelantado; en ella, Avilés relata el encuentro con los franceses cerca del río San Juan, el establecimiento de San Agustín en el Bajío de Matanzas y asegura que los indios que vivían al sur de San Agustín poseían varios tipos de oro (47); señala igualmente Sununu que la biografía de Menéndez que escribió Barrientos en 1568 se publicó en 1613, fue reimpressa en 1902 y fue traducida al inglés por Anthony J. Kerrigan en 1965.

### **Primeras noticias de Chicora y una nota sobre los Caboto**

En 1521, después de haber pasado algún tiempo en Santo Domingo, donde es obvio que tuvo acceso a una buena biblioteca, Lucas Vázquez de Ayllón regresó a España para solicitar permiso y explorar la Tierra Firme situada al norte de San Agustín. No tenemos seguridad de cuánto sabía Ayllón sobre esta región, y no sabemos si conocía los mapas de Juan Caboto o la carta de Paolo dal Pozzo Toscanelli en la que consta que Cristóbal Colón y Juan Caboto, padre de Sebastián, pudieron tener en este italiano una fuente común. Sobre los orígenes y alianzas internacionales de los Caboto hablaré más tarde en el capítulo dedicado a la cartografía.

Como sabemos, para que las hazañas de los exploradores tuvieran repercusión internacional había que documentarlas, pero la influencia y venalidad de algunos de los cartógrafos europeos fue tan poderosa como indiscreta en la Temprana Modernidad del Nuevo Mundo; por eso, en lo referente a

Chicora, sugiero que nos fijemos en tres detalles que descuelan: las “coincidencias de objetivos” españoles e ingleses; las “casualidades” cronológicas o de otra índole que ocurren entre los exploradores de España, Francia e Inglaterra; y los cambios de topónimos que se registran en el proceso; o, mejor aún, el olvido de cambiar los nombres, como ocurre en el mapa de París de Sebastián Caboto que data de 1544 y donde los topónimos figuran en español. Este mapa, supuestamente, reportaba el viaje de 1497 de Juan Caboto y de él se servirá Jean Ribault (1520-1565) para la fundación de Charlesfort (1562) también llamado Fort Caroline y Fuerte San Mateo en La Florida colonial: Ribault llega al río San Juan, cuyo nombre cambia a río de Mayo y tras fundar Charlesfort se dirige aún más al sur de la Florida y funda Port Royal; Ribault regresa a Francia en busca de apoyo, no lo recibe y se dirige a Isabel I de Inglaterra, quien, inexplicablemente, lo encarcela con la excusa de haberse establecido en territorio español (se repite parcialmente la historia de sir Walter Raleigh, ejecutado por James I por haberse inmiscuido en territorio español); mientras Ribault está en la cárcel, René Goulaine Laudonnière es enviado para defender el fuerte Charlesfort. Laudonnière, después de una breve estancia regresa a Francia; mientras tanto, Ribault es liberado y vuelve a la costa atlántica con 500 hugonotes. Ribault es derrotado en 1565 por Avilés, quien se apodera de Charlesfort y en su lugar funda el fuerte de San Salvador; un año después funda allí la colonia de Santa Elena, que había sido así nombrada por Ayllón el 22 de mayo de 1525 (día de Sta. Elena) y será la primera capital de Florida. La historia, favorable a Francia, se recoge en la relación de Laudonnière que contrasta con las cartas y el *Memorial* de Avilés.

España materializa un sueño caballeresco en América del Norte; aquellas que reclama como posesiones de derecho – discutible, sin duda, como ya dijo Batllori – pasan a ser posesiones de hecho anglofrancesas, igualmente discutibles. Los

tres países implicados en la colonización borran el pasado indígena del país en el que España proporciona los mapas, colonos y datos sobre los que se apoyan Francia e Inglaterra, pero España casi siempre acaba asumiendo culpa y derrota mientras la gloria y el triunfo favorecerán a Francia e Inglaterra ¿Por qué?

He aquí algunos datos para apoyar mi hipótesis: Sebastián Caboto (Bristol 1474-Londres 1557) era el hijo de Juan Caboto (c. 1450- c. 1500); Sebastián trabajó para la Casa de Contratación durante los años de los viajes de Ayllón, cuando los secretos juramentados de esa institución eran frecuentemente los más venables, más cotizados y mejor conocidos en el círculo profesional de los cartógrafos, fueran estos navegantes, pilotos, cosmógrafos, reyes o adinerados emprendedores en busca de fama, fortuna o aventuras. Sebastián Caboto, mientras trabajaba para Carlos I, intentó vender los mapas secretos de la costa atlántica de los EE. UU. y custodiados en Sevilla no a uno sino a dos países, y ninguno de ellos era la Francia de Jean Ribault, sino que eran Inglaterra e Italia (Venecia):<sup>25</sup>

the official charts compiled by the Casa were kept in a coffer with two locks and two keys –one for the Pilot-Major and one for the Cosmographer-Major. After Sebastian Cabot, one of the many foreign experts employed by the Spanish government, tried to sell the fabulous “Secret of the Strait” to England and Venice, and when the minions of Charles V began to boast about a shorter route to the Molucca Islands, the disguise was dropped. His Majesty issued an order forbidding all strangers (that is, foreigners) to hold the rank of pilot or mate (Lloyd A. Brown, 143).

Por otra parte, Ayllón parecía estar más familiarizado con la oligarquía y con los literatos que con las artes de navegar y nunca había pisado la costa este de los EE. UU., de ahí que su insistencia en explorarla y establecer una colonia en ella sea un punto de

---

<sup>25</sup> Lloyd A. Brown. *The Story of Maps*. Boston: Little, Brown and Company, 1950.

interés. ¿Por qué lleva Ayllón a Francisco Chicorano a España y de nuevo a la costa atlántica? Este había sido esclavizado por los hombres de Ayllón; es decir, como apuntó Brickhouse hablando del indio don Luis, Chicorano no era un intérprete libre y feliz –contrariamente a como lo describe Pedro Mártir– y, como es natural, este indio norteamericano no iba a llevar voluntariamente a Ayllón a Chicora para que se apoderara de ella y de su tribu catawba. De lo que no hay duda es de que Chicorano fue un hombre inteligente y locuaz que contó su historia en español a la corte de Carlos I, para quien el español –dicho sea de paso– era una lengua extranjera, y también se la contó a quienes se movían en los círculos intelectuales de Ayllón.

Francisco de Chicora's translational work ended before it began when he fled back to the Catawba Natives. As a translator, he disappears at this point from the Spanish historical record, but the ensuing failure of the colony within three months marks his abiding if unspoken place there: the Catawba staged a collective project of unsettlement at San Miguel de Gualdape, and the enslaved Africans soon seized their own freedom and fled, like the translator Francisco de Chicora before them, to the interior (Brickhouse, *The Unsettlement* 48).

Chicora era tan real en el siglo XVI como la Constantino-  
pla de las novelas de caballería lo fue en la Edad Media, y el  
impacto de estas es obvio en las expediciones de Ayllón que  
parten de Cuba y Santo Domingo; en ello encontramos prue-  
bas del éxito de dichas novelas entre los lectores de ambas  
islas:

The evident familiarity of Bernal Diaz and other soldiers of Cortes with the novels of chivalry point to the strong likelihood that similar fiction of entertainment was available from the first in the Antilles, particularly in *Santo Domingo* and Cuba, whence came many of the expeditions to the mainland (Irving A. Leonard 92, énfasis mío).

## Ajustes geográficos y la capitulación de Ayllón

Carlos I quedó convencido con la historia oral de Chicorano y le concedió una capitulación a Ayllón para fundar su colonia en lo que el licenciado soñó como una “Nueva Andalucía” y que después serían las “Tierras de Ayllón”. En esto el rey no arriesgaba nada ya que el licenciado había aceptado sufragar todos los gastos y había acatado las particularidades de lo que Lucena Salmoral ha llamado una “extraña capitulación” en la que se destaca la idea de asentamiento y exploración de la costa atlántica y hacia el interior del continente.<sup>26</sup>

El nombre que Ayllón le dio a esta nueva tierra, a la que obviamente no había llegado aún, era simbólico y cautivador, apelaba al interés de posibles colonos y, como afirma Hoffman, se basaba en parámetros deliberadamente erróneos: para hacer que la latitud geográfica de Chicora coincidiera con la de la Andalucía española, Ayllón alteró las coordenadas que en 1521 le habían proporcionado los pilotos Pedro de Quexo y Francisco Gordillo y que correspondían al área de Winyah Bay (Georgetown County, Carolina del Sur). La razón para realizar dicho trueque es que, de este modo, Ayllón daba verosimilitud al sueño y mantenía la idea imperante durante los siglos XVI y XVII, cuando, siguiendo la geografía de Tolomeo, se pensaba que los productos naturales de zonas geográficas que compartían la misma latitud eran similares. Con tal lógica, si las coordenadas de Chicora y las de la Andalucía española eran idénticas, también lo serían las condiciones de vida, el clima, la tierra y los posibles cultivos.

El contrato que Carlos I le concedió Ayllón le exigía que navegase 800 leguas de costa antes de establecer una colonia (Hoffman 1992); la justificación que se dio para esta cláusula

---

<sup>26</sup> Las provincias que Ayllón debía explorar eran: Duach, Chicora, Xapira y Tatancal, Anicatiya, Cocayo, Guacaya, Xoxi, Sona, Pasqui, Arambe, Xamunambe, Chuaque, Tanzaca, Yenyochol, Paor, Amiscaron, Orix, Guani y Anoxa (Lucena Salmoral 22).

era la posibilidad de encontrar el soñado pasaje norte hacia Oriente; lo que no se explicita en este acuerdo es que Ayllón había declarado que las tierras descubiertas se hallaban en la latitud 35° a 37° Norte –siendo este cálculo basado en la geografía de Tolomeo pero no en la experiencia de 1521 de Gordillo y Quexo, quienes declararon que se hallaba a 33° 20”, bien al sur de la tierra que Ayllón describió a Carlos I como la “Nueva Andalucía”.<sup>27</sup>

---

<sup>27</sup> Sobre Nueva Andalucía y la tan mentada provincia de Darién Castilla del Oro es interesante el aporte de Charles W. Hackett. “The Delimitation of Political Jurisdictions in Spanish North America to 1535.” *The Hispanic American Historical Review* 1.1 (1918): 40-69; aquí dice: “The history of Spanish settlement in the new world began in the winter of 1492-1493. In January of that winter Columbus left part of his force at La Navidad on the northern coast of the island of Espanola and returned to Spain for reinforcements. During the nine months of his absence La Navidad was destroyed, it was not until 1496, after the abandonment of Isabella in the north, that the first permanent settlement in the new world was established at Santo Domingo on the southern coast of the island” (40-1). “It was not from Spain, however, but from Santo Domingo as a base that actual settlement on the mainland was effected. On June 9, 1508, the king contracted with Alonso de Ojeda and Diego de Nicuesa for the conquest and occupation of those regions of Tierra Firme known as Uraba and Veragua (not Nueva Andalucía and Castilla del Oro, as Herrera and others state)” (41). “In a letter of June 11, 1513, the king notified the colonists in the pueblo of Darién and only other parts whatsoever of the provinces of Uraba and Veragua, that soon a prominent person would be sent to take charge of the government. Shortly afterward, on July 27, the large body of land theretofore called Tierra Firme was thenceforth ordered to be called Castilla del Oro, and the province of Darién was promptly renamed Andalucía la Nueva” (45). “Prior to the arrival of Pedrarias in Castilla del Oro expansion from Española resulted in the occupation of the islands of Santiago (Jamaica), Porto Rico, and Fernandina (Cuba). From the West Indies, as a base of operations, attempts were now made to establish political jurisdictions, though with vague and indefinite limits, in the Gulf and lower Atlantic regions. This movement began with Juan Ponce de León, to whom as early as 1512, or 1514, authority was given to settle the “Island” of Florida, which he had previously discovered” (48).

La costa que se extiende desde la actual Maine hasta la actual Florida ya había sido recorrida por los españoles en 1514, o quizá antes, cuando Pedro de Salazar dijo que había llegado a la “Isla de los gigantes” en la costa de Carolina del Sur. Salazar era miembro de la audiencia de Santo Domingo y alcalde mayor de La Concepción, fue contratado por Ayllón para que viajara por la costa atlántica entre 1514 y 1516 en busca de mano de obra y de nuevas fuentes de riqueza; Salazar dijo haber hallado la tierra de los gigantes, que se ubicaría en algún lugar entre las actuales Georgia y Cape Fear; probablemente en lo que hoy conocemos como Beaufort County en Carolina del Sur. El objetivo principal de los esclavistas era llevar a estos indios a La Española para incrementar la mano de obra que empezaba a escasear en Santo Domingo (Weber 35). Si los nativos eran o no gigantes será difícil de demostrar ya que este es un tópico usado desde tiempos bíblicos, con Goliat, y, más modernos, desde Geoffrey de Monmouth (1100-1155) y su *Historia de Bretaña* (1138), donde habla de la profecía de Brutus, en la que abundan las narraciones sobre míticos gigantes como fundadores de un pueblo. Monmouth describe como gigantes a los habitantes de la isla que después sería Inglaterra. Asimismo, los territorios dominados por gigantes son un tópico en la novela de caballería, libros de viaje, en la cartografía y en las crónicas del Nuevo Mundo.<sup>28</sup> También es posible que Ayllón supiera de los viajes exploratorios de 1517 y 1519 de Alonso Álvarez de Pineda, quien buscó el pasaje marítimo desde el Golfo de México hasta Oriente; el misterio que rodea a la expedición de Álvarez de Pineda se debe en gran parte a que todavía no se ha encontrado su diario de viaje, pero lo que

---

<sup>28</sup> Ayllón mismo dice que en la bóveda de un templo de la ciudad de Victoria, en la isla de La Española, se había puesto el hueso de uno de los gigantes, Pedro Mártir, *Quinta década*, libro IX, vol. II, 535. Amadís, Esplandián, don Quijote, Gulliver en la tierra de los liliputienses, Mandeville en sus viajes, Tristán, y otros muchos personajes cuentan que se topan o luchan con gigantes.

es evidente es que Ayllón y los cartógrafos de su tiempo conocían el trazado de la costa este de los EE. UU. al menos desde 1500, gracias al mapamundi de Juan de la Cosa.

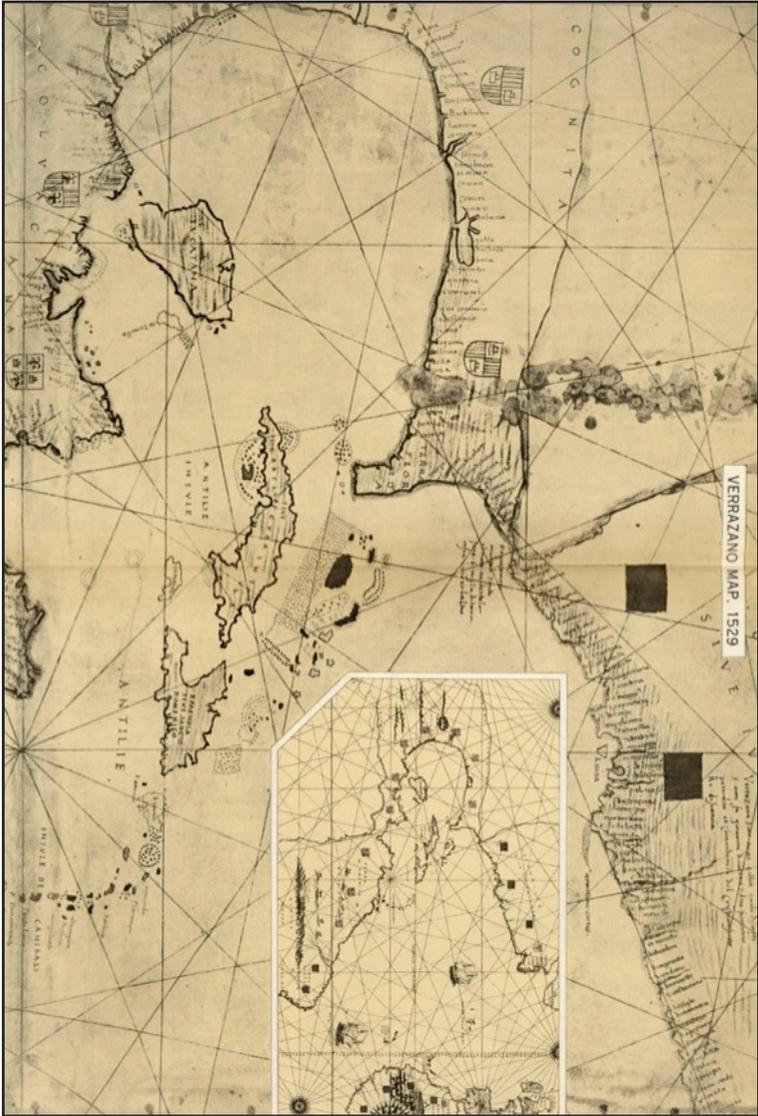
### **Cronología y plan de acción para Chicora**

Ayllón empieza a interesarse por la costa atlántica norteamericana en 1520, cuando equipa una carabela que sale dirigida por Francisco Gordillo del Puerto de La Plata (Santo Domingo) y, tradicionalmente, se considera que con este primer viaje comienza su plan de acción que da sus primeros pasos en 1521, y en 1523 recibió su licencia para explorar las tierras al norte de La Florida; Ayllón envía la segunda expedición en 1525 y se embarca en la siguiente, la de 1526, que zarpa del Puerto de la Plata, donde deja a su segunda mujer, Ana Beze-rra, y a sus hijos.

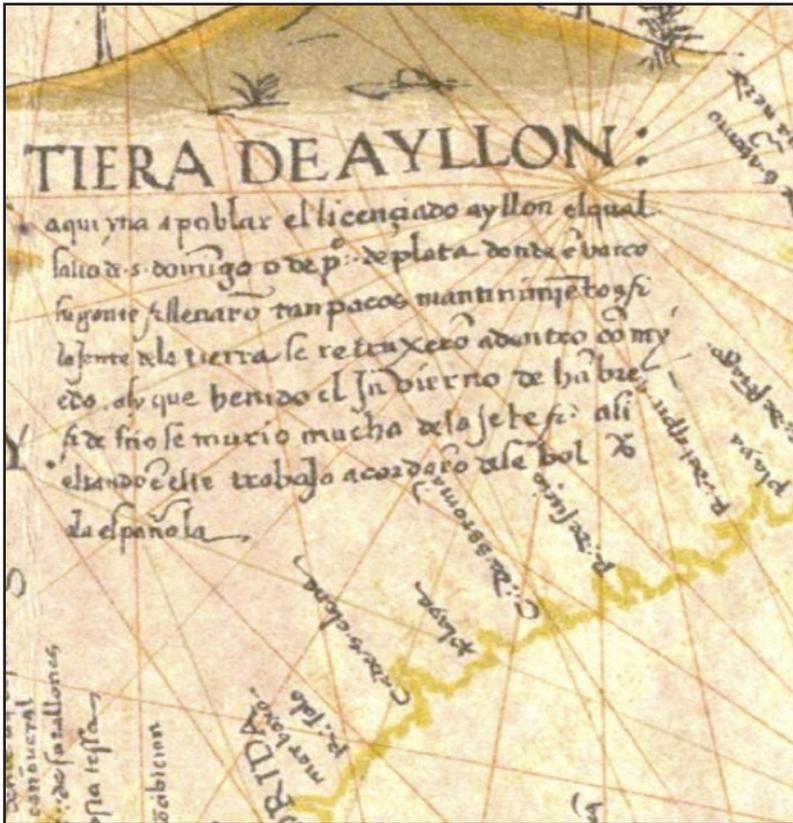
Ayllón prácticamente hipotecó su fortuna para llevar consigo a 600 colonos y un impresionante cargamento de vituallas; lo cual, junto a las cualificaciones de sus colonos, explica que cuando la nave Capitana naufragó, los colonos pudieran sustituirla en poco tiempo con una nueva embarcación: La Gavarra, que fue el primer barco manufacturado en los actuales EE. UU. La expedición en la que viajaba Ayllón atracó en el South Santee River (Carolina del Sur), el terreno le pareció inhóspito y siguió rumbo hacia el sur, donde estableció San Miguel de Gualdape (1526), ciudad que antecede por 39 años a la de San Agustín (1565). Esta expedición fue catastrófica debido a los temporales, el clima y la falta de información, de provisiones y de apoyo gubernamental, todo lo cual produjo enormes estragos: murieron 450 colonos y también Ayllón. El licenciado dejó endeudada a su viuda e hijos, pero, teóricamente, a su familia le correspondían enormes propiedades que el primogénito del licenciado reclamaría más tarde sin éxito.

La vastedad y riqueza del potencial dominio de Ayllón pueden compararse con las tierras y derechos reclamados por Diego Colón y con las de su contemporáneo Esteban Gomes, el súbdito portugués que en 1521 ya había recorrido la costa atlántica y quien fue comisionado por la corona española en 1524 para buscar el pasaje hacia Oriente por el norte del continente americano; en el proceso, Gómez trazó la costa de lo que hoy es Nueva Inglaterra, navegó por el Penobscot River (Maine) hasta la actual Bangor, nombró el río San Antonio (también llamado río de los Gamos y que hoy es el Hudson River) y el Cabo de Arenas o Cabo de Santa María (Cape Cod). Y después de un año, en agosto de 1525, Gomes regresó a La Coruña (Weber 37); las tierras por él exploradas aparecen en algunos mapas, junto a las Tierras de Ayllón, con el membrete “Tierras de Gomes”. En fechas que coinciden con el segundo viaje de Gomes, entre 1524 y 1525, fue cuando el italiano Giovanni da Verrazzano –de tan dudosa ética profesional como Sebastián Caboto– fue patrocinado por el rey Francisco I de Francia, recorrió la costa este de los actuales EE. UU. y trazó el mapa de la misma desde el cabo Bretón hasta Florida. En 1526, Juan Vespucio, el sobrino de don Américo –también turbio negociante y extraordinario cartógrafo al servicio de la Casa de Contratación–, realizó un planisferio en el que incluye el escudo de la corona española y el águila imperial de Carlos I; y en 1529, Diego Ribero trazó el mapa de toda la costa Este de las Américas, desde la Península del Labrador hasta la Patagonia. Todos estos mapas, a pesar de algunas imprecisiones, eran formidablemente detallados en su tiempo.

Conservamos un mapa de Verrazzano, de 1529, en el que la geografía de Ribero aparece trazada de forma muy elemental y otro en el que hay lo que parece ser tres tachaduras o banderas indescifrables en lugares donde debió haber un escudo que, suponemos, es el de Castilla y que corresponde a las tierras de Ayllón y las tierras de Gómez:



Mapa de Giovanni da Verrazzano (1529).



”Detalle del Planisferio de Diego Ribero de 1529 (conocido como *Second Borgian Map*).

La cartografía de la costa atlántica usada como documento, y el “Derecho de descubrimiento,” les sirven a Vespucio, Gomes, Ayllón y Ribero para declarar, por ellos mismos y en nombre del rey, que las tierras descubiertas para la corona eran suyas (“de derecho”), aunque solo temporalmente llegaron a ser suyas “de hecho.”

Entre 1521 y 1529, en la costa este norteamericana, hay una gran actividad patrocinada por la corona española y de los resultados de la cartografía peninsular de esta época se beneficiarán después también franceses, ingleses e italianos de

renombre, incluyendo a Laudonnière, Sebastián Caboto, Verazzano, Raleigh, White y Hakluyt entre otros.<sup>29</sup> El interés de los españoles por la costa atlántica norteamericana se reanudó a medida que ingleses y franceses demostraron su intención de “hacer las Américas” en el norte del continente y emular el modelo de los españoles en la América del Sur; esto motivó a Felipe II a poner sus miras en Chicora en 1539. Le concedió un “asiento” (contrato) a Fernando de Soto (España 1496-Arkansas 1542) para que explorase La Florida y estableciese la colonia de Santa Elena. De Soto gastó todas sus vituallas buscando oro y no fundó la colonia. Ante este fiasco, y ya en 1559, Felipe II nombró a Tristán de Luna y Arellano (1519-1571), para que dirigiera una expedición con idéntico fin; Luna fue devastado en Pensacola y tampoco consiguió su cometido; su fracaso fue un misterio que los hallazgos arqueológicos de febrero de 2016 y los papeles de Tristán de Luna empiezan a desvelar.

En un tercer intento para dominar Chicora, Felipe II encomendó el proyecto a Ángel de Villafañe (c. 1504- m. ?), quien llegó a la costa y realizó el ceremonial de posesión pero no colonizó el territorio. Llegamos así a 1563, cuando el primogénito de Lucas de Ayllón, portador del mismo nombre, reavivó el sueño de su padre y, desde España, dirigió una expedición de tres barcos para establecerse en el norte de La Florida colonial; en las embarcaciones viajaban civiles y soldados; estos últimos se amotinaron por impago y los navíos no alcanzaron las costas de Florida; en consecuencia, solo llegaron a Santo Domingo (Peck 196). Finalmente, será Pedro Menéndez de Avilés quien, en la quinta tentativa de la corona, colonizó

---

<sup>29</sup> El original de este mapa de Ribero se encuentra en la Biblioteca Apostólica Vaticana, hay una copia en la Newberry Library, Chicago y otra en la Biblioteca del Congreso en Washington DC. “The Ribero map is reproduced in color as plate 6 in Shirley, *Mapping of the World*, xiv-xxv. Shirley’s caption, which says that the map is “from the original in the Vatican Library,” is misleading. The reproduction of Shirley is of a modern copy of the Ribero map” (Weber n. 24, p. 375).

Florida. Avilés comenzó construyendo el fuerte de San Felipe, en la actual isla de Parris, Carolina del Sur, en 1565 y luego prosiguió, en el mismo lugar, con la fundación de la colonia de Santa Elena, que como dijimos fue lugar así nombrado por Ayllón en 1525 y en 1566 pasó a ser la primera capital de su adelantamiento. Avilés prosigue a continuación con la misión y colonia de Ajacán.

Avilés sabía el peligro que representaba para los españoles la colonia francesa en Charlesfort –asentada en territorio que, por los Tratados de Tordesillas 1494 y Cateau-Cambrésis 1559 le correspondía a los españoles, no dice lo mismo Battlori (218)–, pero, determinado a encontrar el mítico pasaje hacia el Oriente que se pensaba existía en el norte de las tierras americanas, Avilés envió a sus hombres hacia la Bahía de Santa María. También en 1566, y desde Santa Elena, Avilés envió a los primeros soldados y misioneros dominicos con el indio don Luis para fundar la colonia y misión de Ajacán, estos, como ya vimos, se “extraviaron” cerca de donde después se establecerá Roanoke; en una segunda expedición, Avilés sustituyó a los dominicos por jesuitas y, a petición de don Luis, en esta no envió ningún soldado (Weber 70-72); el ya mencionado complot de don Luis termina destruyendo la colonia de Ajacán.

Cronológicamente, las tres fundaciones españolas que preceden a San Agustín en la historia del siglo XVI de los EE. UU. son San Miguel de Gualdape, Santa Elena y Ajacán. Gualdape y Santa Elena pasaron a la “historia verdadera” y se ha escrito mucho sobre ellas, pero Ajacán se mantiene en la nebulosa del olvido y comparte varios detalles, reales o ficticios, con la fallida colonia inglesa de Roanoke a la que precede y, con todos los datos que tenemos, desconozco las razones a las que esto se debe. Cabe destacar que la expansión hacia el norte del continente americano formaba parte del plan de acción iniciado en el virreinato de México que quería extender el territorio hispánico, proteger el tesoro nacional de la piratería

anglofrancesa –especialmente la plata de Zacatecas– y paliar los naufragios por los temporales de la costa del Atlántico Norte; algunos de los naufragios documentados son los de 1528, 1545, 1551, 1553, 1554, 1559, 1561 y 1564, y sin duda hubo muchos otros no registrados (Lewis 13). Esto hizo que Felipe II encomendase al virrey Luis de Velasco el asentamiento de puertos que pudiesen albergar náufragos, restos de naufragios y barcos a la deriva en esta región. Pedro Menéndez de Avilés, que había sido Capitán del Tesoro Naval desde 1554, se encontraba temporalmente en México y se ofreció para llevar a cabo esta tarea.

### **Incógnitas sobre la primera colonia europea en los actuales EE. UU. El sueño y las reales 2.025 millas cuadradas de Ayllón**

Vimos ya que Pedro Mártir, Francisco López de Gómara, Jean Ribault, René Goulaine Laudonnière, Giovanni Verrazzano, Richard Hakluyt, Walter Raleigh y John Smith, entre otros, recogen la descripción de San Miguel de Gualdape, pero no sabemos a ciencia cierta dónde se ubicó esta colonia. Los datos empíricos nos dicen que San Miguel fue fundada quizá en las proximidades de la actual Georgetown, en la desembocadura del río Waccamaw en Winyah Bay (Carolina del Sur) o quizá en South Santee River (Georgia). Allí vivieron los españoles, y allí se habló y se escribió en español siendo esta la lengua común hasta la llegada de los ingleses.<sup>30</sup> James L. Michie con-

---

<sup>30</sup> Todo esto se halla en los siguientes documentos: el informe de la expedición de De Soto y recogido en el documento de John R. Swanton. *Final Report of United States De Soto Expedition Commission*. House Document No. 71, 76<sup>th</sup> Congress, 1<sup>st</sup> sess. Washington D.C.: GPO, 1939. 182-83 y en el reporte de las misiones (*doctrinas*) publicado por Michael V. Gannon. *The Cross in the Sand: The Early Catholic Church in Florida, 1513-1870*. Gainesville: Florida UP, 1965. 43 (*apud* Peck 192).

cuerda con Paul E. Hoffman en que Winyah Bay y el South Santee River son los puntos de referencia mayoritariamente aceptados para San Miguel de Gualdape.<sup>31</sup> Analizando la descripción que John William Gerard de Brahm da en el siglo XVIII, de Vorseley concluye que para encontrar el asentamiento original de la primera colonia europea en suelo norteamericano no deben centrarse los esfuerzos arqueológicos en Sapelo Sound sino en Harris Neck: “The extensive earthworks and many Ruins of ancient Houses De Brahm observed at Harris Neck-Demetrius Island meet the criteria Hoffman set for the site of San Miguel de Gualdape” (21).

James Michie resume así el asentamiento de San Miguel de Gualdape: primero, los datos registrados por Alonso de Espinosa Cervantes dan fe de que, debido a un enorme temporal, La Capitana naufragó con todas las vituallas al intentar entrar en la bahía; segundo, Ayllón continuó la exploración 100 leguas al norte y al sur del río Jordán; tercero, durante su ausencia los colonos construyen La Gavarra para reemplazar a La Capitana; cuarto, los nombres de los seis barcos de Ayllón eran: La Capitana, El Bretón Grande, El Bretón, El Chorruga, El Santa Catalina y El Trinidad. Ayllón y su gente, escribe Michie, acamparon en lugar difícil de precisar y el adelantado no logró dar con ningún poblado indio; evidentemente los indios ya estaban de sobreaviso por la redada en la que el propio Chicorano había sido capturado. Desde allí, al no haber encontrado indios, Ayllón mandó expediciones hacia el interior –tal como ordenaba la capitulación que había obtenido– y también hacia el sur, llegando estas hasta la isla de Santa Catalina (área de Sapelo Sound, Georgia), donde habitaban los indios guale.

---

<sup>31</sup> James L. Michie. *A Reconnaissance Search for Evidence of the Capitana: Lucas Vázquez de Ayllón's 1526 Flagship*. Conway: Center for Historical and Cultural Studies, U.S.C. Coastal Carolina College P, 1993.

Hasta el día de hoy, la mayor incógnita sobre esta colonia es la carencia casi absoluta de piezas arqueológicas (lo mismo que en Roanoke). En el citado estudio de James L. Michie sobre este tema, el autor menciona la ausencia de restos de las más de 3.000 tinajas de aceite que debió traer Ayllón a la costa atlántica, las cuales, hasta tiempos muy recientes seguían siendo estándar (tenían unos 23 centímetros de diámetro y 25 centímetros de alto, dos asas, boca ancha y capacidad para unos 5.4 litros); dada la capacidad de las mismas, La Capitana transportaba unos 16.200 litros de aceite ¿Qué ha sido de aquellas tinajas?, se pregunta Michie:

While the potential number of pottery sherds is understandably unknown, one could easily imagine that dynamics could reduce some 3,000 olive jars into tens of thousands of fragments. Thus, if the Capitana went down in shallow water near the entrance to the Jordan, there is a possibility that relic remains of olive jars may be scattered in the existing dunes or in a narrow zone between the dunes and the low-water line (Michie 7).

En las excavaciones arqueológicas en la zona geográfica donde debieron echar anclas las naves de Ayllón se han descubierto restos de utensilios, armas, huesos humanos y de animales, tumbas, restos de casas, pozos, cerámicas, especialmente las tinajas para contener aceite, etc., pero no tantos como para llegar a la cantidad que correspondería a los 150 sobrevivientes de los 600 colonos originales;<sup>32</sup> esto lleva a Marvin T. Smith a afirmar que aún no conocemos el lugar exacto de Gualdape (Smith 139). Tenemos una descripción detallada de las excavaciones arqueológicas que se llevaron a cabo en Winyah Bay, Santee River y las zonas en las que pudieron estar

---

<sup>32</sup> Marvin T. Smith. "Archaeological Evidence of the Ayllón Expedition." *Columbus and the Land of Ayllón: The Exploration and Settlement of the Southeast*. Eds. Louis de Vorsey, et al. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992. 125-142.

Ayllón y los colonos que vinieron con él; y aunque tenemos los citados datos de Marvin Smith, otros investigadores niegan la evidencia y afirman que, lamentablemente, los resultados han sido siempre negativos, incluso dice Michie: “there were no indications of Spanish olive jars and little indications of other historic artifacts (14); “There were no indications of cultural materials” (16); esta es la desalentadora frase con la que concluye Michie. Sin embargo, añade el autor, quizá lo que debemos buscar no son los restos de la nave Capitana, sino los de la colonia en sí lo cual conlleva enormes dificultades por las grandes transformaciones naturales y artificiales que se han producido en la zona descrita:

The potential for future research directives are questionable, especially because the area has been significantly altered by a number of natural and artificial processes. There is a possibility that structural remains of the ship are yet intact and lie buried beneath accreted sand or marsh, but the effort and the financial burdens of such research are tremendous [...] The Location of San Miguel de Gualdape remains elusive, although there is a growing body of evidence that looks south towards the coast of Georgia, Winyah Bay and the South Santee River, then finding the ship or its scattered contents may be difficult. [...] I also believe that finding Ayllon’s colony will be much easier than finding his flagship, but there is always a chance that someone will find some olive jar fragments in a fresh deposit of dredged sand, somewhere along a beach, or perhaps lying among the remnants of old dunes. Until then, or until some ambitious researcher applies remote sensing, the location of initial landfall and the Jordan River may be known only to the survivors of Ayllon’s colony and the mariners who provided nautical information to Alonso de Chaves (Michie 17).

Otra de las incógnitas sobre San Miguel de Gualdape es su nombre. Hay quienes defienden que el topónimo deriva de la lengua gual (Quinn 31),<sup>33</sup> pero en la *Historia general y na-*

---

<sup>33</sup> David B. Quinn. “Colonies in the Beginning: Examples from North

*tural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo, se dice que el nombre “Gualdape” y no “Guadalupe,” provenía de un nombre muy popular por aquellas fechas que era “Galdapa” (Galdape en francés), reino o ínsula del Mediterráneo oriental que aparece en varios de los libros de caballería de la saga de *Amadís*: como el *Florisel de Niquea* de Feliciano de Silva. He aquí algunos capítulos que incluyen este topónimo en el título:<sup>34</sup>

cap. LXXX, “Como partida Darayda del reyno de Tesalia con tormenta fue lanzada en el reino de *Galdapa*, e lo que ay le avino” (fol. 109) [...] En la novela *Silves de la selva*, de Pedro de Lujan. Después de una tormenta el caballero Rogel y dos doncellas llegan al reino de *Galdapa* donde sucederán una serie de aventuras. La reina *Galdapa*, tras yacer repetidamente con el caballero Rogel, tendrá un hijo de este que con el nombre de Argantes pasará a ser rey de Galdapa (Maura 306, énfasis mío).

Otra de las pruebas que aduce Maura para explicar la conexión del nombre de Gualdape con la novela caballeresca es el testimonio de Fernando de Escalante y Fontaneda (c. 1536-c.1575) quien, tras un naufragio en los Cayos de Florida, vivió durante diecisiete años con los indios calusa y sobre su experiencia escribió *Memoria de las cosas y costa y indios de La Florida*:

[este] náufrago y cautivo de los indios durante diecisiete años y luego faraute o intérprete de Pedro Menéndez de Avilés, en su poco conocida *Memoria de las cosas y costa y indios de La Florida*, que ninguno

---

America.” *Essays on the History of North American Discovery and Exploration*. Eds. Stanley H. Palmer y Dennis Reinhartz. College Station: Texas A&M P, 1988, 10-34, 31.

<sup>34</sup> Juan Francisco Maura. “Caballeros y rufianes andantes en la costa atlántica de los Estados Unidos de América: Lucas Vázquez de Ayllón y Alvar Núñez Cabeza de Vaca.” *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 35.2 (2011): 305-328.

*de cuantos la han costeado, lo han sabido declarar*, escribe sobre su versión del nombre Gualdape: “*El oidor Lucas Vázquez, vecino en Santo Domingo, y otros seis vecinos suyos, me parece que partieron con navios con algunos indios de las islas de Jeaga, a ver aquella tierra y rio de Santa Elena, siete leguas más al norte, a donde está un pueblo que, por decir Orizta, dijeron Chicora los que fueron, y el otro pueblo por llamalle Guale, lo llamaron Gualdape (fol. 2v)*” (Maura 308, énfasis mío).

Finalmente, tenemos la incógnita del estrepitoso fracaso de la colonia en Gualdape; muchos de estos datos los veremos repetidos en Roanoke. El hambre y el frío fueron siempre mencionados como justificación, pero el tercer factor a considerar es la rebelión india por el mal gobierno de los españoles y las disensiones entre los colonos. Antes de fallecer, Ayllón había nombrado a Juan Ramírez como su sucesor en la colonia de San Miguel, este no pudo acceder al cargo y fue el capitán Francisco Gómez, lugarteniente de Ayllón, quien tomó el poder. Gómez contaba con el apoyo del alcalde de San Miguel, pero hubo grandes tensiones entre los colonos y dos conocidos rebeldes: Ginés Doncel –personaje de la nobleza menor de Santo Domingo– y su aliado Pedro de Bazán, quienes encarcelaron a Francisco Gómez; este fue liberado por los esclavos negros que estaban en contra del insubordinado Doncel. Los españoles antagonistas de Doncel huyeron a los poblados indígenas cercanos, iban hambrientos y saquearon sus despensas (*apud* Peck 194), lo cual, a decir de Oviedo (*Historia General* 3: 630-332) provocó la ira de los indígenas, quienes asesinaron a los colonos en una sola noche; otras fuentes indican que los sobrevivientes abandonaron San Miguel y regresaron a La Española.

Como he sugerido, la sed de aventuras fue uno de los incentivos de Ayllón para iniciar su periplo a la costa atlántica; hasta tal punto deseaba Ayllón emprender su hazaña de Ultramar que, según Hoffman, y como ya dije, el licenciado redactó un escrito fraudulento y cambió los parámetros geo-

gráficos para hacer coincidir las coordenadas de las tierras de Carolina y Georgia con las de la Andalucía española. Y Chicora pasó de estar en los 33° 30" a 35°, 36° y 37°, grados que corresponden a la Bahía Chesapeake;<sup>35</sup> según Louis de Vorsey, estas coordenadas son discutibles y Hoffman se equivoca ya que atribuye a Ayllón los datos que reporta Pedro Mártir de Anglería en sus *Décadas del Nuevo Mundo*, y Mártir había dicho que estos datos procedían de “un virtuoso padre” llamado Alvares de Castro, deán de la catedral de Concepción en Española. Lo que Mártir dice es que Ayllón descubrió una tierra que estaba *cerca de la* que Caboto había reclamado en 1497 y que esta área *parecía* estar en la misma latitud que Vandalia en España que comúnmente se llama Andalucía.<sup>36</sup> Es decir, los datos todavía no son concluyentes y, como hasta ahora hemos visto, tenemos la tesis de Hoffman, quien dice que, haciendo un cálculo basado en la geografía de Tolomeo, las tierras descubiertas por Ayllón estaban entre los 35° y los 37° Norte, esto es lo que se dice en el asiento conservado en el AGI al que ya me referí; pero los cálculos que hicieron Gordillo y Quexo indicaban que la ubicación real era 33° y 20" (o 33° 30" según de Vorsey); también Gómara en su *Historia general de Indias* dice que Chicora estaba a 32°; el siguiente cambio que acabamos de referir es fraudulento y de la autoría de Ayllón, quien ubicó las tierras por él descubiertas entre los 33° 30" y los 37° 30"; en la actualidad, estos últimos corresponden –al sur de la península Delmarva, en la Bahía de Santa María– a Wallops Island, situada a los 37.8815° N, en Maryland.

Así pues, de Vorsey declara que las afirmaciones de Hoffman son cuestionables. Lo que no cambia, sin embargo, es que,

---

<sup>35</sup> *Columbus and The Land of Ayllon: The Exploration and Settlement of the Southeast*. Eds. Louis de Vorsey, et al. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992.

<sup>36</sup> Louis de Vorsey, “Early Maps and the Land of Ayllón.”

tanto para de Vorsej como para Hoffman, las tierras que describe Ayllón se encuentran al norte de La Española, se hallan dentro de la línea de demarcación establecida en el Tratado de Tordesillas que correspondía a España. Concuerdan, además, en que Ayllón sufragó los gastos de los tres viajes, pues era un hombre de negocios y, como oidor, estaba involucrado en el pleito de Diego Colón, quien reclamaba las tierras descubiertas por su padre y conocía los procedimientos para llevar a cabo una reclamación similar: la suya propia.

Vorsej detalla la faceta esclavista y emprendedora de Ayllón y se pregunta si, en el primer viaje que él patrocinó en 1521, el licenciado solo pretendía capturar esclavos y hacer fortuna y no tenía intención de explorar la tierra, como podría pensarse por el referido contrato que Ayllón le extendió a Pedro de Salazar, pero esto contradice que Ayllón juzgara y castigara a Gordillo por la captura de indios. En cualquier caso, existe la posibilidad de que los indios hubieran sido quienes le dieron al licenciado el nombre de las diecinueve provincias que lista en su cartulario del 12 de junio de 1523 y que es casi idéntica a la que después dará Martín Fernández de Navarrete (1765-1844); de Vorsej las coteja ambas y estos son los nombres de las provincias que coinciden en Ayllón y Navarrete: Du-a-e, Chicora, Xapira, Ytatancal, Anicatixe, Cocayo, Guacaya, Xoxi, Sona, Pasqui, Aranbe, Xamunanbe, Huaque, Tancaca, Yenhohol, Pahor, Yamiscaron, Orista insiguanin y Anoxa (Vorsej 16).

Sabemos que Ayllón recibió instrucciones para explorar este terreno de la costa atlántica, se le exigió tratar debidamente a los indios para que estos convivieran pacíficamente con los cristianos (“vida en policía”, es decir que vivieran como personas “civilizadas” —como en la ‘polis’ que sugería Aristóteles en su *Política* y que supuestamente habían heredado los españoles); y, como recompensa, el licenciado recibió tierras, montañas, praderas, extensiones de tierras de regadío y ríos que abarcaban un total de 2.025 millas cuadradas (Vor-

sey 15). Por tanto, aunque Ayllón fracasó como conquistador, se enriqueció considerablemente y, como afirma de Vorse, los mapas que documentan su expedición sentaron las bases para las querellas legales y cartográficas sobre el hemisferio norte en el siglo XVI:

As maps of overseas discoveries emerged as inscriptions of European power, the “Land of Ayllon” was recruited by imperial interests in efforts to broadcast and legitimize Spain’s claim to hegemony over the bulk of the western hemisphere. Even though he failed in the role of conquistador, the judge, Lucas Vazquez de Ayllon, served his monarch *with distinction in the imperial cartographic warfare that marked the sixteenth century* (Vorse 22, énfasis mío).

### **Desde Santa Elena y Juan Florín hasta Roanoke y Simón Fernández**

Los españoles fundaron Santa Elena en 1566 en la isla de Parris,<sup>37</sup> donde las excavaciones que comenzaron en 1979 permitieron ubicar el lugar exacto de esta colonia; en ellas colaboran el *Institute of Archaeology and Anthropology at the University of South Carolina* y la Embajada de España; éstas han sido más fructíferas que las de San Miguel de Gualdape, y el interés se ha avivado al conmemorarse el 450 aniversario en 2016. Santa Elena, como capital española de Florida tuvo que ser abandonada por un ataque indio y la capitalidad se trasladó a San Agustín. Un año más tarde, lo que se conoce como segunda parte de la historia de Santa Elena, los españoles regresan al mismo lugar de la isla de Parris y allí permanecieron desde 1577 hasta 1587, cuando salieron huyendo de nuevo,

---

<sup>37</sup> Eugene Lyon. *Santa Elena: A Brief History of the Colony, 1566-1587*. Columbia: Inst. of Archeology and Anthropology, Univ. of South Carolina, 1984. Research Manuscript Series 193. [http://scholarcommons.sc.edu/archanth\\_books/185](http://scholarcommons.sc.edu/archanth_books/185)

esta vez por un ataque británico. Los españoles habían elegido Santa Elena como asentamiento en 1557, pero se equivocaron al pensar que dicho enclave estaba en las proximidades de la tierra de Chicora que había descrito Ayllón. Y el virrey de Nueva España, don Luis de Velasco, también equivocado, pensó que la nueva colonia se hallaba cerca de Zacatecas, con lo cual el transporte de mercancías, especialmente de plata, hacia el norte sería fácil; pero Santa Elena y Zacatecas estaban a más de 1.800 millas (Armesto 2014, 24-26). Desaciertos como el del virrey Velasco nos dejan entrever que el conocimiento geográfico que se tenía del continente norteamericano no siempre coincidía con la impresionante documentación que nos ha llegado a través de los mapas.

Errores aparte, uno de los detonadores para la fundación de Santa Elena fue la contraofensiva apoyada por Felipe II y reivindicada por Avilés. El rey Felipe vio una gran amenaza en el asentamiento de Jean Ribault (1520-1565) en Port Royal y tenía justificadas razones para ello, pues además de la proximidad geográfica de dicho enclave con La Florida española, los secretos cartográficos españoles no eran secreto para los franceses. El ambiente cultural en el que se educa Jean Ribault, recordemos aquí, coincide con la gran difusión de mapas de los viajes de Ayllón y con las fructíferas hazañas del corsario Juan Florín, nombre que no figura en los libros de historia y que corresponde ni más ni menos que a Giovanni da Verrazzano, quien se dedicaba a la corsopiratería al servicio de la corona francesa y quien bien pudo filtrar los secretos de la Casa de Contratación para Francia.<sup>38</sup> Juan Florín lleva a cabo sus espolios entre 1524 y 1529; es decir, durante los mismos años en

---

<sup>38</sup> La fascinante –y abundante– documentación sobre Juan Florín a la que me refiero se encuentra en James Carson Brevoort. “Notes on Giovanni da Verrazzano and on a Planisphere of 1529, Illustrating His American Voyage in 1524, with a Reduced Copy of the Map.” *Journal of the American Geographical Society of New York* 4 (1873): 145-297.

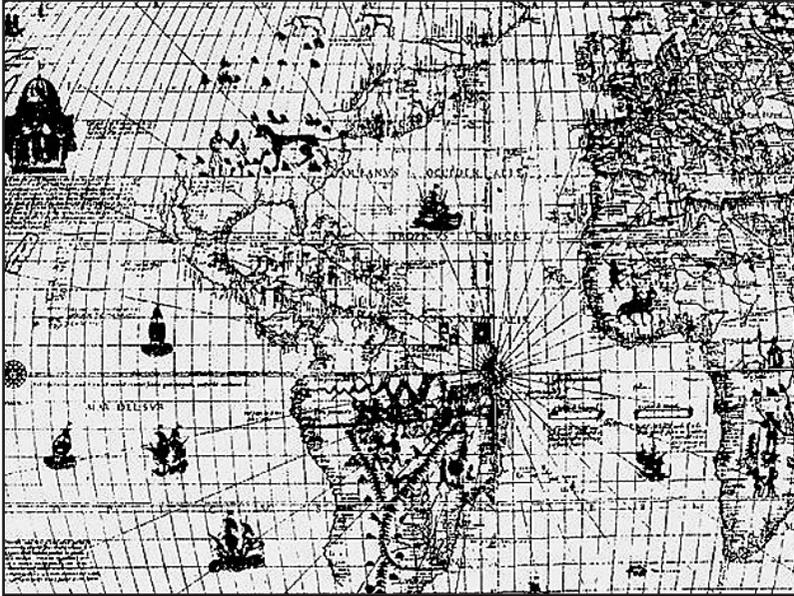
los que Juan Vespucio y Diego Ribero dibujan los mapas de la costa atlántica para la corona española.

La procedencia de los datos de Sebastián Caboto para la elaboración del mapa conocido como “Paris Map” (1544) es igualmente incierta y el mapa mismo es, en palabras de Pope, “curioso”; lo que es absolutamente demostrable es el conocimiento que tenían Verrazzano y los Caboto –a través de la Casa de Contratación– de las cartas de navegación, mapas, y roteros de viajes españoles de la costa del Atlántico Norte, otro dato a considerar es que los topónimos en el Mapa de París están en español. El consenso es que el mapa de París resultó de las exploraciones postcolombinas (1497) de Juan Caboto y las atribuidas a su hijo Sebastián, pero sobre la ética de este último recaen serias dudas que apuntan a que usurpó las notas de su padre. Este mapa de la costa noreste de los EE. UU. se reproduce en la p. 30 de la citada obra de Peter E. Pope y se conoce gracias a J.G. Bourinot (1891):<sup>39</sup>

On 24 June 1497, Zuan Caboto and his companions made their North American landfall. Where that is ...still uncertain and the map where it was recorded was, to say the least, curious. The description of the landfall area in a later source has a different and much more artful flavour. This is the Eighth Legend on the margin of what is known as the Paris Map - a legend that describes the *prima terra vista* or land first seen by John Cabot and his son Sebastian. The only known copy of this very early printed map, published in 1544, was discovered in Germany in 1843, in the Bibliothèque Nationale in Paris, hence its name in Cabotian jargon (Pope 27).

---

<sup>39</sup> Peter E. Pope. *The Many Landfalls of John Cabot*. Toronto: UP of Toronto, 1997.



Detalle del planisferio de Sebastián Caboto (1544) resultado de la expedición c. 1526-1530. La copia fue encontrada en Baviera (Alemania) y se conserva en la Biblioteca Nacional de París.

Antes de la fundación de Santa Elena, Ponce de León y Lucas Vázquez de Ayllón pidieron ayuda de la metrópolis para sus respectivas colonias, pero pasaron años desde que solicitaron la licencia y esta les fue concedida, hasta que consiguieron fundar la colonia y recibieron el apoyo solicitado. Para fundar Santa Elena, sin embargo, el 13 de febrero de 1563, Felipe II –en su quinta tentativa colonizadora– notificó a Avilés, gobernador de Cuba a la sazón, que investigase la intrusión francesa en la costa atlántica, y el 4 de junio del mismo año Avilés recibió un contrato para la fundación de la colonia. El contrato fue rápido y la fundación –que, sin embargo, tardó tres años en consolidarse– sigue vinculada a la saga de los Ayllón, ya que para dicho efecto se propuso al hijo de Lucas Vázquez de Ayllón, a quien se le ordenó que fundase una colonia agrícola en la que se asentarían colonos casados, con sus mujeres y sus hijos; pero el heredero de Ayllón, como dijimos ya, solo consiguió llegar hasta Santo Domingo debido al motín de su tripulación; mientras tanto, los franceses liderados por René de Laudonnière construyeron el fuerte Carolina en el río St. John.

El contrato del 22 de marzo de 1565, del rey Felipe a Menéndez de Avilés iba acompañado de extraordinarios beneficios: privilegios de navegación, exención de impuestos, derecho a importar 500 esclavos, y el título de marqués (Lyon 1). A pesar de que las relaciones entre Avilés y Felipe II fueron tensas en ocasiones, el primero supo negociar las condiciones del asentamiento con considerables ganancias para sí mismo y para los suyos. A los anteriores privilegios hay que sumar que, además de recibir 10.000 ducados y solicitar apoyo militar, Avilés demandó el título de almirante, una encomienda –que no le fue concedida– y el título de caballero de la orden de Santiago. En un primer paso y como muestra de su determinación, Avilés organizó una expedición contra los hugonotes que estaba compuesta por 2.646 personas –soldados, marineros, colonos y misioneros–. Y el 28 de agosto del mismo año

(1565), Menéndez de Avilés llegó al río St. John, capturó y mató a todos los colonos franceses de Charlesfort o Fort Carolina; esta es conocida como la masacre de los 300 hugonotes (Armesto 2014, 27).

Aparentemente, Avilés estaba dispuesto a acabar con los hugonotes y a extender los dominios católicos hacia el norte de la Tierra Firme; su estrategia para Santa Elena incluía una alianza con los jesuitas, quienes, según afirman Clifford M. Lewis y Albert J. Loomie en *The Spanish Jesuit Mission in Virginia 1570-1572*, estaban ampliando sus horizontes hacia el norte de las Américas. Los jesuitas en el sureste de la costa atlántica de los EE. UU. dependían del provincial del Perú; de ahí la relación del peruano padre Oré sobre los mártires de Ajacán y de ahí que en 1566 el padre Portillo, quien había sido enviado a La Florida como provincial al Perú, incluyera la misión de Ajacán bajo su jurisdicción.

Avilés escribió a Francisco de Borgia, padre general de los jesuitas, a sabiendas de que estos ya tenían puestos sus objetivos en el norte de Nueva España y habían comenzado su labor misionera en Florida; a ellos les propuso Avilés un plan que incluía, además de la fundación de Santa Elena, otro asentamiento a 200 leguas al oeste de la misma y uno más a otras 200 leguas. Por su parte, Avilés les prometía que estos asentamientos estarían poblados por colonos agricultores, serían protegidos por soldados y servirían como centros misioneros en el más puro espíritu jesuita. Este plan iba destinado a incrementar la presencia española y el apoyo real para la zona de Panuco, entre La Florida y México e incluía la creación de una escuela en La Habana para los hijos de la elite indígena (Lyons, 3).

Avilés poseía un gran poder negociador y consiguió que, el 7 de octubre de 1568, Felipe II enviara dos carabelas a Florida, Nuestra Señora de la Victoria y Nuestra Señora de la Concepción; el pasaje de colonos comprendía 225 hombres, mujeres, niños, viudas y hombres solteros a quienes les ex-

tendió un contrato de dos años y suficiente materia prima para emprender una vida próspera (vacas, bueyes, toros, ovejas, cabras, gallinas y cepas); a cambio, se les exigía renta y pago en especias al adelantado (Lyons 3). El 1 de agosto de 1569 llegan a Santa Elena los 193 colonos que sobrevivieron a la travesía; otros tantos se sumaron desde Florida y, en solo tres meses, ya se habían registrado como *vecinos* del *municipio* 327 personas. Siguiendo el modelo español, afirma Lyons, en Santa Elena se elige un *cabildo* de representantes y se regula la concesión de tierras a través del *concejo*; los jesuitas, liderados por el padre Rogel, llegan también en ese año dispuestos a fundar su misión. Escasean las vituallas y Avilés regresa a España para reclamar el prometido apoyo y la protección de los soldados; mientras tanto, el padre Rogel no sigue adelante con su proyecto y abandona Santa Elena. Felipe II tardará un año en lograr el consenso necesario para enviar 150 soldados de apoyo para defender Santa Elena; esto ocurre finalmente a mediados de octubre de 1570. Al parecer, hubo una mejora de las condiciones e incluso el hijo del licenciado Vázquez de Ayllón colaboró con Menéndez de Avilés enviándole ayuda a través de sus socios en La Habana; fue a raíz de estos hechos cuando los jesuitas, guiados por el indio don Luis y sin soldados de protección, se dirigieron al norte de Santa Elena para fundar su misión de Ajacán en la Bahía de Santa María (Lyons 5).

La grandiosidad de los planes de Avilés para la colonia de Santa Elena ha sido documentada por Juan Carlos Mercado y consta en los bienes del convoy en el que viajó a Santa Elena la esposa española del adelantado, doña Ana María de Solís, quien no se privó de ningún detalle. A mediados de julio de 1571, antes de emprender la travesía, esta dama norteña se embarcó acompañada de sus sirvientes y se apertrechó con lujosos enseres de casa; entre ellos: tapicerías de cuero repujado, su cama con colcha satinada, ajuar y baldaquino para la misma, manteles, alfombras, siete sillas de montar, servicio

completo de piezas de estaño para 36 comensales, velas, utensilios de cocina, aguamanil de plata, un barril de semillas de lino y de cáñamo, lentejas, sal, garbanzos, arroz y todos los ingredientes necesarios para hacer cocido, además de 90.000 puntas de construcción en tres tamaños –que suponemos estaban destinadas a construir su casa y acomodar sus bienes (Lyons 6).

La diversidad de las profesiones que se ejercen en Santa Elena entre 1571 y 1572, y que son básicas para el establecimiento de una sociedad, incluía pedreros, sastres, carpinteros, notarios, marineros-pescadores, barberos-cirujanos, prestamistas y herreros. A estas honradas profesiones hay que añadir también las actividades ilegales de los especuladores y las del propio adelantado, quien se estaba enriqueciendo con el comercio clandestino entre Florida, La Habana y Veracruz con la compraventa de pieles a los indios y con la trata de esclavos –quienes eran capturados con la excusa de limpiar las costas de indios hostiles y eran vendidos en las Antillas (Lyons, 7). Precisamente, las tensas relaciones con los indígenas forzaron la huida de Santa Elena de los colonos españoles en 1576, quienes regresarían nuevamente en 1577 dirigidos por Pedro Menéndez Márquez (1499-1600), el sobrino de Pedro Menéndez de Avilés que llegó a ser gobernador de La Florida.

La muerte de Avilés (1574) fue seguida por un periodo de grandes conflictos en la saga de su familia y en la administración de La Florida: don Diego de Velasco, lugarteniente de Pedro Menéndez de Avilés, casado con doña María –la hija ilegítima de Avilés– fue encarcelado por Hernando de Miranda, el otro yerno de Avilés. Los abusos de ambos familiares de Avilés provocaron varias denuncias que requirieron la inspección real de 1576 a cargo de Baltasar Castillo.

Un episodio en la vida de don Diego Velasco y su esposa doña María nos dice que doña María y don Diego apadrinaron al cacique Tolomoto y a su cacica esposa; ambos indios recibieron el nombre de sus padrinos en la pila de bautismo

(Diego y María). El indio Tolomoto sufrió las turbulencias de gobierno de la misión de Orista, que queda en las proximidades de Guale, y en cuya fundación el padre franciscano Moreno se enfrenta públicamente al gobernador Velasco. Se producen disputas de este con los escribanos y todos llegan a los puños; el gobernador desnuda en la plaza pública al escribano mayor y esto resulta en un altercado en el que se apalean unos a otros como en la quijotesca venta de Maritornes. La descripción de la disputa se asemeja a una comedia de disparates: Moreno no le da de comulgar al gobernador; este, que teme ser excomulgado, acusa al cura de irse con malas mujeres y, en el torbellino de desacuerdos y puñetazos, el indio Tolomoto (bautizado Diego Velasco), decide tragarse las perlas que atesora por miedo a ser privado de ellas. Quienes quisieron recuperarlas tuvieron que hacerlo en el vertedero usado por el indio para evacuarlas.<sup>40</sup> Este episodio se enmarca dentro del levantamiento de Guale –conocido también como la revolución de Juanillo, (1597-1601), en la que fallecieron los “mártires de Georgia”.

Siguiendo la *Relación* del padre Oré, hasta el día de hoy se ha explicado el levantamiento de Guale como una represalia contra el padre Corpa y sus correligionarios que querían acabar con la poligamia de los indios guales, pero nuevos datos aportados por J. Michael Francis y Katherine M. Kole revelan la complejidad de las relaciones entre las distintas tribus de la región, las disputas entre ellos y las alianzas con los españoles y confirman que la venganza contra ciertos castigos pudieron ser la verdadera causa del fatal desenlace.

El peligro que inicialmente habían representado Charlesfort y Port Royal para la corona española adquiere mayores dimensiones con la amenaza de Inglaterra, país donde se seguían muy de cerca las exploraciones de los españoles en el

---

<sup>40</sup> Ver Eugene Lyon. “The Failure of the Guale and Orista Mission: 1572-1571.”

Nuevo Mundo y donde se capitalizó el potencial de navegantes y cartógrafos italianos y portugueses. Sebastián Caboto y el corsario Juan Florín –ambos con experiencia profesional y no pocos roces profesionales con España– fueron contratados por Inglaterra y Francia respectivamente.

Desaparecidas Santa Elena, Gualdape y Ajacán, Francia e Inglaterra llevan la delantera con la ayuda de navegantes peninsulares; entre los colaboradores de la corona británica se encuentran varios pilotos portugueses, siendo uno ellos un personaje clave: el portugués Simón Fernánides, de quien Justin Winsor dice que era español y en quien Walter Raleigh había puesto su confianza. Fernánides conocía los viajes de Ayllón y estaba más interesado en su propio beneficio que en el de la corona británica.<sup>41</sup> Sobre las disensiones entre Simón Fernánides y las expediciones de Raleigh y White se trata extensamente en los reportes de Hakluyt y Pierce en los que se apoya la propaganda imperial británica.<sup>42</sup> El mismo Simón, con el nombre de Simón Fernandino, había ido también en la expedición de 1584 capitaneada por Arthur Barlow y Philip Amadas en la que fueron capturados Wanchese y Manteo, y

---

<sup>41</sup> “From the scraps of information that we have about the pre-Cabotian voyages of the 1480s and 1490s, it looks as if Bristol mariners trading or fishing off Greenland knew roughly where their “Island of Brazil” was, but were not very good at getting back to it. Hence they employed a series of southern pilots adept to new astronomical navigation, who were better at keeping track of their position at sea: Zuan Caboto, João Fernandes, Fransisco Fernandes, João Gonçalves, and, eventually Zuan’s son, Sebastian.

Cabot’s voyage differed from previous intermittent visits to North America, including those of the medieval Norse, in part because it was a reasonable commercial bet that he would get there and back in a single season (although his backers were not lucky with his third voyage in 1498)” (Pope 156).

<sup>42</sup> Véase Justin Winsor, ed. *Narrative and Critical History of America*. Vol. II. New York: AMS, 1967.

así consta en la relación de este viaje dirigida a sir Walter Raleigh (Burrage 241).

La expedición a las Indias que organizó Walter Raleigh llegó a la Isla de Hatteras, como podría pensarse por el referido contrato que Ayllón le extendió a Pedro de Salazar, en 1584 y fue seguida por la de Richard Grenville. Cuando Raleigh regresó a Inglaterra en 1585, dejó Roanoke a cargo de Ralph Lane y apenas un año después, 1586, sir Francis Drake atacó Santo Domingo y destruyó San Agustín, dejando a Santa Elena en una precaria situación defensiva. El triunfo de Drake se exagera considerablemente y se refleja en un mapa de mediados del siglo XVII producido en Inglaterra; en él se representa a la Virginia de Drake como una isla y, por fin, con acceso norte hacia el mar de China; así aparece en el mapa de John Farrer de 1651.





Detalle del planisferio de André de Thevet, *La cosmographie universelle d'André Thevet, illustrée de diverses figures des choses plus remarquables veuës par l'auteur* (1575).

## **Capítulo III**

### **Perlas, mapas y corsarios**



Mapamundi de 1540 de Sebastian Münster en el que se inserta el falso Mar de Verrazzano.

## FORMACIÓN Y DEFORMACIÓN DE LA LEYENDA DE CHICORA

Para contar la leyenda me apoyo en dos estudios excepcionales, uno de Manuel Lucena Salmoral y otro de Paul E. Hoffman, con quienes coincido en que la historia de la occidentalización de los actuales EE. UU. comenzó en Chicora, lugar donde se encuentra la piedra angular de la Temprana Modernidad de los EE. UU. Para sustentar su argumento, ambos autores se basan en las crónicas del Nuevo Mundo; tomo dos de sus importantísimos trabajos y los pondré en relación con la transmisión y traducción de otros textos y mapas de Chicora; el mérito de los datos que aquí presento es todo de Hoffman y Salmoral, yo me limito a analizarlos de forma conjunta y a destacar el contexto internacional en el que se desarrollaron los hechos. En palabras de Hoffman:<sup>1</sup>

Durante la fundación de la colonia en 1526, el modo como Ayllón y otros percibieron la tierra y sus habitantes y las relaciones de los africanos y los europeos y de los europeos con los indios americanos fue similar a las experiencias que mucho más tarde tendrían los ingleses, y también fueron similares a las relaciones entre los ingleses y los americanos. Los viajes y asentamiento de Ayllón, no constituyen un episodio separado ni son de poca o de ninguna relevancia para la historia de los

---

<sup>1</sup> Manuel Lucena Salmoral. "La extraña capitulación de Ayllón para el poblamiento de la actual Virginia: 1523." *Revista de Historia de América* 77-78 (1974): 9-31. Paul E. Hoffman. "Lucas Vázquez de Ayllón." *Columbus and the Land of Ayllón: The Expedition and Settlement of the Southeast*. Eds. Louis de Vorse, et al. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992, 27-49, 45, énfasis mío.

EE. UU. *Nuestra Historia comienza con los viajes [de Ayllón] de 1521 y 1525 y la colonia resultante de 1526.*

Francisco López de Gómara describió los viajes de Ayllón y, según Lucena Salmoral, lo más probable es que la información que tuvo el cronista sobre las costumbres de los indios de Chicora le fuera facilitada por el mismo Francisco Chicorano.<sup>2</sup> Antonio de Herrera, basándose en Gómara, incluyó una descripción de Chicora similar a la de este en su libro *De el descubrimiento de Tierra de Chicora, que es el Cabo de Santa Elena, y de sus costumbres* (1520, década segunda, libro décimo, capítulo sexto).<sup>3</sup>

El Padre Bartolomé de las Casas habla de la capitulación firmada por Ayllón para la provincia de Chicora; se refiere a la prohibición de dar repartimientos o encomiendas en esta tierra y alude a los indios esclavizados por el oidor:<sup>4</sup>

Ayllón no fue nunca santo de la devoción del clérigo, o por haber tenido un repartimiento de 400 ó 500 indios, a los que mató, en el decir de Las Casas, o quizá por algunas “injusticias que hizo”: [...] Dióle luego que vino [Ayllón de España] el comendador cuatrocientos o quinientos indios, porque este era el principal salario con que se pagaban todos los servicios, los cuales al cabo mató a la gran parte de ellos, en sus minas y granjerías.

También Fernández de Oviedo, quien conoció personalmente a Ayllón, documentó las actividades del oidor de Santo Domingo:<sup>5</sup>

El Cronista [Fernández de Oviedo] además tuvo la fortuna de encontrarse al oidor de La Española en Nuestra Señora de Guadalupe el año

---

<sup>2</sup> *Ibid* 10, n. 2.

<sup>3</sup> *apud* Lucena Salmoral, 10-11.

<sup>4</sup> Lucena Salmoral escribe que *Gonzalo* Fernández de Oviedo es el cronista que nos da más detalles sobre la empresa de Ayllón y que este conoció al padre y al hermano del licenciado.

<sup>5</sup> *Ibid* n. 8 p. 19.

1523, es decir, a poco de firmar su capitulación con la corona [...] según afirman los españoles nunca vieron ninguna tierra llamada Chicora ‘ni se pudo ver, ni haber noticia la provincia, ni puerto, ni río, ni población que tal nombre toviese; ni vieron tierra ni provincia que se llamase de los nombres que se contenían en la capitulación que el licenciado tuvo’ [Fernández de Oviedo. *Op. cit.* t. iv, p. 325].<sup>6</sup>

El Inca Garcilaso, refiriéndose a los rescates de Gordillo y Quexo –quienes doblaron el actual cabo de Hatteras y desembarcaron en Virginia– escribió: “Gordillo y Quexos doblaron [...] el actual cabo, donde hicieron algunos rescates, consistentes, según nos dice el Inca Garcilaso, en ‘algunos aforros de mantas finas, de suyo muy olorosas y aljófara y plata en poca cantidad’” (*La Florida*, Speratti Piñero 15). A decir de Lucena Salmoral: “pocos debieron parecerles los rescates, ciertamente, pues decidieron al cabo capturar más de 130 esclavos, con los que regresaron a La Española. En el tornaviaje se perdió una de las naves y en la aclimatación a Santo Domingo se murieron casi todos los indios cogidos como esclavos, quedando apenas uno de ellos llamado Francisco de Chicora.”<sup>7</sup>

En su descripción de Chicora, el Inca Garcilaso le concede especial protagonismo al piloto Diego Miruelo, a quien atribuye la primera llegada española a dicho lugar y quien, según el Inca, no pudo reencontrar la tierra de Jauja que le había descrito al licenciado Ayllón y, como otros aventureros, acabó perdiendo el juicio. El licenciado Ayllón continuó buscando Chicora, llegó a la costa este de lo que hoy es EE. UU. y en el río Jordán, acosado por un temporal, perdió la nave Capitana, con las dos naves que le quedaban:

dio con una tierra apacible y deleitosa, cerca de Chicoria, donde los indios le recibieron con mucha fiesta y aplauso. El oidor entendiendo que todo era ya suyo, mandó que saltasen en tierra doscientos españoles y fuesen a ver el pueblo de aquellos indios, que estaba tres leguas la

---

<sup>6</sup> *Ibid* 12.

<sup>7</sup> *Ibid* 19.

tierra adentro. Los indios los llevaron, y después de los haber festejado tres o cuatro días, y asegurándolos con su amistad, los mataron una noche, y de sobresalto dieron al amanecer en los pocos españoles que con el oidor habían quedado en la costa en guarda de los navíos; y habiendo muerto y herido los más de ellos, les forzaron a que rotos y desbaratados se embarcasen y volviesen a Santo Domingo, dejando vengados los indios de la jornada pasada (*La Florida*, Speratti Piñero 16).

Salmoral y Hoffman aportan pruebas de que la historia de Chicora, contada por los cronistas españoles más reputados del siglo XVI, fue traducida tempranamente en Francia e Inglaterra, lugares donde esta interesó como relato geopolítico y no como crónica literaria. Chicora abría el camino hacia la codiciada Bahía de Santa María, y la expedición de Ayllón avivó el interés de los tres países en contienda por la conquista de la misma; los datos que expongo a continuación nos ayudarán a reconstruir la historia en torno a este tema.

### **Los colonos y el rey. La controvertida capitulación de Chicora**

Es posible que Carlos I percibiera que Ayllón iría a Chicora con o sin subvención regia y que, con la propuesta del adelantado, España podría ampliar sus dominios sin costos para la corona; pero ¿por qué aceptó Ayllón sufragar los enormes gastos de la expedición a Chicora?

Douglas T. Peck sugiere que Ayllón pudo haberse entusiasmado con los relatos del capitán Pedro de Salazar, comerciante de esclavos que entre 1514 y 1516 llegó a una tierra, al norte de las Bahamas, y capturó indios de gran estatura por los cuales consiguió un alto precio en La Española.<sup>8</sup> Si esto es cierto, no se entiende que Ayllón juzgara a Gordillo por esclavista;

---

<sup>8</sup> Douglas T. Peck. "Lucas Vázquez de Ayllón's Doomed Colony of San Miguel de Gualdape." *The Georgia Historical Quarterly* 85.2 (2001): 183-98.

pero si Ayllón repudiaba tal práctica, tampoco se entiende su orgullo por la captura y colaboración de Chicorano en la expedición de ambos desde las islas Lucayas. Los turbios negocios de esclavos explican que Ayllón tenga mala prensa, pero, aun así, el licenciado es un personaje que cuenta en su haber con logros fundamentales para el nacimiento de los actuales EE. UU.<sup>9</sup> y, aunque no sirve de paliativo frente a las ignominias de la esclavitud, es importante recordar que “Ayllón no podía hacer esclavos, sino simplemente comprar los que ya existieran, para revenderlos” (Lucena Salmoral 21-23).

Entre los dos polos del espectro sobre la personalidad del esclavista y jurista licenciado hay otras variantes, y yo me inclino a favor del idealismo aventurero de Ayllón como un acicate para sus viajes a la costa este norteamericana. Gómara y Oviedo destacaron la biblioteca del oidor de Santo Domingo y tildaron de nulas sus habilidades náuticas; la impericia de Ayllón explicaría por qué, en lugar de ir él mismo, envió al experimentado Francisco Gordillo en busca de los indios gigantes. Ayllón tampoco tenía buena fama de líder; Fernández de Oviedo lo describe como un hombre intrépido, idealista y poco apto para la tarea que se propuso. El cronista imperial critica al licenciado diciendo que: “El que ha de mandar soldados, soldado debe ser primero”, y añade más adelante: “Yo creo bien que el licenciado Lucas Vázquez de Ayllón supiera ser alcalde de hacer justicia decidiendo un letigio que ante él se tractara, porque para ese efecto aprendió derechos; pero nunca se vistió coraza, ni ciñó espada”.

Claramente, a los ojos de Oviedo, Ayllón tiene poco a su favor y mucho a lo que responder, y a ello se suma la incógnita de la “extraña” capitulación de Chicora. Sobre esta última, Manuel Lucena Salmoral, Paul E. Hoffman, Seth Maillos y otros críticos afirman que Lucas Vázquez de Ayllón salió de La Española en 1526 con intención de *asentarse* en la costa atlán-

---

<sup>9</sup> Lucena Salmoral, 10.

tica norteamericana y poblar la provincia indígena de Chicora. Sin embargo, Gonzalo Fernández de Oviedo dio a entender que la capitulación que se le concedió a Ayllón era para *descubrir*, más exactamente para “proseguir el descubrimiento de la tierra” o para “enlazar con los descubrimientos” ocurridos antes de su capitulación; pero ¿por qué dice Oviedo que Ayllón iba a *descubrir*? Según Lucena Salmoral: “la capitulación firmada en Valladolid el 12 de junio de 1523 por el oidor Lucas Vázquez de Ayllón nos demuestra algo realmente sorprendente: ¿se trata de una capitulación de descubrimiento y rescate! [...] este tipo de capitulaciones se firmaron principalmente en los años 1499 y 1500 para los mal llamados ‘viajes menores’ por Martín Fernández de Navarrete, y con el propósito de incrementar los descubrimientos geográficos, concediendo algunos incentivos económicos” (Lucena Salmoral 13-14). Por tal motivo, Lucena Salmoral dice que se trata de una capitulación anacrónica; aunque podría argumentarse que, en la segunda década de 1500, el conocimiento de la costa atlántica no era muy preciso y esto justificaría tal concesión para “descubrir” y, sobre todo “rescatar” lo ya conocido parcialmente.<sup>10</sup> En opinión de este intelectual, “[e]l objetivo descubridor encomendado a Ayllón es doble: descubrir la costa norteamericana hacia el norte desde los 37 grados, a donde habían llegado las naves de Quexo y Gordillo, y descubrir la tierra adentro, en la franja costera situada entre los 35 y los 37 grados,<sup>11</sup> cuya costa había sido recorrida precisamente por Gordillo y Quexos” (15).

---

<sup>10</sup> Esta capitulación se publicó en la *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía*, Madrid 1870, t. XIV, p. 504-515, y es un traslado de la verdadera capitulación, que fue solicitada por Juan de Barrantia, en nombre del adelantado Hernando de Soto, como prueba en el pleito que tenía con Hernán Cortés (Lucena Salmoral, p. 13, n. 14).

<sup>11</sup> Como sabemos, la latitud fue alterada para hacerla coincidir con la de la Andalucía española.

Es decir, el viaje de Gordillo-Quexo es el precedente inmediato que motiva la capitulación de Ayllón y se produce, como afirma Salmoral, en un momento crucial: en 1522 había llegado a Sevilla la nao Victoria, confirmando la comunicación interoceánica por el estrecho de Magallanes y a partir de entonces se incrementan los esfuerzos para promover el comercio especiero. En ese mismo año, 1522, se crea la casa de Contratación en La Coruña y se firma una nueva capitulación con el piloto Esteban Gomes; la cual, entre otras cosas, dice:

En el capítulo décimo octavo de la capitulación se anota: ‘ítem. Vos doy licencia y facultad para que si en alguna parte de la dicha tierra que vos así descubriereis, en poder de los indios naturales della, si hallaren esclavos de los que ellos toman en guerras, en la manera que se han hallado en las costas de tierra firme o en otras partes de las Indias, siendo de los que justa e verdaderamente fueron esclavos, que habiéndolos vos comprado por rescate e los podía hacer esclavos (Lucena Salmoral 22).

La fama de Chicora hizo que, en las mismas fechas en las que Ayllón contrató a Francisco Gordillo, Sancho Ortiz de Urrutia (de aquí en adelante, Urrutia) contratase a Pedro de Quexo con idéntico cometido al de Gordillo. Los Urrutia estaban vinculados con los Matienzo; el doctor Juan Ortiz de Matienzo fue tesorero de la Casa de Contratación, con frecuencia se omite a los Urrutia en esta empresa y nos referimos al contrato de Quexo como documento extendido por Matienzo; pero el hecho es que los Urrutia-Matienzo dominaban el comercio perlero en el Nuevo Mundo y la ayuda de los indios era indispensable para conseguir las perlas.<sup>12</sup> La historia se complica cuando Quexo y Gordillo llegaron a conocerse accidentalmente a la altura de las islas Lucayas y, por acuerdo mutuo, em-

---

<sup>12</sup> En 1521, Sancho Ortiz fue a las Islas Lucayas con nave propia y tripulación vasca en sociedad con los Matienzo. Aquí es donde se encuentran Quexo y Gordillo. Véase Alfonso de Otazu y José Ramón Díaz de Durana. *El espíritu emprendedor de los vascos*. Madrid: Silex, 2008. 195.

prendieron juntos el viaje hacia Chicora; cuando ambos llegan a la costa atlántica de los EE. UU., hubo una disputa entre los dos pilotos y cada cual reclamó las tierras para su patrocinador buscando a la vez beneficio propio. El desenlace lo veremos después.

### **Una lanza a favor de Ayllón y una cuestión de frío, seda y perlas**

El 9 de agosto de 1526 llegó a Winyah Bay (Carolina del Sur) la expedición de Ayllón y sus seiscientos colonos. A la entrada de la bahía se produjo un temporal que destruyó la nave Capitana y aunque los estudiosos difieren ligeramente en las cifras de colonos de dicha expedición, estas demuestran que Ayllón iba preparado para fundar una colonia en toda regla pues llevaba:

- 6 barcos.
- 600 hombres, incluyendo: esclavos africanos, un médico, un cirujano, un farmacéutico, soldados, curas, y algunas mujeres y niños.
- 16.332 litros de aceite de oliva (4.000 galones).
- 3.205 tinajas de barro para transportar el aceite.
- 100 caballos, vacas, ovejas y cerdos.
- 276.000 kilos de pan cazabe (6.000 libras).
- Cantidades no especificadas de fanegas de maíz, semillas y brotes para plantar.
- El total del costo de la expedición fue de unos 20.000 pesos.

Es probable que los españoles procuraran en Norteamérica fortunas en oro y plata semejantes a las que ya habían hallado en América del Sur, pero en Chicora no encontraron metales preciosos ni vieron el potencial que años después intuyeron

los franceses y los ingleses, especialmente Jean Ribault y la Virginia Company, cuyos planes de colonización fructificaron con enormes réditos por el comercio de tabaco, pieles y armas.

Guy Cameron y Stephen Vermette han destacado que hay varias cosas que ocurren por primera vez en la expedición de 1526 de Ayllón, y que hay en ella datos que necesitan ser investigados.<sup>13</sup> Con Ayllón se funda la primera colonia europea en suelo norteamericano; con él se introducen los primeros esclavos africanos en este territorio; la revuelta de estos últimos fue también la primera que conoció el actual país de EE. UU.; y La Gavarra, barco que reemplaza a la nave Capitana, es también el primer barco construido en lo que sería EE. UU. En la expedición de Ayllón, es inexplicable el rápido fallecimiento de 450 de sus colonos; la muerte de casi todo el ganado; el abandono de la colonia tras apenas seis semanas y la total falta de cooperación de los indígenas.

Los registros históricos ayudan a despejar parte de la incógnita del estrepitoso fracaso del licenciado pues documentan el frío excesivo del periodo de corta glaciación –“Little Ice Age” (LIA)– que, como ya dije, afectó a la expedición de Ayllón e hizo que este retrocediera y se estableciera en la actual Georgia; este dramático cambio de temperatura fue provocado por causas desconocidas y duró desde 1400 hasta 1850 (Cameron y Vermette 300). El año 1526 fue probablemente uno de los más fríos de América del Norte en más de un milenio y el hielo afectó particularmente a la Bahía Chesapeake (Cameron y Vermette 306). Los citados especialistas midieron y compararon las cantidades de calcio/magnesio y las posibles temperaturas en los años previos y posteriores a 1526 y demostraron el drástico cambio climático a través del estudio del magnesio y de las formaciones cálcicas en conchas y microfósiles encontra-

---

<sup>13</sup> Guy Cameron y Stephen Vermette. “The Role of Extreme Cold in the Failure of the San Miguel de Gualdape Colony.” *The Georgia Historical Quarterly* 96.3 (2012): 293-306.

das en la Bahía Chesapeake (302). El rigor del clima era, y es, un factor a tener en cuenta en la Bahía de Santa María y sus alrededores; históricamente esto también fue constatado por George Calvert, barón de Baltimore, quien, 100 años después de Ayllón, en el invierno de 1627, aterido por el frío, abandona Maryland, devuelve a sus hijos Inglaterra y emigra con su mujer hacia la actual Florida en busca de mejores temperaturas.<sup>14</sup>

Aunque la colonia de Gualdape duró apenas seis semanas, Ayllón amerita una lanza a su favor. El oidor de Santo Domingo demostró ser un gran emprendedor que además de procurar nuevas tierras, buscar esclavos, oro, plata y perlas, quiso montar un negocio de seda en Virginia –idea que retomarían los ingleses–, y así consta en su capitulación:

Por cuanto vos tenéis pensamiento que en la dicha tierra se criará seda, y ésta es granjería sin mucho trabajo e muy aparejada para los indios, e pensáis llevar algunas personas de las que lo saben criar e la simiente, e trabajar porque se críe, e los indios se den a ello por la presente vos hago merced para vos e para vuestros herederos sucesores de juro de heredad para siempre jamás de quinientos ducados de oro de renta en cada un año sobre lo que rentare dicha seda (Lucena Salmoral 24).

Adicionalmente, a pesar de que la capitulación concedida a Ayllón fue de “descubrimiento y rescate”, de hecho, su viaje fue una empresa de “colonización y conquista” sobre la cual se ha enfatizado lo novelesco con gran menoscabo de lo histórico. Cabe añadir que, de todas las falacias creadas en torno a Chicora, Ayllón ayudó a esclarecer que no había paso al Oriente por el norte del continente y que en la actual Virginia no había ni seda, ni oro, ni plata; quedaba solo por verificar si existían las perlas que buscaban los Urrutia y Matienzo. Por los datos que tenemos de los saqueos de los corsarios franceses e ingleses, parece que sí las hubo. En una

---

<sup>14</sup> David B. Quinn, ed. *Early Maryland in a Wider World*. Detroit: Wayne State University, 1982. 24.

carta de Pedro Mártir, fechada el 19 de noviembre de 1522, se dice que los franceses se apropiaron de 608 libras de perlas (Brevoort 226) y, entre los ingleses, Richard Hakluyt también mencionó las perlas de Chicora.<sup>15</sup> Refiriéndose a La Florida española, Hakluyt dice que en Santa Elena: “where they have perles, silver, and greate store of victuals [...] there is one principall place called Rio de Jordan alias Rio de Maio where in an island standeth a forte which was Ribaults” (Taylor 254). Hakluyt menciona igualmente que Pedro Menéndez de Avilés llevó provisiones desde México hasta la desembocadura del Jordán y que los ingleses querían conocer las rutas que seguían los españoles: “It is wised that it were learned oute what course bothe the Spaniards and Portingales tooke in their discoveres for government and that the same were delivered to learned men” (Taylor 325). El mito de las perlas continua con Oviedo, quien nos dice que La Capitana naufragó y que, pese a este desastre, los colonos decidieron desembarcar para buscar las perlas de Chicora y estuvieron varios días en el lugar tratando de hallarlas. Al final de la historia, no sólo no aparecieron las perlas, sino que además se escaparon los guías e intérpretes que prometieron ayudar a encontrarlas, y entre ellos estaba Francisco Chicora.

La saga de las perlas sigue en 1539, trece años después de la expedición de Ayllón, cuando el nuevo gobernador de La Florida, Hernando de Soto, desembarcó en Tampa, cruzó La Florida y fue hasta Georgia en busca de una tribu que gobernaba una cacica llamada Cofitachique. De Soto conocía los datos a través de Ayllón:

Estaba a la ribera de un río, que creemos sería el de Santa Elena, donde estuvo el licenciado Ayllón, [...] de Soto quiso ver a la cacica Cofitachyque, pero no lo logró, si bien ésta le envió una sarta de perlas de cinco o seis hilos al Gobernador ¡Al fin aparecieron las perlas! Biedma

---

<sup>15</sup> Taylor, E.G.R., ed. *The Original Writings and Correspondence of the Two Richard Hakluyts*. 2 tomos. London: The Hakluyt Society, 1935.

añade que el gobernador mandó buscar a la cacica y que finalmente como no se pudo hallar, abrió una mezquita que allí estaba donde estaban enterrados los principales de aquella tierra, y sacamos de allí cantidad de perlas, que serían hasta seis arrobas y media a siete dellas aunque no buenas, que estaban dañadas por estar debajo de la tierra y metidas entre el saín de los indios [...] ¡seis arrobas y media de perlas! Allí estaban las perlas de Francisco de Chicora, quien por lo visto sólo olvidó decirle a Ayllón que estaban enterradas en un templo (Lucena Salmoral 29).

Garcilaso el Inca también menciona la abundancia de perlas en el reino de Cofitachique, donde dice que encontraron hasta más de mil arrobas de perlas y aljófara, de las cuales los oficiales de la Hacienda Real tomaron una muestra para llevarla a La Habana: “mandó de las perlas a dos manos juntas, dio a cada uno de los capitanes y soldados que con él habían ido una almozada diciendo que hiciesen de ellas rosarios en que rezasen. Y las perlas eran bastantes para servir de rosarios, porque eran gruesas como garbanzos gordos” (Garcilaso, *op. cit.* p. 381, *apud* Lucena Salmoral 29).

Uno de los cargos contra el gobernador de Santa Elena, Diego de Velasco casado con doña María –hija ilegítima de Avilés–, es que este forzaba a los indios a pagar en pieles y perlas que no se documentaban en los libros de cuentas. Y así consta en los folios 2v.-3v. del visitador real Baltasar del Castillo, quien en 1576 fue enviado para investigar la turbulenta administración de La Florida por Pedro Menéndez de Avilés y su yerno.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> “the pearls allegedly given to Diego de Velasco were not freely given. One of the charges against the Spanish governor was that, in fact, the cacique [Guale] fearing that he would be forced to give up the pearls, swallowed them and the Spaniards later picked them up from a dunghill” (Lyon “The Failure” 93).

### **Primeros pasos del conflicto europeo en la costa este de los EE. UU. Lucas Vázquez de Ayllón, el corsario Juan Florín, Pedro Mártir y Chicora**

La fabulosa imagen de Chicora inventada por Francisco Chicorano y publicada por Pedro Mártir despertó el interés de franceses e ingleses en la misma; estos últimos, con excepción de Juan Caboto, siguieron las exploraciones y la fundación de las colonias de San Miguel de Gualdape, Santa Elena y Ajacán, cuyas raíces se encuentran en los viajes de Ayllón.

Giovanni da Verrazzano y Vázquez de Ayllón estuvieron en la costa este de los actuales EE. UU. casi en los mismos lugares y casi en las mismas fechas a donde el navegante italiano llegó en 1524; pero, como ya dijimos, Ayllón comenzó sus exploraciones de la Primera Costa desde Santo Domingo tres años antes, en 1521. Lo interesante de esta coincidencia cronotópica es que Giovanni da Verrazzano jugaba dos, tres o cuatro bazas: la florentina, la francesa, la inglesa y la española; esta última a través de su alter ego o *persona* y era conocido como Juan Florín o Juan Florentín quien fue un aventurero, corsario y *bon vivant* afincado en España durante muchos años. Como honorable florentino, Giovanni da Verrazzano fue apadrinado por Richard Hakluyt, entró por la puerta grande en la historiografía inglesa y angloamericana, y no solo quedó eximido de culpa de sus saqueos y piratería, sino que, con la ayuda textual de René Goulaine Laudonnière y de André Thetvet, pasó erróneamente a ser el héroe, descubridor y cartógrafo por excelencia de las tierras situadas en la latitud de la costa atlántica norteamericana que había sido anteriormente explorada por los españoles.<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> En 1873, James Carson Brevoort sacó este dato a la luz y lo documentó ampliamente.

Ya Pedro Mártir, en la octava *Década*, libro VI, identificó a Verrazzano como Juan Florín, líder de los corsarios franceses; y esta faceta de Verrazzano fue destacada en 1873 por James Carson Brevoort, este dato fue publicado y se dio a conocer en las proximidades de la guerra de España contra EE. UU., lo cual hizo que fuera ignorado en las letras inglesas:

In the Spanish accounts of his exploits as a corsair, he is always called Juan Florín or Florentín. Peter Martir, first mentions him as Florín, in the sixth chapter of his eight Decade, written in 1525, but first printed in 1530 [...] The first notice of *the leader of the [French] pirates* by name, is in one dated November 19, 1522, where he is simply called *Florinus*, a French pirate, in June 1523, he speaks of *Joannis Florini* [...] Ramusius does not appear to have seen the full edition of the Decades, of 1530 [...] The full editions of Martyr's Decades and Letters do not seem to have left Spain for many years, and were perhaps jealously guarded from general circulation for more than fifty years, since in 1574 but three Decades were reprinted, and not till Hakluyt published at Paris in 1587, the whole eight, do they seem to have been quoted by authors generally (Brevoort 220, énfasis mío).

En el formidable aparato crítico del estudio de Brevoort, y cuya consulta recomiendo enfáticamente al lector, este historiador demuestra que Gómara se refiere a Verrazzano como Florín en varias ocasiones (*Década* III, Lib. IV, cap XX); que en 1601, Gómara habla de Florín de la Rochela, capitán de seis barcos armados; en la misma *Década*, Lib. VI, cap. IX, Gómara “gives the voyage of Juan Verrazano Florentin, from Ramusius, without a suspicion that these names belonged to one person” (221); Bernal Díaz del Castillo, en su narrativa sobre la conquista de México, lo llama Juan Florín o Florentín. De Barcia en su *Ensayo cronológico* es el primero en identificar al corsario y el descubridor como la misma persona y lo llama Juan Verrazzano Florentín, corsario de Francia. En resumen: “*Thus two centuries had elapsed before this identification was made, during all of which no one had even suspected it*” (Brevoort 221, énfasis mío).

Las cartas y *Décadas* de Mártir sobre los acontecimientos del Nuevo Mundo, entre 1488 y 1525, son documentos primarios que fueron ampliamente conocidos en Europa; en este intervalo de tiempo se llevaron a cabo los extraordinarios viajes de Ayllón en beneficio de Carlos I, y Verrazzano actuó como el corsario Juan Florín al servicio de Francisco I de Francia. Gracias a Verrazzano, entendemos que los franceses fueron los primeros en seguir el sueño de Ayllón, y que, en tiempos de Avilés, fueran las incursiones galas en la costa atlántica las que motivaran un último y denodado intento de Felipe II para reclamar La Florida colonial (desde Florida hasta la península del Labrador según Kegan y Escobedo) y, en particular las tierras de la Bahía de Santa María; de ahí que el rey Felipe financiara varias expediciones y finalmente enviara a Pedro Menéndez de Avilés con este cometido.<sup>18</sup>

Verrazzano estaba a la par y seguía con interés las noticias de los viajes de Ayllón; y así consta en una carta fechada el 19 de noviembre de 1522 (Epist. 774, ed. 1530; Epist. 771, ed. 1670 *apud* Brevoort). Asimismo, Pedro Mártir dice lo siguiente sobre los acontecimientos de 1521, fecha del primer viaje de Gordillo patrocinado por Ayllón, en el que aparece el pirata Florín:

For the last year *one Florin*, a French pirate, captured a ship coming from Hispaniola with gold to the amount of eighty thousand ducats,

---

<sup>18</sup> En 1562, Jean Ribault fundó Port Royal (en lo que fue Santa Elena) y un fuerte en Parris Island— aunque este solo duró un año— y dejó constancia de su hazaña en *The Whole & True Discovery of Terra Florida*. 1563. Reimpresión facsímil. Ed. David L. Dowd. Gainesville: Florida UP, 1964. 94-95. A Jean Ribault le sigue, en 1564, René Goulaine de Laudonnière, quien no llegó a Port Royal, pero fundó una colonia, Fuerte Carolina, en la cuenca del río Jordán (que también conocemos como May River). Bajo la dirección de Avilés, Santa Elena pasó a ser la capital de Florida durante casi diez años, véase Eugene Lyon. *The Enterprise of Florida: Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest, 1565-1568*. Gainesville: Florida UP, 1974. 156-66.

six hundred eight ounce pounds of pearls and two thousand arrobas of sugar. As commander of these three vessels came Juan Ribera, as private envoy of Fernan Cortes, who in the name of his master, Fernan Cortes, is to present half of those gifts to Caesar, and the other half is to be offered by the two representatives of the magistrates and soldiers of those lands in their name to Caesar (Brevoort 226).

## Las huellas de Ayllón

“The Chicora Legend and Franco-Spanish Rivalry in La Florida”<sup>19</sup> de Paul E. Hoffman es punto de referencia obligada para ubicar a Chicora en su contexto histórico, y de este estudio proceden todos los datos que doy a continuación. Hoffman afirma que la leyenda de Chicora y las tierras de Ayllón comenzaron a aparecer en los mapas de 1530 y que ya estaban ampliamente difundidas por Europa en 1540. De hecho, afirma Hoffman, el mapa de 1526 de Juan Vespucio que figura al comienzo de mi libro se basa en un mapa rudimentario o “ruta de viaje” de la expedición de Ayllón. Este mapa de Vespucio fue después incorporado, con numerosos cambios de nombres, al Padrón General de la Casa de Contratación. Como dice Hoffman, Ayllón había descrito puntillosamente su viaje, y así consta en la documentación del Archivo General de Indias que Cumming publicó en *Southeast in Early Maps* (Hoffman 1984, 423).

En 1527, Diego Ribero actualizó el mapa de Juan Vespucio de 1526 y aquel se difundió muy pronto por Europa. En este libro he incluido solo el famoso mapa de 1529; de modo que en 1530 el mapa de Ribero debió llegar a los cartógrafos franceses de Dieppe, quienes incorporaron en él los datos procedentes de la expedición de 1524 de Verrazzano, el cual, a su vez,

---

<sup>19</sup> Paul E. Hoffman. “The Chicora Legend and Franco-Spanish Rivalry in La Florida.” *Florida Historical Quarterly* 62.4 (1984): 419-38. En las dos primeras páginas de este ensayo tenemos la mejor sinopsis sobre latitudes, topónimos y personajes que intervienen en las expediciones de Ayllón.

sabía de los viajes de Ayllón y de Esteban Gómes. En el mapa de 1529 de Girolamo da Verrazzano, el hermano de Giovanni que le acompañó en el viaje a la Bahía de Santa María, hay lo que parecen tachaduras que adaptan el modelo de las banderas españolas –en algunas reproducciones, cuyo original no he podido consultar, en vez de tachaduras se vislumbra la enseña francesa–; estas son del mismo tamaño, disposición y espaciamiento que los rectángulos con el escudo de Castilla que aparecen, anteriormente, en el mapa de Ribero de la misma zona de la costa atlántica. Este mapa de Verrazzano es menos conocido y no tuvo tanta difusión como el famoso planisferio en el que aparece el Mar de Verrazzano que contribuyó a difundir la idea de la insularidad de Norteamérica.

El resultado es que en 1529, en colaboración con su hermano Girolamo, Giovanni da Verrazzano publicó un planisferio a favor de Francia similar al que Ribero hizo para España; sobre las coincidencias cartográficas de ambos no he encontrado ninguna información.<sup>20</sup> Sabemos, sin embargo, que el mapa de Vespuccio de 1526, actualizado, se publicó como grabado en la edición veneciana de 1534 de las *Décadas* y la revisión que Alonso Chaves hizo de él data de 1536; esta se incluye en el padrón de la Casa y fue igualmente conocida en Europa en fechas próximas a su elaboración.<sup>21</sup>

Como dije en la introducción, gracias a de Vorse y sabemos que desde finales de 1520 hasta 1572 los mapas que incluían “las tierras de Ayllón” fueron conocidísimos. Y la narrativa de

---

<sup>20</sup> Estos mapas están reproducidos, en orden cronológico, en las láminas 152, 162, y 39 del libro de Cumming, Skelton, and Quinn, *Discovery of North America*, 138-19; 150-51, y 125, respectivamente (*apud* Hoffman “The Chicora Legend” 424).

<sup>21</sup> Un análisis de la revisión de Chaves y la subsiguiente aparición de la misma en otros mapas puede verse en Stokes, *Iconography of Manhattan Island*, II, 22-29, y en las láminas 18 y 19 de I. N. P. Stokes, *The Iconography of Manhattan Island*, 1498-1909, 6 vols. (1915-1928); reprinted, New York, 1964 (*apud* Hoffman, “The Chicora Legend” 424).

los viajes de Ayllón se encuentra en las obras más representativas de la literatura colonial española: las *Décadas* de Mártir, las crónicas de Gómara, *La Florida* del Inca, *La Florida* de Escobedo, *La Relación* del padre Oré, el *Memorial* y las cartas de Avilés, y el *Sumario de la Historia General de las Indias* (1535-1547) de Oviedo. Los testimonios de Mártir y Oviedo, según Hoffman, deben complementarse con los relatos de quienes acompañaron a Ayllón y que fueron recopilados por Luis Hernández de Viedma; estos últimos sirvieron de base para la exploración de Hernando de Soto.<sup>22</sup> Asimismo, Alonso de Santa Cruz (1505-1567), cosmógrafo real, menciona las Tierras de Ayllón en su *Islario General* y también lo hace su contemporáneo Francisco López de Gómara (1511-1566), quien en 1551 recoge la leyenda de Chicora en la *Historia General de las Indias* –publicada en español en 1552 (Zaragoza) y en 1553 (Medina del Campo) y traducida al italiano en 1560 (Venecia)– pero Gómara condensa los tres viajes de Ayllón en dos y les cambia las fechas (1520 y 1524). En resumen, las huellas de Ayllón contaron con un nutrido grupo de seguidores, entre ellos: Tristán de Luna, Ángel de Villafañe, Lucas de Ayllón hijo, Pedro Menéndez de Avilés, Jean Ribault, René Goulaine de Laudonnière y sir Walter Raleigh; otros viajeros intentaron llegar y dominar Chicora pero no todos lograron zarpar hacia esa tierra de prometida bonanza; tal es el caso de Pedro de Ahumada y Julián de Samano –el hermano de Juan de Samano, secretario del emperador para los asuntos de Indias–, quienes todavía en 1544, solicitaron permiso para explorar dichas tierras y les fue denegado.

---

<sup>22</sup> “Luis Hernández de Viedma, ‘*Relación*’, D II, III, 442, shows considerable knowledge of the fact that Ayllón had not gone inland and of the history of his colony and why it failed. Oviedo records the same expedition, supposedly a diary kept by the adelantado’s secretary” (*apud* Hoffman, “The Chicora Legend” 425).

## La Chicora de Ayllón pasa textualmente a Francia. Los artífices de la historia: Giovanni Battista Ramusio y André Thevet

La leyenda de Chicora está muy presente en Europa en 1556, cuando Giovanni Battista Ramusio (Giambattista), en las *Navigazioni et Viaggi*, cambió los nombres de Chicora y las Tierras de Ayllón y las llamó “Noua Francia”; topónimo que aparece también en *Les singularitez de la France Antartique, autrement nommé Amerique* y la *Cosmographie Universelle* de André Thevet, publicada en 1557, 1570 y 1580. Con estas obras, Ramusio y Thevet reavivaron la disputa anglo-franco-española por la posesión de la costa este norteamericana.

En 1583, sir Humphrey Gilbert se quejaba de la usurpación francesa de estas tierras, pero es que Gilbert le atribuyó a Inglaterra el descubrimiento de Florida, y se lamentó de los cambios de nombres porque menoscababan el poderío inglés, no porque omitieran el pasado español: “the French did but review that before discovered by the English nation, usurping upon our right, and imposing names upon countreys, rivers, bayes, capes, or head lands, as if they had bene the first finders of those coasts” (Burrage 182).<sup>23</sup>

Sabemos que André Thevet se embarcó con destino a Brasil en 1556 y, ese mismo año, Julián Solórzano, un desertor que había apoyado a Pizarro en la rebelión de 1544-1547, viajó a la corte de Enrique II, a la sazón rey de Francia, con quien confirió durante largo tiempo y a quien le presentó varios mapas. Y las sospechas que Felipe II tenía sobre el espionaje francés se confirman con la publicación de las *Singularitez* de Thevet y con la obra del corsario Juan Alfonso o Jean Alfonse, quien solo un año después de aquel publicó *Les Voyages aventureaux du capitaine Ian Alfonse, Sainctongeois* (Potiers, 1559), y muy

---

<sup>23</sup> Henry S. Burrage, ed. *Early English and French Voyages Chiefly from Hakluyt 1534-1608*. New York: Charles Scribner's Sons, 1930.

probablemente había publicado dos versiones anteriores de la misma sobre las que desconocemos la fecha. Jean Alfonse —escribe Hoffman— no menciona ningún viaje específico a través de la costa atlántica norteamericana, pero la describe en términos generales que coinciden con las narrativas de sus predecesores españoles (Hoffman 1984, 429). En solo tres años, de 1556 a 1559, mediante los antedichos textos impresos, los franceses proclamaron su derecho a las tierras descubiertas por Ayllón; esto hizo que la rivalidad entre Francia y España siguiera un proceso ascendente que solo se aminoró con las negociaciones de paz de 1559 y la destrucción de la colonia francesa de Fort Caroline en 1565.

He aquí uno de los dos mapas que refleja el cambio de nomenclatura; es el que se conoce como “Dauphin map” (c. 1543) y se basa en los viajes de Juan Alfonso. Este es el portugués João Afonso, quien, dicho sea de paso, trabajó al servicio de Francisco I de Francia como Jean Alfonse, Jean Fonteneau, Alfonse de Saintonge e Ian Alfonse Saintongeois.



Terre aux Bretons, 1543.

### **El paso en falso de Jean Ribault. Los hugonotes y las continuaciones de la leyenda**

Durante la primera mitad del siglo XVI no cesan las disensiones inglesas, francesas y españolas en la costa atlántica de los EE. UU. Según Hoffman, después de Charlesfort y Port Royal, el siguiente paso de los franceses fue establecerse en un poblado indio junto al río Penobscot, en Maine; es decir al norte de La Florida española y dentro de la ficticia Norumbega que aparece en el mapa de Thevet antes citado. Norumbega fue descrita por primera vez en 1542-43 por Juan Alfonso, quien dijo que este lugar estaba a cinco leguas del río Penobscot, sus habitantes eran altos y rubios y hablaban una lengua que incluía palabras latinas. André Thevet no queda a la zaga de Jean Alfonse y en un espacio en blanco al norte de la península del Labrador, inventa su propia isla. Supuestamente, este lugar había sido descubierto por Vicente Tiran y Grangean Bucier, quienes iban a bordo del barco Dauphin; no hay ningún testimonio de dicho viaje, pero sí hay documentos sobre Jean Ribault, quien llegó a lo que él creía que era el río Jordán, pues estaba siguiendo los datos de Gómara, cuando en realidad había llegado al sur del río Saint John. En 1562 Ribault fue hecho prisionero por los ingleses y –después de traicionar al rey Carlos IX de Francia– esperó recibir ayuda de Isabel I en Inglaterra; la reina, bajo el pretexto de que Ribault había invadido territorio español, lo encarceló en la Torre de Londres y le obligó a publicar su informe, con lo cual Inglaterra, a través de Ribault, tuvo información española de primera mano sobre Chicora y la Bahía de Santa María.<sup>24</sup> Es importante recordar que los franceses pudieron tener noticias de Chicora a través del franciscano Antonio de Montesinos, quien participó en la expedición de Ayllón de 1526 y quien, en 1528, visitó al Condestable de Castilla en Verlanga, donde se encontraban los

---

<sup>24</sup> Hoffman, “The Chicora Legend” 432.

príncipes franceses y sus cortes, según se había acordado en el Tratado de Madrid de 1525, todo lo cual está registrado en el Archivo General de Simancas (Hoffman 1984).

Aunque se ha defendido que el almirante Gaspard de Coligny procuraba en la costa atlántica un refugio para los hugonotes, ya que estos eran perseguidos en Francia, cabe preguntarse ¿por qué Ribault y Laudonnière no buscaron refugio en otros puntos ya conocidos del Caribe? ¿Y por qué Ribault menciona específicamente Chicora y el Jordán? Como afirma el más reconocido experto en la materia: “The legend had claimed another victim”, y esta fue Ribault, quien pagó su paso en falso en la Torre de Londres.<sup>25</sup>

El detonador que identifica Hoffman para el plan de acción de Felipe II fue que las noticias de los pilares erigidos por los franceses al norte de los 30° llegaron a España en febrero de 1563. Esto es lo que incitó a Felipe II, quien hasta la fecha no había apoyado suficientemente la colonización de la costa atlántica norteamericana, a exigir al gobernador de Cuba que viajara al continente y removiera los pilares galos, y a Ayllón hijo que cumpliera su promesa de echar a los franceses de lo que fueran las tierras de su padre: las Tierras del Licenciado Vázquez de Ayllón.

Como dijimos ya, la tripulación de Ayllón hijo se amotinó a la altura de Santo Domingo por el impago de dineros que los pasajeros le habían prestado para el viaje. La suya fue otra expedición fallida; Ayllón hijo, como su padre, murió en el intento de conquistar Chicora. El contraataque español de Felipe II hacia los franceses fue liderado por Menéndez de Avilés, quien negoció su contrato dejando en claro que tenía la intención de explorar y poblar el área de la Bahía de Santa María, con vistas a lo cual presentó un detallado plan de acción (cultivos, colonos, propiedades, gobierno, etc.). Pedro Menéndez de Avilés nunca abandonó su objetivo; sin embar-

---

<sup>25</sup> *Ibid*, p. 434.

go, no lo consiguió; lo que sí logró fue reconstruir Santa Elena y favorecer la fundación de Ajacán. Pedro Menéndez también quería enriquecerse y pasarle las cuentas a la corona; y así parece demostrarlo el testimonio de Diego del Valle, notario de La Florida, quien, al menos en una ocasión, se negó a falsificar sus recibos.<sup>26</sup>

Después de la muerte de Menéndez de Avilés, la leyenda de Chicora dejó de estimular empresas marítimas, pero no de inspirar narraciones como la de las *Décadas* de Antonio Herrera y Tordesillas (1549-1625), quien añadió datos ficticios y cuya obra se publicó entre 1601 y 1615. Igualmente, Andrés Barcia y Antonio Arredondo, en el siglo XVIII, reclamaron Georgia —parte de Chicora— para España.<sup>27</sup> Como veremos después, la falsa traducción que hizo Robert Greenhow del texto de Barcia fue clave para difuminar el pasado español de la costa atlántica en los textos oficiales de los EE. UU.

En Francia, las últimas narrativas sobre Chicora datan del siglo XVI y están en las obras de René Goulaine Laudonnière (1529-1576) publicadas póstumamente en 1580 y 1587, y de Jacques Le Moyne de Morgues (1533-1588), *Brevis narratio eorum quae in Florida Americae*, publicada en 1591; en ellas se apoyó Richard Hakluyt el joven (1552-1616) para evitar que España mantuviera posesiones en la costa atlántica de

---

<sup>26</sup> Como ya dijimos, otra prueba de la seriedad de la empresa de Menéndez de Avilés para establecer una colonia española en la Bahía Chesapeake fue que trajo a Santa Elena a su esposa, Ana María de Solís, con todos los enseres necesarios para levantar un suntuoso hogar, véase el “Testamento de María de Solís”. Oviedo, 19 de octubre de 1570, Archivo de Protocolos, Oviedo, Legajo 57, cuaderno 1, Alonso de Heredia, notario.

<sup>27</sup> Andrés Gonzales de Barcia Carballido y Zúñiga. *Ensayo cronológico para la historia general de La Florida* (Madrid, 1723); Antonio de Arredondo. *Arredondo's Historical Proof of Spain's Title to Georgia*. Ed. Herbert E. Bolton (Berkeley: U of California Press, 1925). Arredondo terminó de escribir su obra en 1742.

los actuales EE. UU.<sup>28</sup> La historia de Laudonnière alude a los errores de Ribault en 1562 y a las riquezas asociadas con el río Jordán; ambos, Laudonnière y Le Moyne, utilizaron los datos de la historia de Gómara sobre Santa Elena y el río Jordán, y mantuvieron Chicora en el mapa refiriéndose a ella como una quimera similar a Norumbega (o Norembega): “they left Chicora on the map where, like Norembega further to the north, it remained, a chimera embodying men’s hopes and will to believe that there was unlimited abundance in the New World” (Hoffman 1984, 438).

### **Apropiación textual de Jacques Cartier: las “Tierras de Ayllón” pasan a ser “Noua Francia” y “La Terre aux Bretons”**

L. A. Vigneras ha investigado la colonización de la costa este de los EE. UU. a través de mapas y de documentos espurios que justifican la apropiación francesa de los territorios indígenas que los españoles habían reclamado para sí en la Bahía de Santa María.<sup>29</sup> Según Vigneras, el primer conflicto transcendental entre Francia y España en torno al control del Atlántico Norte se produjo en 1565: a la sazón, España reclamaba las tierras de la costa atlántica norteamericana basándose en el Tratado de Tordesillas y en la ceremonia oficial de posesión efectuada en 1561 por Ángel de Villafañe ya que, a pesar de que no hubo un subsiguiente poblamiento en la ceremonia de posesión de Villafañe, este hizo una declaración para reclamarlas oficialmente. El problema surge

---

<sup>28</sup> Jacques Le Moyne de Morgues. *Brevis narratio eorum quae in Florida Americae* (Frankfurt, 1591); traducida modernamente al inglés y con ilustraciones por Stefan Lorant, ed. *The New World Pictures of America* (New York: Duell, Sloan and Pearce, 1946), mapa en pp. 34-35.

<sup>29</sup> L. A. Vigneras. “A Spanish Discovery of North Carolina in 1566.” *North Carolina Historical Review* 46.4 (1969): 398-414.

porque en 1534 Jacques Cartier había tomado posesión de lo que es Canadá para el rey Francisco I de Francia, y en sus tres expediciones (1534, 1535-36 y 1541-42) Cartier viajó por Newfoundland, el golfo y el río San Lorenzo, la isla Prince Edward, y llegó a Quebec; posteriormente los hugonotes se establecieron en Port Royal Sound, en Carolina del Sur, llegando en 1564 hasta la desembocadura del río San Juan en La Florida, con lo cual Francia declaró que las tierras comprendidas entre ambos puntos (Florida y Quebec) debían llamarse “La Terre aux Bretons”; de este modo se eliminaban del mapa los rótulos “Tierras de Gomes”, “Tierras de Ayllón”, y “Tierras de Garay”.<sup>30</sup> Con anterioridad a la demarcación francesa de la Terre aux Bretons, Cartier había hecho una declaración que no difiere un ápice de la que anteriormente hiciera Ayllón, sencillamente hay un cambio de signo (país y rey) para aceptar que Cartier funda Nueva Francia diciendo: “François par la grâce de Dieu Roy de France, et touz ceux qui ces presents lettres verront, salut” (*Documents inédites* 12); y las conclusiones de los documentos inéditos de Cartier así lo ratifican: “Que la decouverte dudict país de Canada a esté faite par le cappitaine Jacques Cartier habitant de Saint Malo, país de Bretagne, souz la vollunté et permission du defunct Roy Francois premier” (51-52). Los escritos y mapas de Cartier, unidos a los de Thevet quien conversó ampliamente con Sebastián Caboto, serán la base para defender los derechos galos sobre los españoles en la costa atlántica sin que esto quiera decir que ninguno de los dos contendientes estuviera exento de error.

Los viajes de Cartier al actual Quebec ocurren 13, 14 y 20 años después que los de Gomes y Ayllón a la costa atlántica norteamericana; y fue en el tercero de los viajes de Cartier,

---

<sup>30</sup> *Documents inédites sur Jacques Cartier et sur Le Canada cominiqués par M. Alfred Ramé de Rennes*, en M. H. Michelant. *Voyage de Jacques Cartier av Canada en 1534, Nouvelle édition, publiée d'après l'édition de 1598 et d'après Ramusio*. Paris: Librairie Tross, 1865.

el de 1541-1542, cuando se produjo el cambio que supuso la apropiación cartográfica francesa de las Tierras de Ayllón, según queda constatado en el llamado “Dauphin Map” de 1543 y en el famoso mapa de Diego Gutiérrez de 1562 en el que figura el topónimo “Tierra Francisca”, es decir tierra del rey Francisco I. Sobre Diego Gutiérrez, su hermano Sancho, la relación de ambos con Sebastián Caboto y la Casa de Contratación hablaré más adelante.

Avilés lideró la contraofensiva española ante Francia e Inglaterra, intentó detener el avance francés, y, sobre todo, aspiró a controlar el lugar más estratégico de la costa atlántica norteamericana: la Bahía de Santa María. Los esfuerzos de Avilés no fructificaron porque la información que tenía, afirma Vigner, le llevó a hacer dos suposiciones falsas: primero, que desde la Bahía de Santa María había un pasaje hacia la “Grand Bay”, es decir, el Golfo de San Lorenzo –con esta presuposición, las tierras entre Cape Charles y Cape Breton constituirían otro continente, pues quedaban enmarcadas como una isla–; y segundo, que a media legua de dicho pasaje, hacia el noroeste, se encontraba un segundo brazo de mar que conectaba directamente con el Mar del Sur (Océano Pacífico) y proporcionaba la anhelada travesía marítima hacia la India.

¿De dónde sacó Avilés estas ideas? se pregunta Vigner. Ciertamente no de la Casa de Contratación ni de sus pilotos, pues, desde el intento de Esteban Gomes por encontrar el mar de China (1524-25) hasta los pleitos de Colón (1536), los mapas dibujados por Diego Ribero, Alonso de Santa Cruz y otros cartógrafos de renombre estipularon que desde el litoral atlántico de Florida hasta la Tierra de Bretones la costa era ininterrumpida, es decir, era Tierra Firme. El planisferio de Juan de la Cosa (1500) es el primero que registró la Bahía de Santa María y a él le siguieron los planisferios de Juan Vespucio (1526) y de Diego Ribero (1527-29); estos últimos documentan la continuidad del litoral aunque Ribero ubica la Bahía de Santa María en Roanoke Sound.



Mapa tomado de <http://www.virginiaplaces.org/settleland/spanish.html>  
Library of Congress,

*Americae sive quartae orbis partis nova et exactissima descriptio*  
(Diego Gutiérrez, 1562) [http://vahistorypodcast.com/2015/12/01/  
don-luis-and-the-spanish-ajacan-mission/](http://vahistorypodcast.com/2015/12/01/don-luis-and-the-spanish-ajacan-mission/)

La amplitud y el caudal de los ríos San Lorenzo y San Antonio (Hudson River) y lo accidentado de la costa atlántica pudieron inducir a Avilés a conclusiones erróneas sobre la insularidad de Norteamérica, y él no fue el único en equivocarse: sabemos que el planisferio Weimar de Diego Ribero (1529) solo registra un río en el área de la Bahía de Santa María, el Espíritu Santo, pero dos de los mapas incluidos en el *Islario general* de Alonso de Santa Cruz registran también el Río Salado. Este es el que, según Pedro Menéndez de Avilés, abría el pasaje a Canadá, al Mar del Sur y a China. Todavía, como ya vimos, en 1651 se insiste y se documenta el soñado mar de China, ubicándolo al norte de Virginia en el mapa de John Farrer dedicado a sir Francis Drake.

Según Vignerás, en un memorial sin fecha que Menéndez de Avilés le dirige a Felipe II, el piloto de la expedición afirma que un hombre, a quien él mismo había traído de México en 1554, le dijo que él había viajado desde Canadá hasta la Bahía de Santa María en un barco que seguía un canal, después del cual, a unas 100 leguas, había otro brazo que conducía al Mar del Sur. Vignerás piensa que esta historia, al igual que otras similares, tuvo su origen o bien en leyendas de los indios de los Grandes Lagos o bien en los mapas iniciales que representaban los viajes de Giovanni da Verrazzano o bien en el planisferio de Juan Vespucio.<sup>31</sup>

En el conflicto franco-español, España quiso ganarse la voluntad de los indígenas para bloquear el avance colonizador francés hacia el sur. La política de Ángel de Villafañe, la colaboración con el indio don Luis y la fundación de Ajacán forman parte de esta estrategia.

### **Los protagonistas en la sombra de la bahía: un escribano, un indio, un fraile gobernador, un piloto analfabeto y otros acompañantes**

Otros protagonistas que están en la sombra del teatro de operaciones de la actual Bahía Chesapeake, no la Bahía de Santa María en Roanoke Sound, y merecen un lugar en la historia de la costa atlántica norteamericana son: Sancho de Archiniega (capitán), Domingo Fernández (piloto analfabeto), los padres dominicos Juan de Acuña y Pablo de San Pedro (líder y gobernador respectivamente); Pedro Coronas (capitán y hombre de confianza de Avilés); Pedro de Salazar (segundo

---

<sup>31</sup> C. A. Julien, R. Herval y T. Beauchesne, eds. *Les François en Amérique pendant la 1ère Moitié du XVI Siècle: Texte des Voyages de Gonneville, Verrazzano, J. Cartier, et Roberval*. Paris: Presses Universitaires, 1946. 59 (apud Vignerás 401).

de a bordo), Diego Camargo (escribano público), y el indio don Luis.

Independientemente de donde la ubicaran unos u otros mapas, “la bahía” era considerada parte de La Florida y desde 1521, todos los líderes españoles de las expediciones a la misma le pidieron insistentemente a la corona que les enviase refuerzos humanos y alimentos a La Florida colonial, la cual, según Gregorio de Escobedo se extendía desde el sur de la actual Florida hasta los Bacallaos (Terranova) y estaba seriamente amenazada por los franceses; pero la respuesta de España fue lenta e ineficaz. Los refuerzos finalmente llegaron en junio de 1566, con la armada dirigida por Sancho de Archiniega y bajo cuya orden estaba Domingo Fernández, piloto experimentado que ya había trabajado con Avilés y que desempeñó un papel fundamental en la Bahía de Santa María.

Archiniega y Fernández estaban al mando de las operaciones marítimas: a pesar de que este no poseía el título, que solo se concedía a los postulantes tras un riguroso examen en la Casa de Contratación, Fernández actuó como piloto mayor en la expedición de Archiniega. Los otros tres personajes de esta empresa que estaban a cargo de la exploración del terreno y las negociaciones con los indígenas de la bahía eran el indio don Luis y dos padres dominicos: Pablo de San Pedro –líder espiritual y gobernador de la nueva colonia– y su correligionario el padre Juan de Acuña.

Avilés no pudo acompañar la expedición hacia la bahía ni la fundación de Ajacán, pero confió en las promesas de don Luis y en que este conseguiría ayuda de sus hermanos que, según él, eran caciques indios. El adelantado decidió delegar el mando en Pedro Coronas, hombre de su confianza, a quien, antes de iniciar el viaje, ascendió al grado de capitán y le asignó tres oficiales y quince soldados para que les acompañasen a él y a los dos frailes. Avilés puntualizó que Coronas iba como subordinado de San Pedro (el fraile gobernador), quien estaba a cargo del “gobierno de las cosas espirituales y temporales”, y

que todas las decisiones importantes debían hacerse por acuerdo entre ambos (Vignerás 404).

Avilés hizo otros dos nombramientos para este primer viaje a Ajacán: nominó a Pedro de Salazar como segundo de a bordo en asuntos militares, y a Diego Camargo como “escribano público y secretario”. Gracias a la pluma de Camargo, cuyos documentos se encuentran en el AGI, y que nunca han sido publicados, sabemos que la expedición contaba con dos dominicos, tres oficiales y quince soldados.<sup>32</sup>

Según escribe Vignerás, la expedición hacia la bahía partió desde San Mateo en el barco Trinidad, este iba pilotado por Domingo Fernández y llevaba consigo una tripulación de veinte españoles acompañados por el indio don Luis; desde San Mateo, los españoles se dirigieron a San Agustín, y desde allí partieron el 3 de agosto hacia la tierra de don Luis; el 14 de agosto alcanzaron la latitud 37° 30” y llegaron a lo que debía ser el Chincoteague Bay, en las costas de Maryland-Virginia. Allí se sucedieron tormentas y tempestades y, pasadas estas, el 24 de agosto la expedición continuó navegando hasta la latitud de 36° Norte donde encontraron otro río al que nombraron San Bartolomé; el padre Pablo de San Pedro, Pedro de Coronas, Diego de Camargo y todos los soldados desembarcaron; Pedro de Coronas dio un paseo, cortó unas ramas y, haciendo una cruz que plantó en la playa, tomó posesión de estas tierras en nombre del rey de España. Coronas le pidió a Camargo que escribiera un acta dando testimonio de lo sucedido. Hay un documento en el AGI, citado por Camargo, que registra la ceremonia y los testigos del evento, pero este documento no tuvo un mecenas como lo tuvieron Ribault,

---

<sup>32</sup> “Since Camargo’s records have never been published, the more important sections of them are being reproduced in Appendix I” (Vignerás 404). Todos los datos están en el “Archivo General de Indias, Patronato Real” 257, n. 3, R. 4. A principios del s. XX, el padre Michael Kenny mencionó esto en *The Romance of the Floridas*. Milwaukee: Bruce Publishing Company, 1934 (*apud* Vignerás 149).

Laudonnière, White o Verrazzano; el texto de Camargo cayó en saco roto, ni siquiera pasó a los libros de historia de España, y solo cabe una explicación: aunque Camargo hubiera tomado posesión, lo más probable es que la corona española no tuviera el interés o los medios para defender dicha “conquista”, pues el acta de Camargo todavía no estaba publicada en 1969 cuando Vigner as la sacó a la luz en *The North Carolina Historical Review*.

En la expedición a la bahía en la que participaron Archiniega, Fernández, Coronas, San Pedro, Acuña y don Luis, pasaron los días y se sucedieron las expediciones tierra adentro. Don Luis dijo no saber dónde se encontraba y no vieron a nativos por ninguna parte. Don Luis había asegurado que su tierra natal se hallaba entre los paralelos 36° y 39°, cuando, en realidad se encontraba en el interior de la Bahía Chesapeake, cerca del Río York. El lugar al que don Luis llevó a los españoles debió ser o el río Albermale o Currituck Sound; Vigner as se inclina a pensar que fue Currituck Sound ya que junto al Albermale sí había poblaciones indias.

El 28 de agosto, habiendo fallado en el intento, Pablo de San Pedro y Pedro de Coronas decidieron regresar al paralelo 37° 30”; se produjeron nuevas inclemencias y los colonos optaron por retornar a San Mateo, pero hubo disensiones entre ellos y pusieron a votación si volvían a San Mateo o se dirigían a España con las misivas que Avilés le había entregado a Fernández para el rey de España, que ya iban con retraso. Con catorce votos a favor, los colonos regresaron a España y llegaron a Cádiz el 23 de octubre, donde Camargo entregó su testimonio escrito (hoy en el AGI). Siete días más tarde, el 30 de octubre, el indio don Luis y sus acompañantes llegaron a Sevilla, desde allí se dirigieron a Valladolid con una dotación de 10.000 maravedíes para sus gastos otorgada por la Casa de Contratación; todo esto se encuentra registrado y documentado por Vigner as. Finalmente, don Luis fue llevado otra vez a

La Florida y fue en 1570 cuando se funda la misión española en la Bahía de Santa María.

### **La Bahía de Santa María es la de Nuestra Señora del Jacán; el plan de las expediciones**

La ubicación y el nombre de Ajacán son enigmáticos. Para unos, el topónimo Ajacán se refiere a todo el territorio de Virginia, para otros este es un derivado del nombre Aztlán, que alude solo a la misión allí fundada, y las referencias a ella varían entre: Jacán, El Jacán y Ajacán; por extensión la Bahía de Santa María es también conocida como Bahía de Nuestra Señora del Jacán y los ingleses la identifican con Virginia: "Spain had protested the English presence in Ajacan, as the Spaniards then called Virginia".<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> "Spanish policymakers feared that colonists from Jamestown (like those from the earlier failed English colony of Roanoke) would succeed in their professed goal of preying on Spanish shipping. *Spain had protested the English presence in Ajacan, as the Spaniards then called Virginia*, and employed agents in England, and perhaps in Jamestown itself, to sabotage the colony. Spain insisted that the Englishmen had settled on "lands that are not theirs and that do not belong to them," but higher priorities in Europe discouraged Spain from carrying out plans to dislodge the intruders. Moreover, Spanish intelligence revealed that Jamestown was in such disarray that the English could hardly maintain themselves much less go on the offensive against Spanish shipping. Rather than try to destroy Jamestown, Spain adopted the policy of making menacing gestures toward it in order to goad English stockholders to squandering still more resources to shore up what Spain regarded as a losing venture" (Weber 87). Estos datos que da Weber proceden de las notas 118 y 119, p. 392, en las que cita estas fuentes y que yo traduzco: Gov. Pedro de Ibarra's instructions to Francisco Fernández de Ecija, St. Augustine, June 19, 1609, in Hann, "Translation of the Ecija Voyages," 22; en cuanto a la política, Webber dice que: "this became Spanish policy in 1612" y se refiere a la obra de Wright, "Spanish Policy toward Virginia," 458. Wright, *Anglo-Spanish Rivalry*, 35-42, donde este investigador explica por qué España no combatió a los colonos

La bahía por antonomasia en la costa atlántica norteamericana, y que hoy se conoce como Chesapeake Bay, fue sucesivamente conocida como Bahía de la Madre de Dios, Bahía de Santa María y Bahía de Nuestra Señora del Jacán. En 1588, el español Juan Menéndez Márques y su compatriota Vicente González acompañaron al gobernador de La Florida, Pedro Menéndez Márques, para investigar los puertos ingleses en la zona de Roanoke y, según Fernández Shaw - Piña Rosales (64), Juan Menéndez declaró que la bahía era muy grande, estaba ubicada en la latitud 37° y con toda probabilidad se estaba refiriendo a la zona que hoy corresponde a Annapolis, Baltimore and Havre de Grace en el paralelo 38°, en la frontera entre Maryland y Virginia.

Gonzalo Méndez Canzo, en una carta dirigida a Felipe III fechada el 28 de febrero de 1600, describe puntualmente la bahía y confirma que la costa atlántica tenía muy buenos y numerosos puestos entre los paralelos 37° y 40°. En 1609, Francisco Fernández Écija, sargento mayor de San Agustín, fue enviado por la corona a la Bahía de Santa María para recoger noticias sobre Jamestown (Fernández Shaw- Piña Rosales 64). Según Shaw y Piña Rosales, se pensó que Ajacán se había fundado en un enclave cerca de Quantico, a escasas millas de Washington, D. C., por lo cual, en 1933, no muy lejos de este lugar, en Aquia Creek, se dedicó una placa para conmemorar la misión de Ajacán. Hoy en día, el consenso es que Ajacán estaba en las proximidades de Jamestown.

Para resumir la secuencia de los acontecimientos de Ajacán, una vez que los jesuitas se hicieron cargo y sobre los que más adelante leeremos diversas versiones, sigo aquí la crono-

---

ingleses en Virginia. También Quinn, ed. *New American World* 5: 56-68, 141-58, explica la fácil colonización británica de Virginia como resultado del letargo español (141); Quinn en "Colonies in the Beginning," 10-34, compara la colonización española, británica y francesa de la costa atlántica en el siglo XVI.

logía y los nombres de los protagonistas según los presentan Fernández-Shaw y Piña Rosales:

- En septiembre de 1570, procedentes de Santa Elena y acompañados por el indio don Luis, seis jesuitas llegaron a Ajacán; entre ellos estaban: Juan Bautista Segura y Luis de Quirós, y los hermanos Sancho de Cevallos y Gabriel Gómez. Dichos misioneros obedecían las órdenes de Avilés, quien tenía la intención de establecer una misión y una colonia en Ajacán. El fracaso inicial, probablemente un complot de don Luis, facilitó que este regresara a México. Allí se puso a prueba su fe, no su plan de acción, y el indio salió victorioso: don Luis fue enviado a Ajacán por segunda vez para facilitar la conversión de los suyos.
- La historia de los acontecimientos documentados entre Ayllón y Chicorano parece repetirse con Avilés y don Luis, pues, de nuevo, los misioneros de Ajacán son extraviados por su guía indio, y, de nuevo, los españoles no encuentran indicios de la bonanza de Ajacán que don Luis había descrito; muy al contrario, la sequía y la enfermedad parecían haber assolado la tierra, y así lo describen los padres Segura y Quirós en sus cartas peticionarias a Juan de Henestrosa (o Hinistrosa), gobernador de Cuba.<sup>34</sup>
- Los misioneros construyen instalaciones básicas y una capilla, y durante el tiempo que don Luis permanece con

---

34. "Luis de Quirós to Juan de Hinistrosa, Ajacán, Sept. 12, 1570, in Lewis and Loomie, *Spanish Jesuit Mission in Virginia*, 89. Lewis provides a brief narrative of the expedition, together with transcriptions and translations of original documents, which remains the starting point for any study of this subject. I have relied upon it [...]. The exact sites the landing and the Jesuit mission remain unclear; Lewis's and Loomie's reconstruction is not definitive, but the best we have. Quinn, *North America from Earliest Discovery*, 282, finds it convincing" (Weber, *The Spanish Frontier* nota 47, 387).

los jesuitas, el indio les sirve de intérprete, pero este se desliga de los españoles en febrero de 1571.

- El padre Quirós y dos hermanos jesuitas salen en busca de don Luis y se adentran en el poblado indio; encuentran a don Luis y a su tribu, quienes los reciben generosamente. Quirós, los dos hermanos y don Luis regresan a la misión, pero en el camino sufren una emboscada y mueren atravesados por las flechas indias.
- Don Luis, llegado a la misión, se presenta ante Segura disfrazado con el hábito de Quirós; los indios dan muerte a Segura y al resto de sus compañeros.
- El único superviviente es el pequeño Alonso, quien cuenta la leyenda y logró escapar ayudado por un hermano de don Luis.
- Con gran retraso, en la primavera de 1571, llegan a Ajacán los víveres que Segura y Quirós habían solicitado al gobernador de Cuba en 1570 y vienen acompañados por dos hermanos religiosos: Vicente González y Juan Salcedo, quienes a la llegada a la costa no encuentran a ninguno de los miembros de su congregación y, sin embargo, ven en la orilla a los indios ataviados con los hábitos de los jesuitas.
- González y Salcedo sospechan que hay una trampa y, con ayuda de su tripulación, consiguen escapar con vida.
- Avilés recibe noticias de los hechos y decide tomar venganza. Esta vez, treinta soldados acompañan al adelantado. Todos parten de San Agustín, la embarcación atraca en Santa Elena y allí recoge a dos jesuitas: Juan Rogel y Francisco de Villarreal.
- Los antedichos personajes, después de llegar a Ajacán y rescatar al pequeño Luis, capturan a muchos indios y descubren que la catástrofe había sido el resultado de una trama planeada por don Luis. Avilés promete a los indios atrapados que les perdonará la vida si le en-

tregan vivo a don Luis; los indios no lo consiguen y el adelantado cuelga a ocho de ellos del mástil de su embarcación.

- En este punto, el padre Rogel quiere proseguir la búsqueda ayudado por Alonsito, pero Avilés decide abandonar la colonia y regresar a Santa Elena.
- El llamado “martirio” de los jesuitas hizo que Francisco de Borja, general de la Compañía de Jesús, retirara a todos los miembros de su orden y remitiera el intento –que nunca fructificó– de evangelizar estas tierras. Los jesuitas habían llegado a La Florida colonial tras la fundación de San Agustín (1565) y allí permanecieron desde 1566 hasta 1572. Los jesuitas españoles llegaron hasta Guale, las proximidades de Santa Elena y Virginia, y abandonaron Ajacán. Treinta y ocho años más tarde, en 1610, un testigo presencial de los acontecimientos, Bartolomé Martín, redactó un relato de los hechos.<sup>35</sup>

De los documentos conservados, se deduce que el desembarco de Avilés y los suyos debió producirse en una corriente de agua dulce con amplia desembocadura ubicada a unas 40 millas del Point Comfort (Puerto de Menéndez), Virginia; esta corriente de agua debió ser navegable por dos leguas (cuatro o cinco millas por tierra) y conducir a un arroyo de agua dulce navegable solo en canoa. En la obra de Lewis, se dice que el recorrido geográfico para llegar a Ajacán debió ser el siguiente:

---

<sup>35</sup> “Martirio de los padres y hermanos de la Compañía de Jesús que martirizaron los Indios del Jacán, Tierra de La Florida...” Potosí, 4 de octubre de 1610, *ms*, Archivo del Gesu (Roma) cod. *Vocationes ad Societatem*, n. 2, citada en Zubillaga *Monumenta*, 570-604 (*apud* Lyon, “The Failure” 90).

- Los misioneros de 1570, después de decir misa en Newport News, Virginia, siguieron, río arriba, por el río James hasta College Creek, también en Virginia, donde desembarcaron.
- Llevaron sus pertenencias por el Queens Creek o el Kings Creek hasta el río York y, hasta un pueblo chiskiatic cerca del actual Jamestown.
- La muerte de Quirós y de sus dos compañeros ocurrió en territorio paspahegh, también cerca de Jamestown.
- Los jesuitas supervivientes fueron asesinados en las cercanías del río York.
- Menéndez de Avilés llegó con sus barcos en 1572, en o cerca de Point Comfort y los acontecimientos relatados por Rogel (rescate de Alonso, captura y muerte de indios en represalia por no entregar a don Luis) ocurrieron en la desembocadura de College Creek.
- Los acontecimientos relacionados con esta misión ocurrieron en la actual Virginia.

Otra perspectiva de los hechos se encuentra en la *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva-España*; el autor de la misma explica que Juan Bautista Segura y sus compañeros fueron enviados desde Sevilla a La Florida por el provincial del Perú, padre Gerónimo Portillo, no por Pedro Menéndez de Avilés, a instancias de Francisco de Borja.

Como el amor de las conquistas y el deseo de los descubrimientos era, digámoslo así, el carácter de aquel siglo, muchos tentaron sucesivamente la conquista de unas tierras que pudieran hacer su nombre tan recomendable a la posteridad, como el de Colón o Magallanes. En efecto, Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de Santo Domingo por los años de 1520, y Pánfilo de Narváez, émulo desgraciado de la fortuna de Cortés por los de 1528, emprendieron sujetar a los dominios de España aquellas gentes bárbaras (P. Francisco Javier Alegre 8).

La misión evangelizadora de los dominicos y jesuitas españoles fue continuada por los franciscanos, quienes habían llegado a La Florida colonial antes de que salieran los jesuitas, probablemente en 1572. Después de Ajacán, y a partir de 1583, los franciscanos establecieron las primeras misiones en Georgia, Timucua y Apalachee.<sup>36</sup> Existieron, al menos, 124 misiones divididas en cuatro provincias o áreas donde se hablaban predominantemente cuatro lenguas: apalachee, guale, mayaca-jororo y timucua. En 1572, fray Juan de Aberca quedó a cargo de una misión ya devastada, dato que ratifica que la presencia franciscana en La Florida puede fecharse con certe-

---

<sup>36</sup> Documentar la historia de los jesuitas españoles en la actual Virginia y la Bahía Chesapeake no es tarea fácil; en la antigua distribución de las provincias eclesiásticas, Ajacán quedaba dentro de la provincia jesuita del Perú; después, en el siglo XVII, Maryland queda incluida en la provincia jesuita de Inglaterra. Como constatan las cartas incluidas en el libro de Clayton Colman Hall, los jesuitas viajaban con nombres ficticios. *Original Narratives of Early American History: Narratives of Early Maryland 1633-1684*. Ed. Clayton Colman Hall. New York: Barnes & Noble, 1959. En este libro se incluyen cartas que aportan información muy útil en la sección de “Extracts from the annual letters of the English province of the Society of Jesus, 1634, 1638, 1639, 1640, 1642, 1654, 1656, 1681”; Clayton Colman Hall escribe: “The Annual Letters of the Provincials of the Society of Jesus are the reports which they were required to make to the General of the Society at Rome of the chief events of the province during the preceding year, and in particular of the results accomplished by the Jesuit fathers in the missionary [...] The Maryland mission was included in the English province, and therefore reports concerning it are contained in the letters of the English Provincial. [...] In view of the intolerant spirit of the age, great caution was observed in the preparation of letters to avoid the designation of individuals by their proper names, lest they should be brought into trouble if the letters should go astray. The letter of 1634, for instance, Lord Baltimore is referred merely as “a certain Catholic Baron”; and throughout these extracts the names of converts, except those of Indians, are uniformly omitted. For the same reason the letters are without signature. The Jesuit fathers usually travelled under fictitious names, and were often known by different names in different localities” (115).

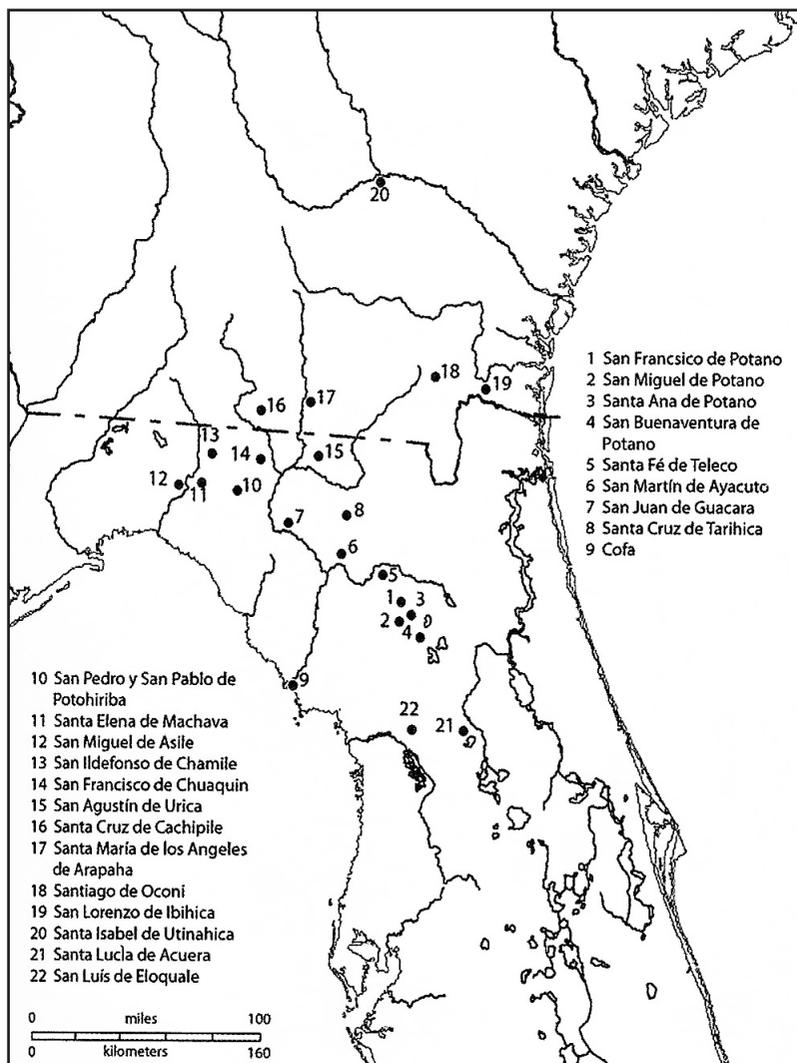
za en este año, pero los jesuitas comenzaron sus misiones en 1565, cuando fundaron la primera de ellas, “Misión Nombre de Dios”. Otro franciscano, Diego Moreno, no llegó a Santa Elena hasta 1574. Desde esta colonia, los franciscanos iniciaron una doble tarea de evangelización: la de los indios guale y la de los orista; ese mismo año, el mencionado Diego Moreno logró que el cacique de los guales y su esposa se bautizaran con los nombres de “Diego de Velasco” y “doña María”, nombres que recibieron de sus padrinos homónimos, que fueron el yerno y la hija de Pedro Menéndez de Avilés.

La misión española en territorio orista parecía ser exitosa, pero los desmanes del gobernador Velasco hicieron que el franciscano Moreno le criticara públicamente y desde entonces los franciscanos cayeron en desgracia con el gobernador Velasco, quien exigió las llaves de la iglesia y de la sacristía aduciendo que él era representante del rey. Las disputas entre los dos Diegos, Moreno y Velasco, desencadenaron toda suerte de desmanes y terminaron con la revuelta de los indios guale, orista y escamazu. Sin embargo, los franciscanos lograron mantenerse con éxito en Guale hasta 1597, cuando se produjo una segunda revuelta indígena, liderada por el indio Juanillo, que acabó con nuevos mártires para la causa misionera.

Con todo, los franciscanos consiguieron establecer más de treinta misiones en La Florida durante la siguiente centuria (Lyon, “The failure” 90-96); para 1675, los españoles habían fundado nueve misiones entre San Agustín (Florida) y lo que hoy es Savannah (Georgia), y establecieron otras veintiséis misiones en el interior de La Florida colonial, más allá del río Apalachicola; casi todas ellas tenían un promedio de doce indios, la más poblada fue la de Santa Catalina, donde se registraron al menos ciento cincuenta indios.<sup>37</sup> En el citado relato

---

<sup>37</sup> Felipe Fernández-Armesto. *Our America: A Hispanic History of the United States*. New York: Norton and Company, 2014.



Mapa de las misiones franciscanas establecidas en el interior de La Florida entre 1606 y 1630. Jerald T. Milanich, *Laboring in the Fields of the Lord*, p. 122.

de Bartolomé Martín, dice Lyon, se encuentra una brevísima descripción de la misión del franciscano Diego Moreno, sobre la que apenas hay datos pero es de gran importancia porque supone el inicio del gran movimiento franciscano tras el fracaso de Ajacán.

La falta de apoyo oficial por parte de España parece que fue una de las constantes en la colonización española de la costa atlántica norteamericana, y particularmente hacia los dos personajes españoles destacados en este libro, Ayllón y Avilés:

Lack of provisions was a big factor that contributed to the disappearance of Spanish domination in South East US “colonies drifted from allegiance to Spain.” By 1745 English Carolina had over 20.000 European inhabitants –ten times the number of Spaniards in Florida (Armesto 2014, 33).

Todos los datos que hemos visto hasta ahora, fruto de la labor de los investigadores a quienes he citado, nos permiten afirmar que la participación española en la costa atlántica norteamericana supuso un esfuerzo ímprobo para Ayllón, Avilés y sus colonos. La historia de los fuertes, misiones y colonias que todos ellos fundaron es una historia cuajada de pequeños triunfos, grandes fracasos y enormes riesgos.

Ayllón no era un cristiano acérrimo, como lo fue Avilés, ni se planteó “una cruzada” en el Nuevo Mundo, como lo hizo el adelantado de La Florida; el oidor de Santo Domingo y sus colonos carecían de apoyo suficiente, tenían un conocimiento relativamente superficial de la geografía de la costa atlántica norteamericana y un empeño desmesurado en su búsqueda, pero ¿qué buscaban y por qué no tuvo trascendencia la historia de Ayllón? Podríamos especular sobre la búsqueda de un Dorado personal, pero dijimos ya que Ayllón era un hombre extraordinariamente rico y bien establecido; ¿tanta era la ambición para incrementar su ya sustancial patrimonio como para arriesgar su vida y fortuna? Creo que lo primero

nunca llegaremos a saberlo; pero lo que sí nos consta es la desproporción de los objetivos frente a la ambición de la empresa y nada se parece tanto a su hazaña como las aventuras caballerescas.

La falta de trascendencia del intento de colonización de Ayllón quizá sea más fácil de explicar: él mismo patrocina los tres viajes, pero solo se embarca en el último; confía en un piloto que acaba haciendo amistad con otro y que trabaja para distinto patrón; desconoce las artes de navegar; uno de los indios capturados por Ayllón (y por ende, agraviado) es el testigo principal de los hechos; la historia de Chicora es contada por el indígena dentro de los círculos del humanista Pedro Mártir y solo después ante la corte; Chicora se describe como un Edén (por ende, una quimera); Ayllón es traicionado por Chicorano; el idealismo domina sobre el pragmatismo; podríamos seguir con la lista de contrariedades, pero la mayor de ellas quizá sea que la corona no estaba interesada en apoyar este proyecto y los esfuerzos expansionistas quedaron marcados por un tinte personal, con lo cual la “conquista” de Ayllón quedó como una “colonización menor”. La gran paradoja es que esta “colonización menor” tuvo enorme impacto en la cartografía internacional, los viajes de Ayllón fueron bien conocidos en Europa –al menos en diecisiete mapas– y fueron más aprovechados fuera que dentro de España; Ayllón tocó el centro neurálgico en torno al que germina el “otro imperio” y es el mejor ejemplo para sustentar la teoría de Prescott –Prescott’s Paradigm, como la llama Kagan– en la que se defiende que el imperio español tenía que dejar paso al imperio norteamericano. Por esta última razón es por la que me pregunto si acaso no hubo otras causas –internacionales– que explicarían también el silenciamiento (no el olvido) de los viajes de Ayllón y, mucho más importante, si esto se relaciona con la nula atención prestada a que la colonia británica de Roanoke (1585) se ubicó en las proximidades de San Miguel de Gualdape (1526); que Roanoke Sound, Carolina del Norte, es donde Ribero ubica la Bahía de Santa

María; y que esta área es el punto de partida para los planes de Ayllón que culminaron en la colonia de Gualdape.

El parcial impacto de los viajes de Avilés es más difícil de comprender que el sesgado impacto concedido a las campañas de Ayllón, ya que tenemos tres memoriales sobre Avilés y numerosas cartas de su autoría. Florida, San Agustín y Santa Elena son tres bastiones del imperio español en América del Norte atribuidos a Avilés; él es bien conocido internacionalmente y, aunque como persona *non grata*, es reconocido como un avezado navegante; lidera la colonización española estratégicamente; Carlos I y Felipe II lo tienen en gran estima, llegan a ignorar algunos de sus abusos y perdonar algunos de sus delitos; Avilés negocia la ayuda del indio don Luis con el virrey de Nueva España; el indio don Luis es protegido por el virrey de Nueva España y por Felipe II; pero Avilés fracasa en Ajacán. ¿Coincidentemente?, al lado de Ajacán se fundará Jamestown, hay cartas, un memorial y documentos conocidos y censurados ya en el siglo XIX. ¿Cómo es posible entonces que Ajacán haya desaparecido de la conciencia colectiva?

Se esperaría que el antedicho fracaso de Avilés hubiera sido aprovechado por hugonotes e ingleses para condenar a su malquisto enemigo. No tengo datos para adentrarme más en la disputa, pero sí creo que lo que hemos de rescatar para la historia verdadera es: la trascendencia de Ajacán, que estriba en la participación jesuita que abre brecha en América del Norte; la importancia de la conexión de Ajacán con la provincia jesuita de Perú; la oscura vida que ha seguido el manuscrito del padre Oré que narra la historia de esta misión y sobre el que hablaré más adelante; la virginiana ubicación de esta primera misión jesuita en tierras norteamericanas –sin entrar en el éxito o el fracaso de la empresa–; y finalmente las implicaciones que habría tenido la potencial reclamación de Ajacán para el virreinato de Nueva España y el reconocimiento inglés de que “[lo que] los españoles llaman Jacán, debe llamarse Virginia”.

Los cuatro protagonistas de este libro, Ayllón, Chicorano, Avilés y don Luis; el más de medio centenar de colonos y coprotagonistas; los soldados y misioneros, y el núcleo del escenario en el que se desarrollan los hechos –Chicora, Gualdape, Santa Elena, Ajacán y la Bahía de Santa María– están salpicados de aventuras, tragedia, derrotas y victorias, y no están exentos de datos que ofrecen un sesgo novelesco. La historia aquí trazada confirma que, al contarla de viva voz o por escrito, cada uno de los personajes elabora la novela de su propia vida y que el conjunto de ellas forma parte de la Historia del imperio español en América del Norte.

### **Se cierra el telón**

Para la corona española, La Florida tuvo menos importancia que otros territorios en las Américas; de hecho, a principios de 1600, después de un siglo en la costa este de los EE. UU., España consideró abandonarla. Inglaterra y Francia tampoco tuvieron éxito hasta mediados del siglo XVII en América del Norte, pero la historia norteamericana suele iniciarse con la fundación de Jamestown (1607) y de Quebec (1608) excluyendo de la misma a San Miguel de Gualdape, Santa Elena y Ajacán.

Como hemos visto con Juan Florín, la piratería en la costa atlántica fue el mayor peligro físico que Francia e Inglaterra presentaron para España; sin embargo, tierra adentro, las amenazas más inminentes para la corona española fueron Charlesfort, Port Royal y Jamestown. La principal contienda española contra la presencia británica fue en Virginia, y la principal preocupación de la corona peninsular era que los españoles se consideraban vencidos:<sup>38</sup>

---

<sup>38</sup> Véanse las notas 118 y 119 de Weber y las obras citadas en ellas por el mismo autor. Las incluyo aquí, casi textualmente, por el aporte docu-

the Englishmen had settled on “lands that are not theirs and that do not belong to them,” but higher priorities in Europe discouraged Spain from carrying out plans to dislodge the intruders. Moreover, Spanish intelligence revealed that Jamestown was in such disarray that the English could hardly maintain themselves much less go on the offensive against Spanish shipping. Rather than try to destroy Jamestown, Spain adopted the policy of making menacing gestures toward it in order to goad English stockholders to squandering still more resources to shore up what *Spain regarded as a losing venture* (Weber 87, énfasis mío).

La inmensidad del imperio español en el siglo XVI y la diversidad de sus intereses en los dos hemisferios fueron una desventaja para España, la cual, no olvidemos, también contendía con Francia por el dominio sobre Italia. Según Weber, de los 440.000 españoles que vinieron al Nuevo Mundo, hacia 1650 pocos querían ir a La Florida, donde se sabía no había riquezas materiales y cuyo clima y orografía habían sido desdenados por parecerles inhóspitos. Mientras que los ingleses tenían en la costa atlántica su mejor solución para salir de la miseria económica. Para los franceses, las posibilidades de replicar en América del Norte el poderío que España tenía en el América del Sur suponían una oportunidad única, y España no podía controlar con éxito sus dominios en los dos hemisferios del Atlántico.

---

mental y posible utilidad para futuros investigadores: Las instrucciones del Gov. Pedro de Ibarra a Francisco Fernández de Ecija, St. Augustine, June 19, 1609, se encuentran en Hann, “Translation of the Ecija Voyages,” 22; para la política española en Virginia, Weber nos refiere a Wright, “Spanish Policy toward Virginia,” 458. Wright, *Anglo-Spanish Rivalry*, 35-42, obras en las que, según Weber, se explica por qué España no intentó expulsar a los colonos ingleses de Virginia. Otra obra recomendada por Weber es la de David B. Quinn, ed., *New American World*, 5: 56-68, 141-58, en la que expone que el fracaso español se debió a la abulia gubernamental. Asimismo, Weber nos remite a David B. Quinn “Colonies in the Beginning,” 10-34, para comparar los intentos de colonización francesa, inglesa y española en el siglo XVI (Weber 392).

La iglesia fue la gran aliada de la corona española en el tercer cuarto del siglo XVI; los franciscanos se establecieron en territorio guale, timucua, apalachee y apalachicola; y allí desempeñaron una importante labor evangelizadora, lingüística y etnográfica. La corona española exigía que los misioneros aprendieran las lenguas nativas; el *Catecismo Castellano-Timucua* de Francisco Pareja, que fue publicado en 1612 en México, quizá sea el primer documento sobre una lengua indígena de América del Norte (Weber 109). Con todo, la precaria estrategia militar y defensiva y el exceso de celo religioso fueron una traba para los misioneros que fueron los líderes de la conquista espiritual en La Florida. Solo a fines del siglo XVII, España incrementó el apoyo armado a los colonos españoles en Guale y sus proximidades cuando se agudizaron los ataques franceses, ingleses e indios.

En 1670, cien años después de la empresa de Avilés en Ajacán, se firmó en Madrid el tratado entre España e Inglaterra en el que se declaraba que esta última renunciaba a reclamar ningún territorio en una distancia de 150 millas desde Charleston (Carolina del Sur) hasta San Agustín (Florida); el acuerdo no se respetó, y desde 1680 –con el ataque a Guale– hasta 1690 hubo repetidos enfrentamientos e intentos de apropiación de las colonias españolas en la costa atlántica norteamericana por parte de Inglaterra (Weber 179). Poco después, en 1756, Inglaterra y Francia entraron en La Guerra de los Siete Años; y en 1762 España sufrió nuevos ataques ingleses que ocasionaron la pérdida de Manila y La Habana; estas circunstancias favorecieron que España se pusiera de parte de Francia, lo cual fue el primer paso en las nuevas alianzas entre Francia y España, que culminaron con la cesión de Luisiana en el Tratado de Fontainebleau, el 3 de noviembre de 1762. La destrucción inglesa de los asentamientos y misiones españolas en La Florida fue sistemática; de todas las misiones allí fundadas no quedó nada más que la de San Agustín.

La Bahía de Santa María y las actuales Maryland y Virginia cuentan en su haber con presencia española efímera pero histórica. Con España, Estados Unidos comienza su pasado europeo; además de los viajes de Esteban Gómez, de las colonizaciones de Ayllón y de Avilés, la expedición de 1559 de Tristán de Luna y Arellano se refirió detalladamente a la Bahía de Santa María y por este lugar se soñó llegar al Oriente; los españoles que murieron en el intento de seguir el plan de Tristán de Luna habitaron en las tierras de nunca jamás que fueron reales y que conocemos como Nueva Andalucía, Castilla del Oro, Darién, Amichel, Las tierras de Ayllón, las Nuevas tierras de Ayllón y las Tierras de Gomes, que se extienden geográficamente desde Nueva Inglaterra hasta el sur de la actual Florida, y cronológicamente desde los primeros años del siglo XVI hasta la Guerra de la Independencia norteamericana.

La primera mención norteamericana al conocimiento que los españoles tenían de la Bahía Chesapeake y de la fundación de la Misión de Ajacán en Virginia data de 1848, como se dice en la “Memoir of the First Discovery of Chesapeake Bay” de Robert Greenhow, que fue publicada por Conway Robinson en *An Account of Discoveries in the West until 1519 and of Voyages to and along the Atlantic Coast of North America from 1520 to 1573* (Richmond, Virginia, Historical Society, 1848). Dicha memoria es una traducción censurada que hizo Robert Greenhow del *Memorial* de Barcia –sobre esto hablaré más adelante. Asimismo, en el relato de David B. Quinn sobre Maryland desaparece toda huella de los personajes en busca de autor de los que aquí trato;<sup>39</sup> no se menciona tampoco la presencia de los jesuitas y franciscanos españoles en las Tierras de Ayllón, primeros en intentar cristianizar esta región y cuyo heredero directo es el formidable monasterio

---

<sup>39</sup> David B. Quinn, ed. *Early Maryland in a Wider World*. Detroit: Wayne State University, 1982.

franciscano que hoy existe en el área metropolitana de Washington D.C.:<sup>40</sup>

A clause which is usually ignored by Maryland historians empowered Lord Baltimore to appoint to all offices in the church and to erect ecclesiastical buildings, but only “according to the Ecclesiastical Lawes of our Kingdome of England.” If he was to use this power would have to establish the Anglican church in Maryland; if he did not, he was virtually obliged to decree the separation of the church and state which was to be a distinguishing mark of the colony” [...]

Under Leonard Calvert, Lord Baltimore’s younger brother, some 130 persons left England in November 1633 and arrived in the Potomac River in March 1634. From the island they named St. Clement’s Island, they dropped down the river and entered St. George’s, soon to be renamed St. Mary’s, River, where an Indian village *had been vacated by agreement for their arrival*. There, on 27 March, they landed and formally founded the town of St. Mary’s as their capital to be. Would the handful of Catholic gentlemen, the Calvert household, the Jesuits, the mainly Protestant indentured laborers, and a few smaller investors make good in the new colony? Time and careful management alone could tell. But from their first settlement, Maryland began. (27, énfasis mío)

En el siguiente capítulo, veremos otros documentos sobre Ajacán y presentaré otro posible comienzo para narrar la historia, no fingida ni de afición, de Maryland y Virginia con la que ahora cierro el telón.

---

<sup>40</sup> Véase Fernandez-Shaw y Piña Rosales, 63-75.

**Capítulo IV**  
**¡Ajacán, Ajacán!**



Mapa del mundo después del Diluvio Universal y su división entre los hijos de Noé, 1681, Joseph Moxon

## **DON LUIS Y EL PADRE ROGEL. UN INDIO LOCUAZ Y UN CURA AVENTURERO**

**L**a primera expedición española a Ajacán fue dirigida por don Luis en 1566 y en ella iban varios padres dominicos. La segunda fase de conquista de Ajacán tuvo lugar entre 1570-1572 y fue también liderada por don Luis, quien esta vez iba acompañado por los jesuitas. El desenlace de estas dos embajadas ocurre en 1572, con el viaje del padre jesuita Juan Rogel y del adelantado Pedro Menéndez de Avilés, quienes solo pudieron constatar la masacre de los colonos españoles que les habían precedido.

Ajacán estaba entre los 37° y 37.5° en la Bahía de Santa María, pero su nombre no está registrado en casi ningún mapa, y su historia, con gloriosas excepciones, todavía está en el limbo académico. En los EE. UU., tras la Guerra de la Independencia, el pasado de Ajacán sucumbió temporalmente y reapareció en el siglo XIX, en la traducción censurada que hizo Robert Greenhow del memorial de Barcia. Dicho sea de paso, en los libros de historia de España tampoco se habla de Ajacán. En el siglo XX, el interés por Ajacán fue reavivado en restringidos círculos académicos de España y EE. UU. y entre los estudiosos de este tema destacaron Lewis, Zubilaga, Hoffman, Mallios, Vigneras, y de Vorsej. Ya en el siglo XXI, los estudios de Anna Brickhouse han marcado una nueva etapa en las investigaciones sobre esta colonia; la mencionada investigadora resalta el paralelo de las historias de Francisco Chicorano y de don Luis de Velasco y, en lugar de hablar de

traición, se refiere al desenlace de Ajacán y a los percances de Chicora como un “desasentamiento” (*unsettlement*).<sup>1</sup>

Según Brickhouse, cuando Paquiquineo (nombre algonquino de don Luis) fue llevado a bordo del Santa Catalina, este indio coincidió con otros dos indígenas mejicanos, uno de ellos era Alonso Aguirre, con quien trabó tanta amistad que acabaron viajando juntos a Ajacán. Don Luis y Aguirre fueron llevados a Nueva España; estando cautivos en la corte del virrey don Luis de Velasco, ambos indios dijeron encontrarse tan gravemente enfermos que esperaban la muerte y pidieron el bautismo. Tras recibirlo, y a decir de quienes se lo administraron, los dos se recuperaron milagrosamente. Poco después y todavía en México, Paquiquineo fue apadrinado por el propio virrey Luis de Velasco quien, dijimos ya, le dio su nombre de pila. La conversión y el bautismo garantizaban que el indio Velasco quedaba bajo la protección de los dominicos, y esto justifica que cuando Avilés le encargó a don Luis que guiara a los colonos a Ajacán, el indio Velasco respondiera que no iría sin los dominicos, petición que no aceptó Avilés; como resultado de esta negativa, don Luis el indio se quedó en México, donde el homónimo gobernador de Nueva España se declaró protector suyo y exigió que se le tratara debidamente antes de permitirle viajar hacia La Florida española regida por Avilés (Brickhouse, *The Unsettlement* 53).

Hasta la fecha, el texto fundamental para la historia de Ajacán continúa siendo *The Spanish Jesuit Mission in Virginia, 1570-1572*, de Clifford M. Lewis y Albert J. Loomie,<sup>2</sup> quienes enfatizan que la fundación de Ajacán formaba parte de un gran proyecto imperial que comenzó en el virreinato de México y cuyo objetivo era descubrir el mítico estrecho que, desde el norte de América, conduciría hasta China. Según Lewis, es

---

<sup>1</sup> La traducción literal es “desasentamiento”; el concepto que subyace lo expresaríamos como “descolonización.”

<sup>2</sup> Clifford M. Lewis y Albert J. Loomie. *The Spanish Jesuit Mission in Virginia 1570-1572*. Chapel Hill: North Carolina UP, 1953.

posible que fuera Ángel de Villafañe (n. 1504) quien le dio el nombre a Ajacán, y sin la información proporcionada por él, ni los misioneros ni Menéndez de Avilés habrían llegado a fundar esta efímera colonia. Hay muchos personajes que participan en la conquista de Ajacán, pero el protagonista incuestionable es el indio don Luis, quien fue mencionado por primera vez en la historia de los jesuitas redactada por Francisco Sacchini (1570-1625) - *Historiae Societatis Iesu, Borgia*, Libro IV, N. 267 publicada en Roma en 1661:

Ajacan is a large province in Florida, 37° north of the Equator and 70 leagues distant from Santa Elena. Some eleven years earlier [therefore 1559 or 1560], the brother of a principal chief of that region *gave himself up to some Spaniards sailing near Ajacan.*

*None of his family knew of this.* After he was brought to Spain and treated honorably and kindly, was baptized by Luis de Velasco, Viceroy of Mexico, whose name he received. When King Philip thought it fitting, he later ordered the man to be returned to his province in company with some Religious of the Dominican order. After spending some years fruitlessly on various islands, not far from the Punta de Santa Elena, [...] Still trying to sell Luna on the importance of struggling through with his mission, Velasco assures him that “since [...] the French come quite near to Santa Elena nearly every year to buy from the Indians gold, pearls, marten-skins, and other things, it must not be said that it is not a suitable country to colonize (*apud* Lewis 14).

Según Brickhouse, no está claro cuándo salió don Luis de México hacia La Florida para unirse a los planes de Avilés, pero lo más probable es que ocurriera en 1566 ya que a mediados de diciembre de 1565, cuando Avilés fue nombrado adelantado de La Florida, este le escribió una carta a Felipe II diciendo que el indio Velasco estaba en Nueva España, que esperaba dirigirse con él a su tierra natal, ubicada a unas 100 leguas al norte de Santa Elena, y que con la ayuda del indio fundaría allí la primera colonia española en la Bahía de Santa María. Cuando don Luis se une a Avilés en La Florida, viaja –ida y vuelta– desde San Agustín a La Habana; en otro via-

je, va desde San Agustín a La Habana, desde allí es llevado a España, regresa a La Habana y, de nuevo en la costa atlántica norteamericana, arriba en Santa Elena (Brickhouse, *The Un-settlement* 55).

El coprotagonista de la tragedia de Ajacán es el padre Segura, cuyas desafortunadas decisiones determinaron el curso de los acontecimientos. Frank Marotti Jr. ha indagado las razones que pudieron inducir al padre Segura para incorporarse a la misión de Ajacán. Según Marotti, los primeros pasos profesionales de Segura son discretos y exitosos y corresponden al perfil de un estudiante acomodado, provinciano y sin espíritu aventurero. Segura nació en 1529 en Toledo, estudió en Alcalá, fue ordenado jesuita en 1557, sirvió en Santander, pasó tiempo en Salamanca y llegó a ser rector de la Universidad de Valladolid.<sup>3</sup> Hasta aquí, todo está bien, pero en este proceso de éxito y monótona formalidad hay una vuelta de tuerca que espabila doblemente la vida de Segura, pues incluye un escándalo de faldas y la fortuna de una viuda adinerada. El altercado sobre la herencia de aquella viuda rica fue el detonador que impulsó a Segura a pedirle a Francisco de Borja (o Borgia), padre general de la compañía de Jesús, un destino en las Indias, y poco después la familia Segura forcejeó para que el jesuita renunciase a la herencia familiar.

Así pues, Segura sale de España por la puerta de atrás y su llegada al Nuevo Mundo fue problemática: tras ser nombrado viceprovincial de la orden en La Florida, Segura, que no tenía ninguna experiencia, tuvo que explorar su territorio en condiciones muy precarias para fundar la misión. También, es posible, como afirma Brickhouse, que Segura quisiera seguir el dictado de san Francisco Javier, y por eso decidiera ir hacia Oriente, lo cual justificaría su especial interés en la expedición

---

<sup>3</sup> Frank Marotti, Jr. "Juan Baptista de Segura and the Failure of the Florida Jesuit Mission, 1566-1572." *The Florida Historical Quarterly* 63.3 (1985): 267-79.

norteña de Ayllón: “Father Juan Baptista de Segura envisions Don Luis becoming a great Christian translator in an imperial project to rival the Portuguese Overseas Empire in Asia” (Brickhouse *The Unsettlement* 59); pero este cura no era tan provinciano como parecía y no se embarcó a ciegas hacia el Nuevo Mundo, pues además del conocimiento de los viajes de Ayllón, en 1569, el jesuita había hablado personalmente con don Luis cuando este iba en su viaje desde España a La Habana.

La expedición de Segura hacia la Bahía Chesapeake estuvo cargada de disensiones, pues los religiosos que le acompañaron a La Florida –Rogel, Sedeño y Carrera– se oponían a la misma, mientras que Segura estaba determinado a cumplir su propósito y en esto le apoyaban solo algunos de sus correligionarios: Luis de Quirós, Gabriel Gómez y Sancho de Zeballos. Intentando zanjar el problema, Segura eligió a quienes le apoyaban para acometer la empresa en la Bahía Chesapeake:<sup>4</sup> “On August 5, 1570, the expedition began its death trip” dice Marotti (277); después de la masacre, los jesuitas abandonaron Ajacán y toda La Florida y se trasladaron a Nueva España. En esta escapatoria, Juan Rogel, Antonio Sedeño y Francisco Villarreal ofrecieron sus servicios a España en México y en Filipinas. Marotti considera que Segura no estaba preparado para la colonización de Ajacán y que solo iba animado por su carácter emprendedor –o quizá, pienso yo, deseaba limpiar su reputación pues él era un hombre educado e inteligente y sabía que no contaba con los medios suficientes para llevar a cabo su proyecto.

---

<sup>4</sup> Según indica Marotti (277), Todo esto se halla documentado en la “Relatio De Missione Floridae A Patre Ioanne Rogel”; y también en Lewis and Loomie. *Spanish Jesuit Mission, xvii-xviii*; “Letter of Luis de Quirós and Juan Baptista de Segura to Juan de Hinistrosa, September 12, 1570”.

### **Pormenores del viaje a Ajacán y tácticas de localización**

Personalmente ambicioso y decidido a extender el orbe cristiano, Pedro Menéndez de Avilés le pidió al padre Borja que, además de jesuitas, le enviase materiales para construir capillas, fuertes y escuelas donde educar a los hijos de los jefes indios de La Habana. Los padres Pedro Martínez, Juan Rogel y Francisco Villareal fueron enviados a Cuba en 1566 y el propio Avilés fundó un reputado seminario en La Habana. El 10 de abril de 1568, el padre Juan Baptista de Segura, su asistente el padre Quirós, el viceprovincial Gonzalo del Alamo y Antonio Sedeño se embarcaron con dirección a Ajacán; a ellos les acompañaron los hermanos Juan de la Carrera, Pedro Linares y Domingo Agustín Báez; también iban tres catequistas (Juan Baptista Méndez, Gabriel de Solís y Cristóbal Redondo) y seis indios, dos de los cuales eran don Luis de Velasco y don Jaime Tegesta, valioso aliado de los misioneros que pertenecía a la tribu de los tequesta (tegesta, chequesta o vizcaynos) y a quien se refiere el padre Quirós en sus cartas.

Según el padre Rogel, el fracaso de la misión de Ajacán pudo deberse a muchas razones: la dificultad del terreno, la animosidad de los indios motivada por el maltrato infligido por los colonos, la dificultad de comunicación debida a la pluralidad de lenguas indígenas, y la constante necesidad de buscar alimento que forzaba a los colonos a dispersarse por las zonas colindantes durante nueve meses del año. Según Rogel, el gobernador Juan de Hinestrosa fue quien llevó a don Luis a La Habana, y Carrera explica que Menéndez, don Luis y el padre Segura discutieron el proyecto de Ajacán, pero Lewis afirma que no hay pruebas de que Borja aprobara el plan.

Las cartas y documentos conservados ratifican que desde el comienzo del viaje se anticipaba la fatalidad que vendría; Sedeño, Rogel, Quirós, Segura, Carrera y algunos de los hermanos y catequistas desconfiaban de don Luis y preferían que uno de los jesuitas o de los catequistas, y no don Luis, fuera con

ellos a explorar el terreno (Lewis 27). Sin embargo, el padre Segura decidió llevar consigo a don Luis –quien insistió en ir sin soldados para esta expedición. Segura llevó también al padre Quirós y al hermano Gabriel Gómez –ambos recientemente llegados de España– y al primer criollo norteamericano de quien tenemos noticia: Alonso de Olmos (Alonsito). Es posible que Menéndez de Avilés aceptara esta extravagante idea de colonización sin armas porque él mismo apenas tenía soldados en Santa Elena y no podía desprenderse de ninguno de ellos; Quirós, consciente de “la muerte anunciada”, escribe una carta que hoy conservamos dando instrucciones puntuales para que quienes fuesen a Ajacán en su ayuda pudiesen encontrarlos.<sup>5</sup>

### **Trazado de la tragedia a través de las cartas**

Las últimas cartas de Quirós y de Segura llegaron a La Habana en el invierno de 1570. El gobernador de Cuba también sabía de la precaria situación en Ajacán a través del informe de un soldado que había servido a Segura; sin embargo, la ayuda enviada desde Cuba tardó un año en salir. Finalmente, esta se materializó en 1571, supervisada por Vicente González y por el hermano Juan Salcedo. Al llegar a su destino, Vicente González no halló las señales que le habían indicado en la carta para encontrar a los jesuitas: humo por el día, fuego por la noche. En cambio, González encuentra en la costa a varios indios

---

<sup>5</sup> “From the time, it is understood that the frigate is to come with the help requested, one or two Indians will be sent with a letter to the mouth of the arm of the sea, along which any ship coming must sail. Thus, when they see the ship they will make a large smoke signal by day and a fire at night. Furthermore, the people there will have a sealed letter of yours and they will not return it until they receive another like it, which is to be a sign it those who come are friendly and are the ones who bring the message our letter will carry information about the way which must be followed in entering and serve as a guide” (Lewis 43).

ataviados con los hábitos de los jesuitas y engalanados con los objetos de culto; estos indios, siguiendo instrucciones de don Luis, lograron atraer a tierra a Vicente González con los víveres destinados a la colonia; llegados los españoles a la costa, se produce un enfrentamiento entre los colonos de González y los indios; estos últimos huyen tras perder a dos jefes, quienes junto a varios indios fueron capturados por González. En la aventura de los indios disfrazados de jesuitas, Carrera, al ver entrar a los indios en el barco con los hábitos de sus correligionarios, pensó que sus cofrades habían resucitado. Tras este encuentro, el almirante Avilés exigió el retorno del renegado indio don Luis en un plazo de cinco días con la intención de llevarlo ante la justicia, y amenazó con que, si esto no se cumplía, ejecutaría a los indios capturados; y así lo hizo: los indios acabaron ahorcados.

Por su parte, en La Habana, Rogel hizo una reclamación notarial contra Pedro Menéndez Marqués –sobrino de Pedro Menéndez de Avilés– y la presentó al gobernador de la ciudad –que también era sobrino de Menéndez de Avilés. Rogel consiguió hacer un segundo envío a Santa Elena con destino a Ajacán, pero fue nuevamente interceptado por el gobernador Menéndez Marqués; a continuación, el padre Sedeño denunció los hechos ante el padre Borja, elogió los esfuerzos de Rogel, y recriminó la conducta del gobernador de La Habana, quien acabó beneficiándose de las vituallas que llegaban a dicho puerto e iban destinadas a Ajacán.

En la primavera de 1572, Rogel, que ya sabía de la masacre, intentó una vez más aprovisionar Ajacán y logró que Pedro Menéndez de Avilés fuera en búsqueda de los misioneros desaparecidos. El adelantado Menéndez de Avilés, que había construido dos nuevas fragatas, decidió acompañar a Rogel, Carrera y Villareal en la expedición. Los cuatro parten de San Agustín el 30 de julio de 1572, paran cinco días en Santa Elena y se dirigen a la Bahía de Santa María. El viaje debió durar unos quince o veinte días y en su siguiente carta, escrita desde

la Bahía Chesapeake, en las proximidades del río San Pedro (Potomac River), Rogel detalla la masacre de sus correligionarios y sus esfuerzos por rescatar al pequeño Alonso; describe también el método de captura de los indios y cuenta cómo fueron varios los grupos de indios que se aproximaron a los españoles; el tercero de ellos es el que incluía a uno de sus líderes quien, entre otros accesorios, llevaba una patena colgada al cuello a modo de medallón. Rogel describe el rescate del niño Alonso casi como un milagro.

Los cuerpos de los misioneros no fueron recuperados, aunque Pedro Menéndez de Avilés, Diego de Velasco –cuñado de aquél– y Pedro Menéndez Marqués (sobrino de Pedro Menéndez de Avilés, que en 1587 fue a investigar el asentamiento de sir Walter Raleigh), prometieron ir a buscarlos. Juan Menéndez Marqués, sargento mayor y sobrino de Pedro Menéndez Marqués, retomó la investigación en 1588, pero tampoco dio frutos y así lo reportó al rey Felipe II.

El padre Oré hace un relato más elaborado de los hechos y dice que los indios fueron agasajados con dulces, miel y otras delicias; asimismo, Oré dice que Menéndez de Avilés consiguió rescatar a Alonso cuando el adelantado le envió un mensaje al cacique diciendo que el niño era hijo suyo; pero el final de la historia de Ajacán es el mismo en los escritos de Rogel y de Oré: Alonso se escapó, y el relato oral del niño Alonso, que consiguió salvarse gracias a un hermano de don Luis, pasó a ser fundamental para la historia escrita de Ajacán. Otra incógnita en la historia de esta colonia es que los motivos de esta deferencia hacia Alonsito no se explican en ningún documento.<sup>6</sup>

---

<sup>6</sup> Charlotte M. Gradie. “Spanish Jesuits in Virginia: The Mission That Failed.” *The Virginia Magazine of History and Biography* 96.2 (1988): 131-56.

## Puntos clave de la trama de don Luis

Lewis utiliza la relación del padre Rogel para seguir paso a paso la trama de don Luis y dice que:

- Viéndose los colonos a la intemperie, los españoles construyeron un pequeño refugio que también les serviría para celebrar la misa.
- Rogel dijo que don Luis ayudó en el proyecto y que el indio convenció a Segura para que enviase a alguien, a unas seis u ocho leguas hacia el interior, para bautizar a su hermano de tres años que estaba moribundo. No hay certeza de que este hermano existiera ni del abolengo de gran cacique de don Luis. Si la relación de Francisco Sachini es correcta, escribe Lewis, podemos concluir que el cacique hermano de don Luis había muerto, y que un hermano menor asumió entonces el puesto, y también que don Luis tenía un hermano y un tío en el punto de desembarco, en territorio de los paspahegh.
- Por el relato de Alonso, concluye Sachini, el tío de don Luis era un gran cacique y otro hermano de don Luis vivía en la aldea donde los misioneros construyeron su refugio; este último sería quien habría evitado la muerte del niño Alonso.<sup>7</sup>
- Don Luis pasó menos de cinco noches con los jesuitas y colonos españoles, y luego, con la disculpa de ir a buscar indios a quienes convertir, desapareció de la misión (Oré dice que se fue a buscar castañas).
- Los misioneros quedaron abandonados a su suerte, consumieron sus víveres y sobrevivieron gracias a los frutos salvajes. Por los relatos de Carrera y Rogel, sabemos que

---

<sup>7</sup> Lewis señala aquí las similitudes con la historia de Powhatan y sus tres hermanos (44).

los frailes negociaron con los indios para conseguir víveres e intercambiaron herramientas y metales por maíz.

- Ante la tardanza de don Luis, los expedicionarios sospecharon su desertión, por lo que el padre Segura envió a dos de los misioneros, Solís y Méndez, en busca del indio; al parecer, lo encontraron y fueron bien recibidos por él y por los suyos, quienes les prometieron acompañarlos en su camino de vuelta.
- El 4 de febrero de 1570, don Luis y otros indios mataron con sus flechas a Quirós y a Solís; Carrera reporta que el padre Bautista Méndez huyó ensangrentado hacia el bosque y que un día después de la masacre, el 5 de febrero de 1570, Bautista Méndez fue descubierto y asesinado. Los indios quemaron los cuerpos de los misioneros y se apropiaron de sus bienes y vestimentas. Pocos días después, el 9 de febrero, liderados por don Luis y provistos de las hachas que los misioneros usaban para cortar la leña, los indios mataron al resto de los misioneros.<sup>8</sup>

### **El sabotaje del indio don Luis (1566-1572) y la censura del Departamento de Estado (1840)**

¿Cómo explicar que don Luis, Ajacán, Quirós y todo el soporte documental de jesuitas, franciscanos y dominicos no haya aparecido en los libros de texto de la historia de España y de los EE. UU.? ¿Cómo interpretar que el desasentamiento de Ajacán no se haya comparado con el fracaso de Roanoke? ¿Cómo pensar en una colaboración voluntaria y leal de un indio prisionero? ¿Cómo es posible que, con tantísimos documentos conservados, esta parte de la historia de los EE. UU.

---

<sup>8</sup> Merece destacarse el paralelo de esta masacre de jesuitas con el de la masacre de los franciscanos en Guale en 1597. Don Luis traiciona a los colonos, lo mismo que Francisco Chicora hizo con Ayllón y lo mismo que Wanchese hará después con sir Walter Raleigh.

siga encubierta? ¿Cómo podemos pensar en separar a la nación india según criterios europeos y dividirlos en indios franceses, indios mexicanos e indios españoles? Estas son solo algunas de las preguntas que nos ayudarían a replantear la historia de la costa este norteamericana, pero hay otras que apuntan hacia la errónea aplicación de criterios –sean estos de donación, exploración, apropiación, conquista, asentamiento o colonización– con los que se atribuyó a los europeos lo que era territorio indio.

Afortunadamente, las investigaciones y la búsqueda de galeotes y restos de vasijas de aceite en la costa atlántica continúan a la par del interés por narrar su historia transnacional. Brickhouse sugiere que Luis de Velasco tuvo la oportunidad de testimoniar la merma de la población indígena en México, Cuba y Florida y que su amistad con Alonso Aguirre, el indio mejicano con quien viajó, le puso sobreaviso de lo que podría esperar en su propia tierra si esta era colonizada por los españoles, y que quizá esto fuera un incentivo para que don Luis tramara el boicot de la misión en Ajacán.

Según deduce Brickhouse, quien sigue el testimonio de Gonzalo Solís de Merás, cuñado de Avilés y testigo del embarcamiento de la expedición de 1566, el fallo de esta no fue accidental y no hubo una tormenta sino una conspiración:

the account implicitly undermines the official, colonial practice of ‘taking testimonies’ from the participants in expedition and conquest; the alleged falsification of the friars, soldiers, and pilot calls into question the author of all colonial accounts, firsthand and otherwise, including the one that Solís de Merás has himself produced. [...] That Don Luis wanted to return to the Bahía de Santa María is clear from numerous accounts, beginning with that of Fray Feria. But he was only willing to return there, it appears, under particular circumstances that precluded military pacification and thus the settlement and conquering of his homeland (Brickhouse, *The Unsettlement* 58).

Continúa Brickhouse demostrando que el paso del encargo misionero de los dominicos a los jesuitas tampoco fue acciden-

tal, que don Luis no consiguió volver de nuevo a Ajacán con los dominicos, y que este convenció a Avilés para llevar a cabo su plan con los jesuitas. Luis Jerónimo de Oré, Pedro de Ribadeneyra, Bartolomé Martínez, Clifford Lewis, Seth Mallios y otros críticos señalaron lo extraño de la propuesta de don Luis de ir sin soldados, las disensiones de los expedicionarios, el modo como estos fueron elegidos para evitar problemas, y la sorprendente aceptación de Avilés de este plan. Lo que para Brikhouse es evidente es que el negocio principal de don Luis era regresar a su tierra, boicotear la colonia de Ajacán y proteger a los suyos de la colonización española. Y esto ya lo había declarado Solís de Merás en su *Memorial*:

[Avilés] había llevado de España al indio Don Luis de Velasco porque había ofrecido con muchas veras ayudar a la conversión de la provincia de Axacán y del cacique su hermano [...] se embarcó a La Habana y llegó a Santa Elena por noviembre de 1570, caminando juntos con grandes trabajos hasta entrar en la provincial de Axacán, y disimulando el indio Don Luis *la traición que llevaba imaginada*, hasta el punto de borrar con su astucia todo motivo que pudiese dudar de su fidelidad (Mercado 228, énfasis mío).

En el tercero y último de los intentos de mantener Ajacán, cuando Menéndez de Avilés se embarca desde Santa Elena hacia la misión, el adelantado asturiano deseaba tanto triunfar en la fundación de la colonia de la Bahía de Santa María como vengarse del indio traidor. Avilés, dijimos ya, iba acompañado de Rogel y las cartas del jesuita fueron fundamentales para documentar los hechos; especialmente la carta del 28 de agosto de Rogel a Francisco de Borja, quien casi 40 años después de los hechos, entre 1607 y 1611, le pidió a Rogel que escribiese la relación de Ajacán. En la relación de Rogel, observa Brikhouse, el jesuita describe a don Luis de una forma muy diferente al gentilhombre y viajero cosmopolita que retratan los literatos, y lo presenta como un charlatán en quien no se podía confiar y que estaba presumiendo ser hijo de un importante

cacique, cuando en realidad, afirma Rogel, su padre era solo un caciquillo, “un mal indio, corrupto y polígamo”.

Brickhouse, en su libro sobre don Luis, explica la peculiar versión e interpretación de la colonia española de Virginia dentro del contexto de la política expansionista de los EE. UU. del siglo XIX. Según esta investigadora, en 1840 fue cuando se “redescubrió” y “corrigió” el pasado español de Virginia. El artífice de la distorsión de los hechos, afirma Brickhouse, es Robert Greenhow, un abogado, traductor e historiador que trabajaba para el Departamento de Estado de los EE. UU.:

Greenhow produced patently false translations for the U.S. government, manipulating long-standing tensions between literature and history to lay the legal groundwork for national expansion into the hemisphere [...] Greenhow willfully erased the Don Luis story as presented by Gonzalez de Barcia, which story notes very clearly that the Spanish exploration of the Chesapeake resulted in successful arrival on Virginian soil and clear communication to Indians, via Don Luis, of their “discovery” of Ajacan. The trajectory of doctrine of discovery was dramatically reconfigured with the U.S. Supreme Court *case of Johnson v. M’Intosh* (1823), shaping both international policy and the consolidation of U.S. legal ascendancy over the indigenous lands of North America—which had dramatically increased with the American acquisition of more than half of Mexico occurring at that very moment. Ultimately, *these new lands depended for their continued legality—like Johnson vs. Mc’Intosh—upon the first discovery of Virginia by the English* (Brickhouse, *The Unsettlement* 192, énfasis mío).

Este dato es quizá uno de los más importantes para explicar el silenciamiento, no el olvido de este capítulo del pasado español en la costa este de los EE. UU. Sin duda, también es posible argumentar que la historia de Ajacán en Virginia, de San Miguel de Gualdape en Georgia, y de Chicora en cuyos inciertos límites se ubicaba la colonia española, desapareció de la memoria colectiva por ser una “colonización menor” y que la omisión se justifique por la falta de interés —y de medios— por parte de la corona española en las tierras que están al norte de la actual Florida.

## Muere Ajacán y nace Jamestown

Tres décadas después del desastre de Ajacán, España no hizo nada por capitalizar los esfuerzos allí empleados o por reconocer a quienes allí fallecieron o, lo más elemental, por intentar recuperar políticamente esta colonia que inspiró a los ingleses para establecer la suya de Jamestown y quienes, con más apoyo gubernamental que los españoles, triunfaron. La historia del fracaso colonial español en la costa este de Norteamérica fue similar a la de los franceses cuando fundaron Charlesfort y Port Royal en territorio previamente reclamado por España, y tuvo su eco en la colonia británica de Roanoke y Jamestown, frente a las ominosas historias de Ajacán y Santa Elena. Todavía a fines del siglo XVI, con la segunda fase de Santa Elena, España intentó consolidar la colonia de Ajacán.<sup>9</sup>

Después de 1580 el imperio naval español estaba exhausto; aun así, Felipe II decidió enviar una expedición a Ajacán dirigida por el capitán Francisco Fernández de Écija y esta arribó a la Bahía de Santa María el 24 de julio de 1609. Hay evidencia de que en este periodo los ingleses les disputan la estratégica Bahía de Santa María a los españoles y para conseguirlo buscan alianzas con los indígenas.

Además de la coincidencia de intereses geopolíticos de España e Inglaterra en este siglo expansionista, existe un innombrado parentesco entre dos protagonistas de cada uno de los

---

<sup>9</sup> “En el año 1588 se intentó continuar la interrumpida misión de Ajacán o Axacán en la actual bahía de Chesapeake. Marchó a este fin, a últimos de mayo, el experto marino Vicente González con el Sargento Mayor Juan Menéndez Márquez en viaje de exploración. A raíz de los informes recogidos en esta navegación Pedro Menéndez pasó a España con el P. Reinoso para tratar este asunto, saliendo el 18 de mayo de 1589 de San Agustín [...] Se acordó el establecimiento de un fuerte en aquella bahía de Santa María con trescientos infantes, desde donde se harían entradas hacia el interior, pero no tuvo efecto esta resolución porque se encargó en el año 1590 a Menéndez Márquez el transportar los tesoros del Rey a Castilla (Keegan 272-3).

bandos, el del indio don Luis y la india Pocahontas. Si quisiéramos darles connotaciones bíblicas, tenemos en ellos a unos nuevos Adán y Eva que pierden el paraíso en aras del europeísmo y occidentalización de Norteamérica:<sup>10</sup>

We believe there are enough indications available to link Don Luis with the ruling Powhatan cacique in circumstances which of their nature involve the presence of the Spanish. The first and most important clue is the statement of an early settler, Laphe (Ralph) Hamor. The ‘Chickahominyes, a lustie and daring people, who have long lived free from Powatahnh subjection’ asked for a treaty in 1614. Captain Argall, Hamor, and Governor Dale with fifty men in barge ‘went up an arm of our river some seven miles from James Town....’ Before admitting the Chickahominy Indians as English subjects they demanded, among other conditions: ‘Thirdly, they should at all times be ready and willing to furnish us with three or four hundred men to aide us *against the Spaniards, whose name is odious among them, for Powhatan’s father was driven by them from the west-Indies into these parts, or against any other Indians which should, contrary to the established peace offer us any injurie.*’ —The term ‘West Indies’ was applied not only to the Caribbean islands, but to any Spanish-held territory on the mainland (*apud* Lewis 59, énfasis mío).

Los indios gigantes de quienes habían hablado Mártir, Ayllón y Chicorano, reaparecen ahora en Virginia vinculados a los powhatan y al poderío español que disputan los ingleses y que, subrepticamente, se mencionan en la historia de Virginia de Beverly:

---

<sup>10</sup> “In 1616, a Spanish caravel on the pretext of looking for a lost vessel came to Point Comfort to spy on the fortifications. Three leaders went ashore and were imprisoned. The Spanish retaliated by seizing John Clark, “pilot of Xacán” and later mate of the Mayflower, who also may have been the son of Captain John Clark of the Raleigh Colony. Molina, one of those left behind, in a letter of 1613, gave his location as 37 1/3 ° “in which is also the bay which they call Santa Maria [...] and at 4 leagues distance from its mouth is this river [the James] from the south, nine fathoms in depth” [...] It is impossible to say how much Molina knew of the Spanish mission that he could have relayed to the English, but Strachey may have learned from him the Spanish name for the Chesapeake” (Lewis 57).

This *Oppechancanough* was a Man of large Stature, noble Presence, and extraordinary Parts. Tho' he had no Advantage of Literature, (that being nowhere to be found among the *Indians*), yet he was perfectly skill'd in the Art of Governing his rude Countrymen. He caused all the *Indians* far and near to dread his Name, and had them all entirely in Subjection. 'This King in Smith's History is called *Brother to Powhatan*, but by the *Indians* he was not so esteem'd. For they say he was a Prince of a Foreign Nation, and came to them a great Way from the South-West: And by their Accounts, we suppose him to have come from the *Spanish Indians* (*apud* Lewis 59, énfasis mío).

Lewis, partiendo de la narración que hace Thomas J. Wertenbaker en *Virginia under the Stuarts* (p. 80-89), escribe que Oppechancanough –tercero de los cuatro nombres con el que conocemos a don Luis; el cuarto es Nemattanon, que es el que le da Cabell en su novela– iba acompañado de una tribu que había sido conquistada desde México hasta Virginia (Lewis 59), y que John Smith calculaba que Powhatan tuviera unos 60 años en 1608; otros estudiosos, como Strachey, piensan que Oppechancanough tuviera cerca de 80 años en 1616; y que a su muerte, en 1644, Oppechancanough ya había cumplido un siglo de vida. Sin duda, Powhatan debía estar enemistado con Oppechancanough por su cooperación con los ingleses. Y de todo esto se deduce que don Luis tuvo un papel relevante en su tribu y en la de sus vecinos, y si don Luis era un joven cuando fue capturado, entonces era un hermano mayor de Powhatan “If don Luis was a young man when picked up for the first time in Ajacan, then he was possibly an elder brother of Powhatan” (Lewis 61).

Los españoles conocen el discurso oficial británico, y las palabras del gobernador de Florida, Gonzalo M. Canzo, demuestran que la eficacia de los cambios de nombre auspició textualmente la muerte de Ajacán. En una carta dirigida a Felipe III, con fecha del 28 de febrero de 1600, dicho gobernador dice, en traducción de Lewis: “if your Majesty wishes to inquire about the town of el Jacán through England, *you must ask about Virginia, which is the name the English have given*

*it, because about el Jacán they will know nothing*” (Lewis 61, énfasis mío).<sup>11</sup>

### Formación del mito de los mártires de Ajacán

Seth William Mallios se basa en siete documentos contemporáneos a Segura y a sus compañeros de periplo –relatos orales y textos castellanos y latinos ya citados– para explicar los acontecimientos que contribuyeron a la creación del mito de los mártires de Ajacán que se originó a fines del siglo XVI y principios del XVII.<sup>12</sup> Según Mallios, una vez creado el mito de autoinmolación de los jesuitas, este fue aceptado sin cuestionar posibles contradicciones históricas; en su opinión, pueden identificarse cuatro agendas en la construcción de la leyenda que responden a cuatro géneros literarios: 1) reportes descriptivos, y por tanto supuestamente neutros; 2) narrativas embellecidas, y por tanto ficticias; 3) relatos cautos, y por tanto parciales y 4) fábulas morales, y por tanto proselitistas. Cada una de estas agendas responde a una fase de apoteosis clerical que Mallios define como: premartirio, protomartirio, martirio y supermartirio.

Los fundamentos históricos, en los que se apoyan los protagonistas y el desarrollo de los hechos incluyen:

- Las cartas de los jesuitas misioneros a Felipe II, a Borja, y al gobernador de Cuba (Juan de Hinistrosa).
- La construcción de la misión y la traición de don Luis.

---

<sup>11</sup> Katherine Reding. “Letter of Gonzalo M. de Canzo, June 28, 1600.” *GHQ* 8: 228. A transcript is available in the Lowery Papers, “Florida,” vol. 6, Library of Congress, (*apud* Lewis 61).

<sup>12</sup> Seth W. Mallios. “The Creation of Ajacan’s Martyrs: Employing a New Analytical Technique on Early Colonial Narratives.” *Colonial Chesapeake: New Perspectives*. Eds. Debra Meyers y Melanie Perreault. Lanham, MD: Lexington Books, 2007. 3-19.

- El envío de provisiones con Vicente González en 1571.
- El episodio de los indios disfrazados y la captura de sus líderes.
- La venganza de Avilés.
- La interrogación al niño Alonso de Olmos, quien cuenta la masacre.
- El abandono de Ajacán en 1572.

Las fuentes históricas contemporáneas a los hechos son muy diversas; las que estudia Mallios están dirigidas a una audiencia jesuítica interesada en defender la idea del martirio; de ahí que la construcción del mito siga un crescendo que se apoya en símiles bíblicos para cimentar la narrativa del martirio;<sup>13</sup> entre otros, se destacan los paralelos bíblicos de las parejas de animales llevadas en el barco por los colonos y la penuria alimenticia que estos padecieron y que bien podemos asociar a las plagas de Egipto: “We find the land of Don Luis, he says, in quite another condition than expected, not because he was at fault in his description of it, but because Our Lord has chasastised it with six years of famine and death, which has brought it about that there is much less population than usual” (Lewis 39).

---

<sup>13</sup> Las fuentes de Mallios son: 1. Carta de Rogel a Francisco de Borgia (1572) escrita a bordo del barco de Avilés (premartirio); 2. Relación de Rogel (1590-1595); esta contiene muchos de los detalles de la carta anterior (protomartirio); 3. Relato de Pedro de Ribadeneira (1592); cuenta la historia de Ajacán en su libro *The Life of Father Francis Borgia, Third General of the Society of Jesus* (martirio bajo una perspectiva histórica); 4. Relación del padre Juan de la Carrera (1600); esta relación incluye detalles de la acalorada discusión entre Carrera y Segura (historia en contexto de martirio); 5. Relación de Bartolomé Martínez (1610); esta es particularmente interesante porque incluye lo que supuestamente fue una conversación directa entre él y Alonso de Olmos (historia en contexto de martirio); 6. Relación de Luis Jerónimo de Oré (1617-1620); (historia en contexto de martirio); 7. Relación del padre Francisco Sachini (1622); esta se incluye en su libro: *Borgia, the Third Party of the History of the Society of Jesus* (historia en contexto de martirio).

Según Mallios, es posible trazar las analogías bíblicas de la historia de don Luis desde las primeras narrativas de Rogel, quien incluye términos como “pagano” (don Luis); “Judas” (don Luis); “ovejas” (los misioneros); “lobos” (los indios algonquinos). La inclusión o exclusión de los siguientes elementos determinará la fase de desarrollo del mito: 1) don Luis es llamado “Judas”; 2) se usan las palabras “lobos” y “corderos” como metáfora; 3) se alude al martirio; 4) don Luis actúa como pagano; 5) hay una búsqueda desesperada para buscar alimentos; 6) don Luis a través del trueque negocia su camino de vuelta; 7) finalmente, se incluye un intercambio de mercancías para sobrevivir.

Las cuatro fases que Mallios identifica en la creación del mito de Ajacán son:

- Fase 1: solo incluye lo factual y no incluye lo moral; es la fase premártir.
- Fase 2: altera e idealiza; es la fase protomártir.
- Fase 3: selecciona los que serán datos que se vuelven temáticos; es la fase del martirio.
- Fase 4: dominada por metáforas emocionales a fin de conseguir un embellecimiento del tema; es la fase del supermartirio en la que lo que se busca es la santidad de los protagonistas y su heroísmo.

Mallios postula la creación del mito de Ajacán basándose exclusivamente en escritos de europeos y para europeos;<sup>14</sup> trae a colación la historia de san Ignacio, que era un guerrero dispuesto a morir por Dios, y nos recuerda que los jesuitas, al ingresar en la orden, juraban dar su vida por Dios si fuere necesario. San Ignacio comenzó su andadura en 1521, cuando participó como soldado para luchar contra la invasión france-

---

<sup>14</sup> Seth Mallios. “The Apotheosis of Ajacan’s Jesuit Missionaries.” *Ethnohistory* 52:2 (2007): 223-44.

sa de Navarra. Fue tras esta batalla, y mientras se recuperaba de sus graves heridas, cuando tuvo una visión religiosa que cambió el curso de su vida: “Christ is King, the saints are his knights.” Loyola peregrina a Jerusalén, escribe sus *Ejercicios espirituales* y funda la Compañía de Jesús en 1540.

Los datos sobre los que se construye el mito de los mártires de Ajacán son históricos, pero los textos que contribuyen a crearlo se remiten y se apartan simultáneamente de los hechos; y no por ello son necesariamente narraciones verdaderas o necesariamente falsas. En opinión de algunos críticos, es discutible que los ocho jesuitas asesinados en Ajacán fueran mártires, ya que la definición eclesiástica de mártir especifica que, para llegar a serlo, la persona debe haber dado su vida a cambio de no haber renunciado a su fe o a algún dogma de la doctrina que otros disputan. Esto hace que la canonización de los supuestos mártires de Ajacán sea extremadamente difícil.

Según Mallios, la violencia y martirio de Ajacán fueron motivados en parte porque los colonos y misioneros infringieron los protocolos de la “donación de regalos” y, para el indio, la violación del código de regalo se castigaba con muerte violenta. La historia o el mito de los mártires de Ajacán prosperó debido a varias razones, la más importante es que los jesuitas fueron los grandes propagadores de la cultura martirial de la época, y los jesuitas que hablaron sobre sus correligionarios de Ajacán fueron los primeros en argumentar que murieron por defender la fe. Así pues, era lógico establecer una analogía entre las muertes acontecidas en Ajacán y el martirio sufrido por los franciscanos en la Florida del siglo XVI, en las misiones de Tocobaga, Tequesta, San Agustín y San Mateo.

### **Perspectiva india y regulación del regalo.**

#### **Un ajuste de cuentas en Ajacán**

La perspectiva de los indios norteamericanos es indispensable para la reconstrucción del escenario de Ajacán. Mallios

trata de explicar por qué don Luis, quien había acompañado ya a varias expediciones de clérigos en Norteamérica, traicionó a los misioneros de Ajacán.<sup>15</sup> Lo más probable es que el indio don Luis, una vez lograda la confianza entre los estamentos de poder, elaborara un plan de huida y abandono y convenciera a los españoles para que lo llevaran de regreso a su tierra natal. Sin embargo, según Mallios, los nativos ejecutaron un plan ofreciendo un falso regalo (la promesa de ayudar a construir la iglesia); pero el sistema de donación y regalos y el incumplimiento de reglas no escritas sobre esto pudieron ser las causas detonantes del trágico y violento final de Ajacán y más tarde de Roanoke Island (1584-90). Entre los indios, los regalos no eran un gesto superficial y voluntario, sino que estaban regulados por una economía del regalo (“gift economy”) cuya comprensión, o falta de ella, tenía consecuencias palpables. John Smith, en Jamestown, dice Mallios, comprendió la importancia de la economía del regalo y logró sobrevivir; pero no ocurre lo mismo con los españoles en Ajacán.

Aunque sabemos bastante más de los powhatan y de los indios chesapeake que de los algonquinos de las Carolinas —la tribu de don Luis—, nos consta que los powhatan y los algonquinos eran sedentarios y tenían avanzadas técnicas de cultivo, pesca, caza y forrajeo; tenían una sociedad matrilineal, politeísta, polígama y con ritos mortuorios bien establecidos. Antes de la llegada de los europeos, los algonquinos de la costa atlántica valoraban el cobre y el hierro, entre otros minerales, y las cuentas de conchas y perlas. En su contacto con los europeos, los algonquinos se interesaron especialmente por los metales, herramientas y pequeños objetos decorativos; de ahí que estos indios mostraran su estatus ostentando adornos de cobre. Los colonos ingleses de Jamestown supieron aprovecharse de

---

<sup>15</sup> Seth Mallios. *The Deadly Politics of Giving: Exchange and Violence at Ajacán, Roanoke and Jamestown*. Tuscaloosa, AL: Alabama UP, 2006.

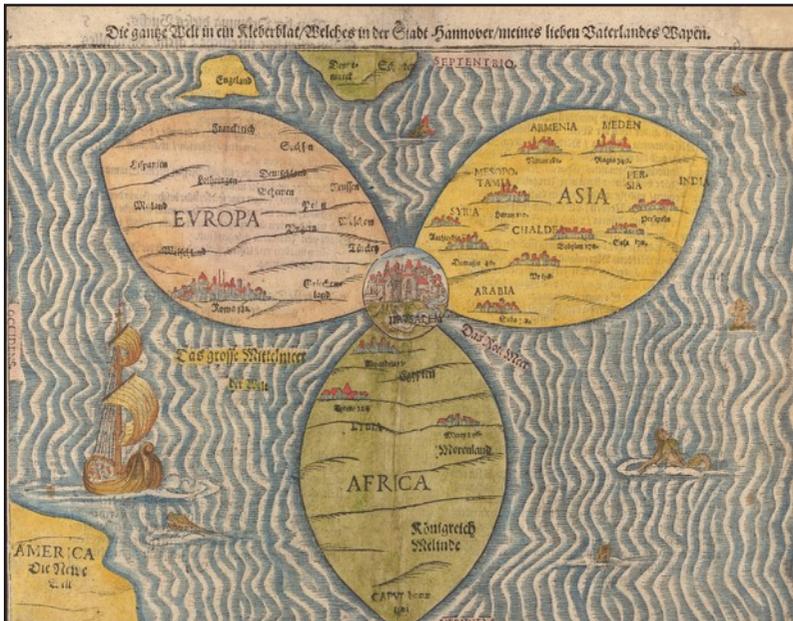
esta creencia e importaron objetos de cobre manufacturados y listos para el intercambio. Los ingleses, afirma Mallios, negociaron fundamentalmente con los powhatan, grupo indígena hablante de algonquino que contaba con más de 13.000 miembros distribuidos en unos treinta distritos en torno a los ríos James y York. Los powhatan tenían un sistema político definido, una elite de sacerdotes, prácticas mortuorias reguladas y un sistema de tributos centralizado; la sociedad estaba estratificada en tres niveles diferenciados: el jefe de la tribu y la elite política; los sacerdotes; y el pueblo bajo.

Teniendo esto en cuenta, hemos de considerar que, aunque tradicionalmente se ha justificado el fracaso colonizador de Ajacán y Roanoke por el choque cultural, la falta de defensa, la escasez de alimentos y la inclemencia climática, hay que añadir que la inadecuada práctica cultural del intercambio de regalos pudo ser un factor fundamental, ya que estos expresaban generosidad y obligación (Mallios 25). El regalo supone que hay que dar, recibir y reciprocarse; la negligencia en una de estas tres obligaciones supone la pérdida de estatus social. En la cultura indígena, la economía del regalo no tolera el rechazo de uno de ellos, y en la cultura algonquina, específicamente, se supone que el regalo retiene parte del alma del donante; de tal suerte, para los algonquinos los regalos son entes vivos, y la falta del receptor en reciprocarnos hacía que los infractores pasasen a ser esclavos y deudores de los donantes.

En este contexto, los jesuitas que residieron en Ajacán infringieron continuamente el código del regalo y quizá su más grave incumplimiento fue la falta de reciprocidad tras la entrega de don Luis, el hijo del cacique, el cual, según los padres Oré y Sacchini, se fue voluntariamente con los españoles y no fue raptado: “The Spanish leader promised more exotic gifts upon the Algonquian prince’s return” (Mallios 39). Es decir, don Luis “fue un regalo” al que los españoles no correspondieron debidamente. Solís de Meras en su *Memorial* se refiere igualmente a la entrega voluntaria de don Luis.

Los algonquinos habían entregado “como regalo” a don Luis y el padre Segura había llevado consigo ricos cálices, ornamentos y vestimentas a Ajacán, todo ello era intercambiable según las leyes consuetudinarias. Carrera había objetado que los jesuitas llevaran tan suntuoso cargo para establecer la misión de Ajacán, pero no logró evitarlo; Carrera temía que la ostentación clerical induciría al robo. Lo interesante es que, en la práctica, los jesuitas estuvieron viviendo de la caridad de los indígenas, “their supplies consisted almost entirely of religious goods, used exclusively for sacred purposes” (Mallios 45); con lo cual el balance del intercambio de productos muestra un claro desequilibrio en perjuicio de los indios: de 1565 a 1572, el número de intercambios entre indios y misioneros oscila entre 1 y 31, produciéndose el mayor número en 1572; cada intercambio tuvo sus consecuencias y el del hijo del cacique obviamente tuvo las más trágicas (Mallios 56).

**Capítulo V**  
**Política y ficción sobre la costa atlántica.**  
**El discurso hispanobritánico**



El mundo según Heinrich Bünting. Mapa de 1581 que ubica el Nuevo Mundo en el margen inferior y sitúa a Jerusalén en el centro de Europa, Asia y África.

## EL REPORTE, LA HISTORIA FINGIDA Y LA HISTORIA VERDADERA: LA FLORIDA DE ESCOBEDO

Las cartas de los jesuitas y documentos de los franciscanos y dominicos sobre la costa atlántica, los relatos de Francisco Chicorano y de don Luis el indio, los testimonios de Pedro Menéndez de Avilés, Lucas Vázquez de Ayllón, Tristán de Luna, Juan Ponce de León, fray Alonso Gregorio de Escobedo, Gabriel Díaz Vara Calderón y Ángel de Villafañe, con algunas excepciones, no ocupan un lugar preferente en los cursos de literatura colonial de los departamentos de español entre las crónicas del sureste norteamericano, se da prioridad a Cabeza de Vaca, Hernando de Soto, Garcilaso el Inca y Gonzalo Fernández de Oviedo, quien despunta por la declaración política del prefacio a su *Historia general y natural de las Indias* (1535-1557). En contrapartida, los textos de Arthur Barlowe (1550-1620), Ralph Lane (1530-1603), Thomas Harriot (1560-1621) y John White (1540-1593) son parte central del canon histórico y literario de la Temprana Modernidad norteamericana y se estudian y valoran como documentos al servicio de la propaganda política isabelina en la costa atlántica.

En los primeros años de la década de 1580, *The Tiger Journal of the 1585 Voyage* documenta el viaje de Richard Grenville a Virginia como un testimonio político al que sigue el relato de Arthur Barlowe –*Captain Arthur Barlowe's Narrative of the First Voyage to the Coasts of America*–<sup>1</sup> que

---

<sup>1</sup> Henry S. Burrage, ed. *Early English and French Voyages Chiefly from Hakluyt 1534-1608*. New York: Charles Scribner's Sons, 1906. 225-41.

fue corroborado por dos de sus compatriotas, John White y Raphael Holinshed, y por dos españoles, Diego Hernández de Quiñones y Hernando de Altamirano (capitán de la guardia en el virreinato de México durante la época de Luis de Velasco). También Pedro Díaz, un piloto español capturado por los ingleses, escribió su testimonio favorable sobre Roanoke en 1586.<sup>2</sup> Otros colonos ingleses que dejaron eficaces informes sobre la fundación de Jamestown fueron: John Smith (1580-1631), George Percy (1580-1632), Gabriel Archer (1574-1610), Edward Maria Wingfield (1550-1631), Henry Spelman (1559-1623), William Strachey (1572-1621) y Ralph Hamor (m. 1626). Lo interesante es que muchos de los cronistas ingleses se sirvieron de las traducciones de la obra de Oviedo, la cual muy tempranamente fue vertida al francés, inglés, toscano, turco, alemán, latín, árabe y griego; de hecho, Juan Bautista Ramusio (1485-1557) la incluyó parcialmente en sus *Navegaciones y Viajes*.

Como bien sabemos, las crónicas e informes ingleses y españoles del siglo XVI son textos híbridos que oscilan entre la crónica y la novela; en 1508, ante la proximidad de ambos géneros y ante las muchas coincidencias entre las aventuras caballerescas y las aventuras vividas en el Nuevo Mundo, Garcí Rodríguez de Montalvo propuso la ya aludida distinción entre historia verdadera, historia fingida e historia de afición. El refundidor de *Amadís* y autor de *Esplandián* define la primera de estas clases como narrativa sobre hechos reales y con testigos oculares, mientras que la historia de afición es una visión parcial de la historia verdadera y la historia fingida incluye lo real-maravilloso y corresponde a lo que nosotros llamamos ficción. Estos tres modelos de historia medieval coexisten en las crónicas del Nuevo Mundo; en

---

<sup>2</sup> “Scattered details of Roanoke’s 1586 Second Colony came from Pedro Diaz, a captured Spanish pilot, who learned of Roanoke events on the basis of what the English ship’s crew told him while docked in the Carolina Sounds” (Mallios. “*The Deadly Politics of Giving*” 8).

cierta medida, los aspectos novelescos (historia fingida) y las versiones partidistas de la historia (historia de ficción) se integran dentro de la narración de la historia (verdadera) de la costa atlántica norteamericana.

Un buen ejemplo del hibridismo entre historia-novela-reporte-ficción es *La Florida* de Alonso de Escobedo, publicada entre 1587 y 1593, al cual yo considero el primer poema épico de los Estados Unidos. Esta obra comienza narrando la vida y milagros de san Diego de Alcalá, prosigue con la vida de su discípulo san Francisco Javier, relata la revuelta de los indios guale y los enfrentamientos de españoles, ingleses y franceses en su pugna por el dominio del Atlántico Norte; continúa la obra de Escobedo contando el enfrentamiento de Pedro Menéndez de Avilés y Jean Ribault; y termina con la historia de la Virgen María.

En el canto 29 del volumen II, Escobedo narra el asentamiento de los franceses en el fuerte San Mateo (Fort Caroline o Charlesfort) de La Florida y se refiere a la guerra franco-española que esto provoca. Escobedo describe cómo Felipe II toma cartas en el asunto y cómo se fragua el enfrentamiento entre Menéndez de Avilés y los hugonotes de Jean Ribault; Escobedo se pone a sí mismo como testigo de los hechos y declara que la suya es una historia verdadera:<sup>3</sup> “la historia de verdad irá adornada/ según que en memoria fragile cabe,/ sin quitar ni poner en ella nada,/ que quitar o añadir es caso grave./ Más diréla según fue averiguada/ y adonde sucedió y de

---

<sup>3</sup> Como aclara Alexandra Sununu, los hechos ocurrieron veinte años antes de la llegada de Escobedo a Florida, es muy posible que el relato se base en el testimonio de quienes participaron en los acontecimientos de 1565 y que siguen a las hazañas de Ribault –fundación de Charlesfort en lo que hoy es Puerto Real en Carolina del Sur (1562) y que duró poco tiempo– y René Laudonnière, que siguiendo a Ribault fundó otra colonia que los españoles llamaron San Mateo y que estaba cerca del Río San Juan en el Norte de La Florida (v. n. 2 y 4 p. 582-83). Menéndez de Avilés llamó San Mateo a los dos, al fuerte y al Río San Juan, al que también los franceses llamaron “río de mayo” (Sununu, n. 15, 586).

quién lo sabe/ al discreto lector cuando quisiere/ della gustar si acaso la leyere” (vol. II, canto 29, vv. 17-24). No escapa a la observación de Escobedo que su historia habrá de competir con el favor del público lector que estaba entusiasmado con las novelas: “Bien creo yo por cosa clara y cierta./ gustará más el vulgo de oír ficciones, abriendo a todas ellas franca puerta./ y no las *verdaderas relaciones*,/ porque al humano gusto más despierta/ oír de amor sonetos y canciones/ que los golpes de Marte riguroso/ que privan de contento y de reposo” (vol. II, canto 29, vv. 25-32, énfasis mío).

Este poema es muy extenso, ocupa tres volúmenes y tiene más de 700 páginas en la edición de Alexandra Sununu; sin embargo, Escobedo dice que “es breve”, lo cual, creo yo, quizá se deba a que Escobedo esté considerando solo la última parte del mismo cuando dice que la suya es una historia breve e independiente de la susodicha batalla franco-española: “Este [Ribault] robó a españoles mil despojos./ que siguen de continuo la Carrera/ del Occidente donde traen la plata./ como *mi breve historia* lo relata” (vol. II, canto 29, vv. 61-64, énfasis mío).

Al comienzo de *La Florida*, el héroe épico destacado por Escobedo fue Mio Cid, pero al final del canto 29, tras contar la derrota de Ribault, Escobedo cita como prototipo de héroe a Bernardo del Carpio, contrafigura española de Roldán en la Guerra de la Reconquista. De modo que, bajo la pluma de Escobedo, se igualan los hugonotes de la Temprana Modernidad de la costa atlántica y los musulmanes de la Edad Media española, y se adorna el final de la épica floridana trayendo a colación a los tres caciques más poderosos de la *Araucana*: “Dígalo el moro, el turco, el luterano./ canten tus altos hechos en la China;/ y Rengo y Tucapel, Caupolicano./ que cada cual pensando en tí se indigna./ De Londres nos lo diga el cortesano, y el valor de los pares que ilumina/ la bandera de flores adornada/ que ganó Bernardo con su espada” (vol. II, canto 29, vv. 61-64, énfasis mío). En mi opinión, el canto 29 pudo

ser concebido como un texto independiente, y esta hipótesis parece demostrable por el comienzo y final del mismo que enmarcan esta parte de la obra de un modo similar al que consta en los cantos I y II del *Cantar de Mio Cid*. El comienzo de Escobedo declara cuáles fueron los hechos que se van a contar y el final es un cierre que no anuncia la continuación del relato: “Finalmente, nación brava española, / tus grandes hechos y proezas cante, [...] Sois única en valor, señora y sola” (vol. II, canto 29, vv. 465-470) y “finalmente, murieron a las manos/ de la nación de España esclarecida/ [...] Ya medianoche en punto los cristianos/ hicieron Guerra al cruel pueblo homicida/ a fuego y sangre. Y yo la hare otro día/ al vicio de la infame idolatría” (vol. II, canto 29, vv. 377-84). Con estos versos concluye el volumen II y lo que se narra en el tercero, la vida de la Virgen, tiene poco que ver con la conquista de La Florida, pero es uno de los temas predilectos de los franciscanos: la defensa del dogma de la virginidad de María, en cuyo honor fueron nombradas Maryland, Saint Mary y la Bahía de Santa María.

Formalmente, *La Florida* de Escobedo y la épica castellana comparten la posible independencia de sus cantos –especialmente para el tercer cantar, el del juicio contra los infantes de Carrión del *Cantar de Mio Cid*. La monumental obra de Escobedo, publicada por primera vez en su totalidad en 2015, es un poema épico culto –lo mismo que la versión que conservamos del *Cantar de Mio Cid*– ; es el primero de este género en español referido a las colonias originales de la costa atlántica y, en mi opinión, es parte de una trilogía épica poética a la que pertenece *La Araucana* (1574-1589) de Alonso de Ercilla, cuyo antecedente peninsular fue el *Cantar de Mio Cid*. Por esta razón, considero que *La Florida* de Escobedo (1587-1593) inicia la conexión de la literatura norteamericana con Europa. Escobedo tiende el puente literario transatlántico al norte de Nueva España, integra la esencia literaria de la tradición cuatrocentista y quinientista peninsular e incorpora

los temas más relevantes de su época trasladándolos a la costa atlántica norteamericana.

En esta obra que intenta ser historia verdadera, hay alusiones a los tópicos preferidos en la literatura castellana del siglo XVI. El primero que destaca es *la fama*, que encuentra dilatada expresión en las *novelas de caballería*:

¿a quién adora el mundo novelero, / pregunto el loco mundo, a quién adora? [...] pero al Rey más valiente y más guerrero/ si en la suya maldades atesora/ adóranle en el mundo? No, por cierto, / ni vive su memoria en siendo muerto” (vol. I, canto 4, vv. 160-224); “despertó el caso mil varones/ de la provincial de Guale opulenta,/ amigos de novelas e invenciones” (vol. II, canto 11 vv. 489-4910); [y sigue] “Los que el mundo renuncian como Diego/ pretenden para Dios eternal fama/ fama que se la quita el hombre ciego/ y porque lo es, hipócrita se llama” (vol. I, canto 4, vv. 200-204).

En *La Florida* también están presentes otros temas favoritos de los siglos XV y XVI peninsulares; la *danza de la muerte*, aquí asociada a los *viajes y naufragios*:

Y cuando llegue el fin, que ver no quieres,/ verás ser vanidad cuanto gozaste,/ vano es, por cierto, vano es el pecado,/ pues, queda el que lo hizo avergonzado./ Enseña en esto el sabio al Rey más fuerte,/ ser vanos los placeres desta vida,/ al que tiene memoria de la muerte/ que el género humano es homicida (vol I, canto 4, vv. 9-12 y ss.).

Se incluye un *planto* (vol. II, canto 12, vv. 432 y ss.); se menciona la venida a América como *peregrinación* (cruzada): “porque la cruz llevaba por bandera/ por ser de Jesus Cristo fiel soldado. / Llévela todo fraile de manera/ que de mano de Dios sea coronado” (vol. I, canto 3, vv. 353-356).

Se destaca también el papel de la *fortuna*: “Cuando la varia diosa levantara/ al hombre en lo más alto de la luna,/ debe temer, y es justo que rrepare/ por ser siempre mudable la fortuna” (vol II, canto 15, vv. 5-8 y ss.).

Se menciona al cuerpo como casa del alma: “es la *casa del alma* el cuerpo humano” (vol I, canto 1, v. 713). Se destaca

la *justicia*: “con el glorioso Diego por ser justo” [...] ¿Qué suerte es la del justo? (vol. I, Canto 3, vv. 273-281); se alude a la *nobleza cántabra* (vol II, canto 12, vv 193 y ss); se elogia a los *reyes godos* (vol. I, canto 10, v. 350); se incorporan *figuras mitológicas*: Orfeo (vol I, canto 10, v.335; vol. II, canto 12, v. 269), Marte (vol. I, canto 10, v. 437; vol. II, canto 11, v. 492; vol II, canto 13, v. 21), Neptuno (vol. II. Canto 16, v. 135), Apolo (vol II, canto 11, v. 241). Y, finalmente, emerge el elogio del héroe como un *Cid*: “antes fue como un Cid el adversario” (vol. II, canto 14, v. 430), “con único valor extraordinario, / más de un Cid Campeador que de Canario” (vol. II, canto 16, vv. 199-200).

Otros temas candentes que también tienen cabida en *La Florida* de Escobedo están relacionados con el erasmismo de la época: *la fe con obras* “tenéis lo que tundra el que tuviere/ la fe con obras, como Dios lo quiere” (vol. I, canto 3, vv. 447-8); y los peligros que Erasmo llamó “pecados de lengua”, entre ellos la *maledicencia* y difamación que quitan *la fama y la honra*:

Y tú, lengua infernal, navaja aguda, / ¿cómo curas la honra del llagado? / Déte su gracia Dios que al hombre ayuda para que a nadie dejes infamado./ Si fuera esa tu lengua, hermano, muda/ no cometieras tan atroz pecado./ No merece perdón aquel que quita/ al próximo la honra, o la marchita./ No perdona el Señor tan gran agravio/ como es quitar la fama a la casada/ si no es que el picador, como hombre sabio./ vuelve la honra que le fue quitada (vol. I, canto 5, vv. 25-36 y ss.).

La difamación, como un *pecado de lengua*, da muerte en vida “Si en manos de la lengua está la vida/ del varón que en hablar es concertado, / luego en las de la muerte la perdida/ del que en la suya nunca fue templado” (vol. II, canto 20, vv. 5-8). En oposición a ello, *la sacralidad del silencio puede llevar a Dios*: “dará la muerte al que navegare/ si al remo del silencio no escapare” (vol. II, canto 20, vv. 23-24).

Todo lo antedicho abraza estéticamente el relato histórico de la rebelión de los indios guale, en las tierras de Ayllón. Es-

cobedo, en el canto 12 del volumen II, habla de la poligamia, entre otras costumbres de los indios guale (vol. II, canto 12, vv. 41 y ss.) y también habla de las peticiones de ayuda a Felipe II, (vol. II, canto 12, vv. 297 y ss.). Escobedo se pone como testigo de los hechos: “que doy fe dello porque soy testigo” (vol. II, canto XII, v. 304); y alude a la falsía de los indios guale que acabarían dando muerte a los franciscanos cuyos padecimientos describe puntualmente Escobedo en este canto: “[predicaba] al ignorante indio negligente/ que la ley evangélica ignoraba;/ y por esta ocasión el insolente/ darle la muerte al santo procuraba” (vol. II, canto XII, vv. 307-310).

Escobedo declara que su poema es una memoria literariamente presentada como un poema épico, y que el autor quiere ser breve; intento que, como apunto, quizá debamos relacionar con la autonomía de este canto respecto a los que integran la totalidad de la obra:

Que me inspiró mi libro os dedicase  
 Por ser fraile menor menesteroso,  
 porque mi pobre y rota nave hallase  
 el puerto de su pecho valeroso,  
 y hallándole con viento en popa entrase  
 en él, pues dais favor al religioso,  
 como le pido yo a mi *historia*,  
 porque haya destes *mártires memoria*.

Y porque ya la mía va cansada  
 por ser el tiempo largo que ha cantado,  
 será razón dar fin a mi jornada,  
 llorando la maldad de mi pecado,  
 y al gran Jesús que me crió de nada,  
 que fue por mí en la cruz crucificada,  
 pedir y suplicar por Su [sic] clemencia  
 de mis delitos sane la dolencia.  
 (vol. II, canto 12, vv. 745-760, énfasis mío)

[...]

porque pretendo hacer breve jornada,  
 por ser siempre la opuesta muy pesada  
 (vol. II, canto 14, vv. 479-80, énfasis mío).

### Tres puntos de vista: *The Tempest* de Shakespeare frente a *La Florida* de Escobedo y al *Memorial* de Avilés

Los cronistas europeos desempeñaron un papel primordial en el debate sobre el derecho a las tierras descubiertas; secundariamente, sus escritos nutrieron la ficción internacional de tema histórico y esta, a su vez, tomó vida propia. Tal es el caso de *The Tempest* (1610-1611) de William Shakespeare, obra que durante más de 200 años –desde 1808 hasta 2011– ha sido exclusivamente vinculada con obras inglesas referidas a la fundación de Virginia y, en el proceso, se ha omitido que Shakespeare se inspiró en la *Historia índica* (1572) de Pedro Sarmiento de Gamboa.

Entre otros, los antecedentes que se citan para la obra de Shakespeare son *The True Repertory of the Wreck* (1610), relato de William Strachey que fue publicado en *Samuel Purchas his Pilgrimes* (1625); en *Discovery of the Bermudas* (1610) de Sylvester Jourdain; y en *True Declaration of the State of the Colonies in Virginia* (1610) del Council of Virginia. Sin embargo, hace apenas unos años, Peter McIntosh publicó un estudio en el que expuso paralelos textuales irrefutables entre las obras de Gamboa y de Shakespeare; para tal fin, McIntosh cotejó los textos de ambos escritores y puso en evidencia la deuda del británico hacia el español.<sup>4</sup> McIntosh prueba que el vocabulario y formulación de los hechos en *The Tempest* están mucho más próximos a la crónica de Gamboa que a la obra de Strachey.

Los datos que ofrece este investigador angloamericano son abundantes. Además del aludido paralelo textual, McIntosh aduce que no hay ninguna evidencia de que la descripción del naufragio de las Bermudas de Strachey, en el que

---

<sup>4</sup> Peter McIntosh. “Storms, Shipwrecks and South America: From Pedro Sarmiento de Gamboa’s *Voyages* to Shakespeare’s *The Tempest*.” *Colonial Latin American Review* 20.3 (2011): 363-79.

se ha defendido que se basó Shakespeare, circulara antes de 1611; es más, el propio Strachey escribe en 1612: “that his account was not written or in circulation by that time” (McIntosh 376). En cambio, está documentado que el relato de Gamboa circuló traducido en Londres después de que el autor fuera capturado en 1586 por corsarios ingleses, *quienes robaron su diario*; y este fue conocido tanto por miembros de la corte como por los asociados de William Cecil, lo cual habría permitido que el diario llegara a manos de Shakespeare (McIntosh 377, énfasis mío).

*The Tempest* es el eslabón documental con el que el pasado inglés se incorpora –oficialmente– a la historia literaria norteamericana y al nacimiento de los EE. UU. como país, proceso que comienza cuando Charles II fue declarado rey de Virginia.<sup>5</sup> *The Tempest* se ha usado como punto de partida para la (re)construcción de un pasado norteamericano exclusivamente británico y monárquico en la costa atlántica y, a través de Shakespeare, es posible establecer una continuación de la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth,<sup>6</sup> obra en la que se entronca a la monarquía británica con el rey Arturo y con los caballeros de la Tabla Redonda.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Es amplia y diversa la historia de “Long live Charles the Seccond, by the grace of God King of England, Scotland, France, Ireland and Virginia and of all the territories thereunto belonging, defender of the faith etc.” Una de las versiones cuenta que Thomas Batts, Thomas Woods y Robert Fallows iban acompañados por el indio Penecute de la tribu de los apomatack, y el 1 de septiembre de 1671 salieron de expedición desde Okenechee (Virginia) hacia el oeste, después de unos días, el día 17 del mismo mes, grabaron dicho lema en los árboles de un bosque.

<sup>6</sup> Y este es el tan usado tópico de la *traslatio imperii* que en el siglo XIII, desde la *Estoria de España* de Alfonso X, estaba a la mano de todos los cronistas castellanos.

<sup>7</sup> Hollywood no cesa en su enaltecimiento de la leyenda del rey Arturo y la creación del fervor hacia el pasado bretón que el público angloamericano considera como propio.

Si bien los personajes artúricos no pueden reubicarse cronológicamente, sí es posible ir desde la historia fingida hasta la historia de afición haciendo una *traslatio* de la historia británica y de sus leyendas. Y así consta en *The Tempest* y en la geografía de América del Norte, donde la historia fingida, la epopeya clásica y la historia de afición pasan a la historia verdadera a través de toponimios como: Avalon (NJ), Camelot (The Kenedy's compound), Ithaca (NY), Atenas (GA), Syracuse (NY), Troy (MI), Mount Olympus (WA); Olympia (WA), Euclid (OH), Utica (NY), Ithaca (NY), Romulus, (MI), Ovid (MI), Pompeii (MI), Dante (VA), Ulysses (PA), etc. Cada uno de estos topónimos conlleva una historia que contribuye a crear la de los EE. UU., y en su narrativa encontramos dos constantes: siempre se habla del "nacimiento" del país a partir de las colonias inglesas originales ("The birth and independence of the thirteen original colonies") y se relata la expansión de la frontera desde el este hasta el oeste del continente como una suerte de cruzada estamental ya que los indios *habitaban pero no poseían la tierra*. *The Tempest* es el epítome literario del triunfo anglo sobre "la barbarie", cuyo dominio sobre los territorios y asentamientos de otras culturas, llevado a la geografía de los EE. UU., va marcado con signo positivo y apunta hacia la liberación y la idealización de la tierra virgen que espera al esposo ideal que se describe en *Hakluytus Posthumus or Purchas His Pilgrims* (1625).

Los primeros textos literarios que cuentan en castellano la experiencia española en La Florida, y que ni mucho menos tuvieron el patrocinio que recibió *The Tempest*, fueron: el de Bartolomé de Flores, quien publicó su *Obra nuevamente compuesta* que consta apenas de 347 versos de décimas y un villancico sobre La Florida (Sevilla, 1571); *La Florida* de Escobedo y la *Relación* del padre fray Luis Jerónimo de Oré; mucho mejor suerte editorial tuvieron *La Florida* del Inca Garcilaso, y el *Memorial* de Avilés, obras que han sido ampliamente estudiadas y que, por esta razón, no trato específicamente en

este libro. En las mismas encontramos textos que representan los tres modelos de historia que describió Montalvo; siendo la historia fingida *The Tempest*, la historia verdadera el *Memorial de Avilés*; y la historia de afición *La Florida* de Escobedo y la *Relación* del padre fray Luis Jerónimo de Oré.

### ***Relación de los mártires de La Florida del padre fray Luis Jerónimo de Oré***

La *Relación de los mártires de La Florida* del padre fray Luis Jerónimo de Oré (c. 1619) merece un lugar de honor en la historia de la costa atlántica y en sus antologías literarias, y ha recuperado hoy su protagonismo gracias a la reciente edición de Raquel Chang-Rodríguez (2014).<sup>8</sup> Luis Jerónimo de Oré, oriundo de Perú, da información de primera mano sobre los jesuitas asesinados por los indígenas en la Bahía Chesapeake, y es muy posible que para concretar su obra recaudara información del soldado Jaime Bartolomé Martínez que estuvo en La Florida y acabó residiendo en Potosí.<sup>9</sup>

El padre Oré capitalizó las ventajas que le ofrecía su estatus clerical; viajó a España, y en Córdoba conoció a su compatriota Garcilaso de la Vega, con quien entabló tanta amistad que de él recibió cuatro copias de *La Florida del Inca* (1605) y otras cuatro de los *Comentarios reales* (Primera parte, 1609).

---

<sup>8</sup> Raquel Chang-Rodríguez. *Relación de los mártires de La Florida del P. F. Luis Jerónimo de Oré (c. 1619)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014.

<sup>9</sup> “Para 1600 Cuba, La Florida y Venezuela integraban la provincia de Santa Cruz, con sede en Santo Domingo. En 1609 La Florida y Cuba se constituyen en custodia bajo fray Pedro Ruiz; y para 1612 se establece la provincia franciscana de Santa Elena que incluía varios conventos en Cuba y un noviciado en La Habana. Fue en esta época de inicio del auge floridiano de la orden seráfica cuando Oré recibió la invitación para preparar catequistas dispuestos a predicar el Evangelio en esas tierras” (Chang-Rodríguez 29).

En su *Relación*, Oré narra en detalle la traición de don Luis y, en varias ocasiones, se pone a sí mismo como testigo. Algunos críticos consideran que esta es una obra menor destinada a los miembros de la orden seráfica, pero en realidad es una obra de mayor alcance; en mi opinión, esta es, en realidad, uno de los pilares histórico-literarios de Norteamérica. Todavía hay desacuerdos sobre la fecha en la que esta obra fue compuesta y publicada: parece que en 1607 se publicó en latín en Nápoles; otras fechas posibles propuestas para su edición han sido 1604 y 1612. Raquel Chang-Rodríguez afirma con respecto al único impreso de la *Relación* que se ha podido localizar en los EE. UU. —el perteneciente a la colección Durand en los fondos de las Hesburgh Libraries de la Universidad de Notre Dame— que según evidencia interna, la fecha de su publicación fue 1619.<sup>10</sup>

El relato de Oré es un monumento literario y documental e incluye en similares proporciones lo episódico, lo histórico y lo novelesco. De los habitantes de La Florida capturados por Avilés nos dice Oré: “los indios [...], aunque llegaron a Santo Domingo, se dejaron morir de tristeza y hambre que no quisieron comer de coraje por el engaño que, debajo de amistad, se les [h]abía hecho” (Chang-Rodríguez 92); Oré incorpora datos procedentes de la hagiografía: “a los cuales [clérigos] hizo Dios tanta merced que entre aquellos infieles llegaron a hacer Milagros en nombre de Cristo, como lo pondera el padre José de Acosta” (p. 93); el autor entreteje lo cotidiano y lo popular con el relato histórico, del mismo modo que en el siglo XIII el maestro Gonzalo de Berceo lo hiciera en los *Milagros de Nuestra Señora*. Así, por ejemplo, Oré dice que don Luis abandonó a los jesuitas aduciendo este razonamiento:

[don Luis se fue] a buscar castañas y nueces a un pueblo suyo que estaba a cuatro leguas de allí y que vendría muy presto dentro de tantos

---

<sup>10</sup> La *Relación* de Oré fue traducida por Maynard Geiger, O.F.M., *The Martyrs of Florida (1513-1616)*, lleva introducción bibliográfica y notas, y fue publicada en Nueva York por Joseph F. Wagner Inc., 1936.

días [...] Llegado al lugar a donde los demás estaban, dijo el cacique don Luis que los padres quedaban atrás con los indios que traían las castañas y nueces para su regalo, que llegarían por la mañana. Y que pues el día siguiente era fiesta tan sole[m]ne de nuestra Señora de la Candelaria, quería ir con todos los indios a cortar madera para hacer una iglesia a la Virgen, y que dijese la misa de mañana, y le diese los machetes, hachas y otras herramientas para repartirlas entre los indios (Chang-Rodríguez 105-6).

A este relato le sigue la descripción de la masacre de los jesuitas de Ajacán, y para enriquecer la narración con los tópicos que más atraían al público lector u oyente de la época, Oré añade aportes personales como el detalle de un milagro que impidió que los indios se llevasen las reliquias de los frailes: “Quiso un indio dar un golpe con una hacha en la caja y levantando los brazos y cogiendo aire para hacer el golpe, se cayó muerto, con lo cual temieron todos los otros y no osaron llegar más a ella” (Chang-Rodríguez 109). Termina dicha narración diciendo: “Y como los indios fueron señores de la tierra y de esta abominable traición, lo fueron también del secreto pa [r/]a que no lo supiesen los españoles, y así no se descubrió ni divulgó hasta el año siguiente y pasó de esta manera” (Chang-Rodríguez 110).

Como ya dije, Oré cuenta en el cuarto capítulo de su *Relación*, “Cómo se descubrió la traición/ de los indios y muerte de los religiosos”, un relato que tiene un gran parecido con la historia de la versión inglesa de Pocahontas y el capitán John Smith: “llegados a la bahía hallaron dos indios del cacique con quien se [h]abía amparado Alonso de Lara de la furia de don Luis sacándole una sobrina del mismo cacique de noche porque no lo matase su tío” (Chang-Rodríguez 112). Las cifras y los detalles sobre la vida cotidiana añaden verosimilitud a lo histórico y credibilidad a lo imaginario: “convidolos el capitán a comer melado y bizcocho que llevaban y estando al mayor gusto, salieron debajo de cubierta los soldados y prendieron trece indios de los más principales y mataron más de veinte” (Chang-Rodríguez 112).

El padre Oré menciona los intentos ingleses de apoderarse de la bahía: “Por el año de 1585 se tuvo noticia de que el inglés [sir Walter Raleigh] vino a poblar la costa de Jacán” (Chang-Rodríguez 122) y dice así Oré de la subsiguiente reacción española: “[el capitán Vicente González fue enviado en 1588 para que] fuese corriendo la costa hasta la bahía de la Madre de Dios del Jacán, y procurase tomar lengua y reconocer la población y fortificación del inglés” (Chang-Rodríguez 125). También en la *Relación* de Oré se citan algunos topónimos hoy desaparecidos –“Ensenada de Carlos” que se identifica claramente con Tampa Bay–, se habla del “Descubrimiento del Jacán”, y del bien conocido Alonsito o Aloncito –también llamado Alonso de Olmos o Alonso de Lara–, Oré habla de Juan de Lara, hermano menor de aquel y confirma que ambos eran hijos de un colono de Santa Elena –con lo que les cabe el honor de ser los primeros criollos documentados en la costa atlántica norteamericana, veintisiete años antes que Virginia, la hija de John White nacida en Roanoke en 1587. Si Alonsito tenía diez años en 1570, este habría nacido en 1560 y sus padres (o abuelos) debieron llegar con las expediciones de Ayllón o con los colonos de Avilés. Oré cuenta que fue un soldado, quien se había apartado del grupo para hacer sus necesidades, quien descubrió a Alonsito:

fue entre unos matorrales a una necesidad [...] vio venir a Alonso de Lara, el que rescataron en el Jacán [...] Y estando Juan de Lara y otros muchachos vieron venir por un pantano [a] un hombre desnudo al cual acudieron corriendo por saber quien era. Y conocieron que era Calderón, que así se llamaba el soldado, el cual les dio relación de la muerte y desgracia de todos sus compañeros [...] Asimismo, en este tiempo estaban en la lengua de Guale tres soldados que habían ido a rescatar, y una india les dio aviso que los indios los querían matar, que se fuesen a Santa Elena, y aquella noche se partieron sin ser sentidos de los indios. Y [a] cuatro leguas de allí [h]abía un estrecho que apenas cabía una canoa donde los encontraron indios de Escamacu los cuales traían a los caciques de Guale veinte cabezas de muertos para presentársela; [los indios de Escamacu] prendieron [a] los tres soldados y volviéronlos a

Guale donde los mataron. Y así estaba toda la tierra de Guale amotinada y levantada (Chang-Rodríguez 116-17).

Oré denuncia la amenaza inglesa, “Que por ser verdadera y tan necesaria la descripción de esta Bahía de la Santa Madre de Dios y puertos con la graduación y rumbos en este derrotero para cuando su majestad sirviese de mandar limpiarla de ladrones que la [h]an ocupado y se [h]an fortificado en ella tiempo de [h]ace treinta años [me] pareció detenerme en ella” (Chang-Rodríguez 130). El relato que copio por extenso a continuación es un cuento interpolado que bien podía servir para animar a sus correligionarios y a posibles futuros colonos:

El padre Avila estaba en su doctrina, [a] donde fueron los indios con intención determinada de matarle; llegaron de noche y, como lo hallasen recogido llamaron a la puerta fingiendo que le traían una carta de su prelado. Respondió que a la mañana se la darían porque ya estaba con temor de [h]aber sabido que [h]abían muerto al padre Corpa. Porfieron los indios en que abriese, y el respondió que no era hora de abrir hasta mañana por la mañana, que se fuesen con Dios que ya estaba recogido. Los indios comenzaron con violencia a querer abrir la puerta lo cual de hecho hicieron y, viéndose el religioso en este peligro, se puso tras de la puerta. Y como no [h]abía luz, entraron de golpe a saquearle su pobreza y, con la codicia que llevaban, no dieron con el sacerdote el cual se [h]abía huido de la furia de los indios y metiéndose en un juncal. Buscaronle con cuidado y hallándole, porque le pudieron ver con la luna, le flecharon con tres flechas que lo dejaron por muerto, y le pasaron la mano derecha con la una, y con otra le dieron en los [h]ombros, y otra le paso un muslo. Luego llegó a él un indio fingiendo caridad a quitarle el hábito, diciéndole, “daca ese hábito que está lleno de sangre y te le hare lavar”. Quitósele para envolversele y quedó el religioso desnudo. Con todo, le fue de provecho el indio que era caciquillo pues por entonces le libró de la furia de los demás y así no le mataron, persuadiéndoles que lo llevarán para darle otra muerte más cruel o que quedase cautivo para que les sirviese, pues ya en el juncal lo dejaban por muerto. Ataronle los brazos y llevaronle cautivo a los pueblos de los infieles, con indios de guardia que lo llevaron.

Es cosa increíble lo que este religioso pasó en un año que estuvo cautivo entre aquellos bárbaros, desnudo, donde hace un invierno tan ri-

guroso [/19r/] como en Madrid, sin [h]aber quien le curase sus heridas, sin tener paños para hilachas, ni vendarlas o ligarlas. Curóselas Dios, milagrosa o misericordiosamente. Después de esto determinaron los indios de quemarle, atado a un pilar de tea con mucha leña y rajas de leña que para hacello [h]abían traído. Estando en esta aflic[ci]ón una india que tenia un hijo en rehenes [en San Agustín] entre los soldados y le quitó del palo diciendo: “Este [h]e de tener en lugar de mi hijo, y el me le [h]a de traer; y si a este libro yo de la muerte, no mandará el gobernador matar a mi hijo”. Y con esto lo libraron de la muerte, quedando algo más libre (Chang-Rodríguez 151-52).

Recuerda el padre Oré el propósito doctrinal de su oficio y reitera su desaprobación de la poligamia indígena. Relatos como este son frecuentes en su *Relación*:

pasaron mucho trabajo estos religiosos en reducirlos [a los indios] porque todos tenían trocadas las mujeres unos con otros, y con dos hijos o más que [h]ubieron en ellas [en] el tiempo de su apostasía [...] Y algunas mujeres cristianas se [h]abían ido a tierra adentro con infieles y estaban paridas de ellos dos y tres veces, y los maridos amigados con otras acá en quien también tenían hijos. Y por ser cristianos y casados por la Iglesia, era fuerza que volviesen a destruir las mujeres y vivir como tales, y en eso se pasó más trabajo que si los convirtieran de nuevo. Decíanle al indio ‘Deja esa mujer que no es tuya’. Respondía el: ‘Traéme la mia que está entre los infieles, y haz que me quiera que yo dejare esta’. Y si le replicaban los religiosos: «Mientras la traemos, deja esa mujer’. Respondía: ‘Si la dejo no tengo quien me de de [/23v/] comer, y si no entro en esa casa donde estan mis hijos y no les llevo comida y leña, pereceran’ (Chang-Rodríguez 166).

Amén de los cuentos didáctico-morales, Oré reporta las actividades de los religiosos, quienes, a su modo, intentaban educar a los indios con textos de la doctrina, catecismos y confesionarios “y otros tratados de devoción que no se le caen a los indios de las manos, y con facilidad [h]an depredado muchos indios e indias a leer en menos de dos meses, y escriben cartas en la lengua los unos a los otros” (Chang-Rodríguez 169). Hay también otros datos sobre las costumbres indígenas en la *Relación* de Oré, quien afirma que los frailes habían conseguido

“extirpar” los vicios de los indígenas con “la palabra evangélica” (Chang-Rodríguez 172). Finalmente, en esta *Relación* alternan la descripción, los cuentos interpolados y el diálogo propio de una obra de entretenimiento. Al mismo tiempo, Oré hace algunas recomendaciones políticas, como la de que se siga en La Florida el modelo implantado en Perú, provincia eclesiástica de la que, como dije, aquella dependía:

Que si los gobernadores quisiesen hacer reducciones de tres o cuatro lugares pequeños en uno, como se hicieron en las reducciones del Pirú por traza y resolución del virrey Francisco de Toledo, serían los indios mejor enseñados y los ministros aliviados del excesivo trabajo que a[h]ora tienen, con diferencias de tiempos, o lloviendo y nevando en invierno, o abrasándose de calor en verano, que son regulares los tiempos como en España (Chang-Rodríguez 184).

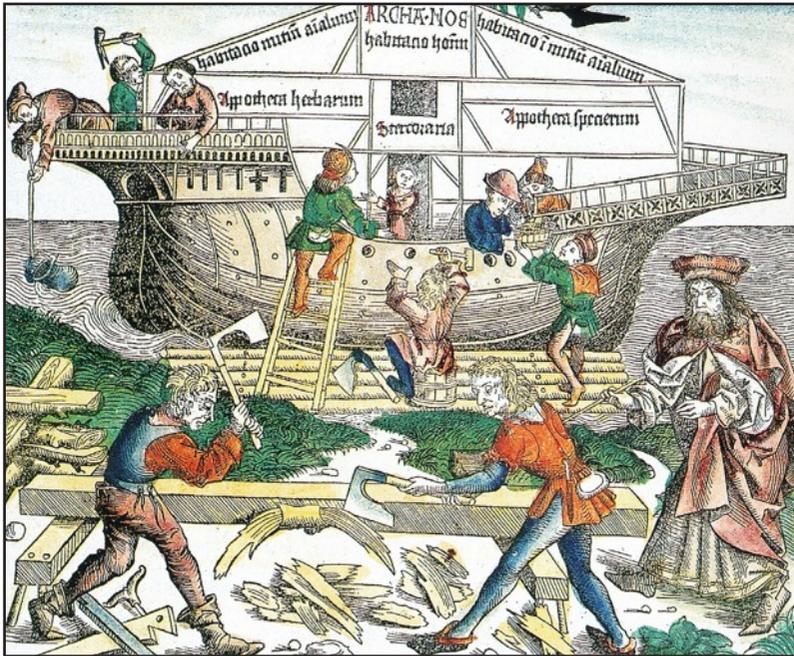
Termina la *Relación* de Oré declarando que todo lo dicho en ella es cierto: “Y por ser verdad, lo firmamos todos de nuestros nombres para que conste todo lo hecho y ordenado en este capítulo provincial a nuestros reverendísimos padres, Vicario general de toda la orden y Comisario general de todas las Indias” (Chang-Rodríguez 192).

En resumen: Oré se centra en lo episódico y novelesco, pues quiere entretener tanto como documentar. Su obra, genéricamente híbrida, combina la hagiografía –que incluye el relato de milagros– y el cuento; desarrolla intrigas, pero también aporta cifras y detalles documentales sobre la vida cotidiana, matizados por datos de carácter anecdótico; en su escritura resuenan ecos de la corriente malinchista, y también de la novela sentimental. Algunas mujeres en la *Relación* de Oré tienen un papel similar a la mujer-cómplice en la novela caballeresca y sentimental.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Recordemos a Belisa en *Tractado de amores de Arnalte y Lucenda*, a Lucrecia en *Celestina*, a Branjel en *Tristan e Iseo*, a Carmesina en *Sergas de Esplandian*, etc.

En sus páginas retornan topónimos desaparecidos, que ayudan a reconstruir la obliterada historia de la colonización española del sureste estadounidense. Si bien interpola un propósito doctrinal, con la mención de catecismos y confesiones, esta obra aporta importantísimos testimonios acerca de las relaciones políticas entre los diversos actores de aquella épica colonización. Y todo ello también es parte de la historia verdadera, fingida y de ficción de la costa atlántica.



El grabado portugués del siglo XV ilustra el empleo de nuevas técnicas para la construcción de navíos capaces de cruzar el océano Atlántico.

**Capítulo VI**  
**Los herederos de Geoffrey de Monmouth**

Teutscher Weiten begreiff nach der rechnung Ptolemei; Aber in der breite ist es etwas fleiner vnd schmier. wie du sehen magst in den zweyen General Tafeln vnd in der neuen Tafel die allen Europaum begreiff. Doch wann man ansehen will vnd darzu rechnen die grossen Landt. vassien die ge-



En este mapa de 1545 de Sebastian Münster Inglaterra (Anglia y Scotia) están representadas en el cetro, no ocupan un lugar geográfico; Hispania, dividida en dos, está en la cabeza de la imagen (“His” en la corona, “Pania” en el rostro).

## LOS TRADUCTORES Y LA INVENCION DE AMÉRICA

Colin Steele estudió el gran éxito de las traducciones al inglés de textos españoles de los siglos XVI y XVII y dio cuenta del servicio que los traductores le prestaron a la corona británica en su reivindicación de Virginia (Steele 18-19).<sup>1</sup> Los viajes de Hernando de Soto, en la versión del anónimo caballero de Elvas, fueron vertidos al inglés en 1609 como *Virginia Richly Valued* y con tal título los cita Richard Hakluyt, quien, en su proyecto propagandístico, animó a Pierre Erondelle –hugonote francés– a traducir parte de la *Histoire de la nouvelle France* de Marc Lescarbot, quien la tituló *Nova Francia: or the description of that part of New France, which is one continent with Virginia* (London 1609).

Al parecer, el desastre de Roanoke (1609-1610) forzó a Hakluyt a reimprimir la primera página de *Virginia Richly Valued*; tuvo que quitar “Virginia” en el título del libro sobre los viajes de Hernando de Soto y dejar “Florida” de modo que, en 1611, salió publicado como *The Voyage and famous history of the travails, discovery and conquest, of that great continent of Terra Florida*. Según Steele, Richard Hakluyt siempre defendió que España era el peor adversario de Inglaterra, centró su atención preferentemente en Virginia, e indujo a otros exploradores ingleses, como John Smith, a escribir su propio relato sobre la costa atlántica norteamericana. El texto de Smith tiene

---

<sup>1</sup> Colin Steele. *English Interpreters of the Iberian New World from Purchas to Stevens: A Bibliographical Study, 1603-1726*. Oxford: Dolphin, 1975.

por título *A true relation of such occurrences and accidents of noate as hath happened in Virginia*, obra publicada en Londres en 1608; la segunda edición, con el mapa de Virginia, se publicó en 1612 con otro título: *A map of Virginia with a description of that country*.

A la sazón, el mercado de la traducción, continúa Steele, estaba dominado por el anti hispanismo y por el éxito de la obra de George Abbot, *A briefe descripton of the whole worlde* (1599), la cual estaba basada en la traducción de Giovanni Botero, *The Theater of the Earth* publicado en 1601. La traducción era especialmente apreciada por la corona y por los impresores ingleses porque permitía trocar o apropiarse de experiencias ajenas, técnica que ya había sido ampliamente utilizada en la Edad Media europea; piénsese en el concepto de *translatio imperii* de las crónicas medievales.

El extraordinario éxito de George Abbot le granjeó el mecenazgo del reverendo Samuel Purchas (1577-1626), y a él le dedicó el *Purchas Pilgrimage* (1613). Según Steele, la obra de Purchas contribuyó durante más de cien años a la difusión de la leyenda negra sobre el papel de España en el Nuevo Mundo, y para ello se utilizó fundamentalmente la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, traducida por Purchas en 1583 y que fue la versión oficial en inglés hasta 1656, cuando esta fue nuevamente traducida:<sup>2</sup>

Purchas was also aware that English success in Virginia posed a challenge to Spain's territorial claims in the New World. As he relied extensively on the writings of Thomas Harriot and John Smith for his account of Virginia he became almost a propagandistic for the colony [...] He stressed the need for perseverance, for success might not be immediately attained: 'But now we haue mentioned the first Spaniards which planted these parts, it shall not be amisse to mention some hardships the Spaniards sustained before they could here settle themseues,

---

<sup>2</sup> "Purchas's abridgement of the 1583 translation was sufficient to ensure the continuation of the "Black Legend" in England in the years up to the next translation of Las Casas in 1656" (Steele 49).

which may bee an answer to those nice and delicate conceits that our Virginian expedition cast off all hope, because of some disasters (*Pilgrimage* 689, *apud* Steele 26).

Purchas, quien según Steele nunca salió de Inglaterra, relató primero la conquista española de Hispanoamérica, y concluye su obra siguiendo las actividades de ingleses y franceses en Norteamérica, particularmente en Virginia:

all that went before could serve as an inspiration and lesson to the Virginia colonists, who by 1625 had undergone some traumatic experiences. Purchas's essay "Virginia's verger" buried in the *Pilgrimes* has been seen by Louis B. Wright as a sadly neglected piece of pleading for the Virginia colony. Purchas ended the *Pilgrimes* with a reiteration of the colony's virtues: 'We hold it to be one of the goodliest parts of the Earth, abounding with Nauigable rivers full of varietie of Fish and Fowle; falling from high and steepe Mountaines, which by general relation of the Indians are rich with Mines Birds (*Pilgrimage* 1973, *apud* Steele 50).

En casi treinta páginas de bibliografía (168-196), Steele recopila decenas de traducciones al inglés de más de medio centenar de autores españoles y portugueses; y da sobrado testimonio del interés con el que Inglaterra seguía los descubrimientos hispanoportugueses en el Nuevo Mundo. El cotejo de los originales españoles y lusos, y sus traducciones al francés y al inglés es un terreno de investigación casi virgen en el que, en base a las citas anteriormente dadas, es obvio que podremos encontrar datos de gran interés y añadir las traducciones al inglés como parte integral de lo que O'Gorman llama la "invencción de América". Aunque con este sintagma O'Gorman solo se refería a la cuestión de la exclusión indigenista y aludía a la gran diferencia entre la colonización de América del Norte y América del Sur, creo que la historia de la historiografía colonial nos demuestra el importantísimo papel de las traducciones de textos españoles al inglés. Inglaterra no solo tradujo e interpretó los textos coloniales españoles de las Américas, sino que

triunfó aclimatando en Norteamérica el estilo de vida europeo, iglesia, gobierno, administración e instituciones educativas:<sup>3</sup>

The existence of a huge indigenous population turned out to be the major obstacle to the achievement of these aims in all their purity [...] Latin America was never a frontier land in the sense of dynamic transformation that has been given to that term by American historians ever since Frederick Jackson Turner [...] Notwithstanding the many changes that took place, the Spaniards unlike de English brothers in North America, never engaged in any widespread and tenacious effort to transform forests and deserts into cultivated areas (O’Gorman 142).

### **La perspectiva británica y las colonias originales**

El discurso oficial sobre el asentamiento británico en los territorios que hoy ocupan Maryland, Virginia, las Carolinas y Georgia ha minimizado o difuminado el pasado español en esta área. En el mejor caso, quedan restos de él pero sin conexión aparente con su referente cultural para el ciudadano de a pie; así lo demuestra el hecho de que hasta la primera mitad del siglo XX, la versión inglesa y angloamericana de las colonias de Norteamérica solía iniciarse con Roanoke, sir Walter Raleigh, John Smith, su hija Virginia, el Mayflower y Plymouth. Lo cual suponía que la historia de Norteamérica era una continuidad natural a la historia de Inglaterra narrada desde sus orígenes por Geoffrey de Monmouth.

Entre las historias legendarias de quienes pueden ser considerados discípulos de Geoffrey de Monmouth (1100-1155), destacan las de Thomas Harriot (1566-1621) Ralph Lane (1532-1603), John White (1540-1593), Arthur Barlow (1550-1620) y Richard Hakluyt (1553-1616). A ellos se debe buena parte de la historia oficial de la colonización británica de

---

<sup>3</sup> Edmundo O’Gorman. *The Invention of America: An Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History*. Bloomington: Indiana UP, 1961.

la costa atlántica norteamericana; y así lo reconocen algunos investigadores de nuestros días. Un título que revela inequívocamente este proceso de creación de la historia de afición de los EE. UU. es *Inventing Virginia. Sir Walter Raleigh and the Rhetoric of Colonization, 1584-1590* de Michael G. Moran, a quien sigo en el comentario de las obras anteriormente mencionadas.<sup>4</sup>

Los cinco discípulos ingleses de Monmouth arriba citados crearon la imagen de América del Norte como una tierra feraz, rica en alimentos –incluyendo el tabaco como uno de ellos– y donde, con ayuda de la Providencia, los ingleses “civilizarían” a los indígenas del sureste norteamericano; la gran nación indígena de los EE. UU., según dicen los relatos ingleses, “carecía de cultura” y la conquista británica de esta tierra prometida estaba justificada, mientras que la conquista de los españoles en América del Sur había sido un oprobio a los “indios con cultura” como los mayas, los aztecas y los incas.

Harriot, quien probablemente se nutría en las fantasías de los cronistas españoles, inventó productos inexistentes en el Nuevo Mundo, como por ejemplo la seda de Virginia –recordemos que Ayllón ya propuso esta idea– y sobrevaloró los que sí existían, como, por ejemplo, tintes, pieles, vino, hierbas medicinales, hierro y cobre (Moran 20). Virginia era una tierra utópica donde incluso, decía Ralph Lane, sería fácil convertir a los indígenas porque ellos ya tenían creencias religiosas.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> Véanse Michael G. Moran. *Inventing Virginia: Sir Walter Raleigh and the Rhetoric of Colonization, 1584-1590*. New York: Peter Lang, 2007; Anna Brickhouse. *The Unsettling of America: Translation, Interpretation, and the Story of Don Luis de Velasco, 1560-1945*. Oxford: Oxford UP, 2015; Edmundo O’Gorman. *The Invention of America: An Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History*. Bloomington: Indiana UP, 1961 y Martin W. Lewis and Kären E. Wigen. *The Myth of Continents: A Critique of Metageography*. Berkeley: California UP, 1977.

<sup>5</sup> Ralph Lane. “An Account of the Particularities of the employments of the English men left in Virginia by Sir Richard Greeneuill vnder the char-

Sabemos que en la expedición de Walter Raleigh a Roanoke, para la cual había contratado a Ralph Lane, uno de los objetivos principales era el dominio de la Bahía de Santa María. Tanto Ralph Lane como Thomas Harriot escribieron reportes muy negativos de Roanoke (Quinn 244).<sup>6</sup> Y, con todos los informes recibidos, Raleigh tuvo que sopesar las ventajas, peligros y desventajas de asentarse en Roanoke; para ello, afirma David Quinn, Raleigh consultó con Richard Hakluyt el joven, quien había recibido un resumen de las conclusiones surgidas de las conversaciones mantenidas por Raleigh, Lane, Harriot y White.<sup>7</sup> Quinn deduce que, con toda probabilidad, los mapas que llegaron a Raleigh estaban basados en las ideas de Giovanni Verrazzano –quien, bajo el nombre “Juan Florín”– tenía a sus espaldas un pasado poco glorioso como corsario que se desempeñó magníficamente en el territorio español de la costa

---

ge of Master Ralph Lane Generall.” *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques, & Discoveries of the English Nation*. Ed. Richard Hakluyt. Vol. VIII. New York: Macmillan, 1904. 320-45. Barlowe, Arthur. “The First voyage made to the coasts of America, with two barks, where in were Captains M. Philip Amadas, and M, Arthur Barlowe.” *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques, & Discoveries of the English Nation*. Ed. Richard Hakluyt. Vol. VIII. New York: Macmillan, 1904. 297-310. John White. “Fourth voyage made to Virginian” *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques, & Discoveries of the English Nation*. Ed. Richard Hakluyt. New York: Macmillan, 1904. 386-403.

<sup>6</sup> David B. Quinn. *Set Fair for Roanoke*. Chapel Hill, NC: U of NC P, 1985.

<sup>7</sup> “Hakluyt had also been investigating renewed Spanish interest in western North America and had sent Harriot a copy of his pamphlet reprint of the account of the expedition of Antonio de Espejo into New Mexico in 1582. Moreover, he had told Raleigh he had obtained a map of these discoveries and promised to send it to him. Andre Homem was working on it, apparently making a copy. This seems to have been a map relating to the earlier expedition of Francisco Chamuscado in 1581, which must have been intercepted by a French privateer on its way to Spain and acquired for Raleigh. It was later to be in Harriot’s possession though it has wholly disappeared” (Quinn 249).

atlántica. Como veremos en el siguiente capítulo, Verrazzano, sin darles crédito, se sirvió de las informaciones de Esteban Gomes y de Diego Ribero. El propio Hakluyt conoce y utiliza los datos sobre el Nuevo Mundo de otros españoles y así lo constata él mismo en una carta que le dirige a Raleigh:

If you proceed, which I long much to know, in your enterprise of Virginia, your best planting will be about the bay of the Chesepians, to which latitude Peter Martyr and Francisco Lopez de Gómara the Spaniard confess that our Cabot [Sebastian rather than John, and spelled 'Gabot'] and the English did first discover, which the Spaniards hereafter cannot deny us whenever we shall be at peace with them. And your voyage of Antonio de Espejo bringeth you to rich silver mines up in the country in the latitude of 37 ½ ° (Quinn 250).

Los relatos y los mapas de la costa atlántica viajan con los tripulantes y, según Paul Hoffman, cuando en 1582 John Dee dibujó el mapa con los cauces de agua que cruzaban Norteamérica –todos ellos encontrados mientras se buscaba el pasaje a China– era evidente que Dee conocía al menos cuatro versiones del mapa de Verrazzano y que este, a su vez conocía los de la Casa de Contratación. El mecenas de John Dee era sir Humphrey Gilbert, a quien Isabel I (1558-1603) había concedido la patente para colonizar América del Norte; a la muerte de Gilbert, en 1583, sus derechos pasaron a Walter Raleigh, quien encargó a Richard Grenville que organizase la primera colonia en Roanoke. Hoffman asegura que el objetivo final de esta empresa era dominar la Bahía Chesapeake, y no Roanoke, y pienso yo que si los ingleses acabaron llegando a Roanoke fue por la negativa de seguir hacia el norte por parte del piloto portugués (Simão Fernandes, Simón Fernando o Simón Fernánides)<sup>8</sup> o quizá, por la fácil confusión entre los tres hidrónimos, Bahía Santa María Madre de Dios, Bahía de Santa María de Jacán (o

<sup>8</sup> Paul E. Hoffman. "Lucas Vázquez de Ayllón." *Columbus and the Land of Ayllón*. 27-49.

Chesapeake Bay) y Bahía de Santa María que Diego Ribero ubica en Roanoke Sound. Muchos de los estudios sobre este tema apuntan hacia una conspiración por parte de Fernánides ya que el portugués deliberadamente ignoró las instrucciones de Raleigh intentando beneficiar a sir Francis Walsingham, quien era el adversario de su patrón, sir Walter Raleigh (Moran 222).<sup>9</sup> La falta de supervivientes de Roanoke y la misteriosa inscripción hallada en dicho lugar, “Croatoan”, contribuyeron a la creación del mito sobre esta colonia, a la que todos los libros de texto se refieren como el primer asentamiento colonial en los EE. UU., omitiendo cualquier conexión con la vecina y anteriormente fundada colonia de San Miguel de Gualdape la cual, como dije, está en el área de la Bahía de Santa María en Roanoke Sound.

El mecenazgo, calidad y cualificaciones del pasaje que llevaron Ayllón a Gualdape y Avilés a Ajacán contrastan con el que los ingleses llevaron a Roanoke y Jamestown. Aunque a veces se hizo caso omiso y no pocos españoles viajaron como polizones o huyendo de la justicia, los colonos españoles, antes de embarcarse, estaban sujetos al escrutinio de la Casa de Contratación; mientras que a los ingleses les resultó relativamente fácil conseguir pasajeros para el Nuevo Mundo, ya que la mayoría de ellos estaba huyendo de una Inglaterra paupérrima en la que escaseaban los alimentos: “London was not an ideal place to live” como dice el poema titulado *A Looking Glass for London* (1594) que escribieron conjuntamente el viajero Thomas Lodge y el escritor satírico Robert Greene:

---

<sup>9</sup> Véanse William P. Cumming. *Mapping the North Carolina Coast: Sixteenth-century Cartography and the Roanoke Voyages*. Raleigh: Division of Archives and History, North Carolina Department of Cultural Resources, 1988 y Honour Hugh. *The New Golden Land: European Images of America from the Discoveries to the Present Time*. New York: Pantheon, 1975.

O London! Maiden of the mistress isle,  
 Wrapped in the folds and swathing clouts of shame:  
 in thee more sins than Ninevah contains,  
 Contempt of God, despite of reverent age;  
 Neglect of law, desire to wrong the poor;  
 Corruption, whoredom, drunkenness and pride.  
 O proud, adulterous glory of the Wesst!  
 Thy neighbour burns, yet dost thou stopthine ears.  
 Th' larum rings, yet sleepest thou secure.  
 London awake! For fear the Lord do frown.  
 I set a looking glass before thine eyes.  
 O turn! O turn! With weeping to the Lord,  
 And think the prayer and virtues of thy Queen  
 Defers the plague which otherwise would fall.  
 Repent O London!

Moran, Quinn, Hoffman y los críticos aquí citados de cuya información me sirvo afirman que a pesar de que los comienzos de la conquista británica fueron un fracaso rotundo, Lane, White, Barlow y Hakluyt en lugar de aceptar el fallo de la colonia de Roanoke como resultado de errores personales y estratégicos, lo explicaron como un misterio de la naturaleza salvaje, como una consecuencia de la traición de los indios de Roanoke, y como un complot organizado por el portugués Fernánides, quien colaboró con Francisco Chamuscado en el viaje de John White. Este último parecía necesitar y desconfiar desesperadamente de Fernánides en iguales proporciones. White toleró el desacato y el abuso de autoridad por parte del portugués, sabía que Fernánides había estado en la armada de Felipe II y él es quien dejó a los ingleses en Roanoke. Las tres preguntas más obvias para documentar la historia y a las que no he encontrado respuesta son: 1) ¿por qué insiste White, avezado marinero, en depositar a los colonos en Roanoke?; 2) ¿sabía Fernánides algo de Francisco Chicorano y de las dos Bahías de Santa María y de don Luis el indio?; y 3) el marinero portugués, ¿sabía algo de la insurrección de los indios guale y de la insatisfacción de los powhatan?

A pesar del fracaso y el misterio en torno a Roanoke, cuando se fundó la ciudad de Raleigh en Virginia (1584-85), los ingleses seguían con los ojos puestos en la Bahía de Santa María que les llevaría a China (Chesapeake Bay). John White, que fue el gobernador de Raleigh cuya obra marcó la gloria de Inglaterra en la campaña de Norteamérica, sacó buen partido de la experiencia y conocimiento de los pilotos españoles y portugueses, igual que –como testifica y glorifica Hakluyt– lo hicieron Verrazzano, Ribault y Laudonnière. Del informe de White se deduce que era el portugués Fernández y no el británico White quien estaba dirigiendo la expedición de este: “White virtually admits that as early as the ninth day after leaving Plymouth his command was only a fiction: the real commander was Fernandes” (Quinn 274). Hay datos que apuntan a que Simón Fernández tenía noticia de primera mano de la misión española de Ajacán en Virginia, estaba a la par del lucrativo mundo de la piratería entre los ingleses –amparada por su propia corona– y su objetivo era capturar tesoros de las expediciones españolas:

The strange set of events that led to the colony’s being debarked at Roanoke has never been adequately explained, and White does not help us understand the decision other than to imply that it was made by a mysterious, unnamed gentleman and Fernando, not by White himself [...] scholars make the questionable argument that Fernando had previously encountered hostile Indians in the Chesapeake region, or at least knew from his Spanish service of the extermination of the Jesuit mission established there in the 1570s and “refused to return there or linger long on the coast” (Moran 214).

Conocemos la propaganda y las promesas que justificaron las contribuciones pedidas a los futuros colonos en Inglaterra, pero sabemos poco de los preparativos del viaje de John White. Ingleses, franceses y españoles se espiaban mutuamente; y en mayo de 1587, cuando White estaba en su travesía hacia la actual Virginia, el español Menéndez Márquez fue enviado desde La Habana en una fragata hacia el norte

de la costa atlántica para indagar la posición de los ingleses. Según Quinn, el español reportó: “I coasted to latitude 37 degrees, *very near Jacán*, which is St. Mary’s Bay ... Along all the shore that I coasted there is no knowledge of any corsar” (Quinn 274, énfasis mío).

En el año de la expedición de White, 1587, mientras los españoles vigilan a los ingleses en la costa este norteamericana, Drake estaba logrando una enorme fortuna como producto del ataque a los barcos españoles en Cádiz y en la costa portuguesa. En las obras que he citado de Escobedo, Oré, Avilés, Ayllón, Oviedo, Garcilaso el Inca, y Pedro Mártir, entre otros, encontramos amplio testimonio de la presencia y peligro que los ingleses suponían para La Florida española y las reyertas y combates mantenidos entre ambos países.

### **Roanoke redescubierta**

En la Inglaterra de sir Francis Drake (1540-1596), Virginia llega a representarse triunfalmente como una isla paradisíaca y con el soñado pasaje por mar hacia Oriente. Harriot, Lane, White, Barlow o Hakluyt no mencionan los antecedentes que les sirvieron para sus exploraciones del sureste norteamericano, ni la procedencia de la información con la que los ingleses elaboraron los mapas de la costa atlántica, y optaron por relacionar a sus cartógrafos con las escuelas de Francia, Holanda o Alemania, no con la Casa de Contratación ni con los mapas que hicieron para dicha institución Juan Vespucio, Juan Caboto, Diego Ribero y Alonso de Santa Cruz. Sin embargo, estos últimos cartógrafos estaban documentalmente vinculados a la corona española, y sus obras, ilegalmente difundidas, sirvieron en gran medida para trazar los planes de colonización inglesa de la costa atlántica norteamericana, comenzando con Arthur Barlow y Walter Raleigh y las patentes de corso que Francia e Inglaterra concedieron a sus corsarios entre quienes destaca

Juan Florín.<sup>10</sup> En este sentido, podemos afirmar que Roanoke se fundó en una Primera Costa redescubierta.

Inglaterra no crea los mapas de la costa atlántica norteamericana en un vacío, pues, por el lado francés, el cartógrafo Jacques Le Moyne de Morgues, formado en la escuela de Dieppe (Francia), fue contratado en 1564 para documentar gráficamente la expedición a La Florida de René Goulaine de Laudonnière, y ambos están estrechamente vinculados al conflicto hispanofrancés en la guerra por dominar el sureste de los EE. UU.<sup>11</sup> Jacques Le Moyne de Morgues fue uno de los pocos sobrevivientes de la masacre que sufrió la expedición francesa a manos de Pedro Menéndez de Avilés; René de Laudonnière reporta la perspectiva gala sobre los asentamientos en la costa atlántica destacando tres datos: la expedición de Jean Ribault, la breve historia del fuerte Carolina y los relatos de los dos supervivientes de la masacre dirigida por Avilés: Jacques Le Moyne de Morgues, artista, y Nicolas Le Challeux, carpintero.<sup>12</sup>

Como ha demostrado Michael G. Moran, hay muchos historiadores que defienden que el asentamiento inglés en Virginia tuvo como objetivo principal defender estas tierras del poderío español: “The colonists would then establish vast plantations, exploit the natural resources, and establish a privateering base from which to attack Spanish shipping” (Moran 10). Gracias a Hakluyt, Inglaterra sentó como verdad universal el derecho a la colonización inglesa de la costa atlántica:

---

<sup>10</sup> Manuel Lucena Salmoral. *Piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros en América*. Madrid: Editorial Mapfre, 1992.

<sup>11</sup> Le Moyne de Morgues es autor de muchos de los mapas más famosos sobre el Nuevo Mundo del XVI, incluido el “Harleian map,” que es el mapa del mundo producido para Enrique, el Delfín de Francia.

<sup>12</sup> *Pedro Menéndez de Avilés. Memorial by Gonzalo Solís de Merás*. Tr. Jeannette Thurber Connor. Intr. Lyle N. McAlister. Gainesville: U of Florida P, 1964. xiii.

Raleigh arranged for Hakluyt to publish many of the reports, and Hakluyt clearly appreciated them for their information value and included them in *Principall Navigations* to become part of the permanent record of English exploration and colonization (Moran 29).

*Principall Navigations* circuló durante bastante tiempo en forma manuscrita y no se publicó hasta 1589, debido fundamentalmente a que los ingleses querían mantener sus planes en secreto y a que, una vez destruida la Armada española (1588), la corona inglesa pensaba que España ya no representaba un peligro (Moran 29), idea que resultó ser errónea pues España no había olvidado sus aspiraciones a dominar Inglaterra, basándose primero en el reinado de Catalina de Aragón casada con Enrique VIII desde 1509 hasta 1533; y después en el matrimonio de María Tudor (1554-1558) con Felipe II, quien intentó invadir Inglaterra otras dos veces en la década de 1590.<sup>13</sup>

Los paralelos históricos entre Ajacán y Gualdape con Roanoke y Jamestown raramente se ponen a la par, pero en la historia de la costa atlántica norteamericana, hay curiosas similitudes entre las expediciones inglesas y las de los viajes de Ayllón y, que en mi opinión, son de vital trascendencia pues cambian el curso de la historia: la expedición de julio de 1584 de Arthur Barlow duró dos meses y había sido patrocinada por Walter Raleigh; aquel, cuando regresó a Inglaterra, llevó con-

---

<sup>13</sup> Los enfrentamientos en terreno europeo entre España e Inglaterra incluyen la guerra anglo-española (1585-1604) y la expedición de Juan del Águila, quien desembarca en Cornualles el 2 de agosto de 1595; los españoles saquearon y quemaron Mousehole, Paul, Newlyn y Penzance y hundieron la embarcación que Francis Drake y John Hawkins enviaron contra ellos. En 1597 Felipe II envía una nueva flota contra Inglaterra; los españoles llegan a Falmouth y esperan dirigirse a Londres, pero fracasan en el intento. A raíz de esta tentativa, Walter Raleigh y Thomas Howard fueron acusados de haber dejado indefenso el reino y de estar al servicio de Felipe II. Esta guerra termina con el Tratado de Londres de 1604.

sigo a dos indios, Manteo y Wanchese, para que le sirvieran como informantes en la corte. Los efectos de la propaganda de Barlow fueron inmediatos, y en abril de 1585 se embarcaron hacia la actual Virginia unos 600 colonos. La idea, como ya dijimos, era establecerse en la Bahía de Santa María (Chesapeake Bay), pero, los ingleses llegan a Roanoke Island y junto a Roanoke Sound (Bahía de Santa María de Diego Ribero) y, bajo la dirección de Lane, se lleva a cabo “the first major English colonial massacre of Native Americans in the New World” (Moran 62); para justificarla, Lane escribe que la matanza fue inevitable y que a sus colonos no les quedó otra alternativa después de haber sido traicionados por Pemisapan y los jefes indios de Roanoke; sin embargo, Harriot, aliado y consejero de Raleigh, difiere de Lane y, en su *Briefe and True Report* (1588, 1590), critica como inmoral el proceder de los ingleses contra los indios (Moran 73-77). Recordemos aquí la captura de los indios gigantes patrocinada por Ayllón, la expedición a Ajacán y las subsiguientes aventuras con Chicorano y con don Luis.

El reporte de Harriot, afirma Moran, comienza refiriéndose a las credenciales de sir Walter Raleigh y llamando la atención sobre su título nobiliario, su investidura y nombramiento por parte de la reina Isabel a raíz del primer viaje de exploración de Raleigh (Moran 100). Con esto, Harriot sigue uno de los tópicos narrativos preferidos por las crónicas medievales y la novela de caballería en las que la genealogía nobiliaria era la espina dorsal de la narración. Recordemos, por ejemplo, que *Amadís* comienza declarando que el héroe es hijo del rey Perión de Gaula y de la reina Elisena de Escocia y que su amada Oriana cuenta con idéntico pedigrí. Igualmente, en el siglo XIII, en casi todos los prólogos a su ingente obra, el Rey Sabio traza su linaje hasta los emperadores del Sacro Imperio Romano Germánico; y en el siglo XIV, el sobrino del rey Alfonso, don Juan Manuel, enlaza a su clan familiar con la tribu de Judá. Es decir, la historia y la novela se retroalimentan; y los

ingleses, que entroncan la dinastía británica con el rey Arturo, la llevan a la costa atlántica.

Con el debido apoyo institucional, el informe de Harriot sobre la tierra que Inglaterra llamó “Virginia” y que los españoles habían nombrado “Ajacán” hizo que Europa lo tomara como base de la Historia, y las dos piezas fundamentales para la creación del discurso oficial fueron: *A Map of Virginia. With a Description of the Country* (1612) de John Smith, y *A True Discourse on the Present State of Virginia* (1615) de Ralph Hamor, quien llegó a Jamestown en mayo de 1610. El éxito de Smith quedó garantizado cuando las narraciones inglesas encontraron un aliado invencible en la cartografía, mejor dicho, en los silencios de la cartografía patrocinada y ampliamente difundida durante el reinado de Isabel I de Inglaterra.<sup>14</sup>

En términos propagandísticos, el autor que obtuvo los mejores resultados fue Richard Hakluyt, quien sugirió que los ingleses imitasen el modelo español y que incluyesen imágenes documentales en sus crónicas; para tal fin se decidió que el pintor John White acompañase a Raleigh; White europeizó la naturaleza del Nuevo Mundo para lograr la empatía de su público y ganar adeptos a la causa británica, y sus grabados, hasta el día de hoy, obtuvieron fama universal.

Se ha dicho que en las pinturas de White los indios pierden su indianidad de modo que América aparece como una continuación natural de Inglaterra y esta imagen perduró durante siglos; véase por ejemplo el retrato de Pocahontas de Mary

---

<sup>14</sup> “The notion of “silences” on maps is central to any argument about the influence of their hidden political messages [...] a map such as Fry and Jefferson’s of Virginia (1751) suggests that the Europeans had always lived there: where “Indian nations” are depicted on it, it is more as a sign post to future colonial expansion than as a recognition of their ethnic integrity [...] European maps gave a one-sided view of ethnic encounters and supported Europe’s God-given right to territorial appropriation” (Harley, “Maps, Knowledge” 67).

Ellen Howe (1994), que hoy se encuentra en la *Virginia Historical Society* (Richmond, Virginia). En el trasfondo del cuadro, Howe reproduce parte del grabado de De Bry “The Capture of Pocahontas” (Francfurt, c. 1634).<sup>15</sup> Si contraponemos este retrato con los grabados del alemán Melchior Küsel sobre don Luis, todas las palabras sobran; la vileza, salvajismo y antieuropeísmo es lo que se destaca en este último. Los grabados europeos presentan a un don Luis despiadado y selvático y a Pocahontas como una dama isabelina. Como afirma Brickhouse, el autor de los grabados que ilustran el texto de Mathia Tanner, *the Societas Jesu usque ad sanguinis vitae profusionem militans* (Praga 1675) representan a don Luis “en toda su indianidad”, con aspecto brutal y en claro contraste con la debilidad de los misioneros a quienes ataca y desprovisto de cualquier ropaje o símbolo europeo. Don Luis, recordemos aquí, había sido educado en España y había viajado por ella; fue apadrinado por el virrey español de Nueva España y protegido de Felipe II, y antes de regresar a Virginia convivió exclusivamente con españoles.

El retrato de don Luis hubiera sido muy distinto siguiendo la novela de James B. Cabell, quien, a mediados del siglo XX, lo describió como un príncipe: el príncipe de Ajacán que se dirige a la corte del virrey de México habiendo recibido el espaldarazo de Pedro Menéndez de Avilés. Cabell publica su novela tres años antes del fin de la Segunda Guerra Mundial, cuando EE. UU. empieza a erigirse como un nuevo modelo a imitar, como una sociedad principesca en la que se puede realizar “el sueño americano” y, como el título de su novela indica, Cabell hace de don Luis un “gentleman”, un príncipe a quien el público puede relacionar con Yankee Doodle Dandy y

---

<sup>15</sup> Imagen publicada en la portada de *Pocahontas and the Powathan Dilemma* de Camilla Townsend, New York: Hill and Wang, 2005. Los grabados de De Bry pueden consultarse en la Biblioteca Pública de Nueva York, Rare Books Division; Astor: Lenox and Tilden Foundation.

quien, efectivamente, es el primer personaje histórico de Norteamérica que establece vínculos con la realeza europea. He aquí lo que Cabell dice de don Luis:

Toward this noble assembly rode the Prince of Ajacan, upon a white stallion. His Highness was todiy resplendent, in a breast plate, a shoulder piece, and a gorget of burnished steel, and a flowing, brilliant red sash. A bit lower showed his wide breeches of cloth of silver and gold, worked with green silk and with strings of seed pearls. His stockings were crimson colored; he wore very high, soft boots of white leather with gold spurs. In his left hand, as the Prince bowed graciously toward the applauding multitudes, he carried a peaked hat of red cut velvet adorned with a band of emeralds and with a tuft of green feathers.

In so great splendor did the former Werrowance of Ajacan come back into New Spain as the ambassador—so the heralds now proclaimed—of his right royal friend and loving cousin, Lord Philip, King of Aragon, and king of the Indies, both of East and West; the Dominator of Asia and America; the Duke of Milan and of Bur-f Asia and America; the Duke of Milan and of Burgundy; and the right heir to the thrones of France, of England, and of Jerusalem (Cabell 80-81).

Cuando se pinta el retrato de Pocahontas con atuendo semiregio, y que responde al triunfo de Inglaterra en el siglo XVII, hubiera sido inimaginable un grabado alemán en el que don Luis apareciera europeizado, pero lo que aquí nos importa es el legado que dejaron ambos retratos; pictórica y literariamente, las narrativas inglesas, especialmente las de Lane, White, Barlow, Harriot y Hakluyt se atienen a lo que Moran ha llamado “trope of appropriaton”; en ellas, además de dibujar, escribir y comentar sobre los indígenas, White y Harriot contribuyeron con otro elemento clave para la propaganda a favor de la colonización inglesa de América del Norte: los dos mapas sobre la fundación de Virginia: el primero, titulado “The Arriual of the Englishmen in Virginia”, que se publicó en *True Pictures and Fashions* de De Bry; y el segundo, que se llamó “The carte of all the coast of Virginia” que goza de fama universal (Moran 182). Los ingleses presentan este terri-



Retrato de Pocahontas, 1616, artista desconocido, copia de  
Simon van de Passe, 1595-1647.  
National Portrait Gallery, Smithsonian Institution.

torio para el público europeo como un dominio que “carecía” de príncipe (y dueño) cristiano, mientras los mapas de Ribero, Vespucio y de la Cosa, quedaron en los archivos y se estudiaron como parte de la historia de la cartografía, no como documentos geopolíticos.

La historiografía inglesa y angloamericana han favorecido los dibujos de John White y, sobre todo los del belga De Bry, que fue quien con más éxito y saña incentivó la leyenda negra; en su obra descuellan las ilustraciones sobre los desmanes es-

pañoles que este grabador preparó para la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de Bartolomé de las Casas; los grabados fueron publicados en Inglaterra junto a la traducción de la obra lascasiana a la que se le dio un título extraordinariamente revelador y que nos remite de nuevo al importante papel de las traducciones en la “invención de América”: *The Tears of the Indians: Being an Historical and true Account of the Cruel Massacres and Slaughters of the above Twenty Millions of innocent People; Committed by the Spaniards in the Islands of Hispaniola, Cuba, Jamaica, &c. As also, in the Continent of Mexico, Peru, & other Places of the West-Indies, To the total destruction of those Countries. Written in Spanish by Casas, an Eye-witness of those things, and made English by J. P.-London, 1656.*

Asimismo, todas las referencias de Purchas a la conquista española se centran casi exclusivamente en las matanzas de indios a manos de “los conquistadores” (no de los colonos). Esto se explica porque en el periodo isabelino se tradujeron al inglés, y con considerables distorsiones, los textos tradicionalmente usados para crear la leyenda negra.<sup>16</sup> Samuel Purchas publicó la primera edición del Codex Mendoza que había sido preparada en Nueva España en 1541-42 y estaba destinada a Carlos I; los corsarios franceses interceptaron el envío, Hakluyt se lo compró a los franceses y lo usó para beneficio isabelino; igualmente vejatorias para España fueron las traducciones de Purchas de los *Comentarios reales* (1609) y la *Historia General de Perú* (1617). En estos últimos, lo que más destaca el autor británico son los asesinatos de Tupac Amaru, Atahualpa y Húscar.

---

<sup>16</sup> Ricardo García Cárcel. *La leyenda negra*. Madrid: Alianza, 1992.



La matanza del padre Segura. Grabado de Melchior Küsell (c. 1675).

## Virginia española y la expansión de la frontera

Entre 1650 y 1670 los colonos ingleses expanden considerablemente su conocimiento geográfico de Virginia gracias a Edward Bland y Johann Lederer (John Lederer), y en estas dos décadas se inició un cambio que perdura hasta hoy como tema de discordia en la cultura norteamericana: la legalización de la venta de armas –a la sazón destinada a los indios (1660)– a cambio del incremento comercial.

Desde la fundación de Jamestown (1607) y durante casi tres cuartos de siglo, la frontera de Virginia quedó confinada a las inmediaciones de dicha colonia; este fue un periodo de estancamiento hasta la década de 1670, cuando el gobernador sir William Berkeley y el colono Abraham Wood impulsaron la exploración de la zona hacia el oeste de las montañas Apalaches (Briceland 94). La estrategia de William Berkeley fue enviar a John Lederer para esta empresa, evitando así que fueran súbditos ingleses quienes atravesaran territorio español –razón por la cual Jaime I de Inglaterra había ejecutado a Walter Raleigh.<sup>17</sup> Lederer era alemán de nacimiento (Hamburgo, 1646), fue educado formalmente en Alemania, llegó a Virginia en 1669 y vivió en Maryland y Connecticut antes de regresar a su país natal. Este explorador, al igual que otros muchos de sus predecesores, se sirvió de la inestimable ayuda de los indios norteamericanos para definir el territorio ubicado al oeste de la actual Virginia. Y si los españoles plantaron una cruz en la arena declarando la posesión de La Florida para la corona

---

<sup>17</sup> “Berkeley was well aware of ‘the misfortune of Sir Walter Raleigh,’ who had been executed by James I for having sent Englishmen into territory belonging to Spain” (Briceland 95). “Why [sending] a German? [...] What better from Berkeley’s point of view than to send someone clearly not English to spy out the lay of the mountains. Lederer’s German origins would serve to confuse the Spanish should he be captured” (Briceland 97). Aunque este fue el discurso oficial, puede argumentarse también que la ejecución de Raleigh estuvo relacionada con su pérdida de favor en la corte.

española,<sup>18</sup> los ingleses hicieron una declaración programática sobre la cual, afirma Briceland, los americanos han disputado durante más de doscientos años; primero, por el lugar exacto donde ocurrió y, segundo, por si es que esta declaración existió. Las noticias que tenemos son que, siguiendo los mapas de John Lederer, los ingleses escribieron sobre la corteza de un árbol el rótulo que proclamaba a Carlos II de Inglaterra como rey de Virginia: “Long live Charles the Second, by the grace of God King of England, Scotland, France, Ireland and Virginia and of all the territories thereunto belonging” (Briceland 100); y con esto denegaban cualquier otra reclamación europea sobre las tierras ubicadas en la vecindad de Ajacán. El informe de Lederer tiene apenas quince páginas, estaba escrito en latín, fue traducido al inglés por William Talbot, secretario de la provincia de Maryland, y no pudo ser más eficaz: al registrar la antedicha declaración, el rey de Inglaterra pasó a ser reconocido como rey de Virginia.

## **Del rey Arturo a Charles II. La autoridad británica**

Los primeros viajes de los españoles, advenedizos y profesionales al Nuevo Mundo estaban dominados por la aventura y deseos de medrar —ya hablamos de Ayllón y sus 600 colonos—; en cambio, en su hazaña transatlántica, los ingleses atrajeron a una minoría perteneciente a la clase media-alta y a una mayoría de mendigos llamados “sturdy beggers”, término usado para diferenciar a los pobres menesterosos de los pobres discapacitados físicamente (Taylor 120).

En las descripciones inglesas sobre estos viajes, como las de sir Walter Raleigh, abundan monstruos y maravillas; Raleigh, que iba en búsqueda del fabuloso Dorado, confirma la

---

<sup>18</sup> Michael V. Gannon. *The Cross in the Sand: The Early Catholic Church in Florida, 1513-1870*. Gainesville: Florida UP, 1965.

existencia del homínido más exótico que se conocía en Europa: aquel que tenía sus ojos en el pecho, tal como lo habían descrito Gaius Julius Solinus en el s. III y Plinio en su *Historia Natural* del año 79 a.C. Raleigh incluso le da nombre a este monstruo: “Ewaipanoma [...] reported to have eyes in their shoulders, and their mouth in the middle of their breasts” (Armitage 94).<sup>19</sup> La idea del dominio sobre “el salvaje” fue glorificada por Shakespeare quien, en *The Tempest* (1610-11), narra cómo Próspero triunfa sobre Calibán, el monstruoso esclavo, y sugiere que la apropiación del Nuevo Mundo dependía del conocimiento y control de los secretos mágicos de la naturaleza; pero, entre la mayoría de la población, la idea de prosperidad no coincide con la de Próspero y se asienta sobre otros aspectos más concretos que Hakluyt identifica en sus *Discursos*.

En el discurso de 1584, documento 46, Hakluyt trata sobre la agricultura en las tierras occidentales recientemente descubiertas, se refiere en varias ocasiones al enorme enriquecimiento de la monarquía española gracias a sus dominios en el Nuevo Mundo, y espera que el viaje a dichas tierras patrocinado por la corona británica sirva para hacer lo mismo en beneficio de Inglaterra: “That this voyage will be a great bridle to the Indies of the Kinge of Spaine” (Taylor 210). Asimismo, Hakluyt denuncia la crueldad de los españoles (“most outrageous and more then Turkishe cruelties in all the Indies” (Taylor 211); y en sus declaraciones, que aparecen redactadas como verdad absoluta, afirma que solo Isabel I de Inglaterra tiene derecho a las tierras norteamericanas: “The Queene of Englande title to all the West Indies or at the leaste to as moche as is from Florida to the Circle articke, is more lawfull and righte then the Spaniardes or any other Christian Princes” (Taylor 213). Refiriéndose a La Florida española, específicamente a Santa Elena, dice Hakluyt: “where they have perles, silver, and grea-

---

<sup>19</sup> David Armitage y Michael J. Braddick. *The British Atlantic World, 1500-1800*. 2ª ed. New York: Palgrave Macmillan, 2002.

te strore of victuals [...] there is one principall place called Rio de Jordan alias Rio de Maio where in an island standeth a forte which was Ribault's" (Taylor 254).

El loado cronista isabelino menciona igualmente que Pedro Menéndez de Avilés llevó provisiones desde México hasta la desembocadura del Jordan y dice que convendría conocer las rutas que seguían los españoles: "It is wised that it were learned oute what course bothe the Spaniards and Portingales tooke in their discoveres for government and that the same were delivered to learned men" (Taylor 325). El documento 56 de Hakluyt, dedicado a sir Walter Raleigh, alude a la edición de *De Orbe Novo* de Pedro Mártir con todo tipo de detalles, loa el gran servicio que Mártir prestó a la corona española con sus escritos, lo compara con las autoridades de la Antigüedad y busca a un "pregonero" de igual calibre que Mártir pero a favor de la reina Isabel:

I can say of the Spanish people: O blessed and thrice happy you men of Spain, who have gotten Martyr, –a man of marvelous genius, excelling by his use of the greatest qualities, mature in judgement, equipped with an encyclopaedic knowledge of almost every field of learning– to be the trumpeter of your labours in the West Indies (Taylor 364).

Richard Hakluyt afirma haber restituido el esplendor a la obra de Pedro Mártir y se refiere críticamente a Juan Caboto y a su contrato bajo el reinado de Enrique VIII, casado con Catalina de Aragón, quien le concedió una pensión vitalicia. Sobre Juan y Sebastián Caboto y su vinculación con España veremos amplia documentación en el siguiente capítulo de este libro, "Cartógrafos al poder". Hakluyt dedica su edición de las *Décadas* de Mártir a la reina Isabel I de Inglaterra con la esperanza de incentivar el dominio británico en el Nuevo Mundo y llegar al "matrimonio" de Inglaterra con Virginia, que espera al esposo como una amorosa doncella de abrazos dulces:

I exhort you or admonish you to persist in your project [...] no personal losses or misfortunes could or would ever tear you from the *sweet embraces of your own Virginia*, that fairest of nymphs –though to many insufficiently well known–whom our most generous sovereign has *given you to be your bride*? If you preserve only a little longer in your constancy, your bride will shortly bring forth new and most abundant offsprings (Taylor 367, énfasis mío).

### Prosigue Hakluyt:

For to prosperity no greater glory can be handed down than to conquer the barbarian, to recall the savage and the pagan to civility, to draw the ignorant within the orbit of reason, and to fill with reverence for divinity the godless and the ungodly (Taylor 368).

Hakluyt elogia a Isabel de Castilla por haber patrocinado la conquista de Granada y los viajes de Colón. Y, en el documento 58, incluye la dedicatoria a sir Walter Raleigh de su traducción de René Laudonnière, *A notable historie containing foure voyages made by certayne French captayne vnto Florida vwherein the great riches and fruitefulnes of the countrey with the maners of the people hitherto concealed are brought to light, written all, sauing the last, by Monsieur Laudonniere, who remained there himselfe as the French Kings lieuetenant a yere and a quarter* (London, 1587). En el documento 59, fechado en 1587, el antedicho cronista menciona y encomia la piratería de Drake: “Drake was sent forth with four of the Queenes ships and some other ships to the *coasts of Spaine*, to surprise his ships in the havens and interrupt his provision” (Taylor 378, énfasis mío).

En esta misma línea ideológica de propaganda isabelina, tras la masacre de 1622 de los ingleses en Jamestown, a manos de los powhatan, Samuel Purchas escribe el tratado *Virginia's Verger* en el que define los derechos ingleses de descubrimiento y toma de posesión de la tierra.<sup>20</sup> No tenemos una apología

<sup>20</sup> “by the rights of first discovery, first actual possession, prescription,

similar referida al dominio de España tras el desastre de Gualdape o tras la masacre de Ajacán.

El discurso oficial de los ingleses cambia radicalmente a partir de Samuel Purchas; ya que, según Ralph Bauer, con anterioridad, Francis Drake, sir Walter Raleigh y Richard Hakluyt habían propuesto el modelo español para la conquista del Nuevo Mundo. A partir de Purchas, Europa enfatiza las grandes diferencias entre ingleses y españoles y las mejoras que aquellos añadieron a los descubrimientos de estos (Bauer 93); así, por ejemplo, si en España se había producido la unión de dos reinos (Castilla y Aragón) y juntos habían emprendido la empresa americana, el expansionismo imperialista de Inglaterra se enfoca en la teoría de “los tres reinos”: Inglaterra, Irlanda y Escocia, cuya unión se produce con la llegada al trono de Jaime I en 1603. La política de Inglaterra hacia el Nuevo Mundo establece la superioridad inglesa incluso en la terminología:

Soon after England's first footholds in the New World had been secured [...] the metropolitan authorities, not unlike the Spanish Crown a hundred years earlier, increasingly insisted on a territorial hierarchy between what they called the “inferior dominion[s]” of the New World and the “Dominion Superior” of the ‘three Kingdoms’ (Bauer 95).

En el proceso de colonización, españoles e ingleses concedieron enormes propiedades de tierra a sus colonos, pero una diferencia notable entre ambos grupos es que los españoles se atuvieron al sistema de encomiendas, explotación de la tierra para beneficio de la corona y del encomendero, mientras que los ingleses adoptaron el sistema de “charters”:

---

gift, cession, and livery of seisin, sale for price natural Inheritance of the English their naturally borne, and the unnaturall outcries of many unnaturally murdered [...]. In order to preempt conceivable objections that the acts of violence committed by the Indians had been in legitimate self-defense, Purchas emphasized their alleged natural savagery and barbarity” (Ralph Bauer, *The Cultural Geography of Colonial American Literatures: Empire, Travel, Modernity*. Cambridge: Cambridge UP, 2003, 90).

Purchas aimed to define a “British” empire of Protestantism and commerce in distinction to a “Spanish” empire of Catholicism and conquest, he also aimed to define a “British” empire of mercantilism and absolute monarchy in distinction to the English empire of pirate sea dogs and aristocratic power (Bauer 97).

Bauer, de quien traduzco, ha observado que las primeras colonias británicas fracasaron calamitosamente: la tentativa de Sir Humphrey Gilbert en Newfoundland, en 1583, terminó aniquilada por una tormenta; la primera colonia establecida por Raleigh en 1585 se esfumó sin dejar rastro en Roanoke; la colonia de Jamestown, aunque duró algún tiempo, fue igualmente desarticulada; solo en 1620 se estableció una segunda colonia en Plymouth, donde llegaron los ingleses, noventa y nueve años después de la primera expedición de Ayllón. Los peregrinos de Plymouth pensaban más en su propia salvación que en los negocios rentables y en las inversiones de los accionistas del Viejo Mundo en el Nuevo. Sin embargo, afirma Bauer, a pesar de estos fiascos, Samuel Purchas pone de relieve que las colonias inglesas se orientan hacia la mejora de producción, explotación de la tierra y creación de riquezas.

Purchas acusa a Raleigh y a los isabelinos de haber seguido el modelo español, es decir, de haberse guiado por la búsqueda del oro en lugar de la explotación de las riquezas naturales de la tierra. En este sentido, dice Bauer, Samuel Purchas está en la línea mercantilista que expresaron Spencer en *The Faerie Queene*, Luis de Camões en sus *Lusíadas* y Richard Hakluyt en sus *Principal Navigations*, en las cuales los valores culturales de la aristocracia dieron pie a los de la clase comerciante.

Otro personaje a tener en cuenta para la construcción textual del imperio angloamericano es Edward Waterhouse, cuyo panfleto, *A Declaration of the State of the Colonie and Affaires in Virginia*, puso de manifiesto la mala gestión española de la colonia y adoptó un discurso militante que recordaba a las crónicas españolas del siglo XVI (Bauer 98). Para la defensa de Inglaterra, el reporte de William Strachey (1572-1621) ti-

tulado *A True Reportory* es fundamental dentro del teatro de operaciones novomundista. Strachey tenía vínculos aristocráticos y era miembro de una familia venida a menos; él, al igual que otros personajes de su misma condición, estaba arruinado y sin posibilidad de sobreponerse; pero su amigo y autor de teatro Ben Johnson le sugirió que podía resarcirse de su mala fortuna mostrando su valía en tierras de cruzada (“repair itself by Constantinople, Ireland or Virginia”), consejo que Strachey siguió al pie de la letra y primero se embarcó hacia Constantinopla, fracasando en su empresa, y después se embarcó a Virginia, en la flota de Sir Thomas Gates (Bauer 106).

A diferencia de lo que hemos visto hasta ahora, el informe de Strachey no se dirige al rey sino a una dama, Sara Smith, esposa de Thomas Smith, tesorero de la Virginia Company. El texto de Strachey circuló en varias copias manuscritas, una de ellas llegó a las manos de Richard Hakluyt y otra a las de William Shakespeare. Se ha dicho repetidamente que Shakespeare basó *The Tempest* en el relato de Strachey pero, como ya vimos, Shakespeare le debe bastante más a Gamboa que a sus coterráneos y así lo demuestran incluso las fechas que da el propio Strachey.

Hablar de la autoridad inglesa es hablar de Virginia, y hablar de Virginia es hablar de John Smith, quien en sus *Notes on the State of Virginia*, y a falta de modelos ingleses, se inspiró en los cronistas españoles, particularmente Oviedo y Acosta. El propio Smith, dice Bauer, admite que él no tenía muchas dotes literarias, y su obra ha sido frecuentemente criticada por esto; sin embargo, Smith arguye que su propósito es documentar los acontecimientos y que, a diferencia de Purchas él fue testigo de los hechos y que, por tanto, su historia es “verdadera”. Quizá una de las contribuciones de Smith que no se le ha reconocido suficientemente es que su obra incluye textos fundacionales para la historiografía criolla angloamericana y para la narrativa de la historia oficial de los EE. UU.

Los informes ingleses de la costa atlántica en el siglo XVI dialogan con los reportes galos, entre los cuales destaca el de André Thevet (1516-1590), quien siguió de cerca los movimientos de los exploradores españoles. Sobre ellos, en la versión crítica más utilizada en los EE. UU., la de Schlesinger, dice:<sup>21</sup>

As for the mainland of Florida, on its east are the province of Chicoma [Chiora?] and the isles named Bahama and Lucaia (Schlesinger 129). From Florida going toward the Promontory of Baxe is found some small river where the slaves fish for oysters, which bear pearls (Schlesinger 132).

But before continuing we must know the origin of this name [Florida], since previously it was called *Iaquaza* by the inhabitants and savages of the country. Some, e.g. *the Spaniards, say that it bears this name because a certain Jean Ponce discovered this land on the day of Palm Sunday [and seems only to show that the Spaniards want to credit themselves with] in the year 1512; but this reason is of no value, ad seems only to show that the Spaniards want to credit themselves with the first discovery of all of this. The truth is that before they ever visited the north and countries extending to the Arctic, Florida was already known and named both by the French and by the subjects of the King of England.* (Schlesinger 136, énfasis mío)

Thevet escribe que no importa lo que digan los españoles y que Giovanni Verrazzano, que para Thevet se llama Jean Verrazze, es quien dio la gloria al rey Francisco I y a Francia con su descubrimiento de todo el litoral de la costa atlántica:

And more northwards, leaving this archipelago and going towards the land of Canada you see another isle where the people are much involved in fishing. And although they are very inhuman and cruel, still they were discovered by the French, whatever the Spaniards may say, who rendered them less barbarous and made allies of them. They began to visit them in the time of King François I long time before. Indeed, *Jean Verazze [sic] Florentine*, the 17th of March 1524 left

---

<sup>21</sup> Roger Schlesinger y Arthur P. Stabler. *André Thevet's North America: A Sixteenth-Century View*. Montreal: McGill-Queen's UP, 1986.

Dieppe by command of the said King François, sailed along all of Florida as far as the thirty-fourth degree of latitude and three hundred degrees of longitude, *and discovered the whole coast* (Schlesinger 143, énfasis mío).

La alteración de los documentos y datos que efectúa Thevet afecta también a la justificación de los mismos; según él, fueron los indios (literalmente, “los salvajes”) de La Florida quienes invitaron a los franceses a asentarse en dichas tierras; argumento que también habían utilizado los españoles cuando Cortés dijo que Moctezuma le había cedido la soberanía del imperio Azteca “voluntariamente”:

As for the savages of Florida [...] they invited the French rather than the Spaniards because they do not like them, since [the latter] formerly took their wives and children to make them slaves: and they call them Rotizze, just like those of the Antarctic [South America] call the Portuguese *Peroptz*, which makes me think that it must be some insulting term (Schlesinger 151).

Roger Schlesinger comenta que cuando Thevet describe la masacre de Jean Ribault y de sus 1.000 compatriotas, el autor galo postula que con ello los españoles buscaban la ruina de los franceses, cuya penuria describe en detalle; según él los franceses estaban tan hambrientos que acabaron comiendo sus propios zapatos y tuvieron que recurrir al canibalismo entre ellos mismos (Schlesinger 155).

En el capítulo titulado “Grand Insulaire”, Thevet rebate que Ponce de León descubriera La Florida y afirma que la ambición de los españoles era tan insaciable que: “They would if they could make themselves masters of everything lying between the two poles” (Schlesinger 160). Thevet afirma que él fue el primero en decir la verdad sobre lo que ocurrió en La Florida: “*I may boast of being one of the first who has described to you truly how things are there at present*” (Schlesinger 160, énfasis mío) y acusa a Hakluyt de haber plagiado su obra —cuando, como vimos, Hakluyt tenía considerables deudas con

los españoles–; es decir, Hakluyt copia a los españoles y Thevet acusa a Hakluyt de haberle plagiado a él:

I have rather fully recounted the history of the Frenchmen killed in Florida [...] there is a little history of them, printed last year, which *I had in confidence and good faith loaned to a certain Englishman named Richard Hakluyt, in manuscript*. He, having communicated this to a young Parisian named M. Basanier, held it out on me for four months or thereabouts, at the end of which they had it printed at Paris. I have here to seek condolence with my friends against these plagiarists and impostors, [...] these two characters having committed such a villainy against me, the both of them brought me one of the books they had had printed thinking to please me with my well-written copy, which book they dedicated to a great English lord named Walter Raleigh (*apud* Schlesinger 163, énfasis mío).

La narrativa de Thevet sobre “la verdadera historia” del descubrimiento y población de La Florida continúa por estos derroteros de los que, para mi propósito, basta con la presente muestra.

En resumen, hasta aquí hemos visto algunas de las perspectivas anglo-franco-españolas en el debate no solo a espada, sino también mano a mano y a pluma armada, por el dominio de la costa atlántica, y en particular por la Bahía de Nuestra Señora del Jacán. Creo que todos los textos citados apuntan al problema central de la Historia: la redefinición de la “verdad histórica”, ya que ésta varía de país a país y de género a género –novela histórica, folletín, novela de caballería, reporte y traducción– y el apoyo institucional para validar dichas “verdades” e ignorar los hechos empíricos ha resultado en la convalidación de la historia de afición e historia fingida referida al pasado europeo de la costa atlántica norteamericana; pero, como veremos ahora, ninguna alteración textual tuvo un efecto comparable a la traducción que hizo Robert Greenhow de la obra de Andrés González de Barcia.

### **Robert Greenhow, su traducción espuria de Andrés González de Barcia y la creación de la patria (EE. UU.)**

Aparte de las obras del periodo colonial, en España, el primer relato de peso sobre la pugna franco-anglo-española por el dominio de la costa este de los EE. UU. fue el ensayo de Andrés González de Barcia y Carballido, quien lo escribió casi doscientos años después de que ocurrieran los acontecimientos y que tiene por título *Ensayo cronológico para la historia general de La Florida* (1723). Este texto se basa en el *Memo-rial* de Gonzalo Solís de Merás y en un documento de puño y letra de Pedro Menéndez de Avilés. Según Solís de Merás, la masacre de los hugonotes a manos de Avilés fue una justa respuesta a las acciones de Jean Ribault y sus secuaces, enemigos todos –según Solís– de Dios y del rey de España (Connor xv). Con esta premisa departe el texto de González de Barcia, el cual tuvo una trascendental traducción-censura auspiciada por el gobierno norteamericano después de la Guerra de Cuba; el objetivo de este patrocinio era ratificar la descendencia directa de los EE. UU. de su madre patria: Inglaterra.

Hasta la fecha, que yo sepa, el mejor estudio sobre la traducción al inglés del *Ensayo cronológico para la historia general de La Florida* (1723) es el reciente y ya citado libro de Anna Brickhouse, *The Unsettling of America. Translation, Interpretation, and the Story of Don Luis de Velasco, 1560-1945*. En esta obra, la autora desmonta punto por punto la falsa interpretación que Robert Greenhow hizo del reporte de González de Barcia;<sup>22</sup> aduce que la historia de Ajacán es la historia de un boicot contra la conquista española, y que el congresista Robert Greenhow la interpreta selectivamente.<sup>23</sup> Brickhouse

---

<sup>22</sup> De él proceden estos datos.

<sup>23</sup> “Unsettling signifies in its literal sense the thwarting or destroying of settlement along with the active attempt to discourage future European colonization [...] the project of unsettling [...] is undertaken by an indigenous subject and involves the concrete attempt to annihilate or otherwise

elabora su brillante e incontrovertible tesis partiendo de un documento clave en la disputa textual por la costa atlántica, el sermón *Nova Britannia* (1609) que Robert Johnson escribió para promover la Compañía de Virginia:

One of the earliest instances of the term occurs in a 1608 tragedy about the division of territory, when the Earl of Kent observes the mental unraveling of King Lear: ‘his wits begin to unsettle’.

By the following year, when the chaplain Robert Johnson wrote *Nova Britannia*, his sermon promoting the Virginia Company, the link between the term “unsettle” and the endeavor “to Plant and settle English Colonies” was explicit –and it related directly to the contest for New World empire between England and Spain (Brickhouse, *The Unsettlement* 3).

Robert Johnson distinguió entre “descubrimiento” y “posesión de la tierra” y, según él:

Actual possession [...] matters less than priority –than “those beginnings” at Roanoke which *would*, had history unfolded differently, have constituted “a most royall addition to the Crown of England.” By this logic, then, the Spanish settlement at Ajacán, which preceded Roanoke by well over a decade, legally unsettled –and continues to unsettle– the English claim on the land patented as “Virginia” (Brickhouse, *The Unsettlement* 4).

Con anterioridad, el Inca Garcilaso también había diferenciado entre “reparto” y “descubrimiento”. Así, describiendo la salida de Cofitachiqui, la maravillosa tierra de las perlas, dice el Inca:

Los oficiales de la Hacienda Imperial trataron de sacar el quinto que a la Hacienda de Su majestad pertenecía de las perlas y aljófar y la demás riqueza que en el templo había y llevarlo consigo. El goberna-

---

put an end to a European colony, or to forestall or eliminate a future colonial project. As a term, *unsettlement* signals not merely the contingency and noninevitability but the glaring incompleteness of the history of the New World as we currently know and write it” (Brickhouse, *The Unsettlement* 2).

dor les dijo que no servía el llevarlo sino de embarazar el ejército con cargas impertinentes, que aún las necesarias de sus armas y municiones no las podía llevar, que lo dejasen todo como estaba, que ahora no repartían la tierra sino que la descubrían, que cuando la repartiesen y estuviesen de asiento, entonces pagaría el quinto el que la hubiese en suerte (*La Florida del Inca*, Speratti Piñero 228).

Prosigue el Inca a favor de la posesión de la tierra, basándose en “el descubrimiento” de los españoles:

Demás de lo que a la religión conviene, deben los españoles de hoy más, por su propia honra y provecho, esforzarse a la conquista de este imperio donde hay tierras tan largas y anchas, tan fértiles y tan acomodadas para la vida humana como las hemos visto. Y las minas de oro y plata que tanto se desean, no es posible, sino que buscándolas de asiento se hallen, que, pues en ninguna provincial de las del Nuevo mundo han faltado, tampoco faltarán en ésta. Y entre tanto que ellas se descubren, se puede gozar de la riqueza de la perlas tantas, tan gruesas y hermosas como las hemos referido, y del criar de la seda, para cuyo beneficio hemos visto tanta cantidad de morales, y para sembrar y curar toda suerte de ganados, no se puede desear más abundancia de pastos y fertilidad de tierra que la que esta tiene (*La Florida del Inca*, Speratti Piñero 412).

En flagrante detrimento de la historia de la costa atlántica norteamericana, en el siglo XVI hay escasas referencias al indio don Luis, y en ellas este es representado como un bárbaro asesino que martirizó a los misioneros españoles. Al igual que Paul E. Hoffman y Seth Mallios, Anna Brickhouse nos recuerda que en la primera historia publicada sobre don Luis, que fue incluida en la *Vida del padre Francisco Borja* de Pedro de Ribadeneyra (Madrid, 1592), este indio aparece como un inteligente estratega, lo mismo que en *La Florida del Inca* (Lisboa, 1605). En esta última se justifican las acciones de don Luis como un acto de venganza contra las conquistas españolas. También en el siglo XVII salió a la luz la *Relación de los trabajos* del padre carmelita Andrés de San Miguel, donde se dice que don Luis tenía gran poder y era líder de un grupo

de indios de La Florida que estaba decidido a dismantelar la misión de Ajacán.

Brickhouse afirma que, casi medio siglo después de la traducción del *Ensayo* de Barcia que hizo Greenhow, se publicó en inglés la leyenda de don Luis en un libro llamado *A Popular History of the United States* de William Cullen Bryant, y también se recogió su historia en un documento oficial del Congreso: *Indian Education and Civilization*; este último fue redactado por Alice Fletcher, quien intentaba derrocar el *Dawes Act* de 1887 (Brickhouse 192-193). Fletcher iba contra la fantasía del pasado exclusivamente anglo de Norteamérica y aducía, como afirma Brickhouse, la importante presencia de los españoles en la “Hispanoamérica del Norte”; pero al igual que los intentos de Eugene Bolton y de sus seguidores, el texto de Alice Fletcher no prosperó.

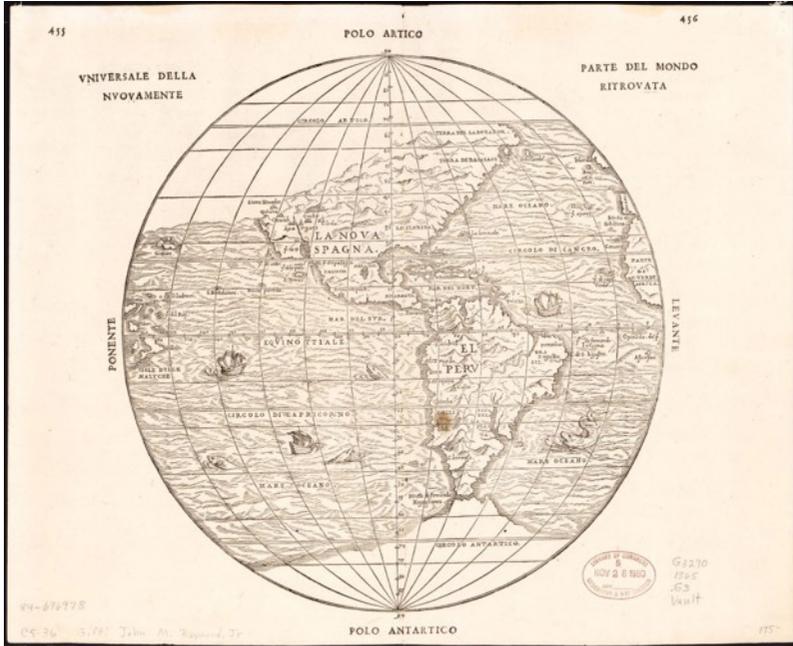
Como documenta la citada historiadora, y cuyo texto traduzco liberalmente, en el siglo XX se publicaron otras dos obras relacionadas con la disputa del pasado español de Virginia; una de ellas revelaba que la preocupación sobre este tema creció con Franklin D. Roosevelt y su “*Good Neighbor Policy*” y se plasmó en el drama sinfónico de Paul Green que fue representado por primera vez durante el segundo año de la Guerra civil española; esta obra se titula *The Lost Colony* (1937); la segunda obra a la que se refiere Brickhouse es la novela de James Branch Cabell, *The First Gentleman of America* (1942) cuyo protagonista es el indio don Luis, libro apenas conocido hoy, quizá porque el tema o la prosa de Cabell no seducen al público en general, o quizá porque esta parte de la historia norteamericana se piensa desconectada de la historia oficial de los EE. UU. Ambas obras articulan y celebran la derrota de los españoles; la primera bajo el liderazgo británico y la segunda gracias al heroísmo del indio Luis:

*The Lost Colony* articulates colonial Roanoke as the antithesis of Virginia, as the true (North Carolinian) colonial origin of the U.S Nation, and finally, as the tragic site of a Spanish atrocity that sharply differen-

tiates the histories of the English and Spanish Americas and the U.S. South from its hemispheric counterpart. Cabell's *The First Gentleman of America*, published within weeks of the U.S. entrance into World War II in the late 1941, enacts a broad investigation and rebuttal of the "Western Hemisphere Idea" itself [...] whereby twentieth-century Virginians are asked to come to terms with their hispanophone, indigenous forebear –and to celebrate his act of unsettlement as a triumph over the Spanish, a victory that left "America" free, after settlement by the English, to become Anglo- rather than Latin America (Brickhouse, *The Unsettlement* 12).

## **Capítulo VII**

### **Cartógrafos al poder**



Mapa de las Américas ‘redescubiertas’, 1565, de Giacomo Gastaldi. “Universale della nuovamente parte del *mondo ritrovata*. En él se registra la extensión de La Florida hasta la Terra de Bacalaos (Cape Cod).

**LA METÁFORA DE LA REALIDAD Y AMÉRICA  
EN EL IMAGINARIO EUROPEO: GIGANTES, PARAÍOSOS Y LA  
ISLA COMO *LOCUS MIRABILIS*<sup>1</sup>**

La geografía ficticia del siglo XVI tuvo prestigiosos antecedentes literarios en la Edad Media española; entre otros: el *Codex Calixtinus*, la *Peregrinatio* de la monja Egeria, los relatos de cruzadas en la *Gran conquista de Ultramar*, las aventuras de *El caballero Zifar*, *Los Viajes de Marco Polo*, *La embajada al gran Tamerlán*, *Amadís de Gaula* y *Esplandián*, *Cárcel de amor*, y las *Andanzas y viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos*. El componente cristiano es central en el *Codex Calixtinus* —especialmente en su quinto libro, que es una guía para peregrinos del camino de Santiago—, y en la *Peregrinatio* de la monja Egeria, que es un relato sobre su viaje a Tierra Santa. En *Esplandián* (1508), el caballero andante es un soldado de Cristo, la geografía donde ocurren sus aventuras es imprecisa y exótica, y es relevante solo porque en ella se desarrolla la “caballería a lo divino” con la que se intenta extender el orbe cristiano. Los viajeros que llegan a la costa atlántica norteamericana se encuentran en una geografía igualmente desconocida, por tanto irreal en el imaginario colectivo, y son muchos los estudiosos que han comparado a los exploradores y colonos de las Américas con los caballeros andantes cristianos; entre estos, despinata Alvar

---

<sup>1</sup> De no indicar otra fuente, los datos referidos a la historia de los mapas aquí comentados son traducción mía y proceden de Lloyd A. Brown, *The Story of Maps*. Boston: Little, Brown, 1950.

Núñez Cabeza de Vaca, cuya epopeya tiene un alto componente hagiográfico y cuya geografía es determinante de los hechos.

En el siglo XVI, época de bonanza editorial, los relatos de viaje y las descripciones literarias de lo maravilloso desarrollaron una fructífera relación simbiótica con la cartografía. Los márgenes y los espacios en blanco —es decir, los espacios intercontinentales de los mapas, especialmente de los más cotizados— eran rellenos con flora, fauna, *iocunda*, banderas, escudos de armas, monstruos marinos, seres humanos exóticos y escenas que exaltaban la imaginación del observador. Uno de los libros más leídos en esta época fue la *Collectanea rerum memorabilium* de Gaius Julius Solinus (250 d.C.), obra en la que los gigantes que habitaban lugares desconocidos ocupan un lugar primordial. No sabemos si Ayllón conocía o no la obra de Solinus, pero lo cierto es que el adelantado toledano destacó la altura como el rasgo físico más notable de los indios de la tribu de Chicorano y dijo que los indios llegaban a ser tan altos porque, desde recién nacidos, les estiraban artificialmente los huesos. También Pedro Mártir, informado por Chicorano, y Gonzalo Fernández de Oviedo, basándose en aquel, relataron el método de estiramiento para crear indios gigantes. El hallazgo y enfrentamientos con gigantes es un tópico literario que, en la tradición occidental, comienza con Goliath; se encuentra en la novela caballeresca, en los viajes de Gulliver, en los de Marco Polo y en Norteamérica también en los relatos de la ficticia Norumbega. Ayllón poseía una buena biblioteca y es muy posible que este letrado y hombre de fortuna tuviera acceso a la *Collectanea rerum memorabilium* que llegó a Santo Domingo junto a otros “bestsellers” del siglo XVI.

La *Collectanea* es uno de los mejores ejemplos de “ficción documental”, en ella coexisten los relatos ficticios de las maravillas y la descripción física de otros mundos. En esta obra, que cambió su título a *Polyhistor* cuando fue revisada en el siglo VI (d. C.), se describen setecientos portentosos fenómenos naturales que van acompañados de insólitas ilustraciones.

Como afirma Brown (86-87), en esta colección que tuvo un éxito ininterrumpido durante más de mil años, Solinus interpretó con gran imaginación la *Historia Natural* de Plinio y siguió a Pomponius Mela en todo lo referido a la geografía, al hombre, árboles, animales y piedras. Muchas de las imágenes de Solinus pasaron a ilustrar (y quizá a inspirar) las crónicas y mapas del Nuevo Mundo; a través de ellas, la realidad americana comenzó una andadura fantástica en la que las metáforas narrativas con las que se intentaba describir lo insólito adquirieron forma física. Los mapas del Nuevo Mundo que incluían las ilustraciones de Solinus fueron muy cotizados, y los monstruos de las tierras desconocidas cumplieron una función similar a la de los monstruos y gigantes de la novela caballeresca.

Ayllón y Avilés no luchan contra gigantes ni endriagos, pero querían capturar indios gigantes y el adelantado asturiano, en sus cartas sobre la colonización de La Florida, se describe a sí mismo como un caballero cristiano empeñado en someter a los indios y derrotar a los herejes (hugonotes) franceses. En otras ocasiones, la ficción sobre seres extraordinarios colinda inseparablemente con la realidad empírica del Nuevo Mundo; así, por ejemplo, la historia dio cuerpo al mito de las Amazonas ubicándolas en Brasil. La leyenda sobre estas insólitas mujeres guerreras ya se conocía en Castilla-León en el siglo XIII a través de la *Estoria de Espanna* de Alfonso X; pero fue Garcí Rodríguez de Montalvo quien, en *Amadís*, les dio nueva vida y mayor difusión a estas Amazonas cuyo Brasil, recordemos, no estaba en América del Sur sino que era una isla relacionada con la saga del rey Arturo.

En 1325, Angelino Dulcert (Angelino Dalorto o Angellinus de Dalort), grabador de la escuela mallorquina, dibujó uno de los portulanos más antiguo que conocemos y en él ubicó una tierra llamada Brasil sobre la cual no tenemos referencias, pues, como escribe Hunter (175), aquél mítico Brasil de Angelino Dalorto se asociaba con la Ínsula Deliciosa o Island of

Delight, que es donde Lope García de Salazar (1399-1476) dijo que estaba enterrado el rey Arturo; dicha isla estaba situada en Irlanda, a veinticinco leguas del “Cabo Longaneos”, y era invisible debido a un hechizo de Morgana, la hermana del rey Arturo. El cronista vasco contribuyó a incrementar las confusiones sobre la isla Brasil ya que, según Hunter, Longaneos era el nombre vasco para Land’s End en Cornwalla. Entre los ingleses e irlandeses, el mito sobre la isla Brasil se difundió en el mejor estilo caballeresco asegurando que el viajero solo podía ver la isla cuando el barco en el que viajaba la divisaba a ella antes de que la isla misma divisase al barco.<sup>2</sup> Otro ejemplo del maridaje entre geografía y ficción lo tenemos en las Islas Afortunadas que aparecen en el *Tristán de Leonís* (1501) –versión española de *Tristán e Iseo* que data de 1232– y que es el nombre con el que se conoce el archipiélago canario; allí está la isla de Lanzarote, que fue nombrada en memoria del protagonista de *Lancelot du Lac* y cuya versión en prosa, *Lanzarote del lago*, fue conocida en España en el siglo XII.

Hasta bien entrado el siglo XVI, las islas fueron lugares propicios para ubicar lo imaginario; en la “Ínsula firme” de *Amadís de Gaula* es donde ocurren los mayores portentos de esta novela. Florida, California, Virginia y toda América del Norte, que fueron pensadas o representadas como islas, también fueron lugares elegidos para ubicar el paraíso; y en términos paradisiacos se describen las maravillosas ciudades norteamericanas de Quivira, Cíbola y Norumbega, la Fuente de la Eterna Juventud y las tierras que conocemos en español a través de los testimonios de Chicorano, don Luis el indio, Pedro Mártir,

---

<sup>2</sup> El misterioso Brasil de la época de san Brendan, identificado con la Ínsula Deliciosa, es también conocido como “O Brasil” y “Hy Brasil”, pero no corresponde al actual Brasil. Según Hunter (175), lo más probable es que el nombre de este lugar sea de origen irlandés (procedente del céltico *bras* or *bres*, que significaba “noble” o “feliz”). Angelino Dalorto ubicaba Brasil al suroeste de Irlanda, próximo a la latitud 52°.

González de Oviedo, Hernando de Soto, Vázquez de Ayllón, Cabeza de Vaca, el padre Segura, el padre Oré, Menéndez de Avilés, Tristán de Luna, fray Gregorio de Escobedo, el Inca Garcilaso y otros autores aquí citados. Quienes iban al Nuevo Mundo además de riquezas y aventuras, también buscaban el paraíso y algunos dijeron haberlo encontrado; Cristóbal Colón creyó que estaba a las orillas del río Orinoco, en el golfo de Paria,<sup>3</sup> y en un mapa del siglo XV, *The World of Andrea Bianco* (1436; véase el mapa de la pág. 128 de Brown), el paraíso aparece rodeado del Mar Océano. Asimismo, el paraíso y la historia bíblica se reubicaron en América del Norte y, según cuenta Francisco López de Gómara en su *Historia general de las Indias*, los españoles engañaron y capturaron a los nativos de las islas Lucayas con la historia del paraíso que, según los españoles, estaba al norte de las mismas; Ayllón, que iba buscando esclavos en las Lucayas y no los encontró, se dirigió hacia el paraíso descrito por Chicorano, que estaba en la tierra de este, y llegó con sus correligionarios al río que simbólicamente nombraría “Jordán”.

Virginia, la tierra que Hakluyt describiera como una doncella amorosa que espera al amado (Inglaterra) con los brazos abiertos, es también representada casi como una isla en el ya mencionado mapa de John Ferrer (1577). En él se la ubica entre el fabuloso “Mar de China”, al norte, el “Mar Atlántico” al sur, una corriente de agua al este y una línea divisoria al oeste donde se inscribe “Meridies”.

---

<sup>3</sup> San Brendan llegó a una isla de gran belleza que a él le pareció el paraíso y que los geógrafos de 1543 identificaron con Madeira. También el monje benedictino Ranulf Higden dedicó un capítulo de su *Polychronicon* a describir el paraíso y lo mismo hizo John Mandeville (c. 1360). La isla de san Brendan adquirió un estatus mítico y ‘movible’ similar al del reino del padre Juan. En España, las narraciones de los viajes de Marco Polo y Pedro Tafur hacia lugares paradisíacos tuvieron un éxito extraordinario.

## Viejo Mundo y vieja historia: Europa frente al descubrimiento

Los cartógrafos europeos del siglo XVI que tenían limitado renombre eran artesanos autónomos, pero los más destacados fueron patrocinados por mecenas que les dieron prestigio universal. La búsqueda de fama y fortuna de ciertos cartógrafos y la ambición de algunos de sus mecenas dejaron una marca indeleble en la historia de los mapas y viajes de personajes como los Verrazzano y los Caboto, quienes fueron auspiciados por Francia e Inglaterra respectivamente y cuyos antecedentes españoles conviene destacar:

No official general charts of the Americas were published in Spain until 1790, but several sketches, such as Pedro de Medina's of 1545, appeared in Spanish works after the middle of the sixteenth century [...] *These charts, however, must have fallen, at times, into the hands of foreigners, and our navigator [Verrazzano], no doubt, had found several such in his prizes, and thus the routes to the Indies became known to the English and French. Spanish pilots may have entered foreign service, but if so they probably assumed an alias, and but one such is named up to the year 1530* (Brevoort 241, énfasis mío).

Cartógrafos, traductores y cronistas del Nuevo Mundo fueron instrumentales para la consolidación de las colonias en lo que hoy es EE. UU. Como veremos a continuación, quienes menos se embarcaron –alemanes y holandeses predominantemente– fueron quienes dominaron el mercado cartográfico del siglo XVI; quienes trabajaron para banderas ajenas –en su mayoría italianos y portugueses– tuvieron lealtades de ambigua conveniencia; los cartógrafos y exploradores mejor tratados por la historia, como los hermanos Verrazzano, no dudaron en hacer de la piratería un oficio patrocinado por la corona; pero los cartógrafos españoles, o patrocinados por España, que dieron a conocer la geografía del sureste de los EE. UU. quedaron en segundo plano a pesar de que, hasta 1583, los mapas realizados por ellos fueron “la única autoridad en el

delineamiento de la costa que va de Florida a Nueva Escocia, cuando los ingleses comenzaron su asentamiento en Virginia” (Brevoort 278).<sup>4</sup>

Las intrigas que se gestaron tras las bambalinas del “teatro del mundo” contaban con una formidable y no declarada alianza entre los cartógrafos mismos, o entre ellos y los pilotos, o entre los cartógrafos y sus mecenas, o entre los cartógrafos y los impresores más avezados. Los cambios en la historia de la representación del mundo explican parcialmente el conflicto de intereses en este ámbito. Después de la Edad Media,<sup>5</sup> la primera gran novedad cartográfica ocurrió el año de la llegada de Ponce de León a La Florida, 1513, cuando se elaboró el *Mappaemundi* de Estrasburgo, basado en la *Geographia* de Tolomeo; aquel es el primer mapa que incluye coordenadas de longitud y latitud (mapa de rejilla). Los mapas simbólicos de la Edad Media y los mapas de rejilla del siglo XVI coexistieron con los mapas unidimensionales, que tenían fines exclusivamente prácticos –llegar o encontrar un lugar partiendo de otro–; dentro de esta categoría unidimensional se encuentran los mapas de Colón –que consistían apenas en unas líneas. El uso de las coordenadas de longitud y latitud, el comienzo del uso de portulanos y los cuadernos de navegación inventados por Lucas Jansz Waghenaer modificaron definitivamente la representación del mundo,<sup>6</sup> y el mejor ejemplo de lo que

---

<sup>4</sup> “The Spanish Maps remained the sole authority for the outlines of our coast from Florida to Nova Scotia until the English in 1583 began their settlements in Virginia” (Brevoort 278).

<sup>5</sup> Los mapas medievales eran simbólicos, no representaban la geografía, sino que describían el mundo como una obra divina; el mejor ejemplo de ello es el *Mappaemundi* que San Isidoro de Sevilla incluye en sus *Etimologías*; en él, el *orbis terrarum* es representado con un círculo dividido en tres partes y rodeado de agua.

<sup>6</sup> “They produced the first systematic collections of navigational charts bound together in book form. This sea atlas was compiled and published by Lucas Jansz Waghenaer (or Wagenaer) of Enckhuysen under the title *Spiegel der Zeevaerd* (*The Mariner’s Mirror*)” (Brown 144). Este atlas

consideramos un mapa moderno es el *Typus orbis terrarum* del *Theatrum orbis terrarum* de Abraham Ortelius (Anturpe, 1570). Una constante en este proceso de cambios es que la elaboración de mapas del Nuevo Mundo en el siglo XVI estaba regida por criterios europeos y defendía la idea de desterritorialización de los amerindios (Padrón 31).

Durante esta época, destacan varios centros cartográficos europeos: los de Alemania, en Colonia, Nuremberg y Viena; los de los Países Bajos, cuyos cartógrafos profesionales se agruparon en dos ciudades: en Anturpe, los belgas, y en Ámsterdam, los holandeses (Bagrow 132); y los de Francia, donde dominan los cartógrafos de Dieppe; en Italia, el núcleo cartográfico más importante estaba en Venecia y dominó el comercio del Mediterráneo en la primera mitad del XVI, pero Italia no quería conquistar ni cristianizar, sino enriquecerse vendiendo mapas y concediendo préstamos bancarios. En España, la Casa de Contratación de Sevilla tenía el monopolio de los mapas, y una prueba del peligro que suponían las subrepticias alianzas anteriormente mencionadas es que se eligió esta ciudad como sede para la Casa y no Cádiz, que tiene un puerto natural, para evitar los robos de mapas y bienes procedentes del Nuevo Mundo por los que eran famosos los corsarios ingleses.

Asimismo, la cartografía española sobre el Nuevo Mundo llegó a su apogeo en el siglo XVI, pero Felipe II, quien fue su gran promotor, fue quien, paradójicamente, causó los peores daños a esta profesión ya que restringió celosamente la impresión de mapas en España. El secreto y la cerrazón de la época filipina fueron tan eficaces que llegaron hasta el año 2002, fecha en la que el atlas de España que había sido elaborado bajo la supervisión de dicho monarca seguía en los anaqueles de la

---

y otros muchísimos están en la *Library of Congress*, mapa número 5165. Véase Philip Lee Phillips. *A List of Geographical Atlases in the Library of Congress*. 4 vols. Washington: GPO, 1909-1920.

Biblioteca de El Escorial sin haber sido usado nunca (Padrón 57, n. 8).

Los mapas españoles del Nuevo Mundo delineaban los accidentes geográficos, el acceso a dichos lugares y la demarcación del avance misionero y, supuestamente, estaban bien guardados. Sin embargo, los mapas ingleses de la costa este de los EE. UU., particularmente los de sir Walter Raleigh y John White, fueron ampliamente difundidos, y los mapas del capitán John Smith consiguieron acercar exitosamente el Nuevo Mundo a Europa mediante la representación del paisaje americano con características europeas. En opinión de Harley, la representación europeizada de la geografía y de los indígenas americanos contribuyó notablemente al triunfal asentamiento británico en la costa atlántica pues convencieron a los futuros colonos de que en Norteamérica se hallarían dentro de un entorno familiar. América se presentaba en Inglaterra como el escenario de un gran teatro que esperaba la llegada de los europeos para que se levantase el telón (“Silences” 103- 105). La idealización y teatralidad del escenario geográfico, conseguida a través de los mapas europeos, constituyó “una marca” que también utilizaron pintores y literatos. Desde el siglo XVI hasta el Barroco, la metáfora del teatro del mundo se empleó en mapas y en obras literarias que trataban del fingimiento de la realidad social; por ejemplo: el *Theatrum orbis terrarum* de Abraham Ortelius, el diccionario geográfico de Giovanni Botero *The Theater of the Earth*, el drama calderoniano *El gran teatro del mundo* y el cervantino *Retablo de las maravillas*. Otros autores, como Pedro Mártir de Anglería y Gonzalo Fernández de Oviedo escribieron sobre la bonanza de Chicora y las Tierras de Ayllón, y los detalles de estas narrativas sobre aquella tierra paradisíaca ilustraron como trasfondo teatral el mapa de Chicora de Peter Vander Aa (1707). Es decir, aunque la cartografía se nutre primariamente de los informes de marineros y exploradores, el gusto de los patrocinadores y la información procedente de los reportes literarios, con sus ficciones

incluidas, crearon conjuntamente la imagen gráfica del Nuevo Mundo en el siglo XVI.

Entre las ficciones, una de las hipótesis geográficas dominantes fue la insularidad de Norteamérica y esta triunfó gracias a la *Cosmographiae universalis libri VI* de Sebastian Münster (c. 1488-1552); obra que tuvo treinta y cinco ediciones entre 1544 y 1600, fue publicada en latín, alemán, francés e italiano, existieron varios resúmenes de ella en inglés,<sup>7</sup> y su popularidad fue superada solo por la de la Biblia.<sup>8</sup> Con todo, Leo Bagrow confirma que los primeros mapas históricos del Nuevo Mundo fueron o bien de manufactura española, o bien patrocinados por la corona española, o bien basados en datos de los exploradores españoles, y entre ellos destacan:<sup>9</sup>

- El mapa que Colón realizó tras su viaje de 1493 y del que apenas ha sobrevivido el esbozo de la costa noroeste de La Española.
- El mapa de 1500 de Juan de la Cosa, que es el resultado del conocimiento directo de su autor tras haber acompañado a Colón en su viaje de 1493; en él incorpora tam-

---

<sup>7</sup> “Geographers were slow to recognize the continuous continental character of North America. Most surviving maps of the New World drawn in the first twenty years of the sixteenth century show big stretches of open water north of the Antilles. The most conspicuous exceptions are the 1500 map of Juan de la Cosa and the 1507 world map of Martin Waldseemüller [...] The Cantino map of 1502—perhaps significantly a Portuguese compilation—has a tongue of land, whether island or peninsula, northwest of Cuba which may be intended to represent Florida and is certainly too circumstantial to be a mere invention. It is probable, therefore, that there was at least one and possibly several sightings of the Florida coast before the first of which we have surviving record: that of Juan Ponce de Leon in 1513” (J. H. Elliott, “Spain and its Empire” 85-86).

<sup>8</sup> Surekha Davies. “America and Amerindians in Sebastian Münster’s *Cosmographiae universalis libri VI* (1550).” *Renaissance Studies* 25.3 (2011): 351-373.

<sup>9</sup> Leo Bagrow. *History of Cartography*. 2ª ed. Revisado por R.A. Skelton. Cambridge: Harvard UP, 1964. 19.

bién los datos obtenidos a raíz del viaje de 1497 de Juan Caboto y los datos de la expedición de Ojeda y Vesputio a América del Sur en 1499.

- En 1513, año de la llegada de Ponce de León a La Florida, el hidrógrafo turco Piri Re'is, produjo un mapa basado en los tres viajes de Colón; Piri obtuvo su información de un italiano que había acompañado al almirante y que fue hecho prisionero por los turcos.

Bagrow afirma que el resto de los mapas del Nuevo Mundo de las dos primeras décadas del siglo XVI fueron realizados por portugueses, alemanes e italianos (Fig. 29) y que, después del mapa de Juan de la Cosa de 1500, solo ha sobrevivido el de 1522 de Nuño García de Toreno, quien fue el primero en representar Las Filipinas con la información que obtuvo de los sobrevivientes de la exploración de Magallanes (107-108). Bagrow, sin embargo, no menciona la conexión de estos mapas con la Casa de Contratación ni con los mapas de Diego Ribero, Esteban Gomes y Juan Vesputio –patrocinados los tres por la corona española– y que incluyen en sus representaciones la actual Península del Labrador, la Bahía de Santa María, Maryland, Virginia, las Carolinas, Georgia y Florida. Otros mapas de la costa atlántica que Bagrow omite y que son fundamentales para documentar la historia de los EE. UU. son: el de Cantino (1502); el de Pedro Mártir con la Isla Beimini (1511); el de Juan de la Cosa de 1515 donde aparece el nombre “Florida” por primera vez; el de Pineda en el que se dice “La Florida que decían Bimini que descubrió Ponce de León” (1512); el de Alonso de Santa Cruz (1544); el de Boecio (1589) donde se documenta la invasión de San Agustín, y el de Hernando de Mestas (1594-95). Es decir, faltan al menos diez mapas, cinco de ellos españoles, en esta parte de la historia de la cartografía que marca el nacimiento de la representación geográfica de los EE. UU.

A pesar de que los alemanes apenas hicieron viajes transatlánticos porque, como afirma Surekha Davies (2011), la participación germánica en la colonización de América fue legalmente limitada por los electores, esto no impidió que Alemania consiguiera pingües beneficios con la venta de mapas y con el comercio de esclavos.<sup>10</sup> Los comerciantes alemanes de principios del siglo XVI financiaron importantes expediciones de españoles y portugueses al Nuevo Mundo y supieron aprovechar las posibilidades mercantiles de la impresión de sus mapas. Los mapas alemanes de Norteamérica fueron los que mayor difusión y éxito tuvieron en Europa, los cartógrafos de Renania, particularmente en Basilea, Estrasburgo y Saint Dié, mantuvieron estrechas relaciones con la corriente humanista y sus libreros, y los impresores alemanes se beneficiaron grandemente del ostracismo que imperaba en la Casa de Contratación;<sup>11</sup> de ahí que los cosmógrafos renanos fueran instrumentales para el nacimiento de América como entidad geopolítica y económica a comienzos del siglo XVI (Davies 354).

El propio nombre del continente americano fue acuñado en 1507 por el alemán Martin Waldseemüller, quien lo ins-

---

<sup>10</sup> A cambio de los préstamos bancarios que la casa Welsers le hizo a Carlos I, este les concedió licencias para el negocio esclavista en el Nuevo Mundo. Enrique Ehninger y Jerónimo Sayler fueron quienes llevaron a cabo los contratos para los Welsers, quienes fueron conocidos como Bélzares y recibieron la gobernación de Venezuela desde 1528 hasta 1546. Bartolomeus V. Welsler fue el banquero de Ausburgo a quien Carlos I arrendó dicha gobernación. Antonio de Herrera se refiere a ellos en su *Historia general o Décadas*, su *Descripción de las Indias Occidentales* (1601), que era la introducción a las *Décadas*, fue traducida al alemán, francés, inglés y latín.

<sup>11</sup> Recordemos que, según afirma Brevoort, los españoles Medina y Cortés lideraron el conocimiento náutico: “the first works of general authority on this subject were Pedro de Medina’s *Arte de Navegar*, of 1545, and Martin Cortés of 1551, which were eagerly translated into other languages” (Brevoort 254-55).

cribió en el mapa que él había preparado con el humanista Matthias Ringmann con información proporcionada por Americo Vespucio quien, a la sazón, estaba auspiciado por España. También, muchos de los mapas de Sebastian Münster estaban basados en los que hizo Waldseemüller antes de la publicación de su *Cosmographiae*, obra que junto con las crónicas y los relatos de viaje avivaron la curiosidad e imaginación del público lector y supusieron un obstáculo para los cosmógrafos ya que la precisión y objetividad estaban casi ausentes en los reportes, crónicas y relatos de viaje de la costa atlántica. Esto ha hecho que muchos seguidores de Edmund O’Gorman afirmen que el continente norteamericano no fue descubierto sino inventado, lo mismo que su insularidad y su occidentalidad,<sup>12</sup> y a ello contribuyeron sobremanera los mapas.

Gracias a los cartógrafos, Alemania, Francia e Italia se dedicaron al lucro comercial sin ambages; España y Portugal hacían a dos bandas (comercio y cristianización); y los Países Bajos encontraron un filón en el negocio de los mapas, supieron canalizar su dominio por la corona española y se ganaron a Europa central con el endiosamiento literario y musical del conde Edgmont frente al duque de Alba. Inglaterra, a su vez, estaba ojo avizor sobre los avances de unos y otros, y fue el país líder en la “traducción-adaptación” de crónicas, mapas e informes hispanolusos. La realidad es que en el siglo XVI, los

---

<sup>12</sup> *The Invention of America: An Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History*. Bloomington: Indiana UP, 1991, 3; para el tema de la occidentalidad véase Martin W. Lewis y Kären E. Wigen, *The Myth of Continents: A Critique of Metageography*. Berkeley: California UP. pp. 51-3, y el cap. 2. La división entre Oriente y Occidente era tan arbitraria en el siglo XVI como hoy, ya que consideramos que el “occidente” incluye, EE. UU., Canadá, Europa occidental –definida política y no geográficamente– y Japón y, sin embargo, excluye el resto del mundo que cae dentro de las mismas coordenadas, especialmente América Latina y África y otras tierras intermedias que se sitúan entre Europa y Japón.

mapas españoles y portugueses de la costa atlántica sirvieron de base para italianos, franceses, holandeses, alemanes e ingleses; pero, siguiendo de nuevo a Bagrow, el discurso oficial sobre el mapeo de esta zona se ha centrado fundamentalmente en la divulgación del “conocimiento y la precisión del mapa”, lo cual deja fuera de circulación oficial y a la merced de la piratería a los mapas de la costa este de los EE. UU. patrocinados y guardados bajo llave en la Casa de Contratación.

Bagrow afirma que, en Norteamérica, el mapa más conocido de la costa entre Florida y Chesapeake Bay es el de 1585-1587 de John White, y los mapas de 1613 y 1632 del francés Samuel de Champlain son los que con más precisión dibujaron el norte de aquella bahía Chesapeake, detallando las tierras que se encuentran hasta allí desde Nueva Escocia, la Cuenca del río San Lorenzo y los Grandes Lagos (Bagrow 193). La anterior afirmación no considera la existencia de los mapas con los que comencé este libro y se puede refutar incontrovertiblemente con los datos que aportan James C. Brevoort, Louis de Vorse y J. Michael Francis, entre otros, quienes destacan que las obras españolas con información marítima de primera mano se tradujeron muy pronto y se divulgaron de inmediato por toda Europa dando pie a subsiguientes tratados y mapas europeos sobre el Nuevo Mundo, siendo los ejemplos más notables: el *Arte de Navegar* (1545) de Pedro de Medina y, con el mismo título, el de Martín Cortés de 1551 (Brevoort 254-55); estas dos obras, junto con el mapa de Juan Vespucio (1526) y el de Diego Ribero (1529) anteceden por casi un siglo (87 años) al de John White y más de un siglo (106 años) al de Samuel de Champlain; y anteceden también por más de un siglo a la producción de mapas en las colonias británicas de América del Norte, la cual comienza después de 1675 (Bagrow 193). El primer mapa que se imprimió en los actuales EE. UU. fue el de New England. Este salió de la imprenta de John Foster en Boston, en 1677; y en 1733, Benjamin Franklin fue el autor de otro mapa, que sigue al de Foster y en el que, ya casi en el

siglo XVIII, se delimitaban por primera vez las fronteras entre Maryland y Pennsylvania.

### **El escenario de los personajes en busca de autor y el teatro de operaciones del corsario Juan Florín**

James Carson Brevoort ha documentado exhaustivamente las exploraciones de la costa este de los EE. UU. y ha aportado pruebas de que Giovanni Verrazzano era un hábil personaje que se movía con gran éxito en los círculos de la Casa de Contratación.<sup>13</sup> En la obra de Brevoort, es de particular interés la colección de cédulas, referencias y documentos sobre Verrazzano, quien fue capaz de mantener doble identidad y, como corsario, supera con creces a Drake. La cartografía y la exploración de la costa atlántica fueron las hazañas que más fama le dieron al florentino Verrazzano y las que más contribuyeron a limpiar su nombre. Haciendo gala de su proverbial habilidad negociadora y antes de elaborar el mapa de 1527, Giovanni da Verrazzano, en colaboración con su hermano, el cartógrafo Girolammo, mantuvo en jaque a tres cortes: la de Enrique VIII en Inglaterra, la de Francisco I en Francia y la de Carlos I en España. Este florentino obtuvo subrepticamente copias ilegales de los mapas de la Casa de Contratación en Sevilla y Coruña, y consiguió hacerlo sin dejar rastro que le hiciese mella. Pedro Mártir, Antonio de Herrera, Francisco López de Gómara y otros cronistas contemporáneos aportan datos poco difundidos de Verrazzano y que se han traducido selectivamente o se han citado erróneamente en inglés, como ya ocurrió con la obra de

---

<sup>13</sup> James Carson Brevoort. "Notes on Giovanni da Verrazzano and on a Planisphere of 1529, Illustrating His American Voyage in 1524, with a Reduced Copy of the Map." *Journal of the American Geographical Society of New York* 4 (1873): 145-297. Esta obra es fundamental por los documentos en los que prueba que Juan Florín es Verrazzano y que este es un corsario que se nutre en los fondos de la Casa de Contratación.

Barcia sobre el indio don Luis.<sup>14</sup> La singularidad y primicia que se atribuyen a los descubrimientos de Verrazzano auspiciados por Francia siguen incólumes; pero esto lo contradice la documentación que aporta Brevoort sobre Verrazzano y su posible conocimiento del primero de los viajes de Ayllón, el de 1520:

*Verrazzano adapted Spanish charts [...] His intention, like that of Columbus, Cabot, Corte Real and others, was to discover a seaway to Asia, and he must have been keenly disappointed at his failure to find a strait leading in that direction. He appears to have heard of Ayllon's voyage in 1520, from his evident desire to make land in latitude 34°; and was well informed concerning Terra Nova, but the unexplored gap offered a last hope for discovery, which was frustrated (Brevoort 255-56, énfasis mío).*

Es posible pensar que la ignorada relación de Verrazzano con España y de sus viajes con el primero de Ayllón, dijimos ya, se deba a que los textos españoles se refieren a él como Juan Florín, Juan Florentín y Florinus; pero el resultado es que en el comienzo de la historia norteamericana en el siglo XVI se omite que Verrazzano estaba involucrado simultáneamente con la aristocracia florentina y con las coronas francesa e inglesa –como Giovanni da Verrazzano– y con la española como Juan Florín o Juan Florentín, su *alter ego*.

Verrazzano, no Juan Florín, fue apadrinado por Hakluyt, entró por la puerta grande en la historiografía inglesa y angloamericana, fue eximido de culpa y pasó a ser aclamado como el descubridor y cartógrafo de las tierras situadas en el extremo norte de la costa atlántica norteamericana (incluyendo las Tierras de Gomes y las Tierras de Ayllón). El mito de Verrazzano necesitaba un final glorioso, arriesgado, propio de un héroe, y también esto se le concede en la literatura; hay quienes dijeron

---

<sup>14</sup> Véase Colin Steele. *English Interpreters of the Iberian New World from Purchas to Stevens: A Bibliography Study, 1603-1726*. Oxford: Dolphin, 1975.

que Verrazzano acabó sus días a manos de los españoles que ya no toleraban más sus incursiones, pero otros le otorgaron al corsario florentino un final más trágico, una muerte a manos de antropófagos caníbales, quienes, a decir de algunos, lo consumieron a la vista de sus compañeros de viaje tras haberlo quemado en las brasas. Brevoort sintetiza así las consecuencias de los méritos atribuidos a Verrazzano:

The first published Map containing traces of Verrazzano's explorations is in the Ptolemy of Basle 1530, which appeared four years before the French renewed their attempts at American exploration. It shows the Western sea without a name, and the North of it is called Francisca [...]. In the letter of 1524, Verrazzano does not propose any name for the land he had discovered, but on the Mapamundi of 1529 by Hieronimus, we find it inscribed 'NOVA GALLIA sive IVCATANET, from Florida' or the shore of the supposed Western sea to the Terra des Bretons [...]. Crignon, in 1539, had not seen Verrazzano's chart, but says that many navigators, and even the Portuguese, call this Terra Française. Jean Alphonse, who coasted South to Massachusetts Bay about 1542, says, in his *Routtier*, that these lands may well be called New France. Ramusius, in 1553, calls it Nova Gallia, and Ribault, in 1562, called it New France (Brevoort 279-281).

En resumen, los mapas de Verrazzano están lejos de ser solo documentos cartográficos y caen de lleno en la silenciosa guerra abierta de mapas que mantuvieron España, Francia, Alemania, los Países Bajos, Italia, Portugal e Inglaterra. Recordemos, una vez más, las fechas de los mapas de Juan Vespuccio (1526) y Diego Ribero (1529), las fechas de los viajes de Ayllón (1520-21 a 1526) y la fecha del mapa de Basle (1530) en el que se reportan los viajes de Verrazzano.

### **Cuatro notas sobre cuatro mapas históricos de la costa este de los EE. UU.**

Los mapas que cito a continuación constituyen el telón de fondo en el que se desarrollaron los hechos de mis cuatro per-

sonajes en busca de autor: Ayllón y Chicorano comienzan la aventura de Chicora en 1520 y la concluyen en 1526; Pedro Martínez de Avilés, guiado por don Luis, trabaja en la colonización de Ajacán desde 1566 hasta 1572. Entre ambas exploraciones, en 1554, se publica en Sevilla el *Arte de navegar* de Pedro de Medina; obra en la que están representadas las rutas comerciales entre España y el Nuevo Mundo y en la que con toda claridad aparece detallada la Bahía de Santa María (véase el mapa del estudio de Padrón (51), cuyo original se encuentra en *Rare Books Division, Library of Congress*).

Las exploraciones de Ayllón y Avilés dejaron su huella en varios planisferios y mapas, un total de diecisiete –según vimos en de Vorse– que entre 1526 y 1570 se ramificaron partiendo de cuatro núcleos: el planisferio de Juan Vespucio (1526), el de Diego Ribero (1529), el de Girolamo Verrazzano (1529) y el mapa de París de 1554, que son los que destacaré aquí. El de Juan Vespucio y el de Diego de Ribero posiblemente derivaban del padrón real guardado en la Casa de la Contratación (Ricardo Padrón 52); el de Girolamo Verrazzano sugiere conexiones poco difundidas entre los hermanos Verrazzano y España; y el mapa de París conserva los topónimos en español. El planisferio de Juan Vespucio (véase al comienzo de este libro), es el primer planisferio que documenta cartográficamente la exploración española de la costa atlántica de América del Norte, mediante la enseña imperial, declara este territorio para Carlos I y se encuentra en la *Hispanic Society of America, New York*; en él se incluye documentación obtenida por Juan Caboto (aunque los datos fueron reportados por su hijo Sebastián) y hay datos procedentes del mapa de Juan de la Cosa, de los viajes de Esteban Gomes y de los viajes de Ayllón. El águila imperial de Carlos I aparece en lo que hoy es el norte de la Bahía de Santa María.

Juan Vespucio heredó los mapas, cartas e instrumentos de su tío Américo Vespucio, (m. Sevilla, 1512), a quien sucedió en el cargo de piloto oficial de la Casa de Contratación; el so-

brino de don Américo formó parte de la comisión de 1524 de Badajoz-Elvas que se reunió para resolver las disputas hispano portuguesas en torno a las Indias; y en 1526, año en el que produce el mapa del que hablamos, Juan Vespucio fue nombrado examinador de pilotos para la Casa de Contratación en Sevilla, remplazando en su puesto a Sebastián Caboto. El primer examinador de la Casa había sido Américo Vespucio.

El excesivo celo de la Casa de Contratación actuó en contra de Juan Vespucio ya que la opinión internacional consensuó y, como hemos visto, erróneamente ratificó, que después de los viajes de Juan Ponce de León, España no progresó mucho en la exploración de América del Norte, y que durante los siete años siguientes a 1513, excepto por los viajes autofinanciados para el comercio de esclavos entre las Bahamas, no hubo apoyo gubernamental a los exploradores españoles hasta 1520, cuando Lucas Vázquez Ayllón inició sus expediciones al norte de La Florida. Se sabe que el mapa de Vespucio (1526) es o un borrador o una copia del padrón real y que Giovanni Verrazzano lo conocía, lo cual pone en duda para quién trabajaba Verrazzano y hace del planisferio de Juan Vespucio un documento excepcional. Aunque aquí no me referiré a él como documento para la historia de Ayllón, el mapa de Hernando Colón, también fechado en 1527 es el segundo argumento sobre el que debemos apoyarnos para trazar la historia de la Temprana Modernidad de los EE. UU. El mapa de Hernando Colón delimita claramente la “tierra del licenciado de ayllon” por encima de una larga y estrecha bahía situada entre la latitud norte de los 33° y 34° y que, según corrobora E. B. Mathews en *The Maps and Map-Makers of Maryland*, constituye la primera representación de la Bahía Chesapeake basada en información de primera mano. Los grados referidos a la latitud de este lugar, es, como hemos visto, muy variable. Todos estos datos, creo yo, ponen en entredicho los méritos exclusivamente atribuidos a Verrazzano en la costa atlántica norteamericana y requieren ser reevaluados. Asimismo, es preciso consultar el estudio del

alemán John G. Kohl, *Die Beiden Ältesten General-Karten von Amerika ausge-ihriin den Jahren 1527 und 1529*, quien redactó esta obra entre 1854 y 1858 en Washington y Harvard a requerimiento de gobierno de EE. UU. (“United States Coast Survey”) y fue publicada en 1860. En ella se incluyen dos grandes mapas reproducidos a color: el llamado mapa de Hernando Colón, fechado en 1527 y el mapa “Ribero-Weimar” de 1529, que es el prototipo de los mapas de la costa atlántica norteamericana durante el resto del siglo XVI.

El planisferio de Diego Ribero de 1529 es el mapa más preciso en términos del trazado de la costa atlántica norte y suramericana hasta su época; en él hay una indentación junto al cabo de Trafalgar que probablemente corresponde a Pamlico Sound. Y John Smith, en un mapa anotado por él, escribe debajo de Wococcon Island, que queda cerca de Pamlico: “The Port of Saynt Maris where we arrived first”; cuando Smith dice “we” Loomis entiende que se refiere a los ingleses de la colonia de Raleigh, y es posible que llamase “Santa María” a lo que en realidad era Pamlico; pero, según afirma Lewis, ya en 1616 William Strachey dice en su *Historie* que el nombre español para la Bahía Chesapeake era “Santa María” (Lewis 11). Es decir, nuevamente están confundiendo las dos Bahías de Santa María, la que está en las proximidades de Pamlico Sound, Carolina del Norte, que incluye el cabo Hatteras, y la de Maryland (Chesapeake). Pamlico Sound, en los Outer Banks de Carolina del Norte, conecta hacia el norte a través de Roanoke Sound donde se estableció la primera colonia inglesa en 1585.

El siglo XVI le concedió un extraordinario valor estratégico a la Bahía de Santa María (Chesapeake), en parte porque los europeos intentaban llegar a Oriente por el norte del continente americano; de ahí que los mapas franceses, y aquí traduzco de Lewis, exageraran las dimensiones de la misma, basándose quizá en las narraciones indias de los Grandes Lagos. Es probable que Menéndez de Avilés, después de las explicaciones de Ayllón, también pensara que la bahía debía ser el punto

de partida para otro estrecho y que desde ella sería posible navegar hasta China. Los denodados esfuerzos de Avilés por dominar la Bahía Chesapeake llegaron al punto de que en el Archivo General de Indias el adelantado de La Florida recibe el nombre de “mico de Santa María”.<sup>15</sup> Menéndez de Avilés, en una carta a un amigo jesuita destinado a Cádiz, alude al río Salado como el río que va a China; y hay quien defiende que Menéndez se refería a los tributarios de la Bahía Chesapeake; aunque sobre esto hay discrepancias ya que en los mapas de Martínez y Dircks y en el de París de 1580 el río Salado parece representar el Potomac, también conocido como río San Pedro, pero en el mapa de Lopo Homem 1554 es evidente que este territorio corresponde a la parte superior de la bahía y al Susquehanna (Lewis 20-21).<sup>16</sup>

El resultado final es que, sin decirlo, todos estos mapas documentan los logros de Gomes, Ayllón y Avilés. Y en esta beligerancia de mapas no declarada oficialmente, el mapa de Verrazzano (1529) es el que ha triunfado; a él se le ha dado prioridad sobre los de Juan de la Cosa (1500), Vesputio (1526) y Ribero (1527 y 1529), siendo estos tres últimos fundamentales para documentar la historia de los EE. UU.

### **El lenguaje (internacional) de los mapas.**

#### **A Dios lo que es de Dios y al rey lo que está en el mapa**

Un mapa, como documento y como obra de arte, es un texto que nos permite identificar el periodo histórico al que pertene-

<sup>15</sup> “Testimonio de Pedro García Salas” AGI Escribanía 154A (abril 1577) fol. 1607v. Citado por J. Michael Francis, 29.

<sup>16</sup> “We believe he [Menéndez de Avilés] was thinking of the Chesapeake and his tributaries, not so much in terms of the later maps of Martínez and Dircks or a Paris map of 1580, in which the Río Salado seems to represent the Potomac, but in terms of Homem, in which it would correspond to the upper bay and the Susquehanna” (Lewis 20-21).

ce. Por esto, afirma John B. Harley, tenemos que hablar de la “literatura de los mapas” y del “discurso cartográfico” cuyo lenguaje se desarrolla, como el lenguaje humano, en el contexto social, político y cultural con el que interactúa:<sup>17</sup>

Maps have to be read as “thick” texts or as socially constructed forms of knowledge. Maps are never value-free images. “A language” –or perhaps more aptly a “literature” of maps –similarly urges us to pursue questions about changing readerships for maps, about levels of literacy, conditions of authorship, aspects of secrecy and censorship, and also about the nature of the political statements which are made by maps (Harley, “Maps, Knowledge” 53).

En la época de Ayllón y Avilés, el patrocinio, producción y posesión de mapas heredaron lo que Harley describe como el carisma principesco que les había atribuido la Edad Media y, además de servir para la orientación geográfica, a los mapas se les otorgaron otras funciones de índole política y personal, como la reclamación de una propiedad privada, la demarcación de un país o la legitimación de una conquista (56-57).

El Papa Alejandro VI dilucidó sobre un mapa para determinar cuáles eran las tierras del Nuevo Mundo que les correspondían a los españoles y cuáles a los portugueses, y en 1494 se firmó el Tratado de Tordesillas ratificando lo acordado: a Portugal le “correspondió” Brasil, y a España la América Latina y las que se auguraban como futuras tierras del norte atlántico del Nuevo Mundo. Los intercambios de islas y enclaves que hicieron España y Portugal a raíz de aquel tratado confirmarían que el Nuevo Mundo estaba ahí para ser repartido entre los monarcas de la vieja Europa, “*uti possediti juris*” –quien lo

---

<sup>17</sup> J. B. Harley. “Silences and Secrecy: The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe.” *The New Nature of Maps*. Ed. Paul Laxton. Baltimore: Johns Hopkins UP, 2001. 83-107; J. B. Harley. “Maps, Knowledge, and Power.” *The New Nature of Maps*. Ed. Paul Laxton. Baltimore: John Hopkins UP, 2001. 51-83.

descubre, lo posee.<sup>18</sup> Este es el mismo principio que Samuel Purchas usa en Inglaterra y declara en 1622 como “Right of first Discovery” para reclamar Virginia; y que ya había usado Hymphrey Gilbert en 1583 para reclamar La Florida, y que finalmente Robert Greenhow usa en su traducción de la obra de Barcia; ella que se declara el derecho inglés a la posesión de Virginia y en el caso de la Corte Suprema de *Johnson vs. Mc’Intosh* sancionado por Marshall en 1823.

El valor de los mapas para las negociaciones políticas fue patente en Norteamérica; en el siglo XVI, comenta Harley, el “Papa geógrafo” también repartió América del Norte entre franceses, españoles e ingleses; los mapas adquirieron un valor político y pecuniario muy distinto al que originalmente tuvieron, lo cual incentivó el ánimo de lucro de los cartógrafos y la compra-venta ilegal de mapas; tal fue el conocido caso de la compra que hizo el duque de Ferrara, en 1502, a través de Alberto Cantino; este fue enviado como espía a Lisboa para conseguir información sobre el progreso de los descubrimientos de los portugueses y sobornó a un cartógrafo relacionado con la *Casa da India* a quien le dio doce ducados de oro para *copiar un mapa*. Alberto Cantino, a cuyo planisferio de 1502 con la línea de Tordesillas

---

<sup>18</sup> Batllori, S. J. Miguel. “Division of the World and its Consequences.” *Images of America: The Impact of the New World on the Old*. Eds. Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson. Vol. I. Berkeley: California UP, 1976. 211-20. Según Batllori, el reparto de tierras fue ilegal: “on the strictly juridical level, the bull *Inter cetera*, predated to 4 May 1493, traced a demarcation line in a sphere where the pope –with no actual authority to do so– signed and donated lands exclusively to the crown of Castille. The donation imposed spiritual obligations regarding the evangelizations of the natives. Even though it was later ratified by Julius II, the agreement of Tordesillas, correcting the demarcation parallel, was a purely political treaty by which Castille and Portugal themselves delimited their own colonizing spheres. A true division of the world would have required a thorough knowledge of the world and its continents, which did not occur until America began to be considered distinct from Asia, after Sebastian Elcano had circumnavigated the world in 1519-22” (Batllori 218).

ya nos referimos, salió triunfante de Lisboa con el planisferio en mano a fines de octubre de 1502, y el famoso mapa llegó a la biblioteca del duque en diciembre del mismo año.<sup>19</sup>

El mapa de Juan Vespucio de la costa atlántica (1526) tuvo valor legal e internacional ya que todo mapa de las tierras descubiertas para las coronas europeas era el documento indispensable para su reclamación; sin embargo, en las luchas por el poder y por la compra de voluntades, las que fueron las Tierras de Ayllón y las Tierras de Gomes pasarían a ser espacios en blanco o recibirían otros nombres: Tierra Francisca, Nueva Francia (Jean Alphonse y Ribault 1542) Nova Galia (Ramusio 1553) y Terre aux Bretons; lo cual en el vocabulario cartográfico ha de interpretarse como una censura, que abre el camino para apropiaciones basadas en la omisión y el plagio. El deliberado silenciamiento de los mapas, escribe Harley, revela tanto como oculta (“Silences” 86). En España este problema se complica porque el secreto y el sigilo fueron incentivados por la propia institución que poseía los materiales primarios: la Casa de Contratación.<sup>20</sup> El mecanismo que servía para regular la clandestinidad variaba de un momento histórico a otro y de un país a otro: España, Portugal y Holanda fueron conocidos por su insistencia en el mutismo cartográfico, hasta el pun-

---

<sup>19</sup> “Armando Cortesão, in *Cartografia e Cartografos Portugueses nos Seculos XV e XVI* (Lisbon: Edição da Seara Nova, 1935), 1:142-44, describes the acquisition of the Cantino map by the Duke of Ferrara. Alberto Cantino was sent to Lisbon under cover to obtain information on the progress of the Portuguese discoveries. In 1502, a letter from Cantino to the Duke states that he had bribed a Portuguese mapmaker; probably one connected to the *Casa da India*, with twelve gold *ducados* to copy a map, probably the official *padrão*. Cantino left Lisbon with the planisphere at the end of October 1502, and through the intermediary of Francesco Cataneo, the duke had the map in his library by December” (*Apud* Padrón, n. 65, 247).

<sup>20</sup> Dentro de la *Casa de Contratación* no todos estaban de acuerdo en guardar los secretos y defender la patria en menoscabo de la cartografía, véase Ursula Lamb. “Science by Litigation: A Cosmographic Feud.” *Terrae incognitae* 1 (1969): 40-57.

to que en los tres países se castigaba con la pena de muerte a los pilotos que regalaran o vendieran cartas de navegación (“Silences” 91); en Inglaterra, en cambio, la compraventa de información confidencial a otros países era una práctica incentivada por la corona, la cual protegía celosamente a los suyos; baste como botón de muestra que, por sus méritos como pirata, Isabel I les concedió el título de “sir” al corsario Francis Drake y al contrabandista John Hawkins.<sup>21</sup> Mientras tanto, los holandeses supieron aprovechar con gran éxito comercial las disensiones entre los españoles y los portugueses, los neerlandeses prácticamente se adueñaron del comercio portuario de productos asiáticos entre Lisboa y Gran Bretaña y fueron los primeros en producir colecciones sistemáticas de cartas comerciales de navegar, los llamados “Wagghenaer”.

Fundada por decreto oficial el 20 de enero de 1503, el objetivo original La Casa de Contratación fue regular el comercio con el Nuevo Mundo; pero apenas cinco años más tarde, 1508, se creó otro departamento dentro de ella: la oficina de hidrografía y se estableció el puesto de piloto mayor, cuya función primordial era supervisar la elaboración de mapas del Nuevo Mundo. Las cartas de navegación que patrocinaba la Casa seguían los principios de Tolomeo y constituían el modelo universalmente aceptado de la descripción geográfica de los descubrimientos.<sup>22</sup> El puesto más importante de la Casa era el de piloto mayor y su principal función era mantener el padrón real, es decir, el itinerario detallado de la ruta hacia y desde la

---

<sup>21</sup> In England, for instance, it seems that the policy of secrecy was an ad hoc policy, for instance “sketch maps and drawings brought back by Drake’s voyage round the world (1577-80) became secret documents. Drake had been given express orders that ‘none shall make any charts or descriptions of the said voyage,’ a prohibition of publication that was to remain in force until 1588” (Harley, “Silences and Secrecy” 91) contemporary English writers of the 17<sup>th</sup> century navigations were aware of this practice.

<sup>22</sup> María M. Portuondo. *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World*. Chicago y London: Chicago UP, 2009.

“Carrera de las Indias”. Otro puesto de considerable importancia era el de cosmógrafo principal, cuyo ocupante estaba a cargo de la instrucción de navegantes.

Desde 1519, la Casa contaba con especialistas en la creación de nuevos instrumentos de navegación, y ya en 1552 en ella existía un programa para educar y examinar a los pilotos en ruta a las Indias.

A pesar de todas las precauciones, aventureros, comerciantes y hombres de fortuna ignoraron las regulaciones antedichas. Sabemos por la correspondencia epistolar que los viajeros autopatrocinados debieron servirse de mapas y cartas de navegación adquiridas ilegalmente en el lucrativo y clandestino negocio del mercado de mapas (Brown 142). En un intento desesperado por asegurarse la posesión de los mapas originales, España creó un complicado sistema burocrático en el cual la junta de la Casa, constituida por varios pilotos y un piloto mayor, supervisaba la elaboración del *Ur-mapa*, el llamado padrón real. Las cartas oficiales de navegar se guardaban en la Casa, en un cofre con dos candados y dos llaves —una para el piloto mayor y otra para el cosmógrafo mayor. La Casa de Contratación no les permitía a los pilotos que usasen otro mapa diferente del padrón real en sus viajes exploratorios y les exigía juramento antes de hacer cualquier anotación sobre el mismo (Padrón 93). Después de Américo y Juan Vespucio, Sebastián Caboto ocupó el puesto de piloto mayor de la Casa en 1518 y, sirviendo en esta capacidad, intentó vender a Inglaterra e Italia el “fabuloso secreto del estrecho”; a raíz de este incidente, la Casa dejó de contratar a extranjeros pues había llegado al límite de su exasperación y tolerancia de extranjeros en su plantilla:

After Sebastián Caboto, one of the many foreign experts employed by the Spanish government, tried to sell the fabulous “Secret of the Strait” to England and Venice, and when the minions of Charles V began to boast about a shorter route to the Molucca Islands, the disguise was dropped. His Majesty issued an order forbidding all strangers (that is, foreigners) to hold the rank of pilot or mate (Brown, 143).

Juan Vespucio y Juan Díaz de Solís habían sido los supervisores del padrón real a quienes excepcionalmente se autorizó para controlar el monopolio que tenía la Casa sobre la venta de copias de los mapas que acaudalaba; pero, como comenta Brown, este monopolio fue un negocio pernicioso por varios motivos: 1) incentivó la copia y producción de mapas de baja calidad; 2) adinerados emprendedores financiaron secretamente exploraciones de cuyos descubrimientos no daban noticias a la Casa; y 3) aunque los dos hechos anteriores eran de sobra conocidos, todos los intentos oficiales por descubrirlos fueron siempre fallidos ya que en este negocio clandestino estribaba también el monopolio personal del piloto mayor y sus aliados (Brown 144).

El mapa de Juan Vespucio y el de Diego Ribero en los que se incluyen las Tierras de Ayllón fueron afectados por las órdenes que había implementado la Casa, desde 1510, para mantener bajo secreto todos los mapas y rutas de navegación de la “Carrera de Indias”. Con frecuencia, el propio Felipe II se dirigió a la Casa para recoger el material y exigir que se mantuviera su secreto, pero la eficacia de la prohibición fue demostradamente mediocre y revirtió contra España, que no pudo reivindicar documentalmente las primicias de sus exploraciones, llegada y asentamientos en la actual Virginia. Una vez más, el obstáculo de la máquina burocrática hispana fue en detrimento propio. Los mapas de Juan Vespucio y de Diego Ribero en los que figuraban las tierras de Ayllón, de Esteban Gomes y de Garay no tuvieron la misma difusión ni la repercusión que tuvo el mapa de John White reclamando Virginia para la corona británica o el de Verrazzano estableciendo su propio mar en el siglo XVI y que perdura en los mapas del siglo XVII, como ejemplo véase el mapa de Nicolas Sanson de 1656.

Corsarios de clase media o de clase nobiliaria como Juan Florín y sir Francis Drake, el propio Walter Raleigh y otros cartógrafos y navegantes carentes de ética, como Sebastián

Caboto, nunca estuvieron muy lejos de los secretos de la Casa y de sus más reputados agentes. Y aunque la Casa dejó de contratar a extranjeros después de Sebastián Caboto, esto no impidió la difusión de lo que dicha institución intentaba encubrir.<sup>23</sup>

Un segundo brazo del hermetismo hispánico cartográfico fue el Consejo de Indias, el cual, en 1527, emitió prohibiciones *ad hoc* de libros que contenían material referido a la conquista y colonización. A partir de 1550, el Consejo exigía que, antes de ser publicados, fueran enviados a su sede todos los libros que incluyeran información sobre el Nuevo Mundo. Es decir, los mapas eran textos tan inútilmente vigilados por las instituciones españolas del siglo XVI como lo fueron la prohibición que caía sobre las novelas más leídas y sospechosas: *Celestina*, *Amadís* y *Lazarillo*. El proceso de censura del Consejo fue finalmente formalizado el 21 de septiembre de 1556, cuando se emitió una orden que prohibía la impresión y venta de cualquier libro relacionado con las Indias antes de que este hubiera sido visto y examinado por las autoridades del mismo; pero, como afirma María Portuondo, los mecanismos para escabullir la prohibición eran tantos como los que existían para implementarla; y así consta en los resultados de los mapas de López de Gómara y Antonio de Guevara (Portuondo 106).

---

<sup>23</sup> Sabemos que Rodrigo Zamorano (1542-1620), además de traducir el libro de los *Elementos* de Euclides fue profesor de la Universidad de Salamanca y escribió un manual de navegación, el *Compendio de la arte de navegar* (Sevilla, 1581). Zamorano, afirma María Portuondo, fue una figura central en los estudios y desarrollo de la Casa de Contratación y colaboró estrechamente con Juan López de Velasco, quien se reunió con el capitán Pedro Sarmiento de Gamboa para estudiar y discutir la geografía del Estrecho de Magallanes. La causa del viaje inicial de Sarmiento —en 1579-80— fue la incursión de Francis Drake en el Pacífico y sus ataques a los territorios españoles en el Nuevo Mundo.

## Marineros en tierra. Secreto de Estado, secreto a voces y el negocio de los mapas

En Europa, durante el siglo XVI, la cartografía era una técnica, un negocio y un arte. Además de la representación geográfica, dentro de un mapa tenían cabida elementos que le proporcionaban belleza artística, valor político, económico e intelectual que requieren una exégesis.

Como afirma Harley, los mapas revelan la perspectiva del mundo en el momento que se realizan y no son nunca neutrales (“Silences” 107). En España, a pesar del exacerbado celo sobre los secretos del Consejo de Indias y de la Casa de Contratación, parece que un lapso de gallardía en la corte dio al traste con las llaves y cerrojos de la Casa, e incluso, como ya dije, los mapas del *secreto-secretorum* fueron publicados como monopolio;<sup>24</sup> esto permitió que sir Walter Raleigh presumiera de haber conseguido ilegalmente sus mapas de México,<sup>25</sup> y que cartógrafos de renombre, como Juan y Sebastián Caboto, Diego Ribero y Jean Rotz, no se atuvieran a ningún juramento y divulgaran información confidencial que estaba a su alcance, incluyendo, naturalmente, los mapas de las Tierras de Ayllón y de la costa atlántica:

When the world limits of the Spanish and Portuguese empire were being demarcated, between about 1515 and 1529, control over secrecy was rigorously enforced but later in the century laxity crept [...] Despite Spain’s unusual preoccupation with secrecy and control, car-

<sup>24</sup> “Maps by Columbus or by the Spanish explorers of America were never published. We have none by Cortes or Pizarro, Magellan or Gomez, but they all prepared drafts of their discoveries, no doubt, that served the *Pilotos Majores* in the compilation of the fine manuscript charts preserved in European libraries. In fact, we find many references to such charts, but very few of them are now known” (Brevoort, “Notes on the Verrazzano Map” 240, énfasis mío).

<sup>25</sup> Véase R.A. Skelton. “Raleigh as a Cartographer.” *Virginia Magazine of History and Biography* 71.2 (1963): 131-49 (*apud* Harley 96).

*tographic caution was thrown to the winds when Charles V of Spain wished to impress foreign crowns with propaganda maps showing the territorial extent of Spanish influence. Nor were the manipulations of one state always meekly accepted by its rivals. These sought to obtain maps as much by espionage, theft and piracy as by direct observation and their own. So, Walter Raleigh's collection of New World maps, which had come mainly from Spanish sources, included "a secret mappe of those partes made in Mexico [...] for the king of Spaine [...]" There are well-known cases of Portuguese pilots being lured into the more lucrative service of Spain, France, or England while cartographers such as Cabot, Ribeiro and Rotz are known to have been the agents by which once-confidential maps were given wider currency. Even the Padrón of Spanish navigation did not remain secret forever and its contents were eventually published (Harley, "Silences" 96-97, énfasis mío).*

La relación entre el hermetismo y el éxito de los mapas pirateados no es directamente proporcional, y sería de esperar que en estos últimos se hallara información tan prometedora que justificase el riesgo de quebrantar el forzado sigilo sobre ellos, pero la historia de las cartas marinas y de quienes las elaboraron es muy difícil de trazar; ya que, como dice Brown, junto a los delincuentes profesionales, no ha habido otro grupo en la historia de la humanidad que haya sido más reacio a documentar sus actividades que los marineros profesionales (114).

Afirma el antedicho historiador que es obvio que los españoles no pudieron guardar silencio y por ello el inglés Robert Thorne consiguió ilegalmente en Sevilla un mapa sobre las Indias Occidentales que, con toda probabilidad, contenía subrepticia información de los archivos reales, y le envió los documentos a su compatriota el doctor Edward Lee (o Ley), que era embajador de Henry VIII en la corte del emperador Carlos. Thorne le advertía a Lee que se trataba de un mapa secreto y que no debía manifestar su origen. Otro incidente de robo documentado por Brown es el de Woodes Rogers (1679-1732), quien había sido contratado por mercaderes de Bristol;

su “botín mapal” se imprimió inmediatamente en Londres y fue publicado por John Sennex (1678-1740).<sup>26</sup>

A la vista de estos datos, es fácil concluir que la producción de mapas, además de ser el resultado de un proceso de descubrimiento e investigación, era un negocio formidable; y este, según documenta Brown, se encontraba en manos de tres sectores sociales: magnates particulares, instituciones patrocinadas por el gobierno, e impresores y dibujantes de mapas. El primero de estos tres grupos fue el más poderoso e influyente; en él se incluían aristócratas y comerciantes que patrocinaban la producción de mapas siguiendo una agenda personal, incluso sin aprobación regia. Brown da el ejemplo del Atlas Secreto de 1660 (*Secret Atlas*) de la Dutch East India Company que apareció como parte de la colección privada del príncipe Eugene of Savoy en Vienna. Este también se conoce como el *Dutch Secret Atlas* o *Atlas Blaeu-Van der Hem*, conservado en la Biblioteca Nacional de Austria; esta magnífica colección contenía 180 mapas que habían sido específicamente producidos para la compañía holandesa.<sup>27</sup> El

---

<sup>26</sup> “Englishman, Robert Thorne by name, acquired a place for himself in history spiriting out of Seville a map and report on the West Indies, which he probably obtained from confidential sources in the royal archives, he sent the documents a fellow countryman, Dr. Edward Lee (or Ley), ambassador of Henry VIII to the court of Emperor Charles with a warning [...] “this Carde [chart] and that which I write [...] is not to be shewed or communicated [...] it would not sound well to them, that a stranger should know or discover their secrets” (Brown 8). “In the sixteenth century, genuine Spanish charts of any part of the Americas were real maritime prizes, rated as highly by the French and English as the gold bullion which might be in the ship’s strong rooms. One such priceless haul was made by the English adventurer and freebooter Woodes Rogers. While cruising on behalf of some merchants of Bristol along the coast of Peru and Chile he captured some charts that were so “hot” that they were immediately engraved in London and published by John Sennex” (Brown 9).

<sup>27</sup> Véase Frederick C. Wieder, ed. *Monumenta cartographica; reproductions of unique and rare maps, plans and views in the actual size*. 5 vols. The Hague: Martinus Nijhoff, 1925-33. “The text of Volume I bears

segundo grupo, el de las instituciones gubernamentales, afirma Brown, gozaba de escaso poder ya que estas estaban a merced de la información que les proporcionaran los comerciantes y los pilotos; además, como dice el citado historiador, la oligarquía raramente permitía que se publicara nada que no fuera ya de conocimiento del dominio público. El grupo menos poderoso era el de los impresores, quienes sobrevivían con los datos –por lo general ultrapasados– que les proporcionaban los dos grupos anteriores y con primicias que ocasionalmente conseguían por medio de chantajes y robos. Para poder mantener su negocio, afirma Brown, los impresores producían mapas que eran más ornamentales que prácticos; las decoraciones artísticas, escudos de armas, monstruos marinos y exóticas representaciones de seres humanos vendían más mapas que los contornos geográficos que intentaban representar y no buscaban un uso práctico. Brown concluye que, por sí solos, los impresores no podían producir ni una página útil para la navegación, pero su negocio fue en ascenso imparable gracias a la faceta artística proporcionada por las ilustraciones (Brown 149).

En España, desde el primer viaje de Colón, todos los mapas y cartas de navegar fueron guardados en los archivos de Sevilla y solo se entregó un reducido número de copias a los capitanes más fiables. Buena prueba de que la producción de mapas era un complicado y lucrativo negocio es que, por ejemplo, Colón forzó a Juan de la Cosa a firmar un documento jurado en el que declaraba que Cuba no era una isla, sino que formaba parte de Asia continental (Brown 156). Desde mediados del siglo XV, la reproducción de mapas se convirtió en un gran aliciente para los impresores, siendo tres los mapas predilectos de aquellos: la *Natural History* de Plinio, el *Polihistor* de Solinus y la *Geo-*

---

the title “The Secret Atlas of the Dutch East India Company”. This remarkable lot of 180 maps, charts and views was made for the exclusive use of the Company by the best cartographers in Holland” (*apud* Brown 148).

*graphia* de Tolomeo. De hecho, afirma Brown, Waldseemüller estaba trabajando en una edición de la *Geografía* de Tolomeo cuando supo de los descubrimientos de los españoles y portugueses relacionados con el Nuevo Mundo, el cuarto continente al que Américo Vespucio se refiere como *quarta orbis pars* en su *Quattuor Navegatione*, y que Waldseemüller llama América en su honor.

La obra de Brown nos deja saber que los avances cartográficos más importantes de la época de Ayllón y Menéndez de Avilés fueron los de dos amigos holandeses vinculados con España: Gerard Mercator –cartógrafo, grabador y científico– y Abraham Ortelius u Ortelio –comerciante y editor de mapas. Tanto Ortelius como Mercator trabajaron para la corona española; Ortelius como geógrafo y amigo de Arias Montano en la corte de Felipe II; y Mercator que fue tan apreciado que recibió de la mano de Carlos I el título de *Inperatoris Domesticus*, es decir, miembro de la Casa Real, y gozó de excelentes prerrogativas (Brown 170).

Según Brown, el mapa cordiforme de 1538 de Mercator, en el que aparecen representados los dos hemisferios, y el globo del mundo que le fue encargado a Mercator por el cardenal Granvelle, quien a la sazón trabajaba para Carlos I, fueron dos de los grandes logros de su época. Los trabajos de Mercator eran altamente respetados en toda Europa, pero la revuelta de los Países Bajos afectó también la ejecución y distribución de mapas. Ortelio, por ejemplo, fue amonestado por un librero portugués para que fuera cauteloso en la ornamentación de sus mapas y no incluyera escudos de armas o dibujos que pudieran traerle conflicto con la Inquisición.

Como afirma Brown, a pesar de los cambios políticos –abdicación de Carlos I y división de los Países Bajos–, Ortelio publicó el primer atlas moderno que conocemos, fechado el 20 de mayo en 1570 en Amberes, el mismo año en el que se funda la misión jesuita de Ajacán en Virginia. Este famoso atlas, el “Teatro del Mundo”, fue impreso por Egidius Coppens Diesth,

su autor se lo planteó como una obra abierta a las sugerencias y mejoras resultantes de las exploraciones en curso y esa fue una de las claves de su gran éxito.

En resumen, las cuatro cabezas de la bestia negra de los cartógrafos eran: el robo, el plagio, las tramas dentro de su gremio y la compraventa ilegal de originales. Esto explica que el holandés Janszoon Blaeu (1571-1638), traduzco a Brown (168-70), se quejara amargamente diciendo que los robos de mapas se producían antes de que la tinta de los originales se hubiera secado. A la ambición intelectual hay que sumar otros factores como el alto precio del cobre, metal en el que se grababan los mapas y que, debido a su maleabilidad y larga vida eran también objeto de reventa, rediseño y reciclado; hasta tal punto que esto hacía que a veces los originales fueran irreconocibles y reaparecieran como nuevas publicaciones.

Todo los datos proporcionados por los investigadores aquí citados nos permiten afirmar que las sospechas sobre la procedencia de la información del corsario “Verrazzano-Florín” para el mapa descrito al comienzo de este capítulo están bien fundadas; que el robo de secretos cartográficos era la norma, no la excepción; que los secretos cartográficos eran solo secretos nominales; que el grado de fiabilidad de los cartógrafos era cuestionable; que la corona española agravó involuntariamente esta problemática y, finalmente, que los grandes cartógrafos y expedicionarios del siglo XVI estuvieron directamente vinculados a España –Giovanni y Girolamo Verrazzano, Juan y Sebastián Caboto, Diego Ribero, Américo y Juan Vespucio, Abraham Ortelius y Gerard Mercator– pero el suyo, fue un secreto a voces con el que se difuminaron su protagonismo y primicia documental de la costa atlántica de los EE. UU.

## **Cuerpo a cuerpo: Juan Caboto y España. Últimas consideraciones**

En los EE. UU., se considera que la historia documental europea de este país empieza con los viajes de exploración de Juan y Sebastián Caboto vinculados únicamente con Inglaterra, pero conviene recordar que Juan Caboto comenzó a trabajar para la corona británica solo después de hacerse un buen nombre en España, y su hijo, Sebastián, también trabajó para Inglaterra después de haberse formado y trabajado en España.<sup>28</sup> Juan Caboto es un personaje misterioso, y la monografía de Douglas Hunter sobre él y Cristóbal Colón comienza con un prefacio que advierte al lector sobre la neblina que rodea a Juan Caboto y a quienes le han seguido la pista. Hay ciertos datos referidos a Juan Caboto que nunca han sido esclarecidos; a saber: 1) la separación de los logros de Juan Caboto y los de su hijo Sebastián; 2) su verdadera profesión; 3) sus conexiones con la monarquía y la aristocracia británica, francesa y española; 4) la auto atribución que hizo Sebastián de las hazañas realizadas por su padre; 5) las estancias de Juan Caboto en Sevilla, Valencia y Barcelona y sus negociaciones con la Casa de Contratación; 6) su plan para construir un puente en el puerto de Valencia que le permitiría a esta ciudad competir con Barcelona; 7) su huida de Italia a España por impago de deudas; 8) sus viajes trasatlánticos bajo las banderas británica, francesa y española; 9) su lealtad a cada uno de estos países y, finalmente, 10) la autoría de las cartas y testimonios que se le atribuyen y que, afirma Hunter, fueron escritos por John White.

De Juan Caboto sabemos que, entre otras cosas, fue agente de la propiedad, contratista clandestino y propietario de es-

---

<sup>28</sup> Douglas Hunter. *The Race to the New World: Christopher Columbus, John Cabot and a Lost History of Discovery*. New York: Palgrave Macmillan, 2011: “Historians have long assumed that Cabot went directly from Spain to Bristol from which his voyages for England sailed, and then tried to figure out how he got there” (Hunter 152).

clavos; pero, irónicamente, en ninguno de los documentos conservados sobre su vida en Venecia aparece nada referido a su profesión de navegante y, menos aún de explorador; sólo podemos rastrear sus actividades de comercio ultramarino, en particular, las referidas a su profesión de peletero que es la que lo vincula con el comercio de mapas –lo mismo que a Bartolomé Colón, el hermano de Cristóbal–, y es que los marineros llevaban consigo los portulanos en *velum* y no en pergamino.<sup>29</sup>

En la complicada biografía de Juan Caboto, hay que sumar las disputas de su hijo Sebastián sobre los derechos adquiridos por su progenitor en el Nuevo Mundo. Los documentos que han llegado hasta nosotros constituyen una sarta interminable de testimonios jurados que se basa en recuerdos inciertos y en memorias indemostrables. Como dice Hunter, la verdad sobre Juan Caboto pasó a ser un feudo interminable de opiniones, agendas e historias cortesanas procedentes de países rivales y de difícilísima –casi imposible– verificación (Hunter 25).

En el entramado histórico de los Caboto, cabe destacar que Juan Caboto y Cristóbal Colón tuvieron una fuente común para sus exploraciones y que les fue proporcionada por Paolo dal Pozzo Toscanelli, el florentino matemático, médico y

---

<sup>29</sup> “Property developer, hide dealer, slave owner: Nowhere in surviving documents on Cabot’s life in Venice do we find professional mariner, let alone aspiring explorer. Even so, he could have been to sea regularly as a merchant, and there are indications that his life at home in Venice moved in the margins of seafaring [...] His trade as a pellizer linked him to a critical aspect of seafaring: cartography, the trade pursued by Christopher Columbus’s brother, Bartolome. Mariners relied on the one-of-a-kind charts called portolans that were drawn and painted on vellum. Similar to parchment, which was prepared from lambskin, vellum generally used calfskin, and was more robust and thus better suited to the harsh marine environment. Cabot might have supplied raw calfskin or prepared vellum for cartographers, and conceivably could have drawn portolan charts as well, as his future could contain evidence of his engineering and drafting skills, including an eyewitness reference to him drawing and painting, harbor plan” (Hunter 22-24).

astrónomo cuyo mapa de 1474 –que le había sido solicitado por Alfonso V de Portugal y que no se conserva –fue enviado al canónigo portugués Fernán Martín. No tenemos el mapa, pero conservamos la carta de Toscanelli en la que el astrónomo plantea la pregunta sobre lo que ocurriría si se navegase por el océano en dirección hacia el Este y la posibilidad de encontrar allí nuevas tierras (Hunter 27).

Los acreedores de Juan Caboto, afirma Hunter, debieron hostigarle en todos los puertos relacionados con sus actividades profesionales; desde el Mediterráneo –Valencia y Barcelona preferentemente– hasta Inglaterra. Valencia, que fue un gran centro de actividades comerciales en el Mediterráneo, mantuvo relaciones con Venecia y, en aquella ciudad del levante español, Juan Caboto fue un personaje tan respetado que participó en la construcción del muelle de la ciudad, lo cual despertó sospechas sobre sus intereses, sus simultáneas alianzas monárquicas con Inglaterra y España, y sus negociaciones con el rey Fernando el católico:

Valencia may have been capturing Barcelona's wealth, but what Valencia needed was Barcelona's port facilities. Cabot proposed to deliver the latter. With Gaspar Rull likely amid this royal splendor [...] Cabot laid out the drawings before Fernando and explained the concept. Unfortunately, neither the drawings nor a record of the presentation's details have survived, although we can surmise what he had in mind: Valencia (Hunter 51).

La construcción de La Lonja y del muelle de la playa del Grao de Valencia –conocido como Pont de Fusta– vincula a Juan Caboto con la corona española. Caboto padre llegó a Valencia en 1490 después de haber pasado un tiempo al norte de los Pirineos.<sup>30</sup> Lo más probable es que Juan Caboto y Colón

---

<sup>30</sup> “Cabot could have been involved with the construction of the new Pont de Fusta from the earliest days of his appearance in Valencia [...] The royal response to Cabot's pitch was superlative. Fernando wrote the governor-general of Valencia, Diego de Torres, on September 27, 1492,

coincidieran en Barcelona, donde tanto uno como otro estaban solicitando apoyo del rey Fernando para sus proyectos: Colón para el Nuevo Mundo y Caboto para la construcción de estructuras portuarias; lo cual, el veneciano negoció con bastante éxito ya que, el 15 de septiembre de 1494, Caboto fue contratado para supervisar las obras del Puente sobre el Guadalquivir en Triana (Sevilla) sede de la Casa de Contratación. Lo que todavía no se ha explicado, afirma Hunter, es el lapso de tiempo de catorce meses entre las estancias de Juan Caboto en Valencia y Sevilla; según este investigador es probable que el veneciano –como él mismo dice– acompañase a Colón en su segundo viaje, el que partió de Cádiz con dirección al Caribe el 25 de septiembre de 1493, aunque también es probable que esto fuera otra invención de Caboto padre (Hunter 78-81). Sea como fuere, el hecho de que Juan Caboto realizara proyectos tan importantes en Valencia demuestra que fue patrocinado por el rey Fernando.<sup>31</sup>

Como dijimos, sabemos muy poco sobre los viajes de Juan Caboto, solo nos constan: su fracaso marítimo en 1496 y el éxito de sus expediciones al Atlántico Norte desde Bristol en 1497 y en 1498; los resultados de ambas navegaciones están documentados en el mapa de Juan de la Cosa (Hunter 243). El lugar exacto de América del Norte donde llegó Juan Caboto está aún por determinar, pero una de las anotaciones marginales del “Mapa de París” hace referencia a una tierra fría a donde llegaron Caboto padre e hijo. Aunque el mapa de París fue publicado en 1554, hay quien defiende que data de 1541 o de 1544.<sup>32</sup> La vida y confección de este mapa son enigmá-

---

three weeks after Columbus’s fleet had departed Gomera for the western horizon. The same king who had renewed Joan’s privileges for the Pont de Fusta eighteen months earlier was impressed by Cabot’s presentation” (Hunter 53).

<sup>31</sup> “The ruling council of Seville had agreed on September 15, 1494, to employ Mr. Johan, Venetian, inhabitant of this city” (Hunter 105).

<sup>32</sup> Este es el mapamundi impreso en proyección oval de Sebastián Cabo-

ticas: fue descubierto en Alemania en 1843, trescientos años después de haber sido realizado, y todos los nombres de este mapa, incluido el de la Bahía de Santa María, están en español; hasta el momento, que yo sepa no se ha ahondado en este pormenor.<sup>33</sup>

Por otra parte, Sebastián Caboto se apropió de las hazañas de su padre y su mapa tuvo más impacto que el de su progenitor. El mapamundi dado a conocer por Sebastián Caboto en 1544 fue fruto del conocimiento que obtuvo mientras trabajaba para la Casa de Contratación como piloto mayor antes de marcharse a Inglaterra.<sup>34</sup> La historia incierta se repite con Sebastián, cuyas hazañas rayan con la quimera: Sebastián se construyó una autobiografía de explorador que no le correspondía apropiándose de las hazañas, o supuestas hazañas, de su padre; hasta tal punto que Pedro Mártir, en sus *Décadas*, declara que para 1516 el hijo prácticamente borró de la circulación la memoria del padre:<sup>35</sup>

---

to, 1544, Biblioteca Nacional de Francia, GEAA-582, RES; está grabado en ocho hojas y coloreado a mano, 220 x125 cms. (Sánchez Martínez 57).

<sup>33</sup> Peter E. Pope. *The Many Landfalls of John Cabot*. Toronto: Toronto UP, 1997. 27. Pope reproduce el mapa de París que incluye el Noreste Americano en la página 30. Este mapa está hoy en la Biblioteca Nacional de París.

<sup>34</sup> “en 1544, la Corona había solicitado una revisión extraordinaria del Padrón Real al licenciado Gregorio López [...] Y en 1549 el consejero de Indias Hernán Pérez de la fuente hizo una visita a la Casa ocupándose de nuevo de examinar el Padrón. Entre ambas visitas, Caboto dio a conocer su enciclopédico mapamundi impreso en 1544, que a pesar de no ser un trabajo náutico de la Casa fue fruto del conocimiento que allí obtuvo como piloto mayor antes de marcharse a Inglaterra” (Sánchez Martínez 56).

<sup>35</sup> Years after both his father and Columbus had died, Sebastian carved an astounding personal trajectory. The renowned chronicler of Columbus’s voyages, Pietro Martire, would write a sentence in his third *Decades*, published in 1516, that would have seemed inconceivable in the 1480s, while the Cabot family was still in Venice (Hunter 51).

I know [Sebastian] Cabot as a familiar friend and sometimes as a guest in my house. *In 1518, Sebastian was hired as pilot-major of Spain, overseeing all navigation to the new lands Columbus had found [but...] as far as the son's version of history was concerned, the father might as well have never lived* (Hunter 26, énfasis mío).

La relación profesional de los Caboto con España es demostrable, pero el proceso de distanciamiento de ella y el cambio de patrocinio que recibieron, de Inglaterra, no se documentan fácilmente. Tenemos algunas pistas gracias John Dee, que fue el principal promotor del concepto de “imperio británico” en Nuevo Mundo y a él se deben la proclamación de la reina Isabel como soberana de Norteamérica, en 1587, y la propaganda del supuesto viaje de 1476 de Sebastián Caboto (Pope 44). Richard Hakluyt da más crédito a Sebastián que a Juan Caboto, y Pedro Mártir, en las *Décadas* de 1516, le atribuye a Sebastián el descubrimiento de La Tierra de Bacalaos (Newfoundland); lo mismo hicieron Francisco de Gómara en su *Historia General de las Indias* de 1552 y André Thevet en *Les singularitez de la France Antarctique* de 1558.

Según Pope, el error más común en la historia de los Caboto fue la confusión del viaje de Sebastián al norte de la Península del Labrador con el de Juan a la costa este norteamericana (Pope 45); error que Alonso de Santa Cruz perpetuó en su *Geografía* de 1541 y que repitieron Giovanni Ramusio en su *Navigazioni et Viaggi* (1550), Antonio Galvano en su *Tratado* 1563 y el piloto francés Jean Ribault en su *Divers Voyages*, obra que fue reimpresa por Richard Hakluyt y que fue traducida al inglés por Galvano en 1601 (Pope 45). La *Generall Historie of Virginia* (1624) de John Smith atribuye igualmente el descubrimiento del Nuevo Mundo a Sebastián Caboto (Pope 46).<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> Ramusius publicó su *Discorso* en 1556, pero lo escribió en 1539 y en él reporta la existencia de Norumbega, como la cita Verrazzano, y afirma que también se la conoce como Terre Française. Hay quien defiende que

Alonso de Santa Cruz (1505-67), además de ser el transmisor eficaz de las hazañas de Sebastián Caboto, fue uno de los cosmógrafos más importantes y a quien más le deben los tres organismos que dominaban la producción cartográfica en su época: la Casa de Contratación, el Consejo de Indias y la Corte Real. Santa Cruz era miembro de una familia adinerada y contribuyó sustancialmente a ampliar los negocios de la Casa de Contratación cuando Sebastián Caboto trabajaba allí (1476-1557). La expedición de Santa Cruz al Nuevo Mundo iba dirigida a las recientemente descubiertas Islas Molucas, pero acabó siendo desviada hacia América del Sur y duró cinco años; durante estos, Santa Cruz recopiló gran cantidad de información que Gonzalo Fernández de Oviedo cita en *La historia general de las Indias* (1535).

El hallazgo fortuito de un baúl de cuero en el que se encontraban todos los manuscritos y mapas de Santa Cruz nos ha permitido conocer las extraordinarias dimensiones de su trabajo, el cual permaneció oculto en su época ya que el rey impidió que sus documentos fueran publicados. El inventario del baúl revela que Santa Cruz realizó 338 mapas; dos atlas, uno de los cuales contenía 169 mapas; y el *Islario general* constituido por 120 mapas. También se encontraron en el baúl crónicas, descripciones geográficas y diversos tratados de astrología y cosmografía (Portuondo 70-71).

En la historia no narrada de la costa atlántica, la saga de los Caboto merece capítulo propio por la estrecha relación que ambos mantuvieron con España. Pues a lo antedicho debemos sumar que, según Pope, en 1532 –justo después de los viajes de Ayllón (1521-1526)– Sebastián retomó el puesto de pi-

---

el topónimo Norumbega viene de los tiempos de Ayllón y Pedro Mártir, quien la menciona en el Segundo libro de su séptima década; Norumbega es llamada asimismo Normanvilla. Aunque, en 1557, André Thevet alude al viaje de Verrazzano en sus *Singularitez de la France Antarctique*, Thevet no goza de buena reputación; es considerado como “an impudent liar” (Brevoort 250).

loto mayor para la Casa de Contratación, comenzó el boceto de un nuevo mapa del mundo, y hacia 1540 sostuvo disputas profesionales con Alonso Chaves, el cosmógrafo real que le remplazaría en el puesto de piloto mayor. La ética profesional de Sebastián queda una vez más en entredicho cuando al año siguiente (1541) –entre los viajes de Ayllón y la fundación de Ajacán (1570)– el italiano firma un contrato con impresores alemanes para producir un mapa actualizado del mundo en el que se incluían los “secretos” del padrón real de Sevilla conseguidos por Caboto y su aliado, el español Sancho Gutiérrez; este era uno de los hijos de Diego Gutiérrez y hermano del cosmógrafo del mismo nombre a cuyo mapa de 1562 ya nos hemos referido. Diego y Sancho Gutiérrez trabajaron como cosmógrafos para La Casa bajo la protección de Sebastián Caboto. Diego fue también piloto mayor de la misma desde 1554 hasta 1569 y Sancho empezó a trabajar allí como cosmógrafo en 1553. En este momento, recordemos, las disputas internacionales se centran en Norteamérica, y el objetivo de las monarquías británica y francesa era “hacer las Américas” en el norte al igual que España había hecho en el sur.

En las décadas que siguen a los viajes de Ayllón y Avilés, el complejo mundo de los cartógrafos fue apoyado por la nobleza, la monarquía, los impresores y los comerciantes; las negociaciones entre estos grupos implicaban hurtos y ventas al mejor postor, y, como hemos visto, los cartógrafos de más renombre las llevaron a cabo en Portugal, España, Francia, Italia, Inglaterra, los Países Bajos y Alemania. Las semejanzas entre los nuevos hallazgos en mapas producidos por los cartógrafos aquí mencionados se explican generalmente solo como “semejanzas”, pero la trayectoria profesional de Sebastián Caboto despierta considerables dudas sobre la accidentalidad de dichas coincidencias.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> “Sebastian also became involved with a more public cartographic enterprise, the engraving and publication of maps. In March 1541, he contrac-

*Sebastian's published world map is a reflection of the state of the padron real in this period, just as Gutierrez's manuscript regional charts, produced for a limited, Spanish, professional market, were supposed to be. The published map actually resembles other manuscript sources, for example, the 1541 world map drafted by Nicholas Desliens of Dieppe, an early record of Cartier's explorations. Sebastian's map was engraved on copper plate and published in 1544. A single copy survives: the Paris Map, which gave nineteenth-century Cabot scholars much food for thought, with its legend implying a Cape Breton landfall by John and Sebastian at the surprisingly early date of 1494 [...] Comparison with a nearly contemporary manuscript world map executed by Sancho Gutiérrez of the Casa de Contratación suggests that the legends, at least, are based on information from the padron real. [...] [in 1548] Sebastian took a leave of five months from his duties in Seville, ostensibly to go to Germany. Instead, he returned to England, where Henry's successor, King Edward VI, granted the Venetian pilot an annuity of £166 13s 4d (Pope 52-53, énfasis mío).*

Los partidarios de Caboto hijo refutan que él, Sebastián, fuera un traidor y afirman que las relaciones y alianzas angloespañolas durante el periodo de colonización de los EE. UU. fueron accidentales ya que Inglaterra estuvo económica y políticamente vinculada a España durante casi todo el siglo XVI, comenzando con Catalina de Aragón, hija del rey Fernando; y el rey Felipe II fue antes rey de Inglaterra y rey de Nápoles que rey de España con lo cual no hay traición posible:

England's Queen Mary would share her throne with her husband, Philip of Spain, from her marriage in 1554 until her death in 1558, so that Philip was King of England before he became king of his own country, in 1556. Mary's death and the treaty of Cateau-Cambresis between France and Spain mark an important turning point in European history [...]. Early Tudor England remained, however, a junior ally of Spain. In this diplomatic context, it is not so surprising that the English permitted Sebastián Caboto to pursue contacts with the Spanish court

---

ted with a pair of German printers to produce an up-to-date world map [...] The contents of the *padron real* were not, however, secret" (Pope 52-53).

in 1512, or that he was to return to London in 1520; the expedition of 1526 included Robert Thorne of Bristol. Although the Hapsburg emperor, Charles V, would try to convince Sebastian to return to Spain and would make claims to the English government for his services, the peripatetic pilot's career was unlikely to cause an international incident, either in 1512, when he left English service, or in 1548, when he returned (Pope 54-55).

La lógica nos diría que la documentación cartográfica que con tanto celo guardaba la Casa de Contratación debería haber sido el documento primordial para reclamar la autoridad española sobre el territorio en cuestión de la costa este norteamericana; sin embargo, como Patricia Seed ha demostrado, los españoles le dieron prioridad al ceremonial de toma de posesión y no al proceso de documentación y difusión de los mapas de los territorios descubiertos para la corona imperial hispana. Mientras tanto, la corona británica siempre favoreció y se benefició de la contratación de pilotos del sur de Europa.<sup>38</sup>

Según hemos visto, los datos empíricos nos permiten sincronizar la historia geopolítica, literaria y cartográfica angloespañola e hispanofrancesa de la costa atlántica, y necesitamos reevaluar el impacto internacional de los mapas y documentos aquí aportados para la narrar la historia de los EE. UU. y, a su vez, la de los cuatro personajes de este libro que he elegido como protagonistas de la misma; esta es la historia común de

---

<sup>38</sup> Véase Patricia Seed. *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World*. Cambridge: Cambridge UP, 1995. Pope documenta que la corona inglesa era proclive a contratar pilotos del sur de Europa, quienes estaban familiarizados con las nuevas técnicas de navegación; entre ellos: Zuan Caboto, João Fernandes, Francisco Fernandes, João Gonçalves, y Sebastián Caboto. Sobre cuyos viajes dice Pope: "differed from previous intermittent visits to North America, including those of the medieval Norse, in part because it was a reasonable commercial bet that he would get there and back in a single season (although his backers were not) lucky with his third voyage in 1498)" (Pope 156).

España y de la costa atlántica norteamericana durante varios siglos, y supone un aporte sustancial a la historia hemisférica y a la denominada “Early American History”.

Los cambios de topónimos e hidrónimos en los mapas a los que me he referido son cambios geopolíticos; los mapas y la historia de los cartógrafos y de las alianzas de los clanes familiares de los cartógrafos más reputados de los siglos XVI y XVII —especialmente los Vespucci, los Cabot o Caboto y los Verrazzano— así como Ortelio, Mercator y Valdseemüller, fueron pilares básicos en los planes europeos para el dominio del Nuevo Mundo por parte de las tres principales potencias en conflicto: España, Francia e Inglaterra. Todos estos cartógrafos europeos están vinculados con España a través de la Casa de Contratación y no podemos separarlos del negocio de la compraventa —legítima o no— y de la producción de mapas en Alemania, Holanda, Francia, Italia y España, especialmente los llamados “atlas secretos”.

Por lo que hemos visto en este libro, es evidente que existieron fuentes castellanas comunes, fueran estas mapas de la Casa de Contratación, bosquejos o descripciones de mapas, portulanos, cartas de navegación, planisferios, y “Wagghe-naer” que los pilotos, navegantes y corsarios usaron en beneficio de sus mecenas y de sí mismos; igualmente, algunas crónicas, relaciones, memoriales, cartas jesuíticas, historias de martirios, y otros textos literarios castellanos de los siglos XVI y XVII sobre La Florida colonial fueron prontamente traducidos al inglés, al francés, al alemán y al latín, y toda esta información fue conocida en la Europa que tenía intereses coloniales. A la evidencia textual y cartográfica aquí presentada debemos sumar los tratados internacionales y documentos políticos expedidos por Carlos I y Felipe II, muchos de ellos son aún documentos inéditos. La existencia de aquellas fuentes comunes apunta mayoritariamente a España, explica lógicamente que los hugonotes franceses y los protestantes ingleses se establecieran en Virginia (Jamestown)

y Carolina del Norte (Roanoke), no por mera coincidencia, en la mismísima vecindad de las misiones jesuitas y de los asentamientos (fallidos o no) fundados por los españoles en Virginia (Ajacán) y San Miguel de Gualdape (Cerca de Roanoke Sound).

Consideremos también que, durante los siglos XV, XVI y XVII, en el proceso de colonización europea de la costa atlántica norteamericana se siguen acuerdos de derecho internacional; dentro de ellos: los tratados de Tordesillas y Cateau-Cambresis. La vigencia de dichos tratados, bien sabemos, cambia con los tiempos, pero compete por igual a los firmados en la primera época colonial de Norteamérica y a los decretos como el Tratado de Madrid de 1670, los acuerdos para el reparto, transferencia y compra de Luisiana, los llamados First Rights of Discovery y a las resoluciones de John Marshall en el proceso de *Johnson vs. Mc'Intosh*.

Hay cuatro personajes en esta historia común a España y la costa atlántica norteamericana – Francisco Chicorano, don Luis de Velasco, Lucas Vázquez de Ayllón y Pedro Menéndez de Avilés– quienes, basándose en la geografía y la historia narrada en español por los dos indígenas de este grupo y en los mapas españoles, cambiaron el curso de la historia de los EE. UU. como país occidental; y, para este cambio, fue fundamental la fundación de las colonias de San Miguel de Gualdape y de Ajacán.

Si, guiados y desviados por Chicorano y don Luis, los viajes de Ayllón y Avilés en la costa atlántica norteamericana fueron exploraciones geográficas, viajes de reconocimiento y mapeo, o colonizaciones menores o mayores, ha de juzgarlo la historia hemisférica teniendo en cuenta, además de los mapas aquí mencionados y de los datos expuestos en este libro, la cronología de los mismos; entre ellos, sugiero los siguientes como punto de partida:

- En 1494 se decreta el Tratado de Tordesillas.
- En 1500 tenemos el mapa de Juan de la Cosa.
- En 1502 tenemos el planisferio de Alberto Cantino.
- En 1510 comienza la iniciativa colonial española de la costa este norteamericana con Ponce de León.
- Desde 1521 hasta 1526 Lucas Vázquez de Ayllón prosigue, dirigiéndose de sur a norte y de norte a sur de la costa atlántica de EE. UU. entre los actuales Outer Banks (Carolina del Norte) y la península Delmarva (Maryland).
- En 1523 se realiza el viaje a España de Ayllón con Chicorano; Pedro Mártir invitó a Francisco Chicorano y recoge en sus *Décadas*, escritas entre 1494 y 1530, la Historia de Chicora contada en español y de viva voz, por el locuaz indio, primer indio bilingüe norteamericano de quien tenemos noticia.
- En 1523, Carlos I recibe a Chicorano y a Ayllón, a este último le concede una “Capitulación” que conlleva el derecho de propiedad de 2.025 millas cuadradas en Chicora (es decir, casi 200 millas cuadradas más que el actual Estado de Delaware que tiene 1.981 millas cuadradas).
- En 1526, guiado por Francisco Chicorano, Ayllón de asienta en San Miguel de Gualdape, probablemente en Georgetown, Georgia, en las proximidades de Roanoke Sound.
- Las “Tierras de Ayllón” están documentadas en diecisiete mapas fechados entre 1526 y 1570.
- En 1526 tenemos el planisferio de Juan Vespucio.
- En 1529 se da a conocer el planisferio de Diego Ribero.
- En 1551, Francisco López de Gómara (1511-1566), recoge la leyenda de Chicora y de Ayllón en la *Historia General de las Indias* –publicada en español después de 1552.

- También Gonzalo Fernández de Oviedo se refiere a Ayllón en el *Sumario de la Historia General de las Indias* (1535-1547).
- Hasta 1544, siguen los pasos de Ayllón padre: Lucas Vázquez de Ayllón hijo, Hernando de Soto, Pedro de Ahumada y Julián de Samano, Jean Ribault, René Goullaine de Laudonnière y sir Walter Raleigh.
- En 1559, Tristán de Luna prosigue la empresa de Ayllón.
- En 1562 se funda Charlesfort y en 1564 Fort Caroline, ambas ubicadas en lo que hoy es Carolina del Sur y ambas dentro de lo que se denominaba La Florida Española.
- Alonso de Santa Cruz (1505-1567), cosmógrafo real, menciona las Tierras de Ayllón en su *Islario general* publicado póstumamente en 1600.
- En 1565 (vigente hasta 1576 y después entre 1577 y 1587), Pedro Menéndez de Avilés funda Santa Elena, primera capital de La Florida española, ubicada entre Tybee Island Carolina del Sur y Jeckyll Island, Georgia.
- En 1570, Avilés, guiado por don Luis de Velasco, funda Ajacán en las proximidades de Chesapeake Bay (actual Maryland-Delaware).
- En 1585, John Smith funda la colonia de Roanoke Island (Carolina del Norte). Smith iba buscando Chesapeake Bay (pero llega a los Outer Banks de Carolina del Norte por un error de cálculo, por una confusión de los hidrónimos o por un deliberado acto de desvío náutico del piloto que acompañaba a Smith, Simón Fernández, que fue quien realmente lideró la expedición de Smith y quien identificó la Bahía de Sta. María (Chesapeake) con la región de los Outer Banks, en Carolina del Norte, donde hoy se encuentran Roanoke Sound y Pamlico Sound y que correspondía a la Bahía de Santa María en el mapa de Ribero de 1529.
- En 1600, Gonzalo M. Canzo, gobernador de La Florida escribe una carta al rey de España delatando el cambio

de nombre de Ajacán por parte de los ingleses, quienes empiezan a referirse al asentamiento de Ajacán y a las áreas colindantes, como Virginia.

- C. 1600, Alonso Gregorio de Escobedo, en *La Florida*, refiere las reyertas de Avilés contra Ribault y clama por la narración de una historia verdadera de La Florida española.
- C. 1600, Alonso Gregorio de Escobedo, en *La Florida*, define el territorio reclamado por los españoles extendiéndose desde la actual Florida hasta la Tierra de los Bacalaos, península del Labrador.
- Entre 1607 y 1611 Francisco de Borja, provincial de los jesuitas, le pide al padre Rogel que escriba la relación de Ajacán. Esta petición ocurre 30 años después de los acontecimientos acaecidos en dicha colonia.
- En 1616, William Strachey basándose en las crónicas españolas de Pedro Sarmiento de Gamboa, identifica la Bahía de Santa María con Chesapeake Bay. Gamboa fue capturado por Walter Raleigh en 1584, liberado por Isabel I y nuevamente capturado por los hugonotes en 1584.
- En 1619, es decir, 49 años después de los hechos de Ajacán, fray Jerónimo de Oré describe el desmantelamiento de esta colonia en su *Relación de los mártires de La Florida*.
- En 1670 se firma el tratado de Madrid por el que Inglaterra renuncia a los territorios norteamericanos situados a 150 millas al sur de Charleston (Carolina del Sur).
- En 1723, Andrés González de Barcia Carballido y Zúñiga escribe su *Ensayo cronológico para la historia general de La Florida*, y se refiere a la fundación de Ajacán en la actual Virginia.
- En 1840, Robert Greenhow hace la traducción espuria de la obra de Barcia; esta fue publicada por Conway Robinson en *An Account of Discoveries in the West until 1519 and of Voyages to and along the Atlantic Coast of*

*North America from 1520 to 1573* (Richmond, Virginia, Historical Society, 1848).

- En 1845, William Gilmore Simms escribe un panfleto, *Lucas de Ayllón: A Historical Nouvellette*, sobre los intentos de colonización de Ayllón.
- En 1942, James Cabell, narra la historia de don Luis, como un príncipe hispanizado y versado en latín, en *The First Gentleman of America*.
- En 2015, Anna Brickhouse escribe *The Unsettling of America*.

La lista podría seguir, pero estos datos son representativos y abarcan casi ininterrumpidamente cinco siglos de la historia norteamericana; todos ellos se encuentran a nuestra disposición recopilados en documentos legales, mapas, textos literarios, traducciones, e investigaciones aquí citados.

## Coda

El mundo de la cartografía en la época de los cuatro personajes en busca de autor de este libro cuenta con suficientes intrigas, tensiones, infidelidades, negocios ilícitos, robos y contrabandos que –aunque esta no fuera la razón que lo motivó– justificarían el título “teatro del mundo” que Abraham Ortelius le dio a su atlas. Como hemos visto, en el siglo XVI, las monarquías inglesa, francesa y española estuvieron involucradas en la guerra no declarada entre los cartógrafos europeos de más renombre, pues estos tenían una de las llaves del poder y sus respectivos reyes los necesitaban. Lo cual explica que, todavía en el siglo XVII, algunos cartógrafos fueran compensados con extraordinarias prebendas por sus servicios a la monarquía; así, Nicolas Sanson de Abbeville (1600-1667) fue nombrado Secretario de Estado por Richelieu, y Francia utilizó los mapas que aquel produjo, y que estaban basados en los

de La Florida colonial española, como documento para reclamar el área ubicada entre el río St. John y Port Royal, que fue llamada “Florida Françoise”.

Las características del presente libro no me permiten incluir todos los mapas que nos ayudarían a ampliar los detalles aquí expuestos, tema que continuaré en otra monografía; sí puedo, sin embargo, instar al lector a consultar algunos de los tesoros cartográficos que documentan los orígenes de los EE. UU. como país occidental y que se encuentran en La Biblioteca del Congreso de Washington, D.C. (LOC). Entre ellos, cabe destacar los siguientes mapas de la Lowery Collection que fueron copiados por John Kohl:

- “Map of the Discovery of the East Coast of the United States: está fechado el 9 de marzo de 1912 y está en la LOC, parte VII del catálogo de Lowery.
- En el catálogo de la Kohl Collection, los mapas: 183, 184, 186 y 187 son relevantes para la costa atlántica de los EE. UU.

Los mapas de dicha costa que cito a continuación están en el volumen 2 del *Atlas nouveau et curieux des plus celebres itinéraires* de Peter van der Aa (1707):

- El número 109 incluye Chicora. En este mismo volumen se encuentran los mapas de África. Van der Aa le dedica menos de 20 mapas a África –del 77 al 90–, y 51 a América –el 90 al 141–; el número 104 incluye el Caribe, Honduras y Nicaragua, y al nivel de la latitud 10 y longitud 345 –al norte de Guyana– hay una rúbrica con la inscripción de “Nova Andalusia”, en la región que llama “Tierra Firma”. Este último se basa en la descripción de Gilles Gonçales Davila de las islas de Santo Domingo.
- En el mapa 105, en la costa suroeste de Costa Rica, se sitúan la Isla de Santa María, longitud 289, latitud 8.

- Mapa 106, latitud 33, es donde se localiza Chicora, al norte del río Santee, y al norte de la provincia nombrada como “Tegesta Prov”. Dentro de esta última región se identifican con un icono –una casita con una cruz encima– tres misiones bien diferenciadas: S. Agustino, DS. Mateo y Vitacucho (o bien Osachile, no está claro a cuál de los dos topónimos debe adscribirse el icono de la casita). La ilustración de este mapa representa un naufragio, en la escena hay: hombres ataviados como soldados españoles, caballos y restos de un navío intentando mantenerse a flote. Los hombres de la izquierda del grabado, sobre lo que parece ser una isla, se afanan para agarrarse a unas tortugas gigantes, mientras que los de la derecha ayudan a subir a la isla a quienes están todavía en el agua; se identifican dos caballos; la imagen se ubica en el Golfo de México y aparece el nombre de Florida entre el Río del Espíritu Santo y el Río Grande. El texto que figura a pie del mapa reza “Viaje por el mar de Jamaica hacia Panuco y el rio de las Palmas, situado al sur del Golfo de México y sacado de las memorias de Francisco de Garay y de otros autores más modernos.”
- Mapa 107 subtítulo “Voyages par mar et par terre”, también se basa en las memorias de Francisco de Garay. La ilustración del mismo representa un enfrentamiento entre indios y soldados, en ella se puede leer “des Franzens” y dice que la tierra fue primeramente descubierta por Ponce de León. Dentro del mapa se definen los montes Apalaches como “Montes auriferi”. En la latitud 34, paralelo 296 se ubica una población llamada “Chicola”. Al sur de Port Royal, se ubican varios ríos que llevan nombre de ríos franceses (R. de Gironde, R. de Garonne, R. de Seine y R. de Somme).
- El mapa 108 corresponde también a La Florida colonial, se basa en los datos de Fernando de Soto, aquí aparece de nuevo Chicora, junto al río Jordán, en territorio apala-

che. En la ilustración parece narrarse la conquista de esta tierra por los españoles que están clavando una enseña o una lanza con un emblema difícil de identificar y parecen estar en afable conversación con dos indígenas. En el fondo de la escena se ve a un soldado español situado al frente de un contingente de indios. El mapa 108 lleva la inscripción: “Chicora”, distinguiéndola de “Virginia” y “Florida”. Dentro del que sería el territorio de Chicora aparece ubicada una población llamada igualmente Chicora y que se encuentra en el margen sur del río Jordán, al norte del cabo de Santa Elena, en la latitud 34, longitud 298. En este mapa hay un grabado con una escena idílica y pastoril del reino de Chicora.

- El mapa 110 narra la ocupación inglesa de Virginia, parece describir la liberación de John Smith, tras haber sido capturado por los powathan.
- El mapa 112 es de particular interés porque incluye la ruta de viaje desde Europa hasta Nueva Inglaterra. Aparecen identificadas el área de Roanoke y Chesapeake. Igualmente, se denomina “Nova Francia” a la zona que incluye la península del Labrador, y “Nova Anglia” a la zona que incluye Virginia. El periplo antedicho pasa por las Azores y el grabado representa un pacto amistoso entre indios e ingleses.
- El mapa 114 es más bien un mapa ideológico en el que se sitúa el golfo de México a la altura del Lago Michigan la descripción del mapa dice que sigue la información proporcionada por Père Marquette.

También son de interés:

- Los mapas 40 y 41, y las notas 20 a 26, que reproducen las tierras de Ayllón y Chicora en *The Southeast in Early Maps*, William P. Cummings, 3ra edición.

- Hay una importante entrada sobre Ayllón y los mapas en el ensayo incluido en *The Southeast in Early Maps*, de Louis de Vorse Jr. “American Indians and the Early Maps of the South East” (65-98).
- El mapa 232 de *The Souteast in Early Maps*, tiene el nombre “Eden in Virginia”, data de 1737 y, por la descripción que da Cumming en este libro (242-243), corresponde a lo que debió haber sido Chicora.

## **Epílogo**



Portada de la edición alemana de la *Lettera* de 1509. Representa a Vesputio, al regresar de un viaje, es recibido en Lisboa por los Reyes Don Fernando el Católico y Don Manuel de Portugal.

Un título es un haiku, crea expectativas que se perfilan con ayuda de su mejor aliado, el subtítulo, y suele ser la última línea que se escribe en un libro porque es muy difícil dar el nombre exacto de las cosas y de las obras antes de que estas nazcan. Concluido su trabajo, el autor ve como se desglosa el haiku en forma de libro y es entonces cuando lo nombra.

Durante el proceso de creación, llega un momento en el que los libros toman vida propia y superan a los títulos tentativos que sirvieron para encauzar la investigación del autor. Por eso, antes de poner el punto final, quiero compartir con el lector otros títulos que consideré para este libro, pues forman un conjunto que permite ver cómo se desarrolló la vida de este estudio sobre España, la costa atlántica norteamericana, el siglo XVI y sus cuatro personajes en busca de autor.

La idea que me sirvió de punto de partida y que inicialmente solo consideré como una curiosidad intelectual se refleja en la tautología *“Descubrir el descubrimiento”*, sintagma que aludía al hecho de que todos los datos sobre la costa atlántica norteamericana que he ofrecido aquí ya estaban documentados; faltaba descubrirlos con una lectura paciente, inquisitiva y apartidista, tarea que me propuse para llegar a formular una visión global y sin prejuicios de los hechos ocurridos allí en el siglo XVI. Los estudios sobre la repercusión de la literatura, historia y cultura trasatlántica de esta época en la que España y Norteamérica renacen juntamente, demostraron ser mucho más complejos que los estudios referidos al mismo periodo en América Latina. A medida que avanzaba en mi investigación y hablaba con colegas y amigos sobre mi interés en este tema, me percaté de la necesidad de difundir los datos que estaba

hallando. Ofrecí parte del material que encontré, y que he desarrollado aquí, en mis clases de verano de la Universidad de Maryland (2012-2014); en mi presentación para el seminario organizado por la *Folger Library* y dirigido por María Portuondo en Washington D.C. (2014); en la comunicación que leí en la conferencia sobre “España y los EE. UU.” que tuvo lugar en CUNY y el Instituto Cervantes de Nueva York (2016); en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Salamanca (2016) y en mi seminario del otoño de 2016 de la Universidad de Maryland. Cada una de estas oportunidades me exhortó a seguir con mi investigación; y el interés que este tema despertó en las distintas audiencias me permitió corroborar que, independientemente de la corrección del término “descubrimiento”, la historia española en la Primera Costa y las contribuciones de España al nacimiento de los EE. UU. están por descubrir.

*“Mis tierras son tus tierras. Datos para la historia de la Primera Costa de los EE. UU.”* fue un título que consideré porque alude a otra de las incógnitas de la historia de la costa atlántica norteamericana: la noción de propiedad de la tierra. Este último es un concepto volátil y maleable que durante el siglo XVI se apoyaba en los rituales de toma de posesión, los compromisos regios, la posible venalidad de los cartógrafos, la parcialidad de los reportes, y las decisiones unilaterales que se impusieron a expensas de las negociaciones con las naciones indias y de los tratados europeos internacionales. Las Tierras de Gómez, las Tierras de Ayllón y las Tierras de Garay son los pilares de la prehistoria territorial europea de los EE. UU.; y en la proximidad de dos de sus enclaves atlánticos –San Miguel de Gualdape y Ajacán– se asientan Roanoke y Jamestown; y en dos de las colonias de La Florida española –Santa Elena y San Agustín– empieza la historia de los EE. UU. como país occidental. Sobre todos estos temas, como hemos visto, hay amplia documentación. Aquí me he limitado a exponer los datos. Ya que mi objetivo era solo destacar el pasado de lo que

fuera la Hispanoamérica del Norte, descarté este rótulo por el sesgo marcadamente europeizante de posesión de la tierra que se realizó a expensas de los derechos indígenas y, paradójicamente, con la colaboración de los indios cartógrafos como guías e intérpretes.

Pensé en *“La invención de la Edad Media americana”* como posible título para este libro porque alude a que la cultura occidental prefiere identificar a la Norteamérica del siglo XVI con Europa a expensas de su pasado indigenista. En esta rúbrica no usada, los términos “invención” y “Edad Media” apuntan hacia la preponderancia que la historiografía le concede al pasado exclusivamente británico de Virginia y a que, mientras que en Europa –no exentas de atropellos– se incorporan las culturas anteriores al s. XV a las distintas historias nacionales, en los EE. UU. la cultura indígena fue casi totalmente erradicada. Este enunciado aludía también a la preocupación de la temprana modernidad europea por distinguir entre historia y novela, géneros que no siempre se deslindaron nítidamente, y que se refleja igualmente en otra rúbrica que consideré para este libro: *“La historia fingida y la historia de afición de los EE. UU.”*; ambas categorías, como aquí hemos visto, marcaron la escritura de la historia oficial de los EE. UU. que se vertió al inglés haciendo falsas traducciones de textos españoles.

*“El oidor, el adelantado y dos indios en Tierra Firme”* es un epígrafe que se ajustaba a la faceta novelesca de las vidas de los personajes incluidos en este libro; pero lo descarté a favor del título actual porque mi interés es realzar el escenario, las circunstancias y el medio en el que actuaron los cuatro personajes de los que aquí trato; los cuatro siguen en busca de autor en la medida en la que no los he desarrollado en una novela ni en una obra de teatro para las que tenemos casi todos los elementos necesarios. Los relatos de Chicorano y del indio don Luis entraron por la puerta grande de la historia y de la literatura a través de Pedro Mártir y Gonzalo Fernández de

Oviedo, pero eran cuentos, eran historias orales que condujeron a dos arriesgados caballeros, Ayllón y Avilés, a emprender y consolidar parcialmente el proyecto imperial de la España moderna. Finalmente, “*Dadme un mapa de apoyo y levantaré un imperio*” y “*La inutilidad del secreto: La Primera Costa vendida al mejor postor*” son dos frases que hubieran podido servir de título para este libro ya que destacaban la importancia de la cartografía como documento, apuntan hacia el complejo mundo de los cartógrafos del siglo XVI y hacia la necesidad de estudiar sus intrigas dentro del conjunto político internacional; acabé descartándolas porque en el camino encontré mucho más y porque los mapas en sí requirieron otro libro.

Con esta última nota, dejo al lector para seguir, pausadamente, pensando en la mejor forma de reconstruir la historia y de conocer sus entresijos sin perturbar su naturaleza.

Kensington, Maryland, en la vecindad  
de Ajacán y de las Tierras de Ayllón.  
A 1 de diciembre de MMXVII

## **Bibliografía selecta**

# De ora antarctica per regem Portugallie pridem inuenta.



Portada de la sexta edición latina *Mundus Novus* (Estrasburgo 1505).  
Contiene un prólogo de Matthias Ringmann y la atestación notarial  
del viaje de 1501-1502, señalando la parte en él del Rey de Portugal  
y de Vespuccio.

- Alegre, Francisco Javier. *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*. Vol. I. México: J. M. Lara, 1841. Impreso.
- Ambroggio, Luis Alberto. *Estados Unidos hispano*. New York: Long Island al Día, 2015. Impreso.
- Armitage, David, y Michael J. Braddick. *The British Atlantic World, 1500-1800*. 2a ed. New York: Palgrave Macmillan, 2002. Impreso.
- Arredondo, Antonio de. *Arredondo's Historical Proof of Spain's Title to Georgia*. Ed. Herbert E. Bolton. Berkeley: California UP, 1925. Impreso.
- Avalle-Arce, Juan Bautista. *Dintorno de una época dorada*. Madrid: Porrúa Turanzas, 1978. Impreso.
- . *Amadís de Gaula: El primitivo y el de Montalvo*. México: FCE, 1990. Impreso.
- Bagrow, Leo. *History of Cartography*. 2a ed. Revisado por R. A. Skelton. Cambridge: Harvard UP, 1964. Impreso.
- Barlowe, Arthur. "The First voyage made to the coasts of America, with two barks, where in were Captains M. Philip Amadas, and M. Arthur Barlowe." *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques, & Discoveries of the English Nation*. Ed. Richard Hakluyt. Vol. VIII. New York: Macmillan, 1904. 297-310. Impreso.
- Batllori, S. J. Miguel. "Division of the World and its Consequences." *Images of America: The Impact of the New World on the Old*. Eds. Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson. 2 vols., vol. I. Berkeley: California UP, 1976. 211-20. Impreso.
- Bauer, Ralph. *The Cultural Geography of Colonial American Literatures: Empire, Travel, Modernity*. Cambridge: Cambridge UP, 2003. Impreso.

- y Antonio Mazzotti, eds. *Creole Subjects in the Colonial Americas: Empires, Texts, Identities*. Williamsburg: U of North Carolina P, 2009. Impreso.
- Benito-Vessels, Carmen. *Juan Manuel: Escritura y recreación de la historia*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1994. Impreso.
- . "El neomedievalismo de los EE. UU." *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* (en prensa).
- y Michael Zappala, eds. *The Picaresque: A Symposium on the Rogue's Tale*. Newark: U of Delaware P, 1994. Impreso.
- Bolton, Herbert E. "Defensive Spanish Expansion and the Significance of the Borderlands." *The Idea of Spanish Borderlands*. Ed. David J. Weber. New York: Garland, 1991. Impreso.
- . "The Spanish Borderlands." *Chronicles of America*. Ed. Allen Johnson. Vol. XXIII. New Haven: Yale UP, 1921. 140-16. Impreso.
- . *The Spanish Borderlands*. New York: United States Publishers Association, Inc., 1970. Impreso.
- Boruchoff, David A. "Piety, Patriotism, and Empire: Lessons for England, Spain and the New World in the Works of Richard Hakluyt." *Renaissance Quarterly* 62.3 (2009): 809-58. Impreso.
- Brevoort, James Carson. "Notes on Giovanni da Verrazzano and on a Planisphere of 1529, Illustrating His American Voyage in 1524, with a Reduced Copy of the Map." *Journal of the American Geographical Society of New York* 4 (1873): 145-297. Impreso.
- Briceland, Alan Vance. *Westward from Virginia: The Exploration of the Virginia-Carolina Frontier, 1650-1710*. Charlottesville: UP of Virginia, 1987. Impreso.
- Brickhouse, Anna. *Transamerican Literary Relations and the Nineteenth-Century Public Sphere*. Cambridge: Cambridge UP, 2004. Impreso.

- . *The Unsettling of America: Translation, Interpretation, and the Story of Don Luis de Velasco, 1560-1945*. Oxford: Oxford UP, 2015. Impreso.
- Bridenbaugh, Carl. "Opechancanough: A Native American Patriot." *Early Americans*. Ed. Carl Bridenbaugh. New York: Oxford UP, 1981. Impreso.
- Brown, Lloyd A. *The Story of Maps*. Boston: Little, Brown and Company, 1950. Impreso.
- Bryant, William Cullen, y Sydney Howard Gay. *A Popular History of the United States: From the First Discovery of the Western Hemisphere by the Northmen, to the End of the Civil War, Preceded by a Sketch of the Pre-Historic Period and the Age of the Mound Builders*. 4 vols. New York: Scribner, Armstrong, 1876-1881. Impreso.
- Burrage, Henry S., ed. *Early English and French Voyages. Chiefly from Hakluyt 1534-1608*. New York: C. Scribner's Sons, 1930. Impreso.
- Cabell, James Branch. "Factual Fiction." *The Saturday Review Literature* 11 April 1942: 15. Impreso.
- . *The First Gentleman of America: A Comedy of Conquest*. New York: Farrar & Rinehart, Inc., 1942. Impreso.
- Cameron, G., y S.3. "The Role of Extreme Cold in the Failure of the San Miguel de Gualdape Colony." *Georgia Historical Quarterly* 96.3 (2012): 293-306. Impreso.
- Cañeque, Alejandro. "Mártires y discurso martirial en la formación de las fronteras misionales jesuitas", *Relaciones* 145 (2016):13-61. Impreso.
- Cañizares-Esguerra, Jorge. *How to Write the History of the New World*. Stanford: Stanford UP, 2006. Impreso.
- . *Puritan Conquistadors: Iberianizing the Atlantic, 1550-1700*. Stanford: Stanford UP, 2006. Impreso.
- Carmona Fernández, Fernando. "Conquistadores, utopía y libros de caballería." *Revista de Filología Románica* 10 (1993): 11-29. Impreso.

- Carreras Valls, R. *La Verdad Sobre el Descubrimiento de América: Los Catalanes Juan Cabot y Cristobal Colón*. Barcelona: Imprenta Altés, 1931. Impreso.
- Castillo, Susan, y Ivy Schweitzer, eds. *The Literatures of Colonial America*. Malden: Blackwell, 2001. Impreso.
- Chang-Rodríguez, Raquel. *Relación de los mártires de La Florida del P.F. Luis Jerónimo de Oré (c.1619)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2014. Impreso.
- Chávez, Thomas E. *Spain and the Independence of the United States: An Intrinsic Gift*. Albuquerque: U of New Mexico P, 2002. Impreso.
- Chiappelli, Fredi, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson, eds. *First Images of America: The Impact of the New World on the Old*. 2 vols. Berkeley: California UP, 1976. Impreso.
- Clark, Jeannine, dir. *Columbus and the Land of Ayllón: The Exploration and Settlement of the Southeast*. Georgia Historical Society-Ayllón Committee, 1993. Film.
- Clayton, Lawrence A., Vernon James Knight, Jr., y Edward C. Moore, eds. *The De Soto Chronicles*. Vol. II. Tuscaloosa, AL: Alabama UP, 1993. Impreso.
- Conley, Tom. "De Bry's Las Casas." *Amerindian Images and the Legacy of Columbus*. Rene Jara y Nicholas Spadaccini, eds. Minneapolis: Minnesota UP, 1992. 103-31. Impreso.
- Coudert, Allison P. *Religion, Magic, and Science in Early Modern Europe and America*. Santa Barbara: Praeger, 2011. Impreso.
- Cumming, William P. *Mapping the North Carolina Coast: Sixteenth-century Cartography and the Roanoke Voyages*. Raleigh: Division of Archives and History, North Carolina Department of Cultural Resources, 1988. Impreso.
- Cushner, Nicholas P. *Why Have You Come Here? The Jesuits and the First Evangelization of Native America*. New York: Oxford UP, 2006. Impreso.

- Davies, Surekha. "America and Amerindians in Sebastian Münster's *Cosmographiae universalis libri VI* (1550)." *Renaissance Studies* 25.3 (2011): 351-73. Impreso.
- DePrather, Chester B., Charles Hudson, y Marvin T. Smith. "The Juan Pardo Expeditions: North from Santa Elena." *Southeastern Archaeology* 9.2 (1990): 140-46. Impreso.
- Destombes, Marcel. *Cartes Hollandaises: La Cartographie de la Compagnie des Indes Orientales, 1593-1743*. Saïgon: n.p., 1941. Impreso.
- Dotson, Rand. *Roanoke, Virginia, 1882-1912*. Knoxville: U of Tennessee P, 2007. Impreso.
- Elliott, J. H. *Empires of the Atlantic World: Britain and Spain in America 1492-1830*. New Haven: Yale UP, 2006. Impreso.
- . "The Iberian Atlantic and Virginia." *The Atlantic World and Virginia, 1550-1624*. Ed. Peter C. Mancall. Chapel Hill: North Carolina UP, 2007. 541-57. Impreso.
- . "Spain and its Empire in the Sixteenth and Seventeenth Centuries." *Early Maryland in a Wider World*. Ed. David B. Quinn. Detroit: Wayne State UP, 1982. 58-84. Impreso.
- Fernández-Armesto, Felipe. *The Americas: A Hemispheric History*. New York: Modern Library, 2003. Impreso.
- . *Our America: A Hispanic History of the United States*. New York: Norton and Company, 2014. Impreso.
- Fernández de Navarrete, M. *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*. Madrid: Ediciones Atlas, 1954. Impreso. Biblioteca de autores españoles.
- Fernández de Oviedo, G. *Historia general y natural de las Indias*. Ed. Juan Pérez de Tudela y Bueso. Vol. IV. Madrid: Ediciones Atlas, 1959. 325-30. Impreso. Biblioteca de autores españoles 117-121.
- Fernández-Shaw, Carlos M, y Gerardo Piña Rosales. *Hispanic Presence in North America*. New York: Facts on File. Library of American History, 1999. Impreso.

- Floyd, Tom. *Lost Trails and Forgotten People*. Washington, DC: Potomac Appalachian Trail Club, 1981. Impreso.
- Francis, J. Michael, y Kathleen M. Kole. *Murder and Martyrdom in Spanish Florida: Don Juan and the Gualé Uprising of 1597*. New York: American Museum of Natural History. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History 95, 2011. Impreso.
- Frisch, Andrea. "Passing Knowledge: André Thevet's Cosmographical Epistemology." *Journal of Early Modern History* 18.1-2 (2014): 49-67. Impreso.
- Fuentes, Victor. *California hispano-mexicana: Una nueva narración histórico-cultural*. New York: Editorial Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2014. Impreso.
- Gannon, Michael V. *The Cross in the Sand: The Early Catholic Church in Florida, 1513-1870*. Gainesville: Florida UP, 1965. Impreso.
- García Calero, Jesús. "Bernardo de Gálvez nombrado póstumamente ciudadano honorífico de los EE.UU." *Diario ABC* [Madrid] 6 dic. 2014. Impreso.
- García Cárcel, Ricardo. *La leyenda negra*. Madrid: Alianza, 1992. Impreso.
- Geiger, Maynard, O.F.M. *The Martyrs of Florida (1513-1616)*. New York: Joseph F. Wagner Inc., 1936. Impreso.
- Gil, José S., y John W. Luton. "Iberian Explorations in Eastern North America during the 1500s: A Lost Chapter in U.S. History." *The International Journal of Interdisciplinary Social Sciences* 4.9 (2009): 51-57. Impreso.
- Gleach, Frederick W. *Powhatan's World and Colonial Virginia: A Conflict of Cultures*. Lincoln: U of Nebraska P, 2000. Impreso.
- Gómez Moreno, Ángel. "Cultura occidental y material artúrica." *eHumanista* 16 (2010): xcv-cx.
- González de Barcia Carballido y Zúñiga, Andrés. *Ensayo cronológico para la historia general de la Florida*. Madrid: Nicolás Rodríguez Franco, 1723. Impreso.

- Gradie, Charlotte M. "The Powhatans in the Context of the Spanish Empire." *Powhatan Foreign Relations, 1500-1722*. Ed. Helen Rountree. Charlottesville: UP of Virginia, 1993. 154-72. Impreso.
- . "Spanish Jesuits in Virginia: The Mission That Failed." *The Virginia Magazine of History and Biography* 96.2 (1988): 131-56. Impreso.
- Grady, Timothy Paul. *Anglo-Spanish Rivalry in Colonial South-East America, 1650-1725*. London: Pickering & Chatto, 2010. Impreso.
- Greenhow, Robert. "Memoir of the First Discovery of the Chesapeake Bay, Communicated to the Virginia Historical Society, May, 1848." *An Account of Discoveries in the West until 1519, and of Voyages to and along the Atlantic Coast of North America, from 1520 to 1573: Prepared for the Virginia Historical and Philosophical Society*. Ed. Conway Robinson. Richmond: Shepherd & Colin, 1848. 481-91. Impreso.
- Guerra Félix, Aurelio Iván, y María Rita Plancarte Martínez. "El descubrimiento de América y la expansión del Orbis Terrarum en los libros de caballerías del siglo XVI." *Itinerarios* 14 (2011): 97-112. Impreso.
- Gutiérrez-Steinkamp, Martha. *España-La Alianza Olvidada*. North Charleston: Create Space, 2013. Impreso.
- Hackettmerce, Charles W. "The Delimitation of Political Jurisdictions in Spanish North America to 1535." *The Hispanic American Historical Review* 1.1 (1918): 40-69. Impreso.
- Hall, Clayton Colman, ed. *Original Narratives of Early American History: Narratives of Early Maryland 1633-1684*. 1910. New York: Barnes & Noble, 1959. Impreso.
- Harkins, Fr. Conrad O.F.M. *Cause of the Georgia Martyrs*. Steubenville: Franciscan University of Steubenville, n. 43952, 2007.
- Harley, J. B. "Deconstructing the Map." *Cartographica* 28 (1989): 1-20. Impreso.

- . "Maps, Knowledge, and Power." *The New Nature of Maps*. Ed. Paul Laxton. Baltimore: Johns Hopkins UP, 2001. 51-83. Impreso.
- . "Silences and Secrecy: The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe." *The New Nature of Maps*. Ed. Paul Laxton. Baltimore: Johns Hopkins UP, 2001. 83-107. Impreso.
- Harriot, Thomas. *A Briefe and True Report of the New Found Land of Virginia*. 1590. New York: Dover, 1972. Impreso.
- Hawthorne, Julian. *From the Landing of Columbus to the Signing of the Peace Protocol with Spain*. New York: P. F. Collier & Son, 1938. Impreso.
- Heuvel, Lisa L. "First Families of Virginia." *Class in America*. Ed. Robert E. Weir. Vol. I. Westport: Greenwood, 2007. 263-65. Impreso.
- Hoffman, Paul E. "The Chicora Legend and Franco-Spanish Rivalry in la Florida." *Florida Historical Quarterly* 62.4 (1984): 419-38. Impreso.
- . "Legend, Religious Idealism, and Colonies: The Point of Santa Elena in History, 1552-1566." *The South Carolina Historical Magazine* 84.2 (1983): 59-71. Impreso.
- . "Lucas Vázquez de Ayllón." *Columbus and the Land of Ayllón: The Expedition and Settlement of the Southeast*. Eds. Louis de Vorse, et al. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992. 27-49. Impreso.
- . "Lucas Vázquez de Ayllón's Discovery and Colony." *The Forgotten Centuries: Indian and Europeans in the American South*. Eds. Charles Hudson y Carmen Chaves Tesser. Athens: Georgia UP, 1994. 36-49. Impreso.
- . *A New Andalusia and a Way to the Orient: The American Southeast during the Sixteenth Century*. Baton Rouge: Louisiana State University, 1990. Impreso.
- . "The New Voyage of North American Discovery: Pedro de Salazar's Visit to the 'Island of Giants.'" *FHQ* 58.4 (1980): 415-26. Impreso.

- . y North Carolina America's Four Hundredth Anniversary Committee. *Spain and the Roanoke Voyages*. Raleigh: America's Four Hundredth Anniversary Committee, North Carolina Dept. of Cultural Resources, 1987. Impreso.
- Honour, Hugh. *The New Golden Land: European Images of America from the Discoveries to the Present Time*. New York: Pantheon, 1975. Impreso.
- Horn, James. *A Kingdom Strange: The Brief and Tragic History of the Lost Colony Roanoke*. New York: Basic Books, 2010. Impreso.
- Hudson, Charles, y Carmen Chaves Tesser, eds. *The Forgotten Centuries*. Athens y London: U of Georgia P, 1994. Impreso.
- . et al. *The Juan Pardo Expeditions*. Tuscaloosa, AL: Alabama UP, 2005. Impreso.
- Hunter, Douglas. *The Race to the New World: Christopher Columbus, John Cabot and a Lost History of Discovery*. New York: Palgrave Macmillan, 2011. Impreso.
- Icazbalceta, García D. J. "Licenciado Lucas Vázquez de Ayllón." *Obras de D. J. García Icazbalceta*. Ed. V. Agüero. Vol. IX. México: Imp. de V. Agüeros, 1899. 303-308. Reimpresión en *CLIO* 87 (1950): 75-76. Web.
- Igual, J. M. "El Atlántico Norte." *Boletín de la Real Sociedad Geográfica* 7-12 (1948): 440-95. Impreso.
- Inca Garcilaso de la Vega. *La Florida del Inca: Historia del Adelantado Hernando de Soto, gobernador y capitán general del reino de La Florida, y de otros heroicos caballeros españoles e indios, escrita por el Inca Garcilaso de la Vega*. Ed. Emma Susana Speratti Piñero. México: FCE, 1956. Impreso.
- Johnson, Robert. *Nova Britania: Offering Most Excellent Fruits by Planting in Virginia*. London: Samuel Macham, 1609. Impreso.
- Kagan, Richard L. "Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain," *The American Historical Review* 101 (1996), 423-446. Impreso.

- , ed. *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*. Urbana: Illinois UP, 2002. Impreso.
- Keegan, Gregory J. *Experiencia misionera en La Florida (siglos XVI y XVII)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1957. Impreso.
- Knapp, Jeffrey. *An Empire Nowhere: England, America, and Literature from Utopia to the Tempest*. Berkeley y Los Angeles: California UP, 1991. Impreso.
- Kreazor, Henry. "Theodore De Bry's Images for America." *Print Quarterly* 15.2 (1998): 131-49. Impreso.
- Kupperman, Karen Ordahl. *Roanoke: The Abandoned Colony*. Totowa: Rowman & Allanheld, 1984. Impreso.
- . *Indians and English: Facing off in Early America*. Ithaca: Cornell, 2000. Impreso.
- Lamb, Ursula. "Science by Litigation: A Cosmographic Feud." *Terrae Incognitae* 1 (1969): 40-57. Impreso.
- Lane, Ralph. "An Account of the Particularities of the employments of the English men left in Virginia by Sir Richard Greeneuill vnder the charge of Master Ralph Lane General." *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques, & Discoveries of the English Nation*. Ed. Richard Hakluyt. Vol. VIII. New York: Macmillan, 1904. 386-403. Impreso.
- Legajo 711, expediente 8565. Ordenes Militares. Archivo Histórico Nacional, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, ES.
- Legajos 3, y 50. Justicia. Archivo General de Indias, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Sevilla, ES.
- Legajos 15, 63, y 172. Patronato. Archivo General de Indias, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Sevilla, ES.
- Legajos 415, y 420. Indiferente General. Archivo General de Indias, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Sevilla, ES.
- Leonard, Irving A. *Books of the Brave: Being an Account of Books and of Men in the Spanish Conquest and Settlement of the Sixteenth-Century New World*. New York: Gordian, 1964. Impreso.

- Lepore, Jill. *Encounters in the New World: A History in Documents*. New York: Oxford UP, 2002. Impreso.
- Lerner, Isaías. "Spanish Colonization and the Indigenous Languages of America." *The Language Encounter in the Americas, 1492-1800: A Collection of Essays*. Eds. Edward G. Gray y Norman Fiering. New York: Berghahn Books, 2001. 281-92. Impreso.
- Letisgrand, Frank. *Mapping the Renaissance World: Geographical Imagination in the Age of Discovery*. Berkeley: California UP, 1994. Impreso.
- Lewis, Clifford M., y Albert J. Loomie. *The Spanish Jesuit Mission in Virginia 1570-1572*. Chapel Hill: North Carolina UP, 1953. Impreso.
- Lewis, Martin W., y Kären E. Wigen. *The Myth of Continents: A Critique of Metageography*. Berkeley: California UP, 1977. Impreso.
- Lockridge, Kenneth A. *Settlement and Unsettlement in Early America: The Crisis of Political Legitimacy before the Revolution*. Cambridge: Cambridge UP, 1981. Impreso.
- Lowery, Woodbury. *The Spanish Settlements within the Present Limits of the United States, 1531-1561*. New York y London: Putnam's Sons, 1901. Impreso.
- Lucena Salmoral, M. "La extraña capitulación de Ayllón para el poblamiento de la actual Virginia: 1523." *Revista de Historia de América* 77-78 (1974): 9-31. Impreso.
- . *Piratas, corsarios, bucaneros y filibusteros en América*. Madrid: MAPFRE, 1992. Impreso.
- Lyon, Eugene. *The Enterprise of Florida: Pedro Menéndez de Avilés and the Spanish Conquest, 1565-1568*. Gainesville: UP of Florida, 1974. 156-66. Impreso.
- . "The Failure of the Guale and Orista Mission: 1572-1571." *Columbus and the Land of Ayllón*. Eds. Louis de Vorsey, et al. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992. 89-104. Impreso.

- . *Santa Elena: A Brief History of the Colony, 1566-1587*. Columbia: Inst. of Archeology and Anthropology, Univ. of South Carolina, 1984. Web. Research Manuscript Series 185. <[http://scholarcommons.sc.edu/archanth\\_books/185/](http://scholarcommons.sc.edu/archanth_books/185/)>.
- , ed. *Pedro Menéndez de Avilés*. New York: Garland, 1995. Impreso.
- Mallios, W. Seth. "Apotheosis of Ajacán's Jesuit Missionaries." *Ethnohistory* 52.2 (2007): 223-44. Impreso.
- . "The Creation of Ajacan's Martyrs: Employing a New Analytical Technique on Early Colonial Narratives." *Colonial Chesapeake: New Perspectives*. Eds. Debra Meyers y Melanie Perreault. Lanham, MD: Lexington Books, 2007. 3-19. Impreso.
- . *The Deadly Politics of Giving: Exchange and Violence at Ajacán, Roanoke and Jamestown*. Tuscaloosa, AL: Alabama UP, 2006. Impreso.
- Mancall, Peter C. *The Atlantic World and Virginia, 1550-1624*. Chapel Hill: North Carolina UP, 2007. Impreso.
- Manguel, Alberto, y Gianni Guadalupi. *The Dictionary of Imaginary Places*. New York: Macmillan, 1980. Impreso.
- Mann, Barbara Alice y Donald A. Grinde Jr. "'Now the Friar's Dead': Sixteenth-Century Spanish Florida and the Guale Revolt." *Native American Speakers of the Eastern Woodlands: Selected Speeches and Critical Analyses*. Ed. Barbara Alice Mann. Westport: Greenwood, 2001. 1-33. Impreso.
- Marinacci, Barbara y Rudy. *California's Spanish Place-Names: What They Meant and How They Got There*. 2a ed. Houston: Gulf, 1980. Impreso.
- Marotti, Frank, Jr. "Juan Baptista de Segura and the Failure of the Florida Jesuit Mission, 1566-1572." *Florida Historical Quarterly* 63.3 (1985): 267-79. Impreso.
- Mártir de Anglería, Pedro. *Décadas del Nuevo Mundo*. Ed. Edmundo O'Gorman. Trad. Agustín Millares Carlo. 2 vols. México: J. Porrúa, 1965. Impreso.

- Maura, Juan Francisco. "Caballeros y rufianes andantes en la costa atlántica de los Estados Unidos de América: Lucas Vázquez de Ayllón y Alvar Núñez Cabeza de Vaca." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 35.2 (2011): 305-28. Impreso.
- Mayer Celis, Laura Leticia, y Alejandro Arnulfo Ruiz León. "Visualizando lo invisible: Las redes de misioneros y probabilistas en el siglo XVI y primeros años del XVII." *REDES: Revista hispana para el análisis de redes sociales* 24.2 (2013): 21-57. Impreso.
- McCary, Ben C. *Indians in Seventeenth-Century Virginia*. 10ª ed. Charlottesville: Virginia UP, 1990. Impreso.
- McIntosh, Peter. "Storms, Shipwrecks and South America: From Pedro Sarmiento de Gamboa's Voyages to Shakespeare's *The Tempest*." *Colonial Latin American Review* 20.3 (2011): 363-79. Impreso.
- Menéndez de Avilés, Pedro. *Cartas sobre la Florida (1555-1574)*. Ed. Juan Carlos Mercado. Madrid y Frankfurt: Iberoamericana Vervuert, 2002. Impreso.
- Mercado, Juan Carlos, ed. *Menéndez de Avilés y la Florida: Crónicas de sus expediciones*. Lewinston, NY: Edwin Mellen, 2006. Impreso.
- Meyers, Debra, y Melanie Perreault. *Colonial Chesapeake: New Perspectives*. Lanham, MD: Lexington, 2006. Impreso.
- Michelant, M.H. *Voyage de Jaques Cartier à Canada en 1534: Nouvelle édition, publiée d'après l'édition de 1598 et d'après Ramusio*. Paris: Librairie Tross, 1865. Impreso.
- Michie, James L. A. *Reconnaissance Search for Evidence of the Capitana: Lucas Vázquez de Ayllón's 1526 Flagship*. Conway: Waccamaw Center for Historical and Cultural Studies, U.S.C. Coastal Carolina College P, 1993. Impreso.
- . *The Search for San Miguel de Gualdape*. Conway: Waccamaw Center for Historical and Cultural Studies, U.S.C. Coastal Carolina College P, 1991. Impreso.

- Milanich, Jerald T. *Laboring in the Fields of the Lord: Spanish Missions and Southeastern Indians*. Washington, DC: Smithsonian Inst., 1999. Impreso.
- . "Sixteenth Century Native Societies and Spanish Empire in the Southeast United States." *Archaeology of Eastern North America* 20 (1992): 1-18. Impreso.
- . y William C. Sturtevant, eds. *Francisco Pareja's 1613 Confessionario: A Document Source for Timucuan Ethnography*. Tr. Emilio F. Morán. Tallahassee: Division of Archives, History, and Records Management, Florida Dept. of State, 1972. Impreso.
- Milhou, Alain. *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*. Valladolid: Casa Museo de Colón, 1983. Impreso.
- Moran, Michael G. *Inventing Virginia: Sir Walter Raleigh and the Rhetoric of Colonization, 1584-1590*. New York: Peter Lang, 2007. Impreso.
- Le Moyne de Morgues, Jacques. *Brevis narratio eorum quae in Florida Americae*. Frankfurt, 1591. Reimpresión en *The New World Pictures of America*. Ed. Stefan Lorant. New York: Duell, Sloan & Pearce, 1946. Impreso.
- Nelson-Gabriel, Melissa. "Sleuth finds a lost Spanish Settlement in Florida Panhandle." Associated Press 17 feb. 2016. Impreso.
- Nobles, Gregory H. *American Frontiers: Cultural Encounters and Continental Conquest*. New York: Hill and Wang, 1977. Impreso.
- . "Straight Lines and Stability: Tapping the Political Order of the Anglo-American Frontier." *JAH* 80 (1993): 9-35. Impreso.
- O'Gorman, Edmundo. *The Invention of America: An Inquiry into the Historical Nature of the New World and the Meaning of its History*. Bloomington: Indiana UP, 1961. Impreso.
- Operé, Fernando. *Indian Captivity in Spanish America: Frontier Narratives*. Tr. Gustavo Pellón. Charlottesville: Virginia UP, 2008. Impreso.

- Otazu, Alfonso de y José Ramón Díaz de Durana. *El espíritu emprendedor de los vascos*. Madrid: Silex, 2008. Impreso.
- Padrón, Ricardo. "Mapping Plus Ultra: Cartography, Space, and Hispanic Modernity." *Representation* 79.1 (2002): 28-60. Impreso.
- Pardo García, Pedro Javier. "Huckleberry Finn as a Crossroads of Myths: The Adamic, the Quixotic, the Picaresque, and the Problem of the Ending." *Links and Letters* 8 (2001): 61-70. Impreso.
- Peck, Douglas T. "Lucas Vásquez de Ayllón's Doomed Colony of San Miguel de Gualdape." *Georgia Historical Quarterly* 85.2 (2001): 183-98. Impreso.
- Percy, George. "A Trewe Relacyon of the Procedeinges and Occurrences of Moment which have happened in Virginia." *Tyler's Quarterly Magazine* 3 (1922): 275-76. Impreso.
- Philips, Lee Phillip, ed. *A List of Geographical Atlases in the Library of Congress*. 4 vols. Washington: GPO, 1909-1920. Impreso.
- Pickett, Margaret F., y Dwayne W. Pickett. *The European Struggle to Settle North America: Colonizing Attempts by England, France and Spain, 1521-1608*. Jefferson: McFarland, 2011. Impreso.
- Poe, Edgar Allan. "The Journal of Julius Rodman." *Burton's Gentleman's Magazine* 6 (Enero-Jun. 1840): 44-47, 80-85, 206-10, 255-59. Impreso.
- . "The Narrative of Arthur Gordon Pym." *Edgard Allan Poe: Poetry and Tales*. Ed. Patrick F. Quinn. New York: Library of America, 1984. 1003-1182. Impreso.
- Pope, Peter E. *The Many Landfalls of John Cabot*. Toronto: Toronto UP, 1997. Impreso.
- Portuondo, María M. *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World*. Chicago y London: Chicago UP, 2009. Impreso.
- Powell, Philip Wayne. *Tree of Hate: Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World*. New York: Basic Books, 1971. Impreso.

- Priestley, Herbert Ingram, ed. *The Luna Papers: Documents Relating to the Expedition of don Tristán de Luna y Arellano for the Conquest of La Florida, 1559-1561*. 2 vols. Tuscalosa, AL: Alabama UP, 1928. Impreso.
- Quattlebaum, Paul. *The Land Called Chicora: The Carolina under Spanish Rule with French Intrusions, 1520-1670*. Gainesville: Florida UP, 1956. Impreso.
- Quinn, David B. "Colonies in the Beginning: Examples from North America." *Essays on the History of North American Discovery and Exploration*. Eds. Stanley H. Palmer y Dennis Reinhartz. College Station: Texas A&M Press for the University of Texas at Arlington, 1988. 10-34. Impreso.
- , ed. *Early Maryland in a Wider World*. Detroit: Wayne State UP, 1982. Impreso.
- . *Set Fair for Roanoke*. Chapel Hill: North Carolina UP, 1985. Impreso.
- Ramos, D. *Audacia, negocio y política en los viajes españoles de descubrimiento y rescate*. Valladolid: Casa-Museo Colón, Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid, 1981. Impreso.
- Ready, Milton. *The Tar Heel State: A History of North Carolina*. Columbia: U of South Carolina P, 2005. Impreso.
- Restall, Matthew. *Seven Myths of the Spanish Conquest*. Oxford: Oxford UP, 2004. Impreso.
- Ribault, Jean. *The Whole & True Discovery of Terra Florida. 1563*. Reimpresión facsímil. Gainesville: Florida UP, 1964. Impreso.
- Richter, Daniel K. *Trade, Land and Power: The Struggle for Eastern North America*. Philadelphia: Pennsylvania UP, 2013. Impreso.
- Robinson, Conway. *An Account of Discoveries in the West until 1519, and of Voyages to and along the Atlantic Coast of North America from 1520 to 1573*. Richmond: Shepherd and Colin, 1848. Impreso.

- Rodríguez de Montalvo, Garci. *Amadís de Gaula*. Ed. Juan Manuel Cacho Blecua. 2 vols. Madrid: Cátedra, 1991. Impreso.
- Rodríguez Pampolini, Ida. *Amadis de América: La hazaña de Indias como empresa caballeresca*. Caracas: Consejo Nacional de la Cultura, Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, 1977. Impreso.
- Rountree, Helen C., y E. Randolph Turner. *Before and After Jamestown: Virginia's Powhatans And Their Predecessors*. Gainesville: Florida UP, 2005. Impreso.
- Ruidíaz y Caravia, Eugenio. *La Florida: su conquista y colonización por Pedro Menéndez de Avilés*. 2 vols. Madrid: Hijos de J. A. García, 1893. Impreso.
- Sánchez Martínez, Antonio. "El imperio del mapa: El padrón real y la producción cartográfica de la casa de la contratación." *Dueños y señores del mundo: Historia de la cartografía náutica española*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2015. 44-60. Impreso.
- Sauer, Carl O. *Sixteenth Century North America*. Berkeley: California UP, 1971. Impreso.
- Schecke, Susan. *The Insistence of the Indian: Race and Nationalism in Nineteenth-Century American Culture*. Princeton: Princeton UP, 1998. Impreso.
- Schlesinger, Roger, y Arthur P. Stabler. *André Thevet's North America: A Sixteenth Century View*. Montreal: McGill-Queen's UP, 1986. Impreso.
- Seed, Patricia. *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World, 1492-1640*. Cambridge: Cambridge UP, 1995.
- Shea, John Gilmary. "The Log Chapel on the Rappahannock." *The Catholic World* 20.120 (1875): 847-56. Impreso.
- . "Our Martyrs." Partes I-IV. *The United States Catholic Magazine* 5 (1846-47): 497-99, 561-68, 604-07, 665-69. Impreso.
- . *Papers*. Washington DC: Georgetown University Library, n.d. Impreso.

- . "The Spanish Mission Colony on the Rappahannock; The First European Settlers in Virginia." *The Indian Miscellany: Containing Papers on the History, Antiquities, Arts, Languages, Religions, Traditions and Superstitions of the American Aborigines; with Descriptions of their Domestic Life, Manners, Customs, Traits, Amusements and Exploits; Travels and Adventures in the Indian Country; Incidents of Border Warfare; Missionary Relations, Etc.* Ed. W. W. Beach. Albany: J. Munsell, 1877. 333-43. Impreso.
- Simms, William Gilmore. "Lucas de Ayllón: A Historical Nouvellette." *The Wigwam and the Cabin*. 1845. New York: Redfield, 1856. 430-72. Web. <[http://simms.library.sc.edu/view\\_item.php?item=118704](http://simms.library.sc.edu/view_item.php?item=118704)>.
- . "Lucas de Ayllón: A Historical Nouvellette." *The Simms Reader: Selections from the Writings of William Gilmore Simms*. 1845. Ed. John Caldwell Guilds. Charlottesville: UP of Virginia, 2001. Impreso.
- Skelton, R.A. "Raleigh as a Geographer." *Virginia Magazine of History and Biography* 71.2 (1963): 131-49.
- Slavin, Arthur J. "The American Principle from More to Locke." *First Images of America: The Impact of the New World on the Old*. Eds. Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson. 2 vols. Vol. I. Berkeley: California UP, 1976. 139-65. Impreso.
- Smith, Marvin T. "Archaeological Evidence of the Ayllón Expedition." *Columbus and the Land of Ayllón: The Exploration and Settlement of the Southeast*. Eds. Louis de Vorse, et al. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992. 125-42. Impreso.
- Solís de Merás, Gonzalo. *Pedro Menéndez de Avilés. Memorial by Gonzalo Solís de Merás*. Tr. Jeannette Thurber Connor. Gainesville: Florida UP, 1964. Impreso.
- Steele, Colin. *English Interpreters of the Iberian New World from Purchas to Stevens: A Bibliography Study, 1603-1726*. Oxford: Dolphin, 1975. Impreso.

- Stevenson, Edward L. "Early Spanish Cartography of the New World with Special Reference to the Wolfenbutta-Spanish Map and the Work of Diego Ribero." 19 (1909): 369-419. Impreso.
- . "The Geographical Activities of the Casa de la Contratación." *Annals of the Association of American Geographers* 17.2 (1927): 39-59. Impreso.
- Stewart, George R. *Names on the Land: A Historical Account of Placenames in the United States*. 4a ed. San Francisco: Lexicos, 1982. Impreso.
- Stith, William. *The History of the Discovery and Settlement of Virginia*. Williamsburg: William Parks, 1747. Impreso.
- Summers, Lewis Preston. *Annals of Southwest Virginia, 1769-1800*. Abingdon, V.A.: L.P. Summers, 1929. 1-7. Impreso.
- Sununu, Alexandra E., ed. *La Florida de Alonso Gregorio de Escobedo O.F.M. Estudio y edición anotada de Alexandra E. Sununu*. New York: Academia Norteamericana de la Lengua Española, 2015. Colección Plural Espejo 5. Impreso.
- Tamayo, Jorge L. *Geografía de América*. México: FCE, 1952. Impreso.
- Taylor, Alan. *American Colonies. The Settling of North America*. New York: Penguin Books, 2002. Impreso.
- Taylor, E.G.R., ed. *The Original Writings and Correspondence of the Two Richard Hakluyts*. 2 vols. London: The Hakluyt Society, 1935. Impreso.
- Teunissen, John J., y Evelyn J. Hinz. "Poe's Journal of Julius Rodman and Parody." *Nineteenth-Century Fiction* 27 (1972): 317-38. Impreso.
- Thevet, André. "Cosmographie Universelle." *André Thevet's North America: A Sixteenth-Century View*. Eds. R. Schlessinger y A. Phillips Stabler. Kingston: McGill-Queen's UP, 1986. 127-63. Impreso.
- . "Singularitez de la France Antarctique." *André Thevet's North America: A Sixteenth-Century View*. Eds. R. Schle-

- singer y A. Phillips Stabler. Kingston: McGill-Queen's UP, 1986. 127-63. Impreso.
- Thomas, H. *La conquista de México*. Barcelona: Planeta, 1994. 398-99. Impreso.
- Thrower, Norman J. W. "New Geographical Horizons: Maps." *First Images of America: The Impact of the New World on the Old*. Eds. Fredi Chiappelli, Michael J. B. Allen, y Robert L. Benson. 2 vols. Vol. II. Berkeley: California UP, 1976. 659-67. Impreso.
- Townsend, Camilla. "Mutual Appraisals: The Shifting Paradigms of the English, Spanish, and Powatans in Tsnacomoco, 1560-1622." *Early Modern Virginia: Reconsidering the Old Dominion*. Eds. Douglas Bradburn y John C. Coombs. Charlottesville: Virginia UP, 2011. 57-90. Impreso.
- . *Pocahontas and the Powhatan Dilemma*. New York: Hill and Wang, 2005. Impreso.
- Vaughn, Alden T. "Shakespeare's Indian: The Americanizations of Caliban." *Shakespeare Quarterly* 39.2 (1988): 137-53. Impreso.
- Vigneras, L. A. "A Spanish Discovery of North Carolina in 1566." *North Carolina Historical Review* 46.4 (1969): 398-414. Impreso.
- Vilar, Mar. "La qehila sefardí de Nueva York: el primer núcleo hispanófono en la Norteamérica anglosajona." *MEAH* 58 (2009): 237-51. Impreso.
- Voigt, Lisa. *Writing Captivity in the Early Modern Atlantic: Circulations of Knowledge and Authority in the Iberian and English Imperial Worlds*. Chapel Hill: North Carolina UP, 2009. Impreso.
- Vorsey Jr., Louis de. "American Indians and the Early Mapping of the Southeast." *The Southeast in Early Maps*. Ed. Louis de Vorsey, Jr. 3a ed. Chapel Hill, North Carolina UP, 1998. 65-98. Impreso.
- et al., eds. *Columbus and the Land of Ayllón*. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992. Impreso.

- . "Early Maps and the Land of Ayllon." *Columbus and the Land of Ayllón*. Valona, GA: Lower Altamaha Historical Society, 1992. Impreso.
- Warrior, Robert Allen. *The People and the Word: Reading Native Nonfiction*. Minneapolis: Minnesota UP, 1995. Impreso.
- . *Tribal Secrets: Recovering American Indian Intellectual Traditions*. Minneapolis: Minnesota UP, 1986. Impreso.
- Waselkov, Gregory A. "Indian Maps of the Colonial Southeast." *Powhatan's Mantle: Indians in the Colonial Southeast*. Eds. Peter H. Wood, Gregory A. Waselkov y M. Thomas Hadey. Lincoln: UP of Nebraska, 1989. 435-502. Impreso.
- Weber, David J., ed. *The Idea of Spanish Borderlands*. New York: Garland, 1991. Impreso.
- . *The Spanish Frontier in North America*. New Haven: Yale UP, 2009. Impreso.
- Weddle, Robert S. *The French Thorn: Rival Explorers in the Spanish Sea, 1682-1762*. College Station: Texas A&M UP, 1999. Impreso.
- White, John. "Fourth Voyage Made to Virginia." *The Principal Navigations Voyages Traffiques & Discoveries of the English Nation*. Ed. Richard Hakluyt. New York: MacMillan, 1904. Impreso.
- Wieder, Frederick C., ed. *Monumenta cartographica: Reproductions of unique and rare maps, plans and views in the actual size*. 5 vols. The Hague: M. Nijhoff, 1925-33. Impreso.
- Winsor, Justin, ed. *Narrative and Critical History of America*. 3 vols. New York: AMS, 1967. Impreso.
- Woolley, John E. *Savage Kingdom: The True Story of Jamestown, 1607, and the Settlement of America*. New York: Harper, 2008. Impreso.
- Zarandona, Juan Miguel. *La recepción de Alfred Lord Tennyson en España: traductores y traducciones artúricas*. Valladolid: Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editoria, 2007. Impreso.

Zubilaga, Félix. *La Florida: la misión jesuítica y la colonización española*. Roma: Inst. Historicum, 1941. Impreso.

### Recursos electrónicos

Grymes, Charles A. "Spanish Exploration and Settlement in the Southeast Before Ajacan." *Virginia Places*. Charles A. Grymes, n.d. Web. <<http://www.virginiaplaces.org/settlement/spanish.html>>.

Hiller, J.K. "The Portuguese Explorers." *Heritage*. Social Sciences and Humanities Research Council of Canada, 2004. Web. <<http://www.heritage.nf.ca/articles/exploration/portuguese.php>>.

"List of Renaissance Faires in the United States." *Renaissance Faire Wiki*. Wikia, n.d. Web. <[http://renfaire.wikia.com/wiki/List\\_of\\_Renaissance\\_Faires\\_in\\_the\\_United\\_States](http://renfaire.wikia.com/wiki/List_of_Renaissance_Faires_in_the_United_States)>.

"Lord Baltimore." *Heritage History*. N.p., 2015. Web. 31 mayo 2016. <<http://www.heritage-history.com/?c=read&author=southworth&book=builders1&story=baltimore>>.

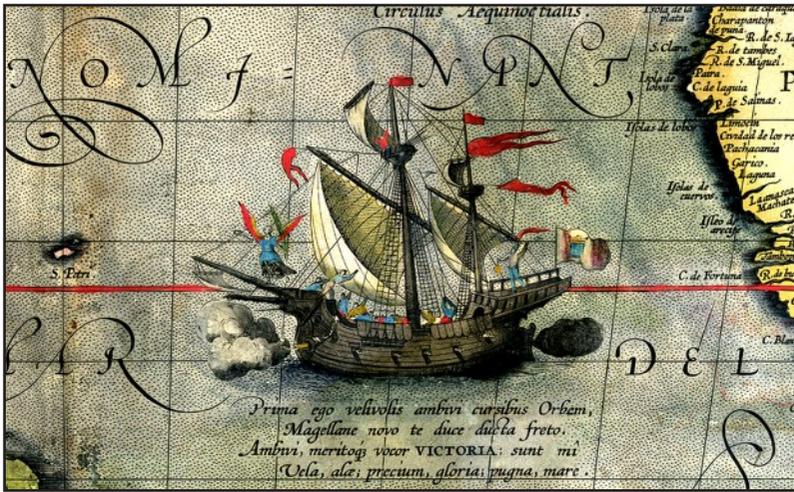
"The Met Cloisters." *The Met*. Metropolitan Museum of Art, 2016. Web. <<http://www.metmuseum.org/visit/visit-the-cloisters>>.

Thomas, David Hurst <<http://www.youtu.be/LeyKyf18IVQ>>

Mitchell, Mary Ames. "John Cabot Crosses the North Atlantic." *Crossing the Ocean Sea*. Mary Ames Mitchell, 2015. Web. <<http://www.crossingtheoceansea.com/OceanSeaPages/OS-71-Cabot1st-n-2nd.html>>.

Wilford, John Noble. "Columbus's Lost Town: New Evidence is Found." *New York Times*. New York Times Company, 27 aug. 1985. Web. <<http://www.nytimes.com/1985/08/27/science/columbus-s-lost-town-new-evidence-is-found.html>>.

## **Tabla de ilustraciones**



Detalle de un mapa de Abraham Ortelius (1590) que ilustra la nao 'Victoria' de la expedición de Fernando de Magallanes, la primera en circunnavegar el mundo (1519-1522).

España en la costa atlántica norteamericana c. 1600	12
Planisferio del cartógrafo Martin Waldseemüller	14
Grabado en madera publicado en Florencia	22
Detalle del planisferio de Martin Waldseemüller	26
Detalle de la Carta Universal de Juan Vesputio	29
Adaptaciones modernizadas de planisferios	30
Detalle del Planisferio de Diego Ribero	31
Otro detalle del Planisferio de Diego Ribero	32
Planisferio de Diego Ribero	33
Detalle del planisferio de Diego Ribero	34
Paul E. Hoffman, Lucas Vázquez de Ayllón	35
Misiones de La Florida española	36
Detalle del planisferio de Alberto Cantino	43
Mapamundi de 1500 de Juan de la Cosa	54
Registro más temprano de las Bermudas	70
Mapa de Virginia publicado en 1612	93
Detalle del mapa de Juan de la Cosa	104
Ubicación actualizada de San Miguel de Guadalupe	106
Las tierras de Chicora	140
Mapa de Giovanni da Verrazzano	154
Detalle del Planisferio de Diego Ribero	155
Detalle del planisferio de Sebastián Caboto	169
Mapa de 1651 de John Farrer	177
Detalle del planisferio de André de Thevet	178
Mapamundi de Sebastian Münster	180
Terre aux Bretons	200
Mapa de Diego Gutiérrez	207
Misiones franciscanas en el interior de La Florida	220
Mapa del mundo después del Diluvio Universal	230
El mundo según Heinrich Bünting	256

Grabado portugués del siglo XV	276
Mapa de 1545 de Sebastian Münster	278
Retrato de Pocahontas	296
La matanza del padre Segura	298
Las Américas ‘redescubiertas’ de Giacomo Gastaldi	316
Portada de la edición alemana de la <i>Lettera</i> de 1509	372
Portada de la sexta edición latina <i>Mundus Novus</i>	378
Detalle de un mapa de Abraham Ortelius (1590)	402

## **Semblanza**



Carmen Benito-Vessels.

**C**armen Benito-Vessels, licenciada en Filología Románica por la Universidad de Salamanca (1977), cursó estudios de postgrado en la Universidad de Lisboa (1977-1979), de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca (1979-1982) y obtuvo su doctorado en la Universidad de California, Santa Barbara (1982-1988). Carmen fue directora y es titular de la cátedra de Estudios medievales en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Maryland, donde ejerce su profesión desde 1988; ha participado en conferencias, cursos y programas en Europa, América Latina y Estados Unidos, y es miembro numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE); sus áreas de investigación giran en torno a la Edad Media, especialmente la historia de la historiografía, la historia de la mujer, y la historia de la lengua española. Además de numerosos artículos, contribuciones académicas y conferencias, entre sus libros, destacan: *Juan Manuel: Escritura y recreación de la historia* (University of Wisconsin, Madison: *Hispanic Seminary of Medieval Studies*, 1994); *La palabra en el tiempo de las letras. Una Historia Heterodoxa* (México: Fondo de Cultura Económica, 2007); *Lenguaje y valor en la literatura medieval española* (Newark, DE: Juan de la Cuesta *Hispanic Monographs*, 2013) y sus coediciones de *Women at Work in Spain from the Middle Ages to Early Modern Times* (New York: Peter Lang 1988) y *The Picaresque. A Symposium on the Rogue's Tale* (Newark, Delaware Press, 1994).

Este quinto número de la *Colección Plural Espejo* de las Ediciones  
de la Academia Norteamericana de la Lengua Española  
acabose de imprimir el día 11 de febrero de 2018,  
festividad de Nuestra Señora de Lourdes,  
en los talleres *The Country Press*,  
Massachusetts,  
Estados Unidos de América